

Bolivar



auriga



# **Bolivar**

Ana María Azellano M.

Abril 26/68

BOLLIVAT

Donacion SA onorato A  
Zm 27 2004



Secretaria de Cultura y Turismo  
RBPC - Cali  
  
127329

\* D. PASTOR PETIT \*

# Bolivar

COLECCION **auriga** SERIE OCRE



instituto de artes graficas

**I.D.A.G.**

Cubierta: Francisco Miñarro

Ilustraciones interiores: Vicente B. Ballestar

Primera edición: febrero 1963



© Ediciones I.D.A.G.

N.º de registro: 5.997 - 62

Depósito legal: B.-2.699 - 1963

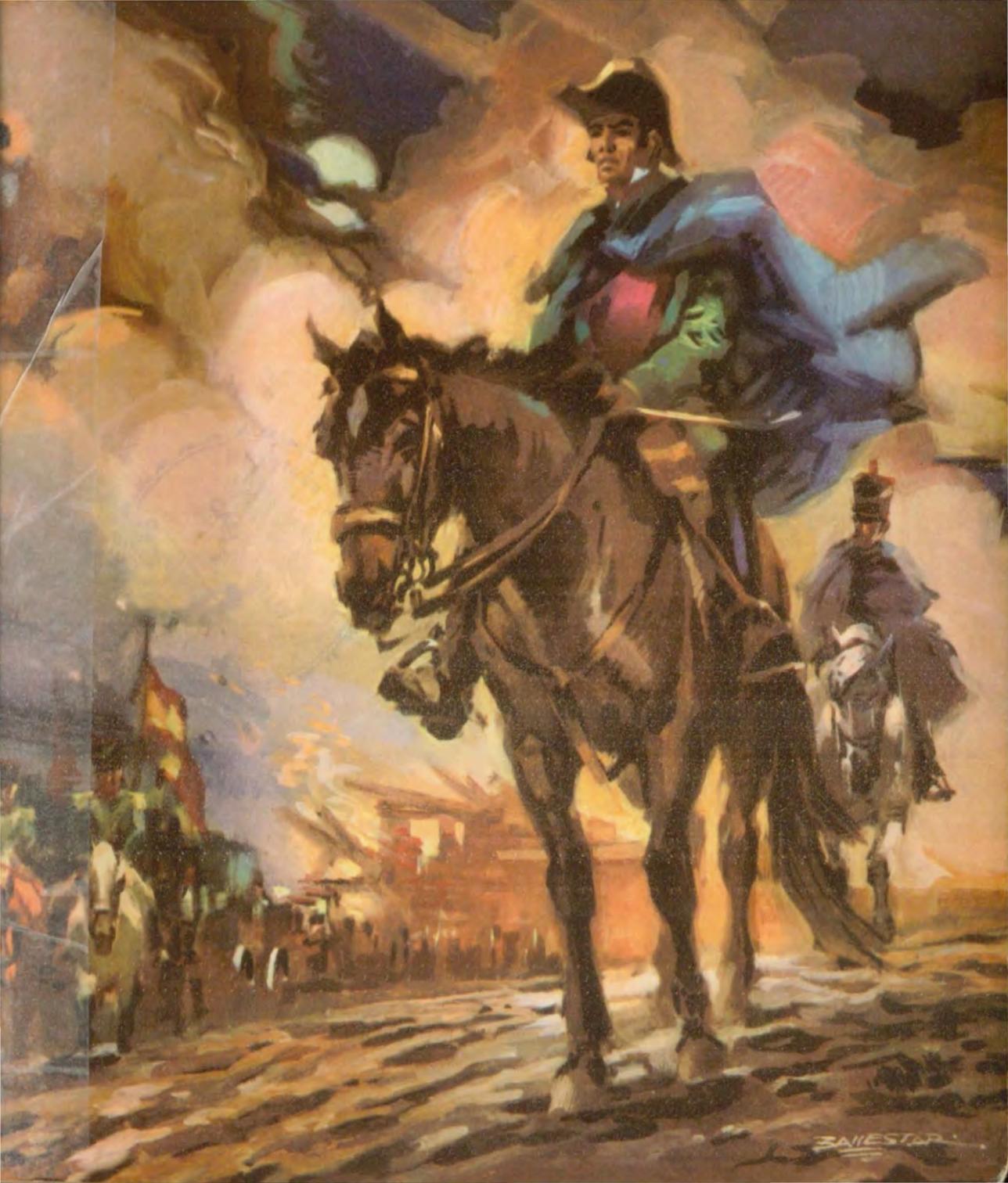
Printed in Spain

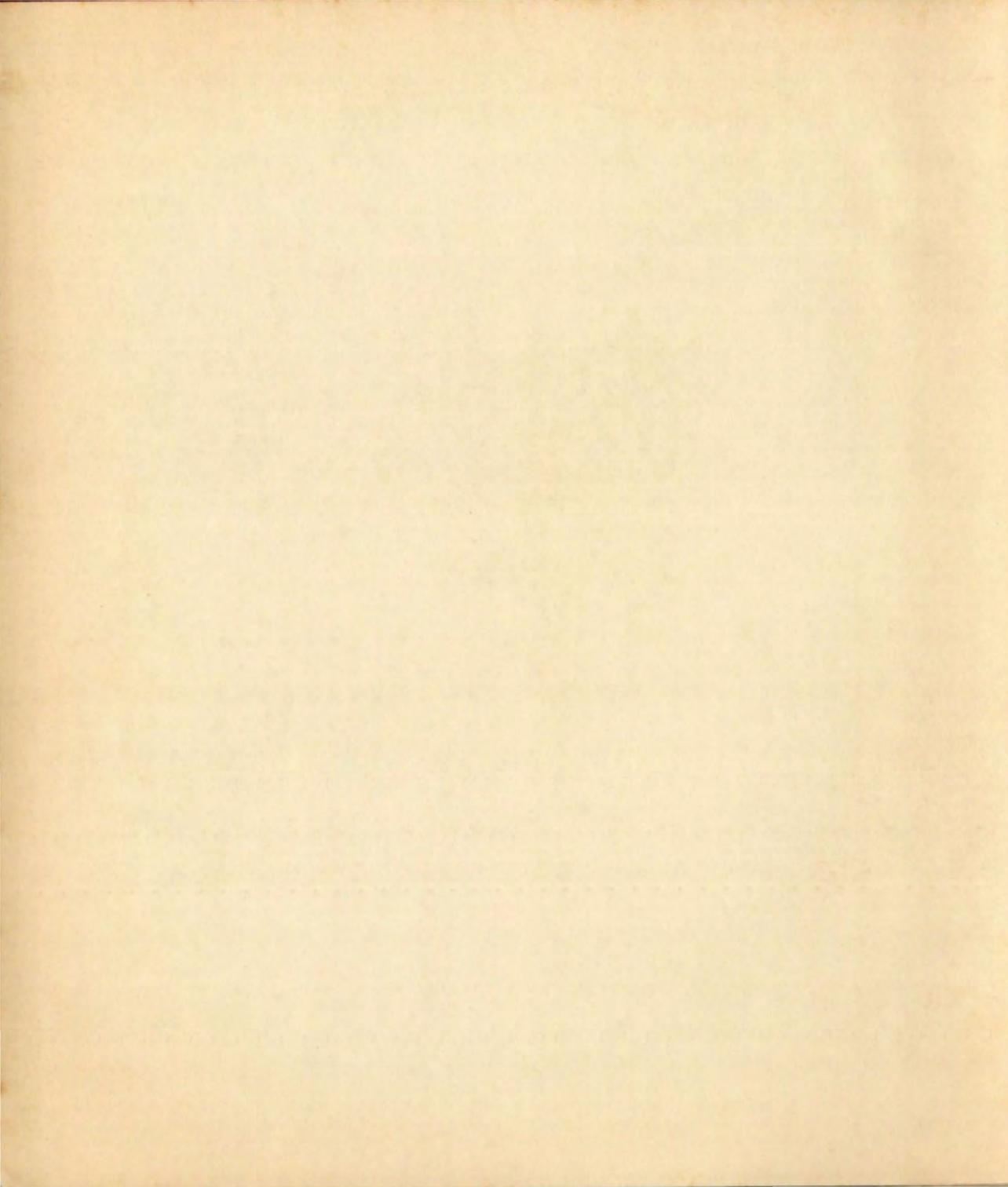
Impreso en España

Texto impreso por Gráficas Ampurias - Vilamarí, 102 - Barcelona - 15

Láminas impresas por Cromotex - Travesera de Gracia, 283 - Barcelona - 12

Cubierta impresa por Litografía Rosés - Bailén, 197 - Barcelona-12





## INTRODUCCIÓN

DESDE LAS POSTRIMERÍAS DEL SIGLO XVIII hasta mediados del siglo XIX brota en Europa y América, como una nueva primavera helénica, una juventud que destruye los moldes gastados y se proclama a sí misma enemiga de lo pasado. Es la era de la Revolución Francesa y del Romanticismo. La nueva generación lleva en su seno un ansia incontenible de libertad, y le alienta un fuego sagrado: su ímpetu desborda y aplasta todas las fronteras y se erige en árbitro del presente, trocando en realidad los sueños liberales de Mirabeau.

Recién cumplidos los veinte años, Camille Desmoulins hace añicos las puertas de la Bastilla y deja en libertad a centenares de inocentes, y Robespierre envía a la guillotina a Luis XVI y a María Antonieta. En Francia ha

sido proclamada —ante el estupor y la indignación del mundo entero— la Primera República. Luego se yergue como un nuevo dios la figura de ese jovenzuelo corso llamado Napoleón, que a la manera de un cataclismo planetario hará temblar todos los troncos de Europa. Es la hora de la juventud.

Pero se diría que, desde el Hades, tres espíritus —Montesquieu, Voltaire y Rousseau, los inspiradores de la Revolución— se han arrepentido de su mensaje y atraen al sepulcro a toda esa sementera de jóvenes puros y entusiastas, y todos ellos, absolutamente todos, mueren increíblemente jóvenes. Mozart, Schubert, Espronceda y Bécquer, no van más allá de los treinta y cinco años. Lermontov muere a los veintisiete. Con poca diferencia descienden también a la tumba los más brillantes

y prometedores espíritus de Europa y América: Lord Byron, Puxkin, Balmes, E. A. Poe, Leopardi...

Formando parte de esa familia de grandes creadores nace en América del Sur un alma extraña y uno de los seres más misteriosos de la historia de la Humanidad. En su mirada brilla el genio de Napoleón, la poesía de Byron y la penetración psicológica de Poe. Su verbo es más temible que su espada y su paso por América se asemeja al huracán que extiende de un confín a otro el soplo de la independencia. Antes de su aparición todo el Continente Sur y Centro yace encadenado a la voluntad

de monarcas europeos, triunfan los tribunales teocráticos y es considerada legal la ignominiosa esclavitud de los negros. Pero cuando este hombre singular y de honda raíz cristiana, al que nadie podía mirar a los ojos sin sentir un ligero temblor, abandona el mundo —joven aún—, el sol de la libertad ilumina aquellos parajes desde la frontera yanqui hasta la lejana Tierra de Fuego.

¿Quién es este extraordinario americano y cómo ha logrado semejante milagro? ¿Qué fuerza demoníaca o santa le impulsa en secreto? Vamos a verlo en seguida.

## INFANCIA Y ADOLESCENCIA

SIMÓN BOLÍVAR NACE EN CARACAS EL 24 de julio de 1783, en el seno de una familia de gran arraigo social. Sus antepasados caraqueños se remontan hasta el siglo XVI. A la elevada posición se añade un patrimonio extraordinario: los Bolívar son efectivamente una de las familias más ricas y poderosas de Venezuela.

Cuéntase que el padre de Simón deseaba llamarle Santiago, como el glorioso patrón de España, pero el clérigo que oficiaba objetó:

—Algún día este niño será como Simón Macabeo, que libró a los judíos de su servidumbre extranjera. También él libertará a su pueblo y por eso le bautizaré con el nombre de Simón.

Y así fue bautizado, mas esta historia parece inventada posteriormente, en la época de sus gloriosos triunfos.

Entretanto el famoso Simón y futuro Libertador —tal es el nombre que le dieron los pueblos americanos— tiene tres hermanos: Juan Vicente es el mayor, y Antonia y Juana los medianos; a continuación viene Simón, que es el más pequeño. Sus padres Juan Vicente y María proceden de una antigua estirpe española. Por si fuera poca su fortuna económica, al nacer, el sacerdote Félix Aristeiguieta constituye en su favor una hacienda que producía en aquellos tiempos cien mil pesetas anuales... fortuna fabulosa.

La madre de Simón era de constitución débil y pulmones frágiles —Simón heredará estas deficiencias—; y como no salía al aire libre porque por entonces no era *conveniente* para una dama de su posición, sobrevivió poco tiempo. La pobre andaba muy despa-

cio y hablaba en voz baja, como asustada de algo indefinible, y sonreía con enfermiza ternura. Tres años después del nacimiento de Simón, éste y sus cuatro hermanos quedan huérfanos de padre; a los trece fallece su madre y a los catorce el abuelo. El desamparo y la confusión de los cuatro hermanos es casi total, pues de pronto se han quedado sin una mano cariñosa y una palabra consejera. Simón se siente solo y abatido. Pero volvamos atrás y digamos algo de sus padres y hermanos.

Doña María de la Concepción, su madre, era una mujer muy hermosa y pertenecía, lo mismo que su marido, a una familia arraigada en América desde hacía varias generaciones. A su paso por Caracas los personajes de relieve se inclinaban con una leve reverencia. Los Bolívar son una familia muy piadosa y honesta. Ahora bien, por ser más americanos que españoles, su participación en los asuntos del gobierno les estaba vedada. Poseían una bella casa en la ciudad y otra en el campo, en San Mateo, por lo que la larga estación veraniega la pasaban fuera de Caracas. Tal era la costumbre habitual en América. La rigidez de hábitos y maneras de la época no veía con buenos ojos que la esposa saliese mucho de su hogar, y así la desdichada doña María, siempre encerrada en oscuras habitaciones, fue marchitándose y abandonó

este mundo muy prematuramente, en plena juventud y diez años después de que falleciera su marido. Al morir los padres, los hijos fueron confiados a unos parientes. Juan Vicente, Antonia y Juana fueron a un hogar distinto del que acogió a Simón, colocado bajo la tutela de don Carlos Palacios. Los cuatro huérfanos mantendrían siempre excelentes relaciones, pero en particular la hermana menor le sería a Simón de no poca ayuda en los tiempos adversos. Juan Vicente se especializó en la administración de las fincas y desde muy joven se situó al frente de San Mateo. En cambio Juana y Antonia sólo recibieron enseñanzas de tipo matrimonial, de modo que a no ser por el rebelde hermano menor el apellido Bolívar se habría extinguido.

De niño a Simón le gustaba, como a todos, jugar con los soldados de plomo, pero lo que más le encantaba, en San Mateo, era corretear y convivir con los humildes esclavos de la hacienda familiar. Y alguien ha apuntado que acaso naciese de esa camaradería con los esclavos su amor a éstos y su deseo —que después plasmó en realidad, anticipándose más de un cuarto de siglo a Lincoln— de libertarlos de su vejatoria condición, y para cuya abolición la Monarquía española no gozó de buenos consejeros. Por su parte los negros se regocijaban con él y le miraban

cuando montaba sus caballos y corría al galope (aprendió a montar a los ocho años).

—¡Bravo, patroncito, bravo! —le gritaban. Y Simón cabalgaba como una centella.

El tutor de los cuatro niños es don Carlos Palacios, quien les asignará excelentes preceptores: Andrés Bello, célebre literato, y un hombre aventurero y excéntrico llamado Simón Carreño, aunque se hacía llamar Rodríguez. Éste era un hombre influido en extremo por los enciclopedistas franceses y ferviente lector del *Emilio* de Rousseau. Por este preceptor sentirá Bolívar una entrañable devoción.

Sin embargo, Simón no demostró ser inteligente y activo. Su carácter era además indomable y rebelde. Difícilmente lograba contener su genio explosivo, burlón, descarado y a la vez voluntarioso. Si bien poco disciplinado para el estudio, eran prodigiosas su memoria, su poder deductivo y su facilidad de comprensión.

En cierta ocasión, siendo aún muy chiquitín, salió con su tutor de paseo. Éste montaba un magnífico caballo y Simón un borriquillo. A pesar de su desventaja quiso adelantarle, para lo cual azuzó con violencia a su jumento, hasta el punto que el tutor, viéndole balancearse, le dijo:

—¡Cuidado, Simoncito, que no te

sostienes bien! No serás jamás un buen jinete...

Y el chiquillo, que poco después galoparía con gran asombro de los amiguitos negros, replicó enfurecido:

—¿Y cómo quiere usted que yo sea un buen jinete sobre un borriquillo miserable que no sirve más que para cargar leña?

Por aquellos tiempos la instrucción escolar estaba bastante abandonada. La Universidad de Caracas contaba con algunos elementos importantes, pero la primera enseñanza dejaba mucho que desear. Por eso todas las buenas familias enviaban a sus hijos a España para seguir una carrera. Y es probable que Simón hubiera corrido igual suerte a no ser por la inesperada muerte de su padre.

A su madre se le hizo cuesta arriba confiar sus hijos varones a la enseñanza de la Península, dado que las doctrinas filosóficas de la «ilustración» francesa privaban mucho allí, así que a su muerte quedaron los cuatro hijos sin una orientación pedagógica definida.

Don Carlos Palacios, débil de carácter e indulgente en demasía, no supo realizar su tutoría con la necesaria eficacia, de forma que los niños no avanzaron en sus estudios tanto como era de esperar.

Simón no careció, al menos al prin-

cipio, de buenos pedagogos. La Religión y Matemáticas se las enseñó el Padre Andújar, capuchino; el literato Andrés Bello le descubrió los encantos y los horizontes de la Literatura y la Geografía; el resto de las asignaturas las aprendió del padre Negrete, de Carrasco, de Vides y de Pelgron.

Pero el profesor predilecto de Simón fue, como queda dicho, Rodríguez, quien poseía, a pesar de todo, un claro ingenio y sobre todo un vasto arsenal de experiencias nacidas de sus viajes por Francia, Alemania y España. Se ufanaba Rodríguez de ser parecido al *Emilio* de Rousseau, pues también este personaje era, como él, «robusto y buen mozo, hijo de una gran familia, huérfano y rico». La influencia que Rodríguez ejerció sobre el muchacho fue decisiva y le inculcó una educación naturalista que lo hizo, al menos, un hombre sano y fuerte.

Las prolongadas estancias en el campo —alargadas a causa de Rodríguez— desarrollaron en el discípulo un ardiente amor a la naturaleza que conservó toda su vida. Él y su maestro gustaban de realizar largas excursiones por entre aquel paisaje vasto y exuberante, amenizadas con charlas interminables que desvelaban en el niño el espíritu de observación y de crítica y la facultad de pensar por sí mismo. Al mismo tiempo Rodríguez le habituaba

a múltiples ejercicios físicos, preferentemente la natación y la equitación, en las que llegó a descollar.

Poco tiempo gozaría Simón de la compañía de su profesor, pues éste se hallaba comprometido en una insurrección. Por primera vez el alumno derramaría ardientes lágrimas al separarse de su maestro. Pero el lazo de cariño que había brotado entre ellos sería tan firme que se prolongaría hasta el resto de sus días. El Destino les tenía reservados posteriores encuentros. Entonces sólo contaba Simón catorce años. ¿Qué preceptor le asignaría ahora su tutor? El chico era rebelde y harto difícil de encauzar, y no debía descartarse el peligro de que sin estudios más amplios se convirtiera en un estudiante indómito. Fue entonces cuando apareció Andrés Bello, hombre culto y refinado que sin embargo no tuvo suerte como profesor. No obstante, logró infundirle un vivo interés por la Literatura.

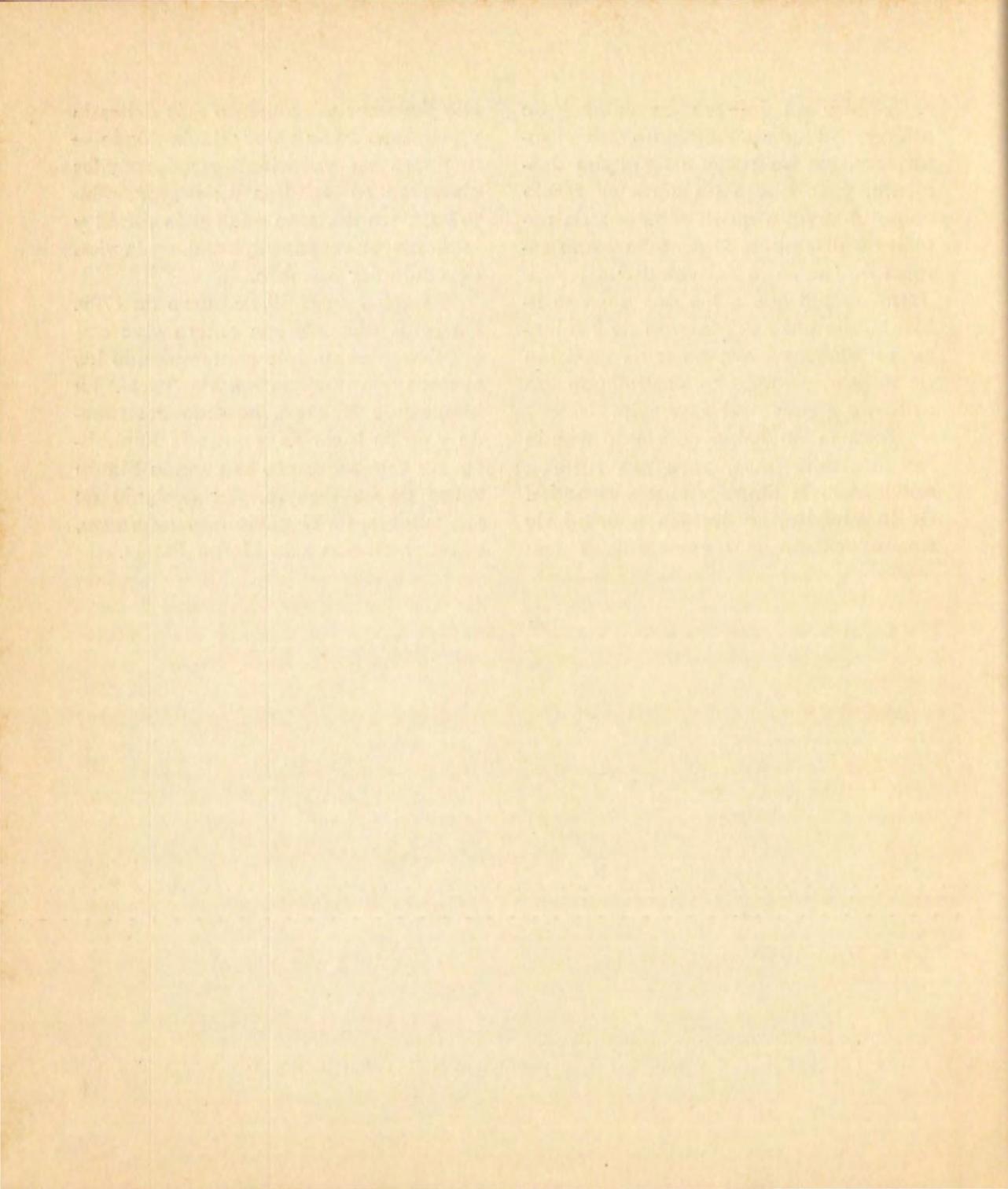
Existía en Caracas una milicia llamada «Voluntarios Blancos de los Valles de Aragua», creada por el abuelo de Simón, aquel viejo y duro Juan Bolívar. Éste y su hijo Juan Vicente habían sido coroneles del Batallón, y cuando Simón cumplió los catorce años fue admitido en la milicia como un preciado honor, pues no en vano era éste el cuerpo de mayor solera en Venezue-

la, e hizo su ingreso en calidad de alférez. Su comportamiento era regular, pero su instrucción resultaba deficiente, y es que a un carácter reacio como el suyo, a quien repelía toda noción de disciplina, le sentaba como camisa de fuerza la actividad cuartelera. Tanto es así que a los dos años se libraría con gozo del Cuerpo de «Voluntarios Blancos». No; no tenía vocación de militar, aunque su patriotismo era ardiente y presto al sacrificio.

Todavía no había cumplido Simón los diecisiete años, pero sus tutores, adivinando la finura y excepcionalidad de su espíritu, se deciden a brindarle una educación más esmerada. Y con

ello llegamos al momento más delicado y peligroso de su vida. ¿Hacia dónde se inclinará su vocación? ¿Qué móviles ejercerán en su alma un mayor influjo? Es, sin duda, la edad más difícil y la de mayor responsabilidad, en la vida de cualquier hombre.

Estamos en el 19 de enero de 1799. En estos días Europa entera vive con el corazón en un hilo contemplando los sucesos revolucionarios de París. La Monarquía francesa ha sido destronada y en su lugar se levanta la República. En este momento es cuando Simón zarpa de La Guayra, por designio de sus tutores, en el navío *San Ildefonso*, español, rumbo a la Madre Patria.



## CAPÍTULO II

### UN AMOR ETERNO

SIMÓN LLEGA A MADRID EL MES DE MAYO.

El viaje ha sido largo y penoso; ha durado casi cuatro meses, un plazo excesivo a causa del bloqueo británico contra España (ambas naciones estaban en guerra), y la escala en Veracruz y en La Habana retardaron su llegada a Europa. Desde La Habana el *San Ildefonso*, escoltado por el navío *San Pedro Alcántara* y las fragatas *Carmen* y *Esmeralda*, emprendió rumbo a España. A los veintisiete días llegó al Cabo Ortegál, y en tres días más a Santoña, desde cuya población se encaminó hacia Bilbao y finalmente a la capital de la poderosa España, *en cuyos dominios no se ponía el sol*, según frase de la época. Este largo viaje, que más que viaje resultaba una aventura llena de peligros, en lugar de asustar al joven viajero le abrió una sed insaciable de

nuevos climas y nuevas razas. Su corazón sediento de emociones encontró incluso en la angustia una fuente de excitantes novedades. A Simón le sorprendía y le interesaba vivamente la geografía y las costumbres de otras latitudes. Se hizo amigo de la tripulación del buque y de los viajeros y charlaba con entusiasmo con las gentes de los diferentes puertos. La llegada a España, la Madre Patria, le produce singular excitación. ¡Madrid! Trono de un gran imperio y símbolo de cultura y poder. Los ojos fascinados de Simón recorrían Madrid con una mezcla de regocijo y una cierta envidia porque todo aquello era superior a su querida Caracas. «¡Qué bonita es la ciudad de Madrid —pensaba— con sus palacios, sus calles, sus museos y bibliotecas, sus jardines, la maravilla de sus fiestas y la

simpatía de sus habitantes!» Sin embargo, más tarde encontraría cosas que no le gustarían tanto...

Cuando don Esteban Palacios, marqués de Ustáriz, hermano de su tutor venezolano, le recibió en Madrid, lo hizo con extrema cordialidad y solicitud, hospedándole en su propia casa según de antemano se había convenido. El prestigio de los Bolívar era tan conocido y notorio en América como en España, así que los salones más selectos se le abrieron con deferencia.

Reinaba a la sazón en España Carlos IV; y en cierta ocasión memorable el entonces príncipe de Asturias —posteriormente rey Fernando VII de todas las Españas— invitó a Simón a jugar a la pelota en Aranjuez. Cuando el juego estaba llegando a su apogeo, un pelotazo enviado por Simón despojó al Príncipe de su sombrero. Se enojó éste hasta el extremo de no querer proseguir el juego, y a buen seguro que se habría suspendida definitivamente a no ser por la intervención de su madre, que le obligó a continuar. El incidente le haría decir a Simón más tarde:

—¿Quién habría dicho entonces a Fernando VII que semejante accidente era presagio de que algún día le arrancarían yo las más bellas joyas de su corona?

El ambiente que Simón encontraba

en la Corte no se adaptaba a su disposición de espíritu. No era el suyo un carácter frívolo, y por tanto no tardó en reaccionar contra el hábito de frecuentar los salones donde tantas distracciones y deleites se le ofrecían al alcance de la mano. Su nuevo amigo en Madrid, el anciano marqués de Ustáriz, vinculado a familias de Caracas, no tarda en adivinar las cualidades excepcionales del muchacho al que invitó a vivir en su casa. El marqués procura encauzarle, con el beneplácito de don Esteban Palacios, hacia los conocimientos tradicionales y los ideales que han proporcionado tan sustanciosos frutos a su familia y al mismo Imperio. Pero a Simón no le tientan las riquezas terrenas. No es sensible a la vanidad, al lujo y a la fama. Su alma inquieta se orienta más bien hacia los eternos problemas del espíritu, que por primera vez se le presentan ahora a su inteligencia.

Por fortuna la biblioteca del marqués está bien nutrida de buenos y variados libros. ¡Cuán a gusto se sentiría en ella su amigo Rodríguez! Su afán de lecturas encuentra en esta biblioteca un medio para saciarse. Se encierra en ella días enteros y lee con una sed de saber infinita. Todo le interesa, todo le apasiona. Lee sin descanso y se lanza a todos los temas: filosofía, arte, geografía, religión, literatura, historia, viajes, política... Los días le parecen

cortos y se diría que ha descubierto una verdadera mina de oro. ¡Cómo quisiera él abarcar en una hora, en un santiamén, todo el arsenal de conocimientos humanos! Y con tanta lectura (que merced a su genio asimila sin la menor confusión), su espíritu se enriquece, se forma y se agiganta...

A Simón se le ocurre pensar, contemplando los sugestivos títulos de aquella biblioteca, que si bien en España es factible adquirir esas obras, la prohibición sobre ellas pesa con grave peligro de la vida en los países hispano-americanos.

—Le aseguro, señor —le dice un día al marqués de Ustáriz en una conversación de sobremesa—, que su biblioteca sería subversiva en América española.

—Cierto, hijo, muy cierto. Me alegro de que lo hayas advertido, pero me alegraría más que te percataras de que hay cosas que aquí pueden ser buenas y allí malas. Aquí se gobierna, y si alguna vez quieres gobernar, has de ganar la suficiente confianza en la Corte para que nadie fiscalice tu biblioteca.

—Pues yo creo que para gobernar allí sería mejor ganarse la confianza de los americanos.

Silencio. Los comensales se miran inquietos, hasta que el marqués de Ustáriz exclama socarrón:

—¡Quién sabe, quién sabe! De momento dedícate a leer los libros de mi biblioteca, y luego tú verás.

Su pasión por saber le hace abrazar los libros de forma tan ininterrumpida que por poco cae enfermo. Siguiendo los consejos del marqués se decide a aceptar algunas de las muchas invitaciones que con mucha frecuencia recibe para asistir a recepciones y bailes aristocráticos.

—De esa forma —dice el marqués— guardarás un cierto equilibrio entre el estudio y la diversión. Sé equilibrado siempre en todo y evita los excesos de cualquier clase.

Es en la misma mansión del marqués de Ustáriz, y no en la Corte, donde conoce a cierta damita. Aunque muy joven y no excesivamente agraciada, la joven señorita es discreta, muy simpática y él la califica de «joya sin tacha y de inestimable valor». María Teresa del Toro y Alaiza —que así se llama la joven— era hija única de Bernardo del Toro, hermano del marqués del mismo nombre, oriundos de la capital venezolana. Entre Simón y María Teresa se encendió un amor puro y noble, dominado por la ansiedad y el espíritu de sacrificio y altruismo, cual corresponde a dos adolescentes.

—Te amaré siempre, eternamente —le dice Simón enternecido.

—Te querré, te seré siempre fiel y

te seguiré adonde tú vayas —le responde ella.

El marqués de Ustáriz no tarda en advertir el amor puro que consume a Simón, pero creyéndolo una borrasca pasajera invita al joven a realizar un viaje a París.

—Señor —objeta Simón—, me encantaría quedarme un año más en Madrid para continuar los estudios que usted tan benignamente dirige.

—No trates de engañarme, jovenzuelo: no es tu inteligencia, sino tu corazón, el que desea quedarse en Madrid. En París aprenderás muchas cosas, y hasta quizá a olvidar.

—No, señor: eso jamás —replica firmemente Simón, sonrojándose.

Más adelante un inesperado accidente le decide a emprender viaje a París. He aquí lo que ocurrió: un día por la mañana, paseándose por la puerta de Toledo, jinete en brioso corcel, le da el alto una ronda de guardia. Se le acusa —a él, tan rico, y sin necesidad de dinero —de haber traído joyas de las colonias sin el permiso real. La acusación le deja estupefacto.

—Pero esto es absurdo y grotesco —exclama vivamente.

Sin inmutarse el oficial de la guardia señala con un dedo los dos magníficos gemelos engarzados de diamantes que brillan en sus impolutos puños. Simón se da cuenta que de haberse vis-

to aquellas joyas en un español nadie habría reparado en ellas, pero llevándolas él, criollo, detalle racial que salta a la vista, la cosa es distinta. Una llamada de indignación le sube a la cabeza. No, él no consentiría esa humillación. Si es menester se defenderá con las armas.

—Para detenerme os será preciso quitarme la espada —replica valientemente a la acusación, y se pone de inmediato en guardia, espada en mano.

Los soldados lo rodean, desenvainando las suyas. En seguida se forma un tumulto. Los paseantes se detienen a contemplar la gallarda figura de aquel valiente joven que desafía nada menos que a la guardia real. El muchacho está dispuesto a pelear con todos ellos.

Por fortuna cruza por allí un personaje importante que conocía al venezolano y el incidente no llega a más. De todos modos tanto el marqués como sus amigos le aconsejan que se marche durante algún tiempo para evitar consecuencias graves. Por otra parte el padre de su amada le llama a su gabinete y le dice:

—Como verá por sí mismo, mi querido señor Bolívar, usted y mi hija son demasiado jóvenes para conocer las propias intenciones. El matrimonio es un asunto verdaderamente solemne, pues los enlaces conyugales son he-

chos en los cielos. De cualquier modo, soy un hombre de mi época. Todo lo que le pido a usted es que me prometa que no ha de ver a mi hija en un año; y si, al fin de ese plazo, ella le quiere a usted todavía por esposo, nos encontraremos de nuevo y veremos lo que se puede hacer.

Simón no tenía más remedio que aceptar, y respondió:

—Está bien. Cumpliré mi promesa formal de no volver a verla en un año.

Antes de marcharse a París le escribe una carta a su tío, Esteban Palacios, solicitándole su protección y el permiso para pedir la mano de su novia. «No ignora usted —le dice para apoyar su petición y no parecer un individuo imprevisor— que poseo un mayorazgo bastante cuantioso, con la precisa condición de que he de estar establecido en Caracas.»

Simón llega a París a principios de 1801. A la sazón el primer cónsul de Francia es Napoleón. Sus batallas victoriosas por toda Europa han desatado la admiración del mundo entero, aun cuando esta admiración no siempre sea manifestada y sí, a menudo, velada. Napoleón ha llevado el espíritu de la Revolución a todos los rincones de Francia y de Europa. El lema del nuevo régimen francés alienta en todos los corazones. Hasta los adversarios sienten hondamente el hechizo que se

desprende de los hombres y las ideas de la Constitución, la cual ha proclamado los Derechos del Hombre y supone una mayor justicia social, una poda a la corrupción monárquica y un campo abierto al desarrollo económico y cultural. Sí, la Revolución es saludada con entusiasmo por doquier. Por otro lado Simón ve en el primer Cónsul francés un héroe cuyo genio puede parangonarse con los del mundo grecorromano.

En París puede gritar —¡fuera todo disimulo!— en favor de todos aquellos ideales que en Venezuela llevaron a la cárcel o a la muerte a tantos amigos suyos. En París halla también una sociedad más cosmopolita y avanzada, las bibliotecas son mayores y mejor provistas y se respira un aire rejuvenecido y comprensivo. El alma de Simón vibra de emoción y traza mil planes para el futuro. Allí se siente vivir en plenitud. Sólo hay una espina en su corazón: ¡si estuviera con él María Teresa...! Durante todo un año le escribe frecuentes y apasionadas cartas de amor, en las que siempre le renueva su fidelidad y su rendida entrega. En ellas describe los encantos innumerables de aquella sociedad maravillosa, tolerante y civilizada.

Cuando se aproxima el fin del año de voluntario exilio, le escribe al marqués de Ustáriz y le insta para que conjure el peligro, en caso de que ver-

daderamente alguno le amenace en la capital española. Pero en la carta no menciona el verdadero motivo de su regreso (ver a María Teresa) a fin de que el marqués no invente algún motivo que le impida el regreso. Éste le responde tranquilizándole: no hay en Madrid ningún peligro que le aceche y puede retornar sin angustia.

Desbordante de alegría, Simón vuelve a España. El amor entre los dos jóvenes sigue fuerte e inalterable como una roca, por lo que los padres de la muchacha se convencen de que no se trata de un idilio pasajero sino de una pasión inquebrantable a través del tiempo.

Los preparativos de la boda se realizan sin perder tiempo, la suntuosidad de la cual siempre le parece poco para el objeto de su amor. Después de celebrada la boda —la nostalgia de América vence al joven esposo— preparan el viaje al Nuevo Mundo.

—Allí seremos muy felices, tendremos muchos hijos, muchos, María Teresa —dice Simón—. De niños ya serán magníficos jinetes, como yo o mejor que yo todavía.

—Y los negros que cuidan de todo aquello, ¿no son malos? —le pregunta con cándido miedo su esposa.

—Has de saber —le dice Simón a su mujer— que los negros no son, en absoluto, malos. Son peores algunos

blancos de Caracas. Además yo los libertaré a todos y nos querrán como a sus padres. Ya lo verás, puedes estar segura: allí seremos completamente felices.

Simón se dedica con regocijo a describir la sociedad y el campo de Sudamérica. Ella le escucha con una alegría que habría sido completa de no haber tenido que abandonar, quizá para siempre, a sus propios padres.

Marcharon a La Coruña y desde allí embarcaron rumbo a Venezuela, y dos meses después estaban ya en Caracas.

Una vez en sus posesiones dedicóse a una vida pacífica y hogareña de hombre enamorado. Sería difícil descubrir en este período al verdadero Simón Bolívar, consagrado a la vida en plena naturaleza, como antaño hiciera con su entrañable maestro y amigo Simón Rodríguez. ¡Cuán poco sospecha Simón la vida azarosa que el Destino le tiene reservada...!

Poco había de durar esta felicidad, compuesta de amor, interminables lecturas y su vigilancia de las faenas agrícolas en las haciendas de San Mateo. Amigos y familiares les visitaban con frecuencia. Por desgracia la joven esposa, delicada de salud, acusó el cambio de clima, debilitándose, y a los diez meses de permanencia en suelo americano fue presa de unas fiebres... Sin apenas oponer resistencia a la enferme-



SALIESTEP



dad, fue languideciendo hasta que entregó su alma al Señor. Este golpe fue excesivo para Simón y le sumió en una desesperada y callada tristeza.

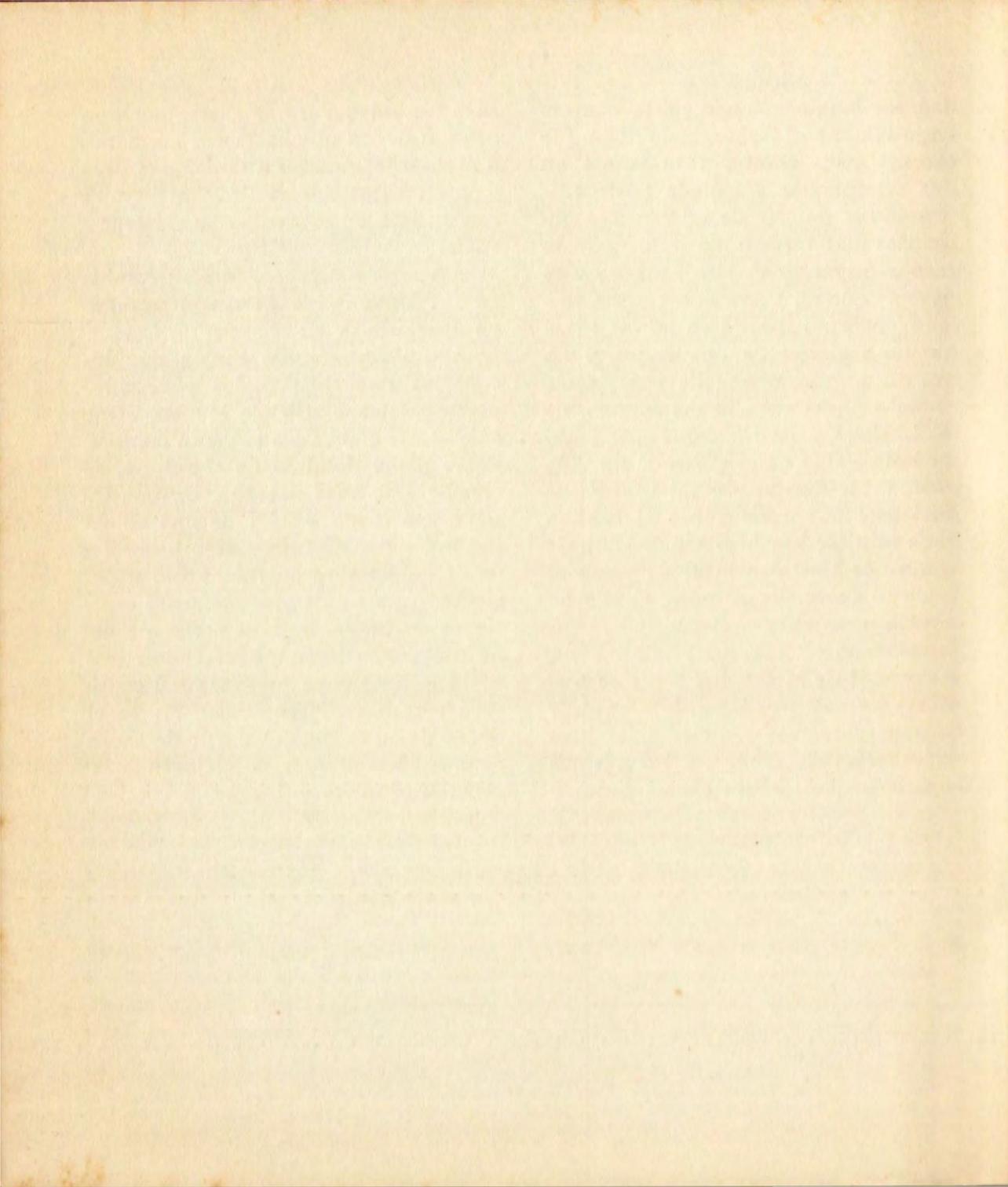
—Sin la muerte de mi esposa —diría años más tarde— no hubiera realizado mi segundo viaje a Europa; y es de creer que en Caracas o en San Mateo no habrían nacido en mí las ideas que me vinieron en mis viajes, y no hubiera adquirido aquella experiencia ni hecho aquel estudio del mundo, de los hombres y de las cosas que tanto me han servido en el curso de mi vida pública. La muerte de mi mujer me puso muy temprano sobre el camino de la política; me hizo seguir después el carro de Marte en lugar de seguir el arado de Ceres. Vean, pues, si ella ha influido o no sobre mi suerte.

Huérfano y viudo a los veinte años, y a merced de la soledad —hízose a sí mismo formal propósito de no volver a contraer nuevas nupcias—, anduvo varios meses sin norte por los mismos lugares en que los que desarrollara su

luna de miel. Pero la crisis nerviosa era tan honda que hasta sus hermanos y amigos le instaron a tomar una decisión en su vida, una decisión heroica que llenara de contenido su existencia vacía.

—Vuelve a Europa, Simón; cambia de ambiente... —le decían interesados en apartarle de su tristeza.

Al fin comprendió Simón que los consejos eran justificados y resuelve partir de nuevo al Viejo Mundo. Tiene sólo veinte años, pero es ya un hombre. Posee pleno dominio de sí mismo, se conoce y se sabe poseedor de una inteligencia excepcional y de una voluntad indómita. El sufrimiento ha hecho de él un hombre curtido, recio y paciente. A partir de este momento —estamos en 1803— deja de ser el pequeño o el joven Simón, para convertirse en el Bolívar cuya personalidad cautivará a quienes le conozcan. Es ya el dueño de su destino. A partir de ahora actuará el hombre y no el joven inexperto y cándido.



### CAPÍTULO III

## JURAMENTO EN MONTE SAGRADO

UNA VEZ SOLUCIONADOS LOS TRÁMITES reglamentarios para realizar un segundo viaje a Europa, reúne todos sus bienes y, después de quedarse para sí lo imprescindible, le cede a su hermano Juan Vicente el resto. Pero éste rehúsa aceptarlo.

—Es tuyo y debe ser tuyo, Simón. Algún día puedes necesitar esas riquezas.

—Entonces ¿rechazas formalmente mi oferta?

—La rechazo, Simón. Vuelve a Europa y ¡ojalá tengas esta vez más suerte!

—Gracias, hermano.

Después de abrazarse emocionados, Simón parte para España. Y al llegar a Madrid lo primero que hace es visitar a sus suegros y contarles las circunstancias de la desgracia que sobre

su amada María Teresa se había abtido a los diez meses de vivir en Venezuela, y cómo la pobre falleció a los cinco días de haber contraído las fiebres.

Se encontraba Bolívar en la capital española, con su suegro, don Bernardo, cuando comenzaron a escasear el pan y los comestibles. Para aliviar en parte la situación el Gobierno publicó un bando en el que invitaba a los extranjeros a salir de la ciudad. Bolívar no tenía el propósito de permanecer en ella largo tiempo, mas esta medida precipitó su deseo de marcharse a París, en cuyo viaje le acompañó su amigo Fernando Toro, también venezolano y primo de su difunta esposa. Y así una soleada mañana de principios de mayo de 1804 los dos se encontraban ya en la *Ville-lumière*, como había

dado en llamarse a la capital de Francia.

Joven y rico, nuestro hombre se sintió dulcemente influido por las corrientes espirituales del momento: se vinculó a círculos distinguidos, frecuentó salones y se interesó por la literatura. Los ideales en boga y el romanticismo de Chateaubriand dejarían en su alma honda huella. Bolívar traba amistad con el famoso Alejandro Humboldt, recién llegado de su viaje científico por el Nuevo Mundo, y alterna de continuo con personajes de alto relieve en los círculos literarios, mundanos o políticos. Su espíritu selecciona tan diversas influencias y las somete a un exigente tamiz crítico, con lo que su trayectoria interior se va modelando y fijándose en unos contornos permanentes.

Bolívar había seguido con interés los pasos del «Gran Corso». Mas he aquí que este ídolo, Napoleón, se iba encaminando hacia una especie de monarquía dictatorial, creando en sí mismo una nueva dinastía de monarcas. Llegó incluso a otorgarse la importancia de un Carlomagno.

«Yo adoraba en Napoleón al héroe de la República —escribe Bolívar en sus Memorias— y a la más brillante estrella de la gloria y el genio de la libertad. En el pasado yo no conocía nada que se igualara, ni prometía el

porvenir producir su semejante. Se proclamó emperador y desde aquel día le miré como un tirano hipócrita, oprobio de la libertad y obstáculo al progreso de la civilización. Me imaginaba verle oponiéndose a los generosos impulsos del género humano, que se adelantaba hacia su felicidad, y derribando la columna sobre que estaba colocada la libertad, que no volvería a levantarse.

»¡Qué horribles sensaciones de indignación produjo en mi alma este melancólico espectáculo, dominado como estaba de un fanático amor a la libertad y a la gloria! Desde entonces no pude reconciliarme con Napoleón. Su gloria me parecía un resplandor del infierno, las lúgubres llamas de un volcán destructor cerniéndose sobre la prisión del Mundo. Miraba sorprendido a la Francia, una gran República cubierta con los trofeos y monumentos que ostentaban el poder de sus ejércitos y de sus instituciones, cambiando por una corona el gorro de la libertad, y al pueblo abdicando su soberanía en un monarca.

»Apenas podía creer lo que veía: un pueblo frenético en su odio a la tiranía y sediento de igualdad, contemplando impasible la ruina de sus conquistas sobre la superstición y el trono.»

Y estas conclusiones no se recata-

ba de proclamarlas a los cuatro vientos, sinceridad que en más de una ocasión le puso en un aprieto. Y parece que solamente le salvaba de estas situaciones comprometidas su gracia natural y su valentía.

Entretanto Bolívar se dejaba arrastrar por los encantos de una vida en perpetua metamorfosis y asimilación. Frecuentaba ciertos salones galantes y a menudo, entre bellas y delicadas damas, sentía que se deslizaba hacia el galanteo, del que después se arrepentía amargamente. De pronto Bolívar se tropieza nada menos que con su entrañable maestro, Simón Rodríguez, quien tuvo que abandonarlo cuando él tenía sólo catorce años a causa de verse envuelto el profesor en una insurrección contra el poder imperial de España. Simón Bolívar le había distinguido siempre con afecto casi paternal y un desinterés sólo propio de un idealista. El encuentro constituyó para ambos una alegría indescriptible. Los dos estaban en París cuando tuvo lugar en Italia la coronación de Napoleón y decidieron realizar juntos un viaje por el vecino país.

Al llegar a Milán coincidieron con el momento en que también allí el emperador de los franceses se coronaba como un antiguo rey lombardo, es decir, rey de Italia. Como habían atravesado a pie los Alpes, siguieron viajan-

do, sin plan fijo, un poco a la ventura, sin prisas, procurando ver todas las obras artísticas del país que era cuna del arte.

Por entonces Gran Bretaña fomentaba de continuo el espíritu de independencia política y administrativa en las posesiones españolas. Humboldt había dicho a Bolívar en París:

—Creo que el país está maduro para la independencia, pero no veo al hombre capaz de realizarla.

Estas palabras dejarían en Bolívar una huella profunda. Su amigo el profesor Rodríguez dejó escritas estas líneas:

«Después de la coronación de Bonaparte viajamos Bolívar y yo, en estrecha compañía y en íntima amistad, por gran parte de los territorios de Francia, Italia y Suiza. Unas veces íbamos a pie y otras en diligencia. En Roma nos detuvimos bastante tiempo. Un día, después de haber comido y cuando ya el sol se inclinaba al occidente, emprendimos paseo hacia la puerta del Monte Sagrado. Aunque esos llamados montes no sean otra cosa que rebajadas colinas, el calor era tan intenso que nos agitamos en la marcha lo suficiente para llegar jadeantes y cubiertos por copiosa transpiración a la parte culminante de aquel mamelón. Llegados a ella, nos sentamos sobre un trozo de mármol blanco, resto de una

columna destrozada por el tiempo. Yo tenía fijos mis ojos sobre la fisonomía del adolescente, porque percibía en ella cierto aire de preocupación y concentrado pensamiento.

»Después de descansar un poco y con la respiración más libre, Bolívar, con cierta solemnidad que no olvidaré jamás, se puso en pie y, como si estuviese solo, miró a todos los puntos del horizonte, y al través de los amarillos rayos del sol poniente paseó su mirada escrutadora, fija y brillante, por sobre los puntos principales que alcanzábamos a dominar.

«—¿Conque éste es —dijo— el pueblo de Rómulo y Numa, de los Gracos y los Horacios, de Augusto y de Nerón, de César y de Bruto, de Tiberio y de Trajano? Aquí todas las grandezas han tenido su tipo y todas las miserias su cuna. Octavio se disfraza con el manto de la piedad pública para ocultar la suspicacia de su carácter y sus arrebatos sanguinarios; Bruto clava el puñal en el corazón de su protector para reemplazar la tiranía de César con la suya propia; Antonio renuncia los derechos de su gloria para embarcarse en las galeras de una meretriz; sin proyectos de reforma, Sila degüella a sus compatriotas, y Tiberio, sombrío como la noche y depravado como el crimen, divide su tiempo entre la concupiscencia y la matanza. Por un Cincinato,

hubo cien Caracallas; por un Trajano, cien Calígulas y por un Vespasiano, cien Claudios. Este pueblo ha dado para todo: severidad para los viejos tiempos, austeridad para la República, depravación para los emperadores, catacumbas para los cristianos, valor para conquistar el mundo entero, ambición para conquistar todos los estados de la tierra en arrabales tributarios, mujeres para hacer pasar todas las ruedas sacrílegas de su carruaje sobre el trono destrozado de sus padres, oradores para conmover, como Cicerón, poetas para seducir con su canto, como Virgilio, satíricos como Juvenal y Lucrecio, filósofos débiles como Séneca y ciudadanos enteros como Catón. Este pueblo ha dado para todo: Mesalinas corrompidas, Agripinas sin entrañas, grandes historiadores, naturalistas insignes, guerreros ilustres, procónsules rapaces, sibaritas desenfrenados, aquilatadas vírgenes y crímenes groseros; pero para la emancipación del espíritu, para la extirpación de las preocupaciones, para el enaltecimiento del hombre y para la perfectibilidad definitiva de su razón, bien poco, por no decir nada. La civilización que ha soplado del Oriente ha mostrado aquí sus faces, ha hecho ver todos sus elementos; mas en cuanto a resolver el gran problema del hombre en libertad, parece que el asunto ha

sido desconocido y que el despejo de esa misteriosa incógnita no ha de despojarse sino en el Nuevo Mundo.

»Y luego, volviéndose hacia mí, húmedos los ojos, palpitante el pecho, enrojecido el rostro, con una animación casi febril, me dijo:

«—Juro delante de usted; juro por el Dios de mis padres; juro por ellos, juro por mi honor y juro por la Patria, que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español.»

El texto que acabamos de transcribir nos ha sido revelado, como queda dicho, por Simón Rodríguez. Pero aún transcurrirían varios años antes de que el nombre de Simón Bolívar sonara como un reguero de pólvora por los pueblos y ciudades del continente americano.

Aun cuando católico por nacimiento y educación, las enseñanzas de Rodríguez habían alejado a Bolívar en algunas ocasiones del catolicismo. Sin embargo, será de hecho un verdadero católico y un hombre de una fe inmovible. Es quizá por eso que ante el poder del Vaticano se siente hondamente impresionado. Bolívar consigue una entrevista con el embajador español en Roma y al punto indica a éste su deseo: una audiencia con el Papa. El diplomático se lo consigue; y cuan-

do el venezolano se halla ante el Santo Padre, se apodera de él una duda: ¿debe arrodillarse y besarle la sandalia como prescribía en aquellos tiempos el protocolo? El embajador se siente violento por la conducta inaudita del sudamericano.

—No os preocupéis, Excelencia —murmura el Santo Padre con un gesto de comprensión—. Los fieros jóvenes de nuestra época han destruido muchas cosas y también han reparado muchas injusticias, pero temen amansarse y traicionar a sus propios ideales si se inclinan ante los que siempre quedarán en pie. Por sí mismos los frutos quedarán en sazón o se desprenderán del árbol de la vida.

Por unos meses continúan juntos el antiguo profesor y el ex alumno. No tienen prisa. Por otro lado, Bolívar, en contacto con su maestro, va madurando sus ideas adaptándolas a las realidades. No traza aún ningún plan liberador, sino que se limita a redondear sus ideales y otorgarles una filosofía y una moral. Piensa en George Washington, en Jefferson, quienes dispusieron de los mejores cerebros y las mejores espadas de la época para liberarse del yugo británico, y piensa en los infortunados y fugaces predecesores en la lucha por la independencia. ¿Cuál ha sido la causa del fracaso de esos luchadores sudamericanos? Hay dos por lo

menos: una es falta de madurez de los pueblos sudamericanos para imponer y mantener la independencia, y la otra es la carencia de método, de disciplina y preparación de todos los aspirantes a libertadores. Por otro lado, ¿qué es la libertad, la tan soñada y adorada libertad, sin un reparto más equitativo de las tierras? ¿No sería condenar al hombre libre a morir libremente de hambre? ¿Y por qué no liberar a los negros también de la esclavitud? Muchos son los aspectos de la cuestión que Bolívar debe reflexionar antes de mover un dedo para su ideal, el cual no se limita a un acto de liberación local —la libertad sólo en Venezuela, su patria— sino que va más allá: aspira a la liberación de todo el Continente Americano de la presencia extranjera. Su sueño dorado es una *Federación Unida de Estados Americanos*, en la que estuviese comprendida toda América, de Norte a Sur. Pero

esto último ¿no sería ir demasiado lejos? Algunas dudas le asaltan todavía. Tiene mucho que pensar y madurar aún.

Al fin Bolívar se despidió, no sin sentimiento, de su profesor y emprendió el camino hacia París para arreglar sus asuntos y preparar el regreso a la patria. Entretanto Rodríguez reanuda sus viajes y se dirige esta vez a Constantinopla. No volverá a ver a su discípulo hasta muchos años después. Pero no importa: la resplandeciente figura de Bolívar se proyectará al mundo, con vítores o con asombro indignado, en todos los rincones del globo.

Pero antes de marchar a París, Bolívar pasa antes por Venecia, ciudad que ofrece a los venezolanos un atractivo especial. ¿No revelaba Venezuela, pequeña Venecia, que su patria había sido visitada por gentes relacionadas con la en otra época brillante y esplendorosa República de Venecia?

## CAPÍTULO IV

### EL PRIMER ESTALLIDO

LLEGADO BOLÍVAR A PARÍS, HIZO DESDE aquí pequeños viajes a Inglaterra, Alemania y Holanda. Su sed de saber —ahora con un ansia por lo político-social en sus resultados prácticos— le proyectaba, infatigable, a todo el centro supercivilizado de Europa. ¡Oh, si él pudiese transportar a Sudamérica aquel clima de civismo y libertad que florecía en aquellas naciones! Pero si no podía trasplantarlo de golpe, sí podía al menos captar su espíritu, assimilar su esencia y hacer que ésta viviese en él, como enseñanza viva del Viejo Mundo.

Ya no permaneció mucho tiempo en París. El Napoleón que había llevado hasta los confines de Europa las ideas liberales estaba pisoteando, al coronarse a sí mismo, las conquistas de la Revolución. Así como antes rehusó

asistir a las ceremonias de la coronación, tampoco ahora se relacionaría con los núcleos —fieles o pacatos— napoleónicos de París.

Bolívar abandona Europa y se marcha a los Estados Unidos. Quiere presenciar por sí mismo cómo se desarrolla aquel interesante experimento de democracia aplicada que se había iniciado en 1776, o sea siete años antes de nacer él.

Estuvo en Nueva York y en Filadelfia —cuna de la democracia yanqui—, pero no trabó conocimiento en estas dos ciudades con personalidades de relieve en la política del país. Añádase un conocimiento deficiente del habla inglesa y se tendrá un cuadro desolador de su primer contacto con la democracia yanqui. Además, pocos norteamericanos dominaban entonces el es-

pañol. Y es que por aquel entonces no había relaciones comerciales entre la América anglosajona y la América latina por una razón muy sencilla: el gobierno de Madrid no consentía a los extranjeros negociar con sus súbditos sudamericanos. De esta forma las dos Américas eran tan ajenas y desconocidas, la una para la otra, que cuando Ticknor, de Boston, se puso a trabajar en su *Historia de la Literatura Española* (edición de 1849), le fue menester pedir a Europa un diccionario de la lengua castellana, pues... ¡no había en los Estados Unidos ni un solo ejemplar de aquella obra!

A las referidas razones de desconocimiento se unían otras. Van Loon las describe de esta forma:

«Había otra razón por la cual esos movimientos revolucionarios del sur eran considerados con tan poca simpatía por el norte. Inmediatamente después de haber conquistado nuestra independencia hubo un gran aumento de nuestra riqueza nacional. Aquellos a quienes el presidente Adams describía como «los ricos, los acomodados y los capaces», a nada le temían tanto como a un levantamiento social que pudiese aumentar el poder del pueblo común. Y se había rumoreado que las diversas provincias de América del Sur comenzaban a agitarse extremadamente bajo el desgobernado de los amos espa-

ñoles. Aquellos que se consideraban los ciudadanos más importantes de la comunidad, y que eran muy ricos, temieron que en una verdadera democracia perdiesen algo de su riqueza, y se figuraban que nadie más que ellos tenía derecho a hacer revoluciones. Una buena parte de aquéllos no estaban seguros de haber procedido del mejor modo cuando se deshicieron de su rey. Por consiguiente los jóvenes de origen sudamericano, con el fuego de la rebelión en los ojos, no eran exactamente huéspedes gratos en los hogares de las clases superiores de Filadelfia y de Boston. Jefferson habría tropezado con gusto con don Simón Bolívar y le habría honrado, pero no hubo nadie que acercase a los dos hombres, y el joven venezolano volvió a marcharse tan tranquila e inadvertidamente como había llegado.»

Bolívar vuelve a pisar suelo venezolano, con emoción, en 1807. El año anterior había fracasado la expedición de Francisco Miranda, al que se llamaría *El Precursor*. Con la ayuda de Gran Bretaña, Miranda emprendió un ataque naval contra las costas de Venezuela para soliviantar a sus compatriotas en un movimiento nacional de liberación política. Esta acción fue semejante a la realizada anteriormente por Miranda en las costas del Río de la Plata, también entonces con la ayu-

da de Inglaterra. ¿Por qué razón se afanaba tanto la Corona británica en insurreccionar a las colonias hispanas? La razón es simple: le interesaba romper el monopolio comercial de España en sus propios dominios, y desde entonces no perdió nunca la oportunidad para alentar todo foco de rebelión en América del Sur. En un documento de 1797, escrito por el gobernador de la isla de Trinidad, se dice: «También puede usted afirmar (a los venezolanos) que las miras de Su Majestad Británica no son otras que asegurarle su independencia, sin pretender ninguna soberanía en su país, ni intervenir en los privilegios de los pueblos, ni en sus derechos políticos, civiles o religiosos.» Lo que este documento no dice es que le interesaba nada más y también nada menos que el privilegio de poseer sus mercados.

Al restituirse Bolívar a Venezuela en 1807, el tema apasionante e inevitable era, pues, la expedición de Miranda, aplastada con decisión por un pueblo que al menos entonces se sentía adicto a España y no quería la emancipación. Ésta era sólo deseada por una minoría ilustrada. Mas esta minoría llegaría con el tiempo —como ha ocurrido en todas las mareas revolucionarias— a influir decisivamente en el ánimo del pueblo, del que se erigirá en árbitro de su destino.

Lo que contribuyó mayormente a cambiar los papeles fue la escasa eficacia del rey Carlos IV y la liviandad de su esposa la reina María Luisa. Era notorio en la Península Ibérica que el gobierno español estaba en manos de Godoy, predilecto de María Luisa, y que Godoy se hallaba al servicio del dictador Napoleón. Esta situación creaba un desagrado y un malestar mayúsculos, no sólo en la metrópoli sino también en sus colonias. Llegóse al extremo de producirse en palacio un verdadero motín, y como consecuencia del mismo se entregó el poder a Fernando VII, el mismo rey que después se hiciera tan impopular en España. Este hecho llegó a molestar de tal forma al Gran Corso que utilizó el pretexto para exigir la abdicación de Carlos IV y de Fernando VII en 1808, y así puso la corona de España en manos de su hermano José Bonaparte, a la sazón rey de Nápoles. Pero no precipitemos los hechos y volvamos al 1807, en Venezuela, cuando Bolívar pisa de nuevo suelo sudamericano.

La llegada del caraqueño produjo no poco revuelo entre la alta sociedad. Sus gestos y su lenguaje y desenvoltura le acreditaron como hombre de gran mundo, en una época en que los viajes de placer eran raros y éstos casi siempre limitados a negociantes o autoridades políticas. Y él, sin ser ni

una cosa ni otra, había recorrido lo mejor de Europa, conocía sus diferentes costumbres y carácter y, lo que es más, tenía la audacia de manifestar los ideales de la Revolución Francesa. Esta conducta le creó una aureola de hombre de vanguardia. Las damas se disputaban el honor de invitarle a sus recepciones más distinguidas. Las propias autoridades le agasajaban —aunque con cierta inquietud inconfesada, porque no ignoran que se ha codeado con la mejor sociedad europea—, y en todo caso es un conversador amenísimo y brillante. La fama y el prestigio de su persona se agiganta y se extiende... El gobernador adivina en él un cierto peligro y de buen grado limitaría su campo de acción o le pondría un veto a sus conversaciones —a menudo discursos subversivos—; pero ¿cómo mover un dedo contra un hombre tan popular e idolatrado? ¿No sería hacer de él un mártir y atraer la indignación venezolana? No; es mejor esperar... Y entretanto Bolívar se multiplica: acude a todas las reuniones y fiestas, pero su objetivo es claro y determinado; abre los ojos a la gente y se muestra poseedor de una voluntad inquebrantable. Nunca más olvidará el criollo el juramento que hiciera en Monte Sagrado.

En cierta ocasión su audacia llega al límite. Invitado a una fiesta, se le

vanta y, tras el brindis del propio gobernador a la salud del rey, exclama con voz recia y firme mirada:

—Si levanto mi copa por la salud del rey de España, más alto he de levantarla por la salud de Sudamérica. Porque la salud del rey jamás sería buena si la mejor de sus hijas enfermara por falta de libertad.

Es ya demasiado. El estupor y la indignación del gobernador le decide a nombrar una vigilancia mayor en torno al osado comensal. En este ambiente transcurre el 1807 y parte del año siguiente, hasta que un día llegan a Caracas noticias de Europa, noticias de tres meses atrás. Por lo visto ya hace noventa días que Napoleón ha penetrado en la Península. Se sabe que Carlos IV ha abdicado a favor de su hijo, Fernando VII, quien a su vez ha abdicado a favor de José Bonaparte. O sea que las colonias españolas pertenecían a Francia... ¿Cómo era posible semejante cambio? No; el gobernador tratará de ocultar la verdad a los venezolanos. Es demasiado humillante y, sobre todo, muy peligroso para la seguridad del país. Pero he aquí que en el puerto de La Guayra una goleta francesa desembarca con la pretensión de tomar juramento de las autoridades españolas a favor del nuevo rey José Bonaparte I. La primera oleada de protesta contra semejante hecho no se hace es-

perar, y el pueblo y aristocracia venezolanos se identifican con España:

—¡Muera el rey José! ¡Abajo el usurpador!

—¡Fuera los tiranos!

—¡No queremos a Napoleón! ¡Viva España!

—¡Viva Fernando VII!

A toda prisa los militares de la Armada francesa ganan de nuevo el puerto y suben a su goleta. Desaparecen para siempre. Las autoridades españolas de Venezuela se alegran, pero no en exceso... Pues ¿de quién son ahora las colonias? ¿Qué hacer? ¿Cómo detener al pueblo si de repente modifica sus sentimientos pro-españoles por los de emancipación?

Pero en las altas esferas criollas hay de todo menos confusión. Saben que ha sonado su hora, saben que el momento es oportunísimo para liberarse de una vez para siempre de la tutela y sujeción a la metrópoli hispánica.

Bolívar dice a los suyos:

—Importan mucho más nuestros derechos a la independencia que los de José Bonaparte a la Corona de España. Para hacer prevalecer aquellos derechos debemos afirmarnos y afanarnos, si no queremos perder esta ocasión única que nos brinda la Historia.

Alguien sugiere tímidamente que acaso sea preferible aguardar a que

Fernando VII sea restaurado al trono para reclamar la independencia.

—Sería mejor proclamar nuestros derechos directamente y mantenerlos, y dejar que Fernando y Napoleón se entendieran entre ellos. Cuando los lobos disputan, el cordero puede huir. Todos los esfuerzos que desde aquí hagamos para restaurar a Fernando VII serán inútiles y acabarán perjudicando la causa de nuestra propia libertad.

Entretanto ¿qué ocurría en España? Vamos a verlo.

El pueblo español se sintió humillado por el bajo proceder de Napoleón y se alzó en toda la Península contra el soberano francés. La protesta adquirió una proporción nacional, masiva, que desembocó en una verdadera guerra. Los planes de Napoleón fracasaban en España, cosa sorprendente para él, si se piensa que había conquistado las voluntades de casi toda Europa sin un excesivo derramamiento de sangre, por cuanto las masas europeas no veían en él un dictador imperialista, sino la encarnación del espíritu de la Revolución. La guerra de España fue apoyada por la Gran Bretaña, que de enemiga solapada del Gobierno oficial se convertía en aliada del patriota pueblo español desde 1808 al 1814.

Un Consejo de Regencia organizado bajo la protección de Inglaterra se hizo cargo del gobierno de la nación. El

Imperio Napoleónico ofrecía un aspecto compacto, pero Inglaterra era dueña del mar, sobre todo a partir de la derrota que el almirante Nelson infligiera a las armadas francesas y españolas en Trafalgar. Así cortaba la relación de Francia con América.

Gran Bretaña necesitaba destruir a la vez dos obstáculos: el primero y más urgente era el poderío de Napoleón, enseñoreado de la mayor parte de Europa, y el segundo era desvincular Hispanoamérica de España a fin de adueñarse de sus mercados. Geniales piratas, los británicos lograrán cumplir ambos propósitos, merced a su estrategia militar y sobre todo en virtud de una política clarividente.

Por fin el 18 de abril de 1810 se forma en Caracas una Junta de Gobierno americano en sustitución de las autoridades hispanas. Al capitán general Emparán le sustituyó el Cabildo constituido en Junta Gubernativa y se dispuso a gobernar en nombre de Fernando VII. Pero en estos sucesos ni en otros anteriores el nombre de Bolívar no aparece en parte alguna. Hasta el mes siguiente, en mayo, no figura su nombre; y lo hace en una misión diplomática, pues una de las primeras medidas adoptadas por la Junta Nacional venezolana es solicitar el apoyo de las naciones amigas. Naturalmente, la oposición se manifestó

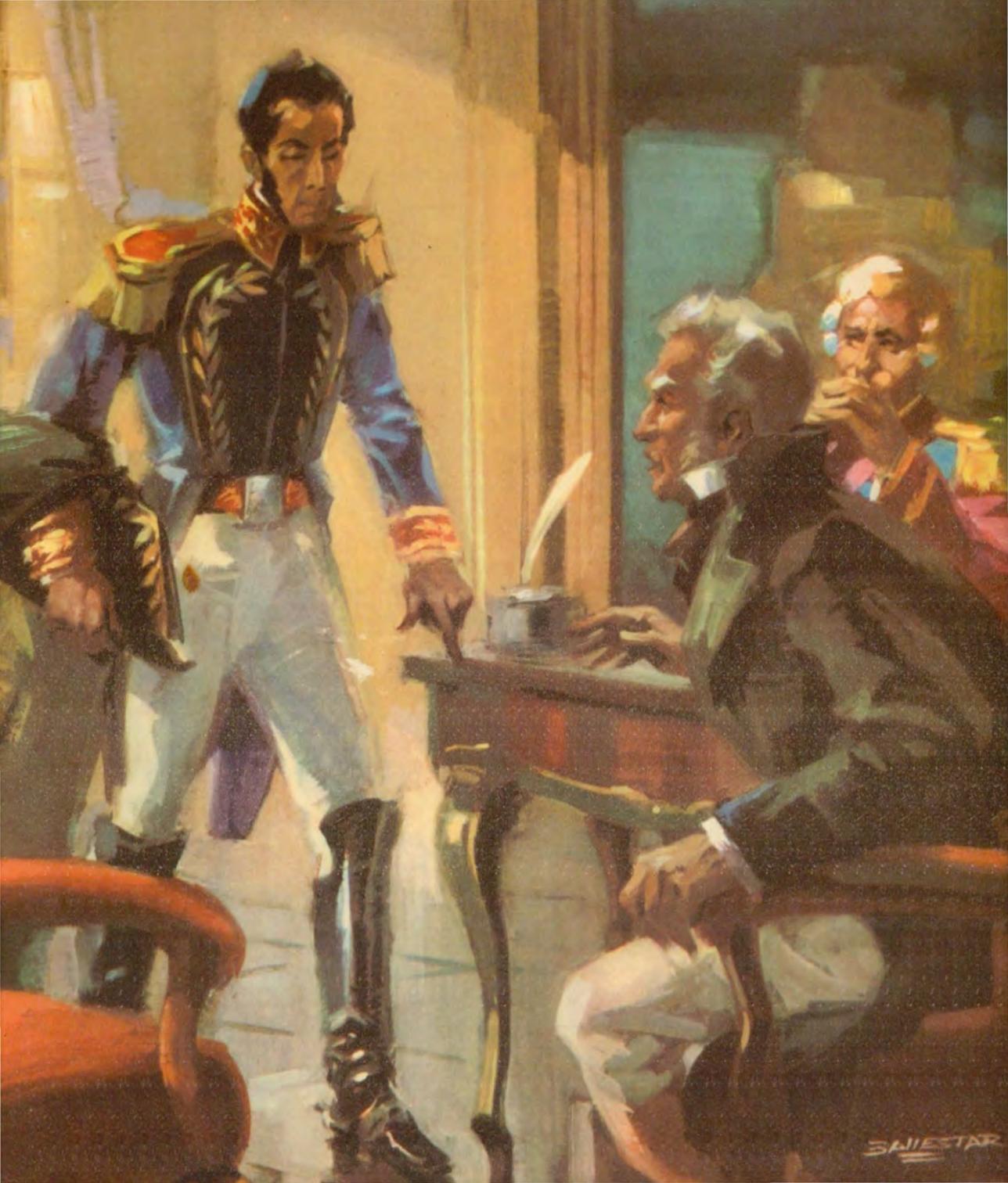
pronta y enérgica por parte de los elementos españoles residentes en América. Cuba y Puerto Rico permanecían fieles a la regencia española, la cual al tener noticias de las ansias emancipadoras de la Junta Nacional venezolana dijo: «Han cometido (los venezolanos) el desacato de declararse independientes y crear una Junta para ejercer la pretendida autoridad... atentado que es menester reprimir en odio a los facciosos.»

Por su parte la Junta manifestó que la Regencia española se había constituido sin la aprobación de los pueblos americanos, y por tanto carecía de fuerza legal y asimismo de autoridad para gobernarles. Y entretanto se produjeron dos hechos:

1.º La Junta Nacional venezolana creó una comisión, formada por Bolívar, Luis López Méndez y Andrés Bello, para recabar de los Gobiernos de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos su apoyo decidido.

2.º La Regencia de España declaraba el bloqueo de los puertos de Venezuela.

Pero paralelamente al gesto venezolano, lo mismo hacen las demás naciones hispanoamericanas, desde Méjico a la Argentina, creando sus propias Juntas Nacionales. En España, al tener noticia de ellas, se enfurecen contra los sublevados. Sin embargo, guardan cau-





tela y envían a América nuevas autoridades para granjearse la simpatía de los criollos. Pero todo es inútil. La autoridad española es cada vez más débil, y la marea popular sube cada día con mayor brío, y el grito de: «¡Emancipación!» va siendo más y más unánime.

El capitán general teme perder su escasa autoridad si se muestra severo o cruel con los rebeldes. Por su parte los conspiradores se envalentonan con la debilidad española. Los criollos organizan manifestaciones públicas, ante lo cual el gobernador español se hace el desentendido. Resultado: la Junta Nacional venezolana queda, al fin, como única autoridad del país, y se constituye oficialmente como la primera forma de gobierno local de la América hispana.

Bolívar embarca por tercera vez, ahora hacia Londres, comisionado por la Junta Nacional. Los británicos recibieron a la embajada con cierto asombro. Pero el Ministerio de Asuntos Exteriores inglés no quiso recibirle a no ser que se presentara juntamente con el embajador español en Londres. Sin embargo se le hizo saber, confidencialmente, que el Gobierno de Su Majestad veía con indudable simpatía el movimiento de liberación de la Junta Nacional.

El criollo no tuvo más remedio que

aceptar la presencia del embajador español en el gabinete británico.

Con una franqueza de diplomático inexperto aún, Bolívar declaró:

—América del Sur tiene derecho a su libertad, y la Junta Venezolana que yo represento ha colocado la primera piedra de ella.

Irritado, el embajador hispano exclamó:

—Entonces ¿por qué se ha titulado «conservadora de los derechos de Fernando VII»?

El español tenía razón. Tal sobrenombre representaba una ironía o una burla incomprensible. Pero el venezolano se limitó a decir:

—Le aseguro, Excelencia, que no he sido yo quien le ha dado ese título.

El comportamiento de Bolívar mostraba una arrogancia ofensiva y casi intolerable para el diplomático español, quien le preguntó con ira:

—¿Acaso no adviertes que si no se conserva fiel a Fernando VII carece de toda base legal para actuar, y por tanto su embajada no es más que una comedia?

Bolívar no se arredra. Irguiéndose más aún le replica sin perder el control de sí mismo:

—La base legal para la libertad existe desde el momento en que tal libertad se convierte en una aspiración nacional. A partir de ahora, si alguna legali-

dad hay que discutir es la de la autoridad que Fernando VII pretende ejercer sobre las colonias sudamericanas.

El español se muestra perplejo ante la falta de rodeos y dureza del lenguaje de Bolívar, y no puede por menos que decirle:

—Confieso que sois un diplomático bastante raro...

—No he venido para asombraros a vos, sino para recabar la ayuda del señor ministro para nuestra justa causa.

El ministro británico se limitó a sonreirse. Es evidente que de buen grado habría ayudado al venezolano, pero la guerra contra Napoleón le obligaba a mantenerse aliado de España. Por tanto, si bien no le desairó tampoco le prestó la ayuda que solicitaba. Bolívar obtuvo tan sólo una cierta benevolencia para la Junta Nacional, y... un buque para combatir «junto a España e Inglaterra» contra el poder de París.

Bolívar comprendió que para obtener la ayuda de la Gran Bretaña era preciso, antes, que Napoleón resultase aniquilado. Y esta posibilidad estaba entonces muy lejana aún. Entretanto ¿qué podían hacer? Resolvió esperar. Estuvo en Londres durante tres meses y asistió, invitado por la mejor sociedad, a cuantas recepciones se dieron en su honor.

Aprovechó la coyuntura para establecer relación con Miranda, mayor que

él —podría ser su padre— y por el que sentía verdadera veneración. Miranda era un batallador cuyo prestigio se extendía por toda Europa y América. Era, en efecto, la personalidad venezolana más universal e indiscutida. Pero Miranda, ardiente defensor de la independencia de su país, no podía volver a éste. El Gobierno de Madrid no se cansaba de rogar al de Londres su extradición, pero los ingleses, viejos zorros de la política, preferían retenerle. Aseguraban al Gobierno español que mientras el general venezolano se hallase en Londres no había nada que temer de él. Pero en realidad Londres le retenía y le ofrecía cobijo y apoyo en espera de utilizarlo algún día contra el poder de España en América.

Fracasada la misión diplomática de Bolívar y los suyos en Londres, resolvieron regresar a su país, no sin antes establecer con Miranda que le facilitarían a éste su vuelta a Venezuela. Miranda dudaba volver a su patria. Sabía que su regreso sería mirado con suspicacia por muchos venezolanos. Temía más que nada a la mezquindad de los hombres: se le reputaba un rebelde fracasado y un ser resentido que acaso quisiese abrogarse jerarquías que otros habían conquistado tan difícilmente y sin su concurso. Pero Bolívar le persuadió para realizar el siguiente plan: primero partiría éste para la patria, y se-

guidamente anunciaría el retorno de Miranda a Venezuela. De esta forma, previa la preparación del terreno, sería posible su llegada de manera honrosa y en bien del país. Seguidamente vendría Miranda y los dos colaborarían estrechamente para obtener la independencia de Venezuela.

Desembarcar en la patria no resultó fácil, pues el Consejo de Regencia hostilizaba muy seriamente las costas. Bolívar se encontró con que no era muy bien recibido por la Junta Nacional, pues consideraban los miembros de ésta que su acción en Londres había fracasado. Además ¿por qué hablaba Bolívar del regreso de Miranda, un derrotado y un enemigo de cualquier clase de independencia de la metrópoli? Reina una cierta confusión. Por un lado la fiebre emancipadora se ha debilitado, y por otra parte el Consejo de Regencia, que se ha trocado liberal, promete a las colonias que si permanecen fieles a Fernando VII las dotará de hospitales, escuelas y caminos, amén de una mayor independencia comercial para negociar con Europa. El sector adinerado y conservador de Venezuela tiene miedo de que si presta su apoyo a los radicales como Bolívar sobrevenga una era de miseria provocada por la guerra con España. Pero en realidad su mayor temor nace de otro punto muy distinto: ¿no va diciendo Bolívar,

día y noche, que una vez asegurada la independencia en España será menester otorgar a los esclavos la libertad completa? Pues si esta amenaza se traduce en una realidad ¿qué futuro económico les estará reservado a los ricos terratenientes, a los poseedores de centenares o miles de almas? «No —piensan los conservadores y los ricos—: es mejor apoyar al Gobierno de España.» Y de su actitud nace una fuerza venezolana, llamada realista, que luchará al lado de los soldados españoles para derrotar a los sublevados.

En efecto, Bolívar se siente un poco desanimado por el ambiente en Caracas. A ello contribuye la noticia de la muerte de su queridísimo hermano Juan Vicente. Éste había sido nombrado embajador en Washington. Allí Juan Vicente compró maquinaria para el Gobierno; y cuando regresaba con ella a Venezuela, el buque naufragó y el desgraciado murió ahogado. La muerte del hermano le sume en la más negra amargura. Se siente más solo y abatido que nunca. Sin la menor ilusión por nada de este mundo, se marcha a San Mateo y allí vive recluso. Su única actividad será ordenar la hacienda.

Entretanto los sucesos en Caracas se producen sin interrupción. He aquí cómo los narra un espectador presencial, un canónigo realista:

«Ya descubiertos —dice— se quita-

ron la pérfida máscara que, para los incautos y necios, cubría su criminal rebelión. Proclamaron su independencia y cesaron de proclamar el nombre de S. M. que presidía a todas sus deliberaciones. El día 5 de julio fue este día fatal en que los mismos jóvenes turbulentos del 19 de abril, armados de puñales, obligaron al congreso de la Junta Nacional a declarar la independencia. Estaba reunido en la capilla de la Universidad, y entre las voces y la gritería de la juventud sediciosa que lo rodeaba, y de las armas que brillaban, estuvo para ser asesinado el venezolano Maya, que se opuso abiertamente a ella. Yo lo vi. Este día funesto fue uno de los más crueles de mi vida. Aquellos jóvenes, en el delirio de su triunfo, corrieron por las calles; reunieron las tropas en la plaza de la Catedral; despedazaron y arrojaron las banderas y escarapelas españolas; sustituyeron las que tenían (las de la independencia) e hicieron correr igualmente una bandera de sedición a la Sociedad Patriótica, club numeroso establecido por hombres de todas castas y condiciones violentas que llegaron a ser la norma del gobierno. En todo el día y la noche las atroces pero indecentes furias de la revolución agitaron violentamente los espíritus de los sediciosos. Yo los vi correr por las calles en mangas de camisa y llenos de vino, dando alaridos

y arrastrando los retratos de S. M. que habían arrancado de todos los lugares en donde se encontraban. Aquellos pelotones de hombres de la revolución, negros, mulatos, blancos, españoles y americanos, corrían de una plaza a otra, en donde oradores energúmenos incitaban al populacho al desenfreno y a la licencia. Mientras tanto, todos los hombres honrados, ocultos en sus casas, apenas osaban ver desde sus ventanas entreabiertas a los que pasaban por sus calles. El cansancio o el estuor causado por la embriaguez terminaron con la noche tan escandalosas bacanales.»

Cuando Miranda llega a Venezuela el pueblo le tributa un entusiástico recibimiento. Sabe el pueblo que Miranda es un luchador de altura, un hombre que generosamente ha ofrecido su espada a la Revolución francesa —luchó a las órdenes de Dumuriez— y que se sacrificará por la patria si es preciso. Pero amplias minorías venezolanas, le niegan a Miranda su saludo y se repliegan, en silencio, en su envidia temerosa. Bolívar abandona su hacienda de San Mateo y no más ve la gallarda figura de Miranda ya siente que su crisis ha desaparecido. De nuevo el fuego de la libertad incendia su corazón. Bolívar y Miranda se abrazan emocionados.

—Me alegro de haber sido yo quien le haya traído de nuevo a la patria. Con usted en el exilio la propia Venezuela se sentía exilada. Sólo gracias a su llegada mi embajada en Londres se salva —dice Bolívar.

—Mucho desearía que sus deseos fueran compartidos por la Junta Nacional y por el pueblo todo de Venezuela —replica Miranda, con cierta desconfianza.

—No lo dude. ¿Cómo podrían no desearlo?

—Cuarenta años de luchas me han enseñado a no abrigar excesivas esperanzas. Así al menos la desilusión de la derrota o de la traición no es tan dolorosa.

—Está en su patria y en la mía, señor. Ni la derrota ni la traición han de caber en ella.

—¡Que Dios le escuche, hijo mío!  
—El tono de Miranda es paternal; y agrega—: Nos sobrepondremos a todo y trabajaremos juntos para que un día sea realidad lo que ahora es sólo nuestro deseo.

La Junta Nacional nombra, a pesar de sus recelos y de sus luchas intestinas, a Miranda jefe supremo del ejército de liberación. Bolívar es nombrado coronel. Pero ahora surge el problema más grande: ¿cómo crear un ejército sin dinero? Peor aún: sin gente preparada y experta. Es cierto que Mi-

randa ha luchado en los campos de Francia y goza de gran experiencia guerrera, pero ¿y el grueso del ejército? Es evidente que sin disciplina y sin el conocimiento de cómo se combate no puede irse al campo de batalla. De momento el naciente ejército, reclutado entre voluntarios patriotas, sólo cuenta con un arma: un entusiasmo arrollador.

Bolívar y sobre todo Miranda se dan cuenta que si quieren ganar una guerra es necesario adiestrar a sus hombres, comprar armas y ceñirse a un orden. Para adiestrar a los soldados logran atraer a su causa aguerridos soldados extranjeros que han luchado en Europa. Éstos se convierten en oficiales que enseñarán a sus hombres a combatir. La compra de armas se hará de un modo insólito: cada soldado procurará comprarse las suyas, y algunos no pueden conseguir más que un cuchillo. Al principio los soldados no gustan de ser manejados por hombres extranjeros que hablan idiomas incomprensibles. Sin embargo, es menester que estos oficiales sean duros, al menos al principio, a fin de obtener la necesaria disciplina.

Entretanto, y pese a todos los pesares, el pequeño ejército va formándose. La tropa advierte que entre Bolívar y Miranda existe una cierta diferencia. Bolívar es sencillo y humano,

mientras Miranda es demasiado rígido.

—Miranda es demasiado «militar» —dicen.

—Bolívar es más simpático y comprensivo. Y muy valiente también —comentaron otros.

Mientras Miranda enseña a montar más con explicaciones que con ejemplos, Bolívar muestra el arte de la equitación subiendo al caballo y galopando como el rayo, lo que hace delirar de entusiasmo a los soldados. Pero Miranda no sabe comprender que de esta forma se gana mayormente el corazón del hombre del pueblo. Miranda sólo ve en ello un motivo inútil de alarde personal y así se lo dice:

—Coronel Bolívar, no tiene usted por qué alardear de esa forma, pues no realizamos aquí una exhibición deportiva. Nos estamos preparando para la guerra y usted parece más interesado en suscitar la admiración del populacho y las mujeres.

Bolívar calla. Sabe que Miranda es un hombre mucho mayor, y sabe sobre todo que la vida le ha maltratado mucho y acaso le haya dejado un carácter algo avinagrado. Por tanto, calla y le respeta, aunque en su interior esté convencido de que el general va equivocado. Bolívar se lo perdona porque Miranda es hombre altamente valioso y, en el fondo, un ser bienintencionado.

Una vez proclamada la independencia de Venezuela, el día 5 de julio de 1811, la Junta Nacional creó un Congreso compuesto de diputados de todo el país. Este Congreso dio a luz, a su vez, una Constitución, es decir, un conjunto de leyes y normas por las que el país se regiría. Esta Constitución nació en diciembre de 1811. Sin embargo, la cosa no fue tan sencilla, pues al nacer el nuevo Gobierno independiente brotó de todo el país una reacción que le era contraria, integrada por los ricos, conservadores, españoles y en especial por las autoridades del monarca hispano. Esta reacción se convirtió pronto en un ejército contrario a Bolívar y Miranda, el cual tomó el nombre de realista. En la zona occidental de Venezuela abundaban, pues, los realistas. En Coro y Maracaibo habían negado su obediencia a las fuerzas del Gobierno independiente o rebelde. En Valencia de Venezuela se produjo una rebelión realista que tan sólo logróse abatirla con un esfuerzo supremo. Hasta que a principios de 1812 llegaron ya a la población de Coro tropas de Puerto Rico mandadas por el brigadier español Juan Manuel Cagigal. De entre sus oficiales, el capitán de fragata Domingo Monteverde atacó con decisión, con algunos centenares de soldados, la ciudad de Caracas.

Mientras el general Miranda había

sido elegido diputado, Bolívar se convertía en un orador de caudalosa elocuencia. Cuando se conmemoró el segundo aniversario del levantamiento del 19 de abril de 1810, se celebró una gran reunión en un centro llamado Sociedad Patriótica. Bolívar tomó la palabra y dijo a los presentes:

—Se dice en el Congreso Nacional que debemos atender a los resultados de la política de España. ¿Qué nos importa que España se someta a Napoleón si nosotros hemos resuelto ser libres? La Sociedad Patriótica respeta como debe al Congreso de la nación, pero el Congreso debe oír a la Sociedad Patriótica, centro de luces y de todos los intereses revolucionarios. Pongamos sin temor la piedra fundamental de la libertad sudamericana. ¡Vacilar es morir!

—¡Bravo, Bolívar! —gritaron muchos, entre un mar ensordecedor de aplausos y vivas.

También presente Miranda, se le otorgó el honor de crear los colores de la bandera nacional.

—Tendrá tres franjas horizontales —declaró el aguerrido luchador—: amarillo, azul y rojo.

La bandera fue izada por primera vez en una famosa plaza de Caracas en donde había muerto un patriota. Cuando izaron la bandera unos caraqueños, hijos del patriota caído en acción, las

lágrimas de emoción y alegría corrían por sus mejillas, y uno de ellos dijo:

—La sangre de nuestro padre ha teñido de rojo esta bandera que ahora izamos por primera vez. Su muerte no ha sido, pues, inútil. El ejemplo que nos dio servirá de guía y nos obligará a morir antes de arriarla de nuevo.

Pronto estos hombres tendrían ocasión de demostrar su heroísmo ante las fuerzas de Monteverde. Pero mientras tanto ocurría en Caracas y en otras partes del país una desgracia inmensa: se produjo un violento terremoto que dejó casi en ruinas varias ciudades del país. Algunos atribuyeron este desastre a un castigo del cielo por haberse rebelado contra la autoridad del rey español.

—No —replicaron otros—, el cielo nada tiene que ver con nuestro movimiento para liberarnos del poder extranjero. ¡Es sólo una catástrofe de la naturaleza!

A lo que Bolívar respondió, como secundando esta opinión:

—Si se opone la naturaleza, ¡lucharemos contra ella y la haremos que obedezca!

Los acontecimientos se precipitaron y la lucha por la independencia se generalizó en Venezuela.

Con tan pocas fuerzas no tenía, al parecer, muchas probabilidades de éxito el realista Monteverde. Pero los pa-

triotas están muy indisciplinados y muchos de ellos sólo ven en la guerra un motivo de botín. Así es que no pocos desertan al lado del español, cuyas fuerzas se engrosan de día en día. Los éxitos de Monteverde se multiplican, hasta el punto que el propio gobernador de Coro le confirma en el mando supremo de las fuerzas realistas. Valencia cae en su poder también.

El general Miranda dice a sus oficiales:

—Vean ustedes, señores, lo que son las cosas de este mundo. Hace poco lo teníamos todo seguro: ahora todo es incierto y azaroso. Ayer no tenía Monteverde ni pólvora, ni plomo, ni fusiles. Hoy puede contar con cuatrocientos quintales de pólvora, plomo en abundancia y tres mil fusiles. Se me dice que ataque al enemigo, pero éste debe de estar ya en posesión de todo.

Así como Valencia cayó en poder de Monteverde, también cayeron Barquisimeto y San Carlos. La contienda va sonriendo a los españoles. Encima se produce un nuevo terremoto, que unos y otros vienen a considerar como un aviso del cielo para que los rebeldes depongan las armas y acaten al rey español.

La crisis es grave y el Gobierno independiente nombra a Miranda «dictador y generalísimo de los ejércitos de mar y de tierra». Sin embargo, todo su

poderío se reduce a... sólo mil hombres.

—Coronel Bolívar, ¿se acuerda usted del día en que me dio la bienvenida a la patria? —pregunta el generalísimo Miranda.

—Lo recuerdo perfectamente, mi general. Fue un día glorioso —contesta Bolívar sin titubeos de ninguna clase.

—¿Todavía lo cree usted así?

—Claro que sí.

—Estoy curtido para resistir todos los reveses, pero ¿y usted? ¿Y los otros? ¿Desfallecerán para siempre si salimos derrotados?

—Nunca —replica convencido Bolívar—. Nunca desfalleceremos. Nunca seremos vencidos. Mi general... no es bueno hablar de la derrota antes de empezar el combate. Si la voluntad de victoria desfallece, el brazo no tiene vigor.

Bolívar siente desde ahora una cierta desconfianza por el militar que venía seguido de una larga estela de éxitos guerreros en Europa. Por su parte, Miranda guarda silencio. Éste es viejo, está cansado y su fe en el porvenir se debilita. «¿Cómo luchar —se dice Miranda— sin apenas soldados, y cuando casi todos los oficiales son extranjeros?» Miranda realiza un sobreesfuerzo, no obstante: admite en sus filas a todos los esclavos que quieran adherírsele, prometiéndoles, si sale victorioso, la li-

bertad completa al cabo de diez años. Reúne veinte mil hombres.

Entretanto Monteverde avanza por todas partes. Miranda se refugia con sus hombres en La Victoria, mientras Bolívar se bate en Puerto Cabello, con muy pocas fuerzas y un objetivo ingrato: defender de los ataques realistas la fortaleza de San Felipe, llena de prisioneros españoles. Acaso le hubiera sonreído la suerte, pero un oficial a su mando le traiciona. Desolado le escribe a Miranda esta carta:

«Comandancia de Puerto Cabello,  
1 de julio de 1812.

Mi general: Un oficial, indigno del nombre venezolano, se ha apoderado, con los prisioneros, del castillo de San Felipe, y está haciendo actualmente un fuego terrible contra la ciudad. Si V. E. no ataca inmediatamente al enemigo por la retaguardia, esta plaza está perdida. Yo la mantendré entretanto todo lo posible.

Simón Bolívar.»

Esta noticia produce en Miranda un nuevo y profundo desaliento.

Pedro Gual, un testigo presencial de esta impresión, la describe con estas palabras:

«Tal era nuestra situación el 5 de julio de 1812, en que celebramos por la mañana con la mayor solemnidad el

aniversario de nuestra independencia. Yo estaba nombrado por el Gobierno de la República para ir a reemplazar en los Estados Unidos a nuestro agente el señor Orea, que quería regresar a Caracas, con varias instrucciones, así de orden político como de auxilios para la pronta pacificación del país. Por la tarde, dio el general a la oficialidad una comida frugal como de cien cubiertos. Concluida la comida, se retiró a la testera de la sala y comenzó a hablarme de mi viaje a los Estados Unidos, de Jefferson, de Adams y otros hombres prominentes de aquel país y del débil y fuerte de cada uno de ellos, como lo vería yo mismo, ofreciendo cartas de introducción para todos. Tomábamos el café cuando apareció a la puerta de la sala mi excelente y lamentado amigo el coronel Zata y Bussy, y anunció la llegada de un posta. Se levantó el general Miranda diciéndome que pronto estaría de vuelta y siguió a la secretaría. Continué mi conversación con el coronel Plaza, y viendo que se dilataba demasiado el general, me dirigí a la secretaría. Al entrar en esta oficina se paseaba el general aceleradamente de un extremo a otro de la pieza; el doctor Roscio se pegaba fuertes golpes con los dedos de una mano en la otra; el señor Espejo estaba sentado cabizbajo y absorto en meditación profunda, y Zata y Bussy, parado como

una estatua, junto a la mesa de su despacho. Lleno yo del presentimiento de una calamidad inesperada, me dirigí al general:

»—Y bien —le dije—. ¿Qué hay de nuevo?

»Nada me contestaba a la segunda pregunta, cuando a la tercera, hecha después de algún intervalo, sacando un papel del bolsillo de su chaleco, me dijo en francés:

»—Tome, Venezuela está herida en el corazón...

»Jamás se borraré de mi memoria el cuadro que presentaban en momentos tan críticos aquellos patriotas venerables de la emancipación americana, combatidos reciamente por la intensidad del dolor presente y el presentimiento de las calamidades que iban a afligir a la desventurada Venezuela.»

—Se me dice —declara a sus oficiales— que ataque al enemigo por la retaguardia, pero hoy debe de estar ya en posesión de la plaza.

Pronunciadas estas palabras se oyó una salva en el campo de los contrarios.

—Ahí tienen ustedes la toma de Puerto Cabello —añade inmediatamente—. Ahora es indispensable hacer esfuerzos extraordinarios para salvar a Venezuela en el estado deplorable en que nos han puesto los temblores.

Y dirigiéndose Miranda a Pedro Gual, le dice:

—Es preciso que parta usted inmediatamente para los Estados Unidos para mandarnos lo que nos falta. Aquí haremos todo lo que nos sea posible.

Mientras Gual salía hacia el puerto de La Guayra, para embarcar rumbo al país yanqui, al general le sorprendería la derrota total. En lugar de ofrecer a Bolívar la ayuda que le pedía, se atrincheró en San Mateo y capituló ante Monteverde el 25 de julio de 1812. El español, al enterarse de la situación embarazosa de Bolívar, envió allí refuerzos y así la situación del Libertador se hizo insostenible. Solamente pudo resistir durante seis días, pues de los doscientos cincuenta hombres que tenía sólo le quedarían cinco oficiales y tres soldados. Con ellos huyó, constantemente perseguido por los realistas, hasta el puerto de La Guayra.

Pero volvamos a Miranda. ¿Por qué capituló y qué obtuvo a cambio de tan vergonzosa solución?

«Por esta capitulación —nos dice Gual— salvábanse por lo menos la seguridad de las personas y los bienes de los habitantes, se concedía pasaporte a los que quisieran abandonar el país y amnistía general por opiniones políticas, poniéndose en libertad a todos los prisioneros de guerra de una y otra

parte. Firmada la capitulación, Miranda se dirigió al puerto de La Guayra.

El encuentro en este puerto entre Miranda y Pedro Gual resultó para ambos una sorpresa.

—Acabo de hacer una capitulación honrosa con el enemigo —le dijo el general Miranda.

—¿Cómo, capitulación? —replicó Gual boquiabierto.

—¡Oh! —dijo el general con un gesto de disculpa—. Los españoles están ellos mismos en una revolución y se guardarán bien de faltar a los arreglos convenidos. Además, desde que dejó usted el cuartel general no recibo de todos lados otra cosa que noticias malas. Los españoles parecen decididos a incendiar el país antes que verlo independiente y por nuestra parte no hay más que desaliento y todavía persiste el estupor causado por el terremoto. Dirijamos, pues, los ojos a Nueva Granada, donde cuento con Mariño, que es amigo mío. Con los recursos que podemos sacar de aquí, oficiales, municiones, etc., y los que, probablemente, conseguiremos allá, hemos de volver a Caracas sin correr los riesgos de toda especie que aquí nos amenazan en estos momentos. Entretanto, hay que dejar que Venezuela supere los efectos del terremoto, las violencias de los realistas, etc.

Miranda acertó al considerar que

los españoles respetarían lo pactado en la capitulación; pero un grupo de oficiales, al frente de los cuales estaba Bolívar, no quisieron admitir las razones del general y le acusaron llanamente de traidor, acusación grave por la que Miranda palideció de horror e indignación.

—¿Yo traidor? Están ustedes locos de remate.

—¡Traidor! —corroboró un oficial.

—Miranda ha traicionado al ejército y al pueblo —declara Bolívar, para quien la misión de Miranda en San Mateo era resistir, retirarse, negociar si era preciso, mas nunca caer en el pozo sin retorno de la capitulación.

Los oficiales cometieron la osadía de detener al generalísimo. Cuando encierran al pobre general fracasado un oficial le dice a Bolívar:

—Creo simplemente que Miranda no ha tenido suerte...

Ciego de patriotismo y herido en lo más íntimo, Bolívar sentencia en tono agrio y con gesto enérgico:

—Esto no basta para explicar lo sucedido. La suerte hay que merecerla, como la victoria. Quien de antemano se pone de espaldas a ella es responsable de la derrota. No se puede dar el mando a jefes pesimistas. Cualquiera de nosotros lo hubiera hecho mejor.

—Yo no —replica el oficial.

—¡Pues yo sí! —grita Bolívar—.

¡Jamás creí que tuviera que arrepentirme de haberle traído a Venezuela! La responsabilidad de la derrota solamente me roza por este lado. Por haberle traído tengo derecho a exigirle responsabilidades.

Siguen discutiendo. Bolívar se obstina en considerar traidor al general que antaño adorara. Para mayor desgracia circula un rumor que arruinará por completo al eterno héroe de la libertad y también eterno fracasado: se dice que un marinero tiene veintidós mil pesos que pertenecen a Miranda. ¿Cómo impedir que la simple noticia se torne la más venenosa calumnia?

—Esa fortuna la ha recibido en pago a la traición: por ese dinero ha pactado la capitulación. ¡Traidor! —dicen todos.

Nadie quiere aceptar la realidad: ese dinero lo había reservado el general Miranda para posteriores acciones de liberación.

Por eso los oficiales que le tienen prisionero deciden juzgarle. Quien ha sacrificado su vida en defensa de la libertad se ve acusado de alta traición y juzgado. El consejo formado por oficiales decide el resultado por medio de una votación. El veredicto es... ¡culpable!

¿Qué hacer con un alto militar, un general —el propio guía y rector— acu-

sado de traición? En los códigos militares de todo el mundo hay una sola respuesta: pena de muerte. Los oficiales discuten. ¿Deben fusilarle? Primero lo encierran. El pobre general está profundamente abatido. No habla. Se diría que, de hecho, ya ha muerto. Está pálido y trémulo. Y no es que tema a la muerte, no, pues él ha tenido a la muerte enfrente millares de veces. Miranda es valiente. Pero siente que toda su vida ha sido un sacrificio inútil, y que al fin es condenado no por sus adversarios políticos, sino por sus propios amigos.

Al fin los oficiales entregan al general a las autoridades españolas, las cuales lo trasladan a Puerto Cabello. Después lo llevan a Puerto Rico, y más tarde a España.

Miranda vivirá aún cuatro años. Pero vive como un fantasma. No habla. Está serio, ensimismado. Yace en el suelo, encadenado. Y ¿qué significan estas cadenas al lado del odio que sienten por él todos sus amigos y enemigos?

Dios pondrá fin a esta vida de desdichas el 14 de julio de 1816. Miranda, también llamado *El Precursor* —pues fue en verdad el precursor de la libertad sudamericana—, murió en una prisión militar de Cádiz, llamada La Carraca.

## CAPÍTULO V

### MANIFIESTO DE CARTAGENA

SERÍA ABSURDO SUPONER QUE LOS GRANDES hombres como Julio César, Napoleón o el mismo Bolívar han vivido siempre en una constante tensión y sin caer jamás en la negra tristeza y el desamparo. Por el contrario, en sus días y noches se asoma a menudo la amargura unida a una sensación de creerse desgraciados, imbéciles e inútiles. Pero lo que distingue al genio del hombre corriente es su capacidad para sacar fruto de los fracasos.

Después de la derrota del general Miranda, Bolívar analiza su situación y se prepara para el futuro. El revés militar le duele en carne viva, pero aún le resulta más doloroso que una vez en poder de los españoles —todos sus amigos y él mismo cayeron prisioneros de Monteverde, quien no cumplió su promesa de dejarlos libres— sólo le de-

vuelven la libertad por haberles entregado a Miranda. Esto es ya demasiado. Pues si bien en su corazón anidaba un afán de justicia —equivocado o no—, nunca alentó en él el espíritu de sabotaje o traición a los suyos. Por tanto les dirá a las autoridades españolas con toda la fuerza de sus pulmones:

—Le prendí para castigarle; no para servir al rey.

Bolívar y algunos de sus compañeros de armas parten para la isla de Curacao, y deciden volver al Continente, rumbo a Cartagena, la antigua Cartagena de Indias, jurisdicción de la Nueva Granada, que será después el Estado de Colombia, desligado de Venezuela.

—Por ese lado —les dice Bolívar a sus amigos—, por Nueva Granada, hemos de comenzar esta vez la liberación de nuestra patria.

Ellos asienten. Hay en Bolívar la seguridad y la decisión del genio. Su mirada es firme. Su ser irradia un extraño magnetismo que subyuga y entusiasma. Todos sus hombres adivinan en él al *Jefe* y le acatan en silencio, fascinados.

Bolívar y sus amigos pisan con emoción suelo americano... Sólo han transcurrido dos meses en Curaçao, pero ¡qué largos son para los que como ellos arden en deseos de sacrificarse por la patria y conquistar su libertad!

Se inicia aquí la etapa más eficaz y brillante en la carrera de Bolívar. A partir de este instante cada gesto, cada ataque o cada palabra que pronuncie producirán gran sensación en el Continente.

Pero antes de seguir adelante veamos cómo era Bolívar en lo físico y en lo moral. Según el conocido Roulin, el Libertador «era hombre de talla poco menos que mediana, pero no exento de gallardía, en sus mocedades; delgado y sin musculación vigorosa; de temperamento esencialmente nervioso y bastante bilioso; inquieto en todos sus movimientos, indicativos de un carácter sobrado impresionable, impaciente e imperioso. En su juventud había sido muy blanco (aquel blanco mate del venezolano de raza pura española); pero al cabo le había quedado la tez bastante morena, quemada

por el sol y las intemperies de quince años de campañas y viajes; y tenía el andar más bien rápido que mesurado, pero con frecuencia cruzaba los brazos y tomaba actitudes esculturales, sobre todo en los momentos solemnes. Tenía la cabeza de regular volumen, pero admirablemente conformada, deprimida en las sienas, prominente en las partes anterior y superior, y más abultada aún en la posterior. El desarrollo de la frente era enorme, pues ella sola comprendía bastante más de un tercio del rostro, cuyo óvalo era largo, anguloso, agudo en la barba y de pómulos pronunciados. Casi siempre estuvo el Libertador totalmente afeitado, fuese por sistema o por no tener barba graciosa ni abundante. Tenía los cabellos crespos y los llevaba siempre divididos entre una mecha enroscada sobre la parte superior de la frente, y guedejas sobre las sienas, peinadas hacia adelante. Su nariz no era aguileña, como se ha dicho. Su perfil era enteramente vasco y griego, principalmente por el corte del rostro, la pequeñez de la boca, la amplitud de la frente y la rectitud de la nariz, muy finamente delineada. Al propio tiempo que tenía la frente muy levantada en la región de los órganos de la imaginación, era prominente en las cejas, bien arqueadas y extensas, donde se ponían de manifiesto los signos de la perspicacia y de la prontitud

y grandeza de perfección. Como tenía profundas las cuencas de los ojos, éstos, que eran negros, grandes y muy vivos, brillaban con un fulgor eléctrico, concentrando su fuego cual si sus miradas surgiesen de profundos focos.

»Era Bolívar hombre de lenguaje rápido e incisivo —sigue diciéndonos Roulin—, así en su conversación (en la que no pocas veces fue indiscreto) siempre animada, breve y cortante (a las veces aguda) como en sus discursos y proclamas; y si en estas plazas se mostraba grandilocuente, deslumbrador y siempre original y encumbrado, en la correspondencia con los amigos o con los altos personajes, bien que razonaba y mostraba sencillamente su saber histórico, era más perentorio que persuasivo, más conciso que seductor. Su réplica en la conversación era pronta, frecuentemente brusca y en ocasiones hasta dura y punzante; y no pocas veces, en circunstancias delicadas, contestó a cumplimientos, a súplicas interesadas o palabras lisonjeras, con agudezas muy oportunas pero al mismo tiempo rudas.»

En efecto, Bolívar es hombre enérgico. Sabe tomar decisiones y cuando lo hace adoptan la forma de algo férreo. Sus ideas son siempre grandes, de altura y fuera de lo común. Su cortesía es afable y tiene algo de la exquisitez de los europeos de la alta sociedad. Es

sencillo, modesto, pero tiene asimismo el orgullo de un alma noble y elevada. Tiene una sola ambición: libertar a Sudamérica. Es emprendedor, muy activo —lo que contrasta con la época de su niñez, en que era más bien indolente— y sobre todo muy constante. Su imaginación es ardiente, rápida y fértil. En los contratiempos suele sobreponerse muy pronto, a no ser que la desgracia sea de proporciones gigantescas o irremediables; mas también en estos casos, aunque la crisis se prolongue un poco, tiene la virtud de saber reaccionar aprovechando la lección de la caída. Aunque algo rencoroso, su corazón es bastante generoso. Sus entusiasmos son volcánicos. Ama la discusión y si domina en ella es merced a la superioridad de espíritu, pero en ocasiones se muestra demasiado radical y poco tolerante. Pero su nobleza es tal que si luego reconoce en su proceder un error, se presenta ante su adversario y se lo confiesa sin titubeos. Es sumamente sensible a las críticas. Las calumnias le ponen fuera de sí. Cuando se enfurece su lenguaje se torna áspero y sucio; luego, muy pronto, desaparece la cólera y se muestra asequible y ponderado. Siendo ante todo un hombre enamorado de la claridad, no tolera el diálogo ambiguo, nebuloso o equívoco. Detesta las insinuaciones. A todo ello se une un espíritu

minuciosamente observador, capaz de captar los menores detalles.

Éste es el hombre que con sus amigos se aprestaba a desembarazar el Continente sudamericano de la dominación extranjera. ¿Cómo conseguiría tal milagro?

Por toda arma Bolívar lleva consigo un documento que él mismo ha escrito y que se conocerá en la historia como el *Manifiesto de Cartagena*. El presidente de Cartagena, Torrices, lo lee con extraordinaria atención y se persuade de que únicamente Bolívar es capaz de libertar el continente sudamericano. He aquí, en síntesis, el contenido de tan célebre Manifiesto:

#### MANIFIESTO DE CARTAGENA

- 1.º No es posible crear una nación con el simple auxilio de un ideal utópico. Toda acción debe nacer de hechos reales.
- 2.º La Patria debe ser salvaguardada por un ejército bien disciplinado, equipado y armado, amén de unas instituciones democráticas y republicanas.
- 3.º El sistema de gobierno idóneo para una República es el federal. Ahora bien, en la actualidad los venezolanos no están

debidamente preparados para regirse merced a un régimen democrático federal y ejercer con equidad sus obligaciones y derechos. Consecuencia: en la actualidad el sistema federal sería contraproducente.

- 4.º Sin duda el Gobierno debe ser paternal y benigno con sus súbditos, pero su justicia ha de ser inexorable para castigar a los que atenten contra él.
- 5.º La causa de nuestra momentánea derrota se deriva de las elecciones y los partidos, fuente de luchas intestinas.
- 6.º La población de Coro, caída en poder de los realistas, permitió como cabeza de puente acabar con la recién implantada independencia venezolana. En consecuencia, si ahora Caracas es realista, se traducirá en cabeza de puente para asestar un golpe mortal a la libertad de Nueva Granada.

El *Manifiesto de Cartagena* concluye con estas palabras: «No defraudéis (refiriéndose a los habitantes semi-independientes de Nueva Granada) nuestra confianza, no os mostréis insensibles a los lamentos de vuestros hermanos. No se puede perder más tiempo: hay que vengar a los muertos, devol-



DIESTRA



ver la vida a los moribundos, levantar a los oprimidos y dar a todos la libertad.»

La situación en Nueva Granada se mostraba muy confusa, y Bolívar antes de entrar en combate esgrimió preferentemente la pluma para conquistarse los ánimos del futuro estado de Colombia. Ahora bien, la pluma se convertía en sus manos en un arma tan sangrienta y poderosa como la espada. Después de publicado el citado *Manifiesto* escribió una serie de cartas dirigidas a personalidades influyentes y al propio Congreso General de Nueva Granada. Con esta correspondencia logró levantar en torno a su persona un prestigio y una confianza ilimitadas. El primer objetivo logrado fue su ingreso en el ejército del país, a las órdenes del general Labatut, quien le asignaría el mando de un cuerpo. Pero en Labatut se reproducía la situación de antaño con el general Miranda; uno y otro sintieron en su corazón una mezcla de celos y envidia. La personalidad de Bolívar es demasiado abrumadora para que su compañía sea aceptada sin desasosiego.

El general Labatut se negó a darle a Bolívar un puesto importante. Naturalmente, el venezolano no se conforma; y aunque de momento acepta el cargo se arriesgará con sus fuerzas a una acción temeraria... Simplemente,

Bolívar actuó por su cuenta, como vamos a ver.

Las tropas del general Labatut tenían un solo objetivo: destruir la resistencia hispana de Santa Marta. Lucharon valerosamente pero sólo consiguieron ocupar tres poblaciones de poca monta en el río Magdalena. Los españoles seguían conservando la orilla contraria, con lo que entorpecían toda navegación por el río. ¿Cuál fue la reacción de Labatut? Destinó a Bolívar a la población de Barrancas, en donde debía permanecer inmovilizado hasta nueva orden.

En un hombre de tan impetuosa acción física o mental, esta inactividad forzada le desespera. Sin embargo, su deber como buen militar es obedecer o será acusado, en caso contrario, de insubordinación, lo que para un soldado es siempre el más grave apelativo. Por tanto la situación se torna para el joven venezolano un ingrato dilema.

Bolívar reflexiona en la soledad y al fin toma una resolución: traza el plan de liberar de españoles el río Magdalena a fin de poner en manos del comercio cartagenero aquella vía importantísima.

Nuestro héroe sale de Barrancas y toma con sus tropas —200 hombres mal armados— la villa y el promontorio de Tenerife, desde el cual se dominaba el río unas leguas más arriba.

Este ataque tan audaz resulta un éxito estruendoso, y prosigue la campaña con sus hombres cada vez más entusiasmados. Sigue avanzando y cae en su poder una aldea, luego otra y otra... Su estrategia vence todos los obstáculos, y por fin ocupa la ciudad de Mompos. Para mayor fortuna en esta ciudad encuentra gran número de partidarios de la independencia, todos los cuales ingresan en su ejército, que se torna más potente. Con tales refuerzos toma la fortaleza de Bendo. Bolívar ha abierto una cuña... Su nombre vuela por todas partes con una aureola de prestigio sin rival. A continuación conquista también Chiriguana, Tamalameque, Puerto Real y Ocaña, con lo que finaliza su campaña triunfal. Todo el alto río Magdalena está ahora en poder de las

fuerzas que podemos llamar republicanas, y la navegación por él se les ofrece en exclusiva.

La popularidad de Bolívar —estos hechos se han difundido por todo el mundo— crece a extremos inusitados. Y al fin ocurre lo que ya se preveía: se desata una lucha entre Bolívar y el general Labatut. Éste acusa a aquél de desobediencia. Sin embargo, el Congreso de Nueva Granada le saluda con alegría por sus conquistas. Por fortuna impera el buen sentido y se ofrecen a Bolívar mayores medios para proseguir sus avances.

Pero estos éxitos, con ser muy importantes, no colman la suprema aspiración de Bolívar, cuya ilusión es liberar Caracas. Pronto podrá cumplir esta aspiración.

## CAPÍTULO VI

### UN RÍO DE SANGRE

LA MARCHA HACIA VENEZUELA SE INICIA el 9 de febrero de 1813.

—Hoy ha resucitado la República de Venezuela —dice Bolívar al pisar suelo venezolano. A la sazón no es coronel, sino que ha sido ascendido a general de brigada.

Le costó no poco obtener del Congreso de Nueva Granada el beneplácito para penetrar en el suelo de Venezuela, pero al fin le llega la orden de liberar la nación vecina. De momento se le encarga sólo la liberación de dos provincias: Mérida y Trujillo. La naturaleza es en estas zonas muy hostil y selvática y el panorama no era muy alentador, al menos con sólo 400 hombres. Primero había que tomar Ocaña, lo que sucedió pronto. Pero dejemos que lo cuente un testigo presencial, el mismo O'Leary:

«Es necesario —dice— haber recorrido aquella vía fragosa y aterradora, cuya naturaleza es imposible imaginar, para apreciar como se merece la dificultad de la empresa. Saliendo de Ocaña sigue el camino por espacio de once leguas por una áspera llanura, cortada de trecho en trecho por profundas quiebras, hasta el punto en que repentinamente arranca la subida. Este ramal de la gran cordillera es agrio en extremo; en tiempos muy remotos, las aguas torrentosas de las montañas abrieron angostas grietas, casi intransitables y a veces subterráneas, únicas sendas que hoy existen.

»Como el sol nunca penetra en esos *callejones* —así los llaman—, el suelo se conserva siempre húmedo y resbaladizo, lo que hace no sólo muy incómodo, sino peligroso, el paso por ellos;

al salir de esas cavernas, el sendero, lejos de mejorar, sigue por el filo escarpado de las montañas, donde un paso en falso precipitaría al viajero a muerte segura en el horrible torrente que brama en el fondo. En estos parajes desiertos llueve constantemente y las frecuentes tempestades los hacen terriblemente sublimes...»

Por semejantes escenarios se adentró Bolívar con sus soldados, mal equipados y sobre todo no habituados a las inclemencias de un clima hostil. Sólo el entusiasmo y la fe en su talento pudieron contrarrestar las dificultades. Se apoderaron de la fortaleza de La Aguada, y después de San José.

Bolívar instaló su cuartel general en Cúcuta. Aquí comienza un intervalo de paz armada, pero surge una lucha sorda con los de su propio bando, lucha originada por la envidia y la mezquindad. Seguidamente se abalanzó sobre la ciudad de Mérida, que cayó sin gran resistencia. Luego continuó adelante y cayeron Trujillo, Barinas, Nutrias. Al fin sucedió lo que tanto deseaba: en los llanos de Taguanes consiguió un triunfo tan rotundo sobre los realistas que Monteverde se replegó, rápidamente, a Puerto Cabello. Con esta medida le dejaba franco y libre el territorio de la nación hasta la capital caraqueña. A su paso todo se derrum-

baba. El general Mitre dice entusiasmado:

—La campaña reconquistadora estaba gloriosamente terminada. En ella demostró Bolívar por primera vez que, si no era un general metódico ni tenía una educación militar, poseía en alto grado, a la par de las dotes del caudillo revolucionario, el genio de la guerra y la inspiración ardiente en medio de la acción, elevándose de un golpe, en su escala, al rango de los célebres capitanes antiguos y modernos. Los resultados fueron seis grandes combates que valen batallas, ganados en un trayecto de mil doscientos kilómetros sin un solo revés, al través de dos cordilleras; cinco gruesos cuerpos de ejército, que sumaban 4.500 hombres, dispersados, muertos y prisioneros o rendidos con sus armas y banderas; la captura de cincuenta piezas de artillería y tres grandes depósitos de guerra; la reconquista de todo el occidente de Venezuela de cordillera a mar... y la restauración de la República independiente de Venezuela. Y todo esto sólo con 600 hombres y 90 días.»

La fama de Bolívar se extiende por doquier y alcanza a todas las colonias hispánicas, y así el reclutamiento de voluntarios patriotas es incesante. Bolívar tiene ya excelentes ayudantes: Antonio Ricuarte, Ribas, Atanasio Girardot, Campo Elías y Urdaneta.

Entretanto la lucha se había tornado tan encarnizada entre los dos bandos —realistas y republicanos— que de la lucha noble se pasó al odio más negro y abyecto. ¿Cuál de los dos sectores en lucha comenzó por ejecutar a los prisioneros? ¿Quien comenzó por dar tan salvaje ejemplo de crueldad y venganza? De los españoles se decía que ultimaban a los enemigos capturados y que aplicaban el terror para apoderarse de las poblaciones. De Bolívar... Dejemos que lo diga él mismo:

—Se nos hace una guerra de exterminio —exclama con furor—; se quiere hacer desaparecer la raza americana, y para ello se renuevan los horrores de la Conquista.

Por ello el 15 de junio de 1813 expidió el terrible decreto a muerte en que decía:

«Españoles y canarios: contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de la América. Americanos, contad con la vida aun cuando seáis culpables.»

Tan reprochable decisión ha oscurecido ampliamente el brillo de sus éxitos para la posteridad, pues en verdad que su conquista tenía lugar sobre campo abonado y era por tanto segura su victoria y a la vez innecesarias sus represalias despiadadas. Algunos atribuyen este odio feroz a una conse-

cuencia del amor propio herido durante tantos años de dominación extranjera, y otros consideran que era sólo fruto de las circunstancias, o sea, el resultado de una cadena de mutuas crueldades. En cualquier caso su proceder es condenable.

Al impulso del renombre adquirido por Bolívar surgen en Venezuela, por todas partes, diversos cabecillas que dirigen acciones de insurrectos. Son valientes; y aun cuando luchan sin relacionarse, su acción va minando el poder realista, que se tambalea más y más.

Bolívar tiene noticia de uno de estos cabecillas, un tal Diego Mariño, quien ha desembarcado en Trinidad y prosigue su avance hacia Cumaná. Pero también surgen cabecillas realistas, el más temible de los cuales es sin duda Boves. Éste posee tres o cuatro mil llaneros, gente baja y sin escrúpulos cuyo afán de lucha tiene sólo un estímulo: apoderarse de una población para saciarse con su botín. Los hombres de Boves serán pronto temidos como una plaga del infierno. Así el nombre de Boves ha quedado en la historia como el de un ser sanguinario y despreciable, cuya acción mejor cuadraría en alta mar al mando de un buque pirata. Boves había sido comerciante de ganado y cuatrero.

Si algún ser existe en la historia de

América completamente opuesto a la naturaleza de Bolívar, es precisamente este Boves que se le enfrenta con el nombre de realista, pero que en el fondo es un hombre sin ideal. Boves es regordete, bajito, musculado y fuerte; sus ojos son grises, fríos y su potencia física es fabulosa. Hombre sin entrañas, es capaz de asesinar sin pestañear ni sentir la menor intranquilidad. Medio salvaje y ateo, luchará por placer y mientras galopa entona esta canción:

Sobre la yerba, la palma;  
sobre la palma, los cielos;  
sobre mi caballo, yo,  
y sobre yo, mi sombrero.

Boves es el dueño absoluto de los llanos del Orinoco. Ha destruido importantes grupos republicanos. Los propios realistas no se atreven a presentar a Boves como a uno de los suyos; se limitan a anunciarle como una plaga del cielo, plaga promovida por los rebeldes.

Las quejas vienen de todas partes: agricultores, ciudadanos, soldados... Es un clamor que se extiende como un huracán misterioso e incontenible.

Un oficial acude al despacho de Bolívar y exclama, después de saludarle:

—Mi general, la crueldad de Boves y sus llaneros se acrecienta al pasar de boca en boca y desmoraliza a la tropa.

Ante el temor de caer en sus manos muchos de los nuestros huyen desparvoridos. Si no usamos las mismas armas, lucharemos con desventaja.

Bolívar tarda unos momentos antes de responder. Luego, fija la mirada en los ojos del oficial y le responde a modo de pregunta:

—¿Se han percatado ustedes de que los llaneros de Boves son venezolanos y por tanto hermanos nuestros?

—Esta consideración no debiera tenerse en cuenta, puesto que son enemigos.

—Si convertimos esta guerra en una guerra civil, la causa de la libertad saldrá derrotada. Si los soldados de Boves fueran españoles, sería justo y político usar las mismas armas. Siendo venezolanos podría ser justo, pero nunca sería político. Hay que inventar alguna fórmula que contenga aquella crueldad y al mismo tiempo fomente la deserción entre las filas de Boves. Es absurdo que los sudamericanos luchen en interés de España.

—Mi general, ¿tiene esa fórmula?

—La tengo —responde Bolívar—. Pero temo ponerla en práctica porque es injusta, aunque sea necesaria.

¿Cuál era esa fórmula? No la expuso Bolívar, al menos entonces.

Entretanto sus tropas siguen avanzando. Por fin, se cumple el sueño del Libertador: Valencia cae en poder de

los republicanos y el día 6 de agosto de 1813 se apoderan heroicamente de la capital de Venezuela: ¡ha caído Caracas!

La ciudad le recibe como libertador, mas antes de penetrar en ella envía al presidente de Nueva Granada un despacho en el que se recuerda las luchas internas y las envidias mezquinas con que tropezó al principio en el vecino país:

«Tiene V. E. cumplida mi oferta de liberar a mi país y tiene V. E. la prueba más clara que puedo haber dado de que no era aventurada la empresa, como pretendían algunos hacer creer a ese Gobierno. Tan lejos estuvo de ser aventurada, que no es posible haya una campaña más feliz: durante los tres meses que he hecho la guerra en Venezuela no he presentado acción que no haya sido ganada por nosotros, y de cada una de ellas he sacado todas las ventajas imaginables, logrando con la actividad y rapidez en las marchas desconcertar a los enemigos, al paso que el valor de mis tropas los aterraba.»

La entrada de Bolívar con sus tropas en Caracas fue apoteósica. Un historiador venezolano dice así: «Una multitud de hermosas y brillantes jóvenes, vestidas de blanco y con coronas de laurel y flores en las manos, pasaban en medio del tumulto para to-

mar la brida del caballo; al verlas, Bolívar echó pie a tierra y entonces le agobiaron con el peso de coronas tan bien merecidas. Las salvas de artillería, el repique de todas las campanas, la música que entonaba himnos a la libertad y a la victoria, las flores que regaban el camino y que llovían de todos los balcones... todo esto producía gratas y hondas emociones.»

Éste es el momento en que la ciudad de Caracas corrobora el título de Libertador para Simón Bolívar, título que ya la ciudad de Mérida le había otorgado anteriormente.

Nuestro hombre ha alcanzado ya la gloria. Nadie discute su genio. Ahora bien, ¿cómo le sienta a Bolívar el pedestal militar en que se le ha colocado? Fiel a su promesa en el Monte Sagrado de Roma, rechaza toda posibilidad de erigirse en dictador de la República venezolana. Su vocación no es mandar, ordenar, imponer, sino organizar, dirigir. La política le atrae; la guerra le repugna. Las circunstancias le han hecho militar, pero su deseo es servir al país desde otro ángulo: desde una tribuna democrática, sea en el Parlamento o en un periódico

Como que la guerra ha descompuerto económicamente al país, creando una confusión de odios, entusiasmos locos y fanatismos, Bolívar se entrega con urgencia a la tarea de

crear instituciones, normas y leyes a fin de suscitar los medios para un desenvolvimiento próspero dentro de la justicia social. Pero apenas iniciada esta labor se ve en la dolorosa necesidad de interrumpirla. El peligro realista acecha...

El valiente y perspicaz Monteverde se había encerrado con un puñado de españoles en Puerto Cabello —el mismo que antaño defendiera Bolívar contra Monteverde—, desde donde podía recibir refuerzos por mar de la metrópoli. El país venezolano era demasiado grande para controlarlo y protegerlo contra una acción española, máxime con un ejército y unos medios tan reducidos.

Por otro lado, el pueblo español se estaba rehaciendo en su lucha contra el dictador francés. Los ejércitos de éste retrocedían ante el empuje de las tropas anglo-hispano-portuguesas dirigidas por el duque de Wellington. Esos hechos aumentaban la confianza del Consejo de Regencia y anunciaban el retorno del rey Fernando VII. También en Rusia le iban mal las cosas a Napoleón, pues desde 1812, en que fracasó su campaña —los rusos abandonaron un Moscú incendiado y solitario—, la estrella del gran corso se eclipsaba, y con este declive resurgía el poderío hispano.

En efecto, la situación de Bolívar en

Caracas se volvía frágil. Comprendiendo el peligro que significaba Monteverde en Puerto Cabello, le puso sitio a esta fortaleza, mas sin resultado. Los españoles enviaron a Monteverde, por mar, un refuerzo de 1.500 hombres y abundantes armas y municiones, todo lo cual empeoró el estado de cosas para los republicanos.

No obstante el decreto de «guerra a muerte», Bolívar propone un canje de prisioneros. Pero el español, viéndose fuerte, rechaza la oferta. Entonces Bolívar, ofuscado y viendo que los llaneros avanzaban por el sur del país y se acercan a Valencia, ordena ejecutar unos 800 españoles encerrados. Ésta es una de las acciones más incomprensibles y absurdas —que rozan la demencia— del general Bolívar. Él, tan hábil y diplomático, no se da cuenta de que esta medida le hará impopular entre la misma masa de población venezolana, cuyo odio se dirige hacia la opresión española encarnada en la figura de sus monarcas, pero no en la del pueblo, es decir, en sus soldados destacados en Sudamérica.

Dándose cuenta de que Monteverde ha aumentado su poderío, decide Bolívar simular un retroceso de sus tropas a fin de invitar al español a perseguirle; con esta estratagema el caraqueño confía tender una trampa al audaz Monteverde y derrotarle. El es-

pañol duda... Al fin, se decide y sale en busca del Libertador. Tres columnas de republicanos de Nueva Granada, dirigidas por el coronel Girardot, atacan al español y logran derrotarle. Pero Girardot pagará con la propia vida el honor de una batalla tan importante y cuyo mérito le corresponde por completo.

¡Cómo sintió Bolívar la muerte de su amigo Girardot! Girardot era uno de los jefes más entrañablemente queridos por los soldados, llegando al punto que estos mismos rogaron a Bolívar el alto honor de vengar la muerte del difunto héroe. El Libertador accede. Nuevamente atacan a Monteverde, que vuelve a retroceder, y aniquilan grandes contingentes del adversario. Resultado: Monteverde se refugia con el resto de sus soldados en Puerto Cabello, fortaleza que Bolívar sitia de nuevo. Y... detalle curioso: lo mismo que Bolívar tuvo que sufrir la afrenta de un oficial venezolano que traicionó a sus armas, ahora estalla entre las fuerzas españolas una rebelión. Monteverde cede el mando a Salomón, quien acepta el canje de prisioneros que propusiera antes Bolívar. Mientras tanto España envía nuevas tropas a Maracaibo. Bolívar envía a Urdaneta al oeste, pero cuando llega ya está cortada la relación con Nueva Granada.

Simultáneamente los llaneros, al

mando del cruel Boves, vuelven a atacar, y Bolívar les opone a Campo Elías con tropas de refresco. Entretanto en Caracas se celebran honras fúnebres al idolatrado Girardot. Bolívar instituye entonces la Orden de los Libertadores, que se otorga a todos quienes han luchado y sobresalido en la defensa de la libertad sudamericana. Esta Orden se reparte lo mismo a los aristócratas que a los plebeyos, y tanto a negros o indios como a los blancos.

La Asamblea Constituyente se reúne en Caracas para estudiar la fórmula política futura del país; y como quiera que persisten los rumores de conferir a Bolívar poderes dictatoriales éste sube a la tribuna para hablar. Se produce un silencio absoluto. Las miradas de todos los diputados le contemplan con el mayor interés.

—El Libertador de Venezuela —dice Bolívar con voz firme— renuncia para siempre e irrevocablemente declina el aceptar ningún cargo, excepto el puesto de peligro a la cabeza de nuestros soldados, en defensa de la salvación de nuestro país.

Se le aclama con insistencia y se niegan a aceptar su decisión. Bolívar reclama el silencio con ambos brazos y dice:

—Para el poder supremo hay ilustres ciudadanos que más que yo merecen vuestros sufragios. El general Ma-

riño, libertador de Oriente: ved en él al digno jefe para dirigir vuestros destinos.

Por fin los asambleístas comprenden que hay en Bolívar la naturaleza de un auténtico demócrata, y que por ende nunca resbalaría a la sucia postura de un dictador. Ningún dictador se libra del odio, y difícilmente se salva de la muerte por un acaecimiento violento.

La joven República se ve asediada por todas partes. Boves se acerca victorioso. Otros cabecillas realistas extienden sus fuerzas. El general Mariño, celoso del prestigio de Bolívar, se individualiza. Y en Puerto Cabello siguen llegando refuerzos. El resultado es que el cerco en torno a la ciudad se vuelve cada vez más apremiante y peligroso. Bolívar se da cuenta que de un momento a otro el país se fragmentará en varias porciones, víctima de una guerra civil. La Asamblea Constituyente le pide, una vez más, que acepte poderes extraordinarios para consolidar y sanear la salud del nuevo régimen independiente. Antes de que Bolívar responda con una negativa se le pide —¡se le exige!— que acepte. Bolívar calla. Acceder significaría romper con sus convicciones.

—¡La patria está en peligro! ¡Sólo tú puedes salvarla!

—¡Libertador! ¡Ayuda a tu patria!

—¡Acepta la presidencia, Bolívar!

Al fin Bolívar acepta. He aquí sus dos primeras medidas: crear una contribución provisional para sufragar los terribles gastos de la guerra, y el servicio militar obligatorio. Estas dos medidas permitirán obtener el necesario armamento y munición para luchar, y además abundantes brazos para rechazar al enemigo. Mas tales decretos son vistos con antipatía por la misma masa que lo ha aclamado.

El nombre de Boves se torna ya una obsesión en la mente del Libertador. En marzo de 1814 se había aproximado el llanero con todas sus fuerzas a la capital caraqueña, y sólo merced a un esfuerzo sobrehumano pudo Bolívar derrotarle. Mas eso fue por poco tiempo. En junio se acercan otra vez las huestes bárbaras de Boves...

—¡Boves, Boves, siempre Boves!  
—exclama iracundo el Libertador—. ¿Quién es este tipo indeseable y de dónde viene?

Sus amigos le informan:

—Este desalmado se llama en realidad José Tomás Boves, y para nuestra satisfacción no es venezolano.

—¿Es portugués?

—No; es español de raza, de la región de Asturias. Inició su carrera como pirata en el Caribe. Las autoridades españolas le capturaron y le encerraron en una prisión, concreta-

mente en Puerto Cabello. Pero el bribón logró escapar de allí y se estableció en los llanos.

—No cabe duda que es audaz, y aunque salvaje posee las dotes de un verdadero jefe.

—¡Ya lo creo! Figúrese que al poco tiempo de establecido logró adueñarse de la voluntad de los gauchos semicivilizados de esa región. Después los convirtió en un auténtico ejército de bandidos bien disciplinados y con una organización admirable, que ya quisieran para sí algunos de los cabecillas republicanos del interior de Venezuela.

Bolívar está pensativo. Se pasea con los brazos cruzados.

—En marzo le derrotamos, pero si vuelve...

—¿Cree usted que llevamos las de perder?

En lugar de responder a la pregunta, Bolívar se detiene y dice a los oficiales:

—Hay que aumentar por todos los medios nuestras fuerzas o no podremos salvar a la República. Hay que trazar un plan de acción. ¡Pronto, acérquense!

De continuo llegan noticias de las atrocidades de Boves. Sus asesinatos exceden por su barbarie a todo lo imaginable. Bolívar pierde la paciencia:

—¡Basta, ya! Le daré una lección

a ese cochino salvaje: fusiles a todos los llaneros prisioneros.

Es una medida excesiva: son novecientos los llaneros prisioneros. Boves se entera en seguida de este hecho, pero en lugar de arredrarse su furia aún cobra nuevos bríos. De nuevo se aproxima a Caracas, esta vez con mayor número de fuerzas.

Bolívar y Mariño se aprestan a contrarrestarles con sus respectivas tropas. Pero las fuerzas de Boves son muy superiores y envuelven la ciudad, sedientas de botín, con la furia de las hienas y los chacales hambrientos. La lucha se presenta encarnizada en principio. Los republicanos resisten heroicamente, pero las municiones se agotan y las bajas son cada vez más alarmantes... Al fin Boves logra quebrar la defensa y una columna de llaneros penetra por la ciudad, a sangre y fuego. El pánico se extiende por Caracas. Los hombres de Bolívar aún resisten en núcleos aislados. Boves los va reduciendo, poco a poco, hasta que por último los arrinconan y aplasta. Entonces comienza uno de los momentos más horribles y sangrientos en la historia de Sudamérica. A merced de un furor totalmente enloquecido los llaneros se entregan a la más despiadada matanza de caraqueños, ensañándose particularmente en los venezolanos que habían huido de las zonas

rurales y deseaban embarcar al extranjero. El asesinato en masa asciende a la friolera de más de tres mil quinientos republicanos.

El mismo Bolívar logró escapar por puro milagro, pues Boves tenía especial deseo de echarle el guante y asesinarlo. Con esa furia inconsciente de los seres arrastrados por el pánico sus propios oficiales le denunciaron como traidor y le acusaron de haber puesto en manos de Boves al ejército patriota.

—¡Hemos sido derrotados por culpa de Bolívar!

—¡Nos ha traicionado!

Éstas son las voces que circulan. Como puede verse, son injustificadas y no responden a la realidad de los hechos. Bolívar logra apaciguar los ánimos: no son momentos de discutir, sino de actuar.

Como que había temido la derrota, Bolívar había hecho evacuar todas las riquezas de las iglesias, evitando de este modo que los llaneros las saquearan. De esta forma comenzó la retirada hacia el este, una caravana constituida por miles de hombres, mujeres y niños. Infinidad de ellos mueren por agotamiento por el camino. Los pocos que quedan con vida son atacados por Boves, que les persigue con saña. Bolívar organiza la defensa, la cual es pronto desbordada por la superioridad

numérica del llanero. Comienza de nuevo la matanza. Bolívar grita:

—¡Sálvese quien pueda!

Bolívar se refugia con algunos amigos en la ciudad de Barcelona, pero la guarnición es tan pequeña que desechan toda idea de defensa. Bolívar retrocede a Cumaná, en donde se encuentra con su lugarteniente Ribas y Piar. Los hombres de Boves avanzan y siembran la ruina. Aniquilado en todas partes, el ejército patriota se disuelve; los que escapan a la muerte huyen al campo o al extranjero. Y así de nuevo la larga y penosa labor de liberación iniciada en Nueva Granada, con inmensas dificultades, es reducida a la nada. Bolívar llega a Carúpano, y se entrevista aquí con el general Mariño y diversos oficiales que han logrado escapar.

—¡Hemos perdido la guerra por culpa de Bolívar! —le dicen.

—¡Traidor!

—¡Fracasado!

—¡Cobarde!

Se intenta formar un consejo de guerra y acusarle del fracaso. Entonces Bolívar ve reproducirse en sí mismo el caso del desgraciado general Miranda. Éste le acusa en silencio a través de su propia conciencia.

—Vuestras acusaciones son falsas —grita Bolívar.

—¡Mientes, traidor!

—No nos han vencido los españoles, sino nuestros propios hermanos.

Para colmo de desdichas Bianchi intenta huir con el oro de las iglesias que por previsión de Bolívar se alejó a la retaguardia, acusándose a éste de complicidad. De nuevo la sombra de Miranda pesa sobre el Libertador y se diría que desde su prisión en España le sigue los pasos y le maldice. Bianchi es capturado a tiempo y arrastrado ante un tribunal.

—No he hecho más que apoderarme de lo que me pertenece. El ejército me debe 40.000 pesos de soldada.

Bianchi era dueño de un corsario y tenía las joyas en él. En principio había luchado al lado de los insurgentes.

—El oro que intentó robar usted supone una cantidad mucho mayor que la que se le adeuda.

El pirata sonríe con cinismo:

—Pensaba devolverles el resto, una vez transformado todo en dinero líquido. Temía quedarme corto.

El tribunal se reúne luego en silencio y reflexiona. Cuando salen al público su decisión ha sido tomada:

—Bianchi ha prestado un servicio a la República. Se le pagarán los cuarenta mil pesos y nos devolverá el resto. Desde este momento es libre y puede largarse a su corsario.

La resolución del tribunal es grotesca. Bianchi no es más que un pirata.

En realidad el tribunal hacia quien apuntaba es contra Bolívar, a quien logra detener, iniciando un juicio similar al que otrora se formó contra Miranda. De nuevo la sombra fatídica del Precursor flotando sobre el caraqueño.

Pero ocurre entretanto algo completamente imprevisto: en cuanto Bianchi regresa a su poderoso corsario apunta sus cañones a la ciudad y les amenaza con un bombardeo total si no le entregan a Bolívar y Mariño.

—De lo contrario —amenaza Bianchi, iracundo— no dejaré piedra sobre piedra.

Aterrorizados, los hombres de la derrotada República le devuelven a los dos militares. El italiano Bianchi sentía especial cariño y admiración por ellos. Y es seguro que sin la amenaza del pirata habría muerto Bolívar, lo mismo que su compañero Mariño.

Entretanto Ribas y Piar no tuvieron tanta suerte. Como que Bolívar había sido declarado proscrito, aquellos dos hombres fueron nombrados jefes por aclamación. Ribas y Piar libraron los últimos combates por la libertad y cayeron vencidos. Ribas consiguió huir, pero cuando ya se creía en lugar seguro, descansando en la espesura de un bosque, le hizo traición su propio asistente. Los enemigos le capturaron y en seguida le dieron muerte.

Para mayor escarnio cortaron su cabeza y la llevaron a Caracas como trofeo de guerra y para escarmiento de todos los patriotas sedientos de emancipación.

Su desconsolada viuda hizo público su juramento:

—Juro solemnemente —dijo con el corazón destrozado, pálida y temblorosa—, juro que no saldré de mi casa hasta que Venezuela recobre de nuevo la libertad.

Y cumplió su palabra.

Mientras tanto ¿cuál era el estado de ánimo de Bolívar? Antes de salir a bordo del corsario de Bianchi, declaró en Carúpano:

—Yo os prometo, amados compatriotas, que este título (el de Libertador) que vuestra gratitud me tributó cuando vine de arrancaros las cadenas, no será en vano. Yo os juro que, Libertador o muerto, mereceré siempre el honor que me habéis hecho...

Y también cumplió su palabra. Pero así como la viuda de Ribas fue escuchada con respeto por amigos y enemigos, a Bolívar nadie quiso prestarle atención. «Los mismos piratas —decía el pueblo— le ayudan.»

«Pocas veces —dice un apologista de Bolívar— cayó un hombre más bajo y se vio en mayor desprestigio que Bolívar en 1814. Parecía imposible que se redimiese y levantase de nuevo.»

Sus crisis son terribles. Pero también es cierto que son breves y sale de ellas enriquecido espiritualmente. Su ventaja es la de saber sacar fruto de las derrotas. Y es que, como dijo alguien de su época, es más temible vencido que vencedor.

Gracias a Bianchi llegaron a Curaçao Mariño y Bolívar.

—No sé cómo expresarte el agradecimiento— dice el caraqueño al pirata—. Me has salvado la vida. Esos desgraciados...

—¿Cómo? —dice Bianchi sorprendido—. ¿No les guardas rencor?

—¿Al pueblo venezolano? ¡Bah! El pueblo es como un niño. Es cierto que tiene poca memoria y se olvida pronto de los favores que se le hacen. Y es corto de vista: sólo ve el presente y lo que está delante de sus narices. Pero aunque inconsciente y atolondrado es bueno; es mi pueblo y yo lo adoro. Yo le devolveré la libertad y la prosperidad, y con ellas recobrará sus sentimientos de justicia.

Mariño calla, fija la mirada en la inmensidad del mar.

—En cuanto a usted, yo le prometo que volveré a comenzar de nuevo. ¡Y recomenzaré la obra tantas veces sea menester!

—¿De qué forma? —pregunta Mariño, y su grave mirada se posa, con

escepticismo, en la faz del compañero de infortunio.

—Si en Nueva Granada no nos ofrecen sus fuerzas, entonces, créame, ¡las inventaremos! ¡Venezuela debe ser liberada!

—Ni siquiera tenemos prestigio. Se nos considera traidores.

—Esa impresión es pasajera.

—Venezuela nos odia.

—Venezuela —replica Bolívar con aplomo— nos saludará con entusiasmo y nos adorará. Ahora debemos trazar un plan.

—¿Ahora? ¿Usted cree?

—¡Naturalmente!

Y, en efecto, trazan un plan.

En septiembre de 1814 desembarcan en Cartagena. Al despedirse de Bianchi, le abraza emocionado.

—Querido Bianchi, a pesar de tus defectos, has hecho mucho por la libertad de Venezuela. Más de lo que te imaginas. La historia te lo reconocerá algún día.

—¡Adiós, Simón! —dice Bianchi, quien hace esfuerzos para evitar la emoción—. No olvides que siempre

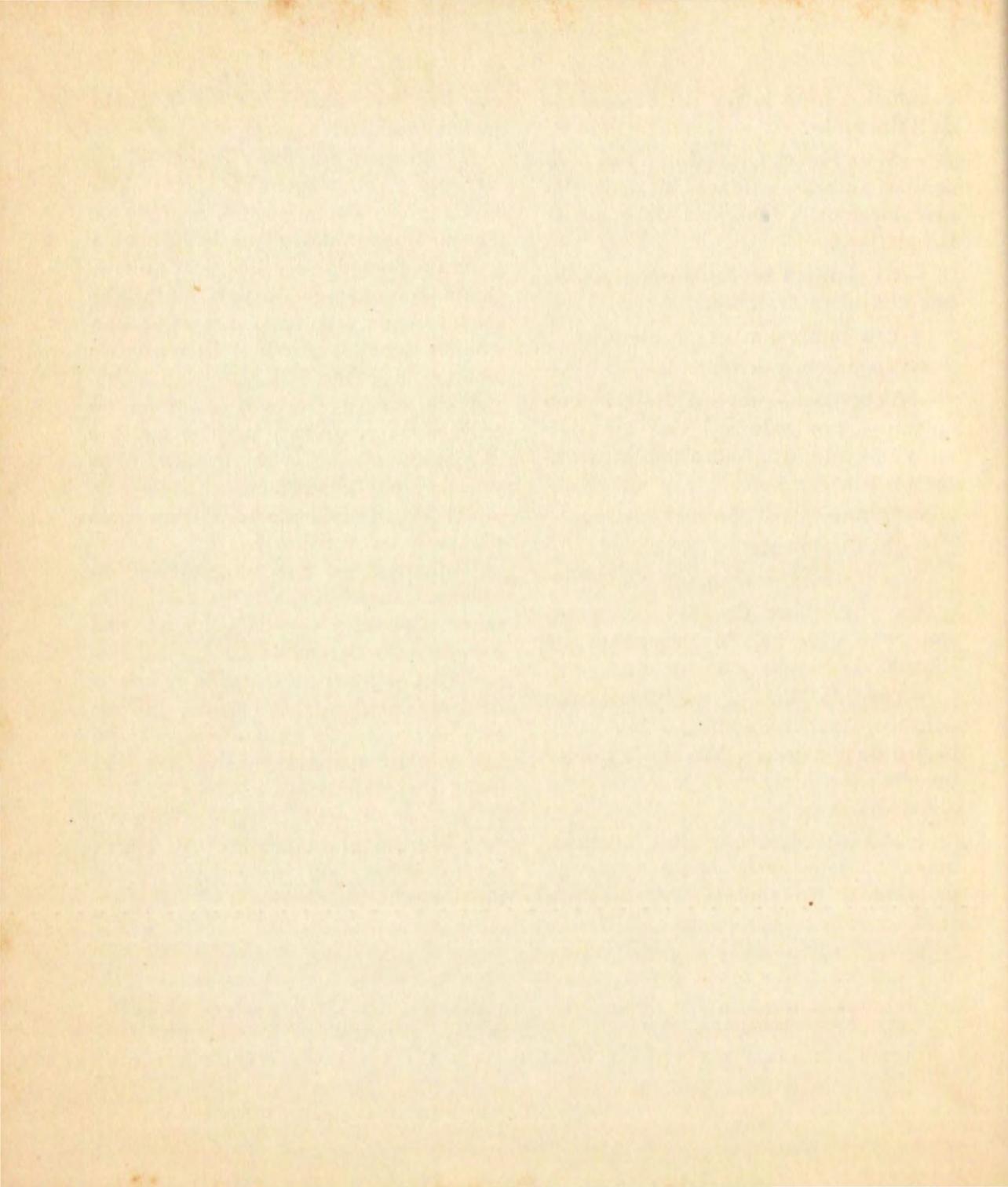
que me necesites estaré a tu lado. ¡Adiós y suerte!

Lo primero que hace Bolívar al poner pie en Cartagena es presentarse al Congreso de la nación, reunido en Tunja. Bolívar desea que le juzguen y aspira a defenderse y justificar su conducta. Aunque sea un país extranjero Bolívar quiere someterse a ellos porque les debe las primeras fuerzas para liberar su patria. El más alto tribunal de Nueva Granada examina su trayectoria guerrera y política durante el pasado año. Son analizados todos y cada uno de sus actos.

Al fin el presidente resume en estas palabras su meditación:

—General, su país no está vencido mientras usted tenga la espada en la mano. Con esta espada volverá usted a rescatarlo del poder de los opresores. El Congreso de Granada le concederá a usted su protección, porque está satisfecho de su conducta. No ha tenido suerte como general, pero es usted un gran hombre.

Bolívar se siente renacer. De nuevo se ensancha el horizonte y ve claras posibilidades para iniciar una segunda campaña libertadora...



MALESTAR EN ESPAÑA  
E INFORTUNIO  
DEL LIBERTADOR

EXPULSADAS DE ESPAÑA LAS FUERZAS DE Napoleón, Fernando VII vuelve al poder y se restablece de nuevo en Madrid. La población española acogió al monarca con un entusiasmo delirante. Ocurría esto a principios de 1814.

Pero Fernando VII, que antaño había entregado sin lucha su corona al dictador francés, mostraba ahora por este pueblo que le aclamaba una reacción absurda. Se obstinó en reinstaurar un gobierno absolutista como el de antaño. Pero el pueblo, que se había apropiado los principios de la Revolución francesa, y ansiaba ardientemente un clima de libertad y tolerancia, se negó a convivir con la arcaica fórmula del absolutismo inquisitorial. La población influyó para que quedara bien patente, por encima del mismo poder real, la soberanía popular.

—¡Fuera Fernando VII! —comenzó a oirse por las calles madrileñas.

—¡Queremos libertad!

Pero Fernando VII no sólo se complació en ignorar la voz popular y los consejos de intelectuales y políticos, sino que creó un régimen de autoridad inflexible y rígida. Consignemos, por otro lado, que este hecho fue común en toda la Europa ex napoleónica: al regresar sus anteriores monarcas quisieron mantener a sus respectivos países a un margen de las conquistas democráticas, lo que sumió a la población en una cadena de luchas intestinas, malestar social y ambiciones políticas. Con ello se fabricaban los futuros gérmenes del socialismo y del comunismo. España no fue una excepción.

Así hubo en Europa dos tendencias: la de los liberales —los que aun des-

pués de expulsar a Napoleón asimilaron sus enseñanzas revolucionarias— y la de los retrógrados o reaccionarios, o sea, los partidarios del antiguo orden absolutista.

En España los liberales presionaron para que fuese aprobada una Constitución escrita: en ella se debían hacer constar con claridad y para siempre los derechos del pueblo, se delimitarían los poderes de los reyes. Los liberales solicitaban también la libertad de pensamiento, de asociación y de prensa. Las monarquías de Europa se sentían muy lejos de acceder a tales prerrogativas, y de hecho no las concedieron, en la mayoría de los estados europeos, hasta el 1860.

El pueblo español, que había luchado hasta desangrarse enormemente en su combate contra Napoleón, y que trajo al trono, con gran ilusión a Fernando VII, se vio después frustrado en sus esperanzas, pues el rey legítimo no quiso satisfacerlas. Por eso el 1814 y los años siguientes son en España tiempos de malestar y de luchas intestinas. Negándose a evolucionar, Fernando VII dejaba el paso libre a la revolución, y, lo que es aun peor: con su intransigencia, provocaba con mayor ímpetu el afán de emancipación abrigado por las colonias. Con un gobierno liberal en Madrid hubiera sido difícil —no imposible— retener algunas colonias; con

un gobierno absolutista, la conservación de colonias era de todo punto inimaginable. Así, aunque poco a poco, los realistas sudamericanos fueron abriendo los ojos y dándose cuenta de que con Fernando VII se les ofrecía un porvenir sin posibilidades económicas —sólo podían comerciar con la metrópoli— y sin la más mínima atmósfera de libertad. Los virreyes nombrados por el rey venían a América con instrucciones severas y tajantes.

Sobre las costas de América llega en 1815 bajo el mando de Morillo —general español— un ejército potentísimo, el más considerable y fabuloso jamás desembarcado en el continente. Fernando VII ha dado severas instrucciones a Morillo: primero debe someter por la fuerza de las armas la nación venezolana, luego a Nueva Granada, y posteriormente debe aplastar la rebelión de Perú y Argentina. Morillo posee hombres y armas en abundancia. Su flota es poderosa, tan poderosa que no encuentra rival.

Mientras tanto Bolívar, que había recibido fuerzas de Nueva Granada, conquistó la ciudad de Bogotá —que después sería capital de Colombia—, y luego se dirigió al norte. Al llegar a Santa María regañó con Castillo, jefe de Cartagena, que le negó obediencia.





Fue entonces, en abril de 1815, cuando la flota de Morillo llegó a Venezuela, con un ejército de 15.000 hombres.

El gran general español encontró el país desangrado por las guerras y sin apenas alientos de lucha. La anarquía y la confusión se enseñoreaban de vastas zonas. Su desembarco y ataque fue en principio poco menos que un desfile militar. La resistencia de los bravos venezolanos patriotas estaba quebrantada y exhausta. Carecían de armas, disciplina, alimentos y de algo más importante: ilusión.

—Pero si en este país hay la paz y el orden de los camposantos... —dijo Morillo sorprendido.

Las cosechas se pudrían esperando que alguien se dignase recogerlas. Las vacas y los corderos se morían por falta de piensos. Los bandidos hacían su aparición y se dedicaban al saqueo y a la violencia. En suma, el cuadro que por entonces ofrecían las naciones hispanoamericanas —o concretamente Venezuela y Nueva Granada— era por demás triste.

En estas condiciones encuentra Morillo a Caracas. La ocupa sin el menor ruido ni resistencia. La población está desorientada. En agosto se aproxima a Cartagena y la ocupa también, después de una encarnizada lucha con los últimos patriotas. Finalmente es izada la bandera española. Los republicanos

han sido aplastados una vez más y expulsados del poder. Toda acción independentista ha sido borrada del mapa.

Bolívar huye; huye siempre... Pero ¿adónde esta vez? Se va a la isla de Jamaica, con su compañero Mariño. No tienen ni un céntimo y van precedidos de la lástima o el desprecio que inspiran los vencidos.

A pesar de las circunstancias adversas, no olvidan la patria oprimida. Antes de los dos meses de permanencia en la isla Bolívar redacta una alocución conocida con el nombre de «Carta de Jamaica». En ella se estudia la situación de la nación española bajo la bota de Fernando VII y la mezquina subordinación de sus colonias. Trata de congraciarse con los países europeos explicando que con la independencia de los estados americanos Europa saldría ganando: quebrado el monopolio comercial de los españoles, toda Europa podría vender sus productos a un vasto continente. Después elogia el carácter y las instituciones políticas de los yanquis, indicando que los países del Sur debieran tomarlas como ejemplo. Hay en esta carta muchas advertencias y lecciones sabias para la raza hispanoamericana, pues proceden en verdad de una mente que sabe sacarle jugo a los reveses. Pero digámoslo bien claro: su voz suena en el desierto. Nadie le escucha ni quiere ayudarle.

Nuestro héroe está tan flaco y cadavérico —se pasa el tiempo escribiendo cartas a todo el mundo— que el duque de Manchester dice:

—La llama ha absorbido el aceite.

Para colmo de desgracias la patrona de su humilde residencia le exige una y otra vez el pago de su cuenta.

—Señor Bolívar, es usted muy importante; sí, señor, pero no me paga. Diga no más ¿cuándo piensa usted darme lo que es mío? ¡Dígallo de una vez!

—Pronto, perdone... Tenga paciencia —replica Bolívar humillado.

—Lo mismo me dice hace muchas semanas, y yo no le creo, porque usted no tiene ni un maravedí, y por tanto no podrá pagarme nunca.

—Le juro que...

—¡No jure tanto y pague ya! ¡Pídale dinero a sus amigos, que los tiene y ricos! Hágalo así, o...

Para él, millonario, generoso, aquello sobrepasa la medida de su paciencia. No puede aguantarlo más. Se humilla ante un amigo y le pide prestado una cifra y con ella paga a su patrona. Algo aliviado su orgullo se marcha en busca de otro alojamiento.

Pero he aquí que aquel mismo día un amigo suyo, llamado Amestoy, va a verle. No dispone de muchos días, pues ha de embarcarse para la isla de Santo Domingo. Como que ignoraba que el Libertador se había mudado de domi-

cilio, y la patrona regañona no le vio entrar, entra en su antiguo aposento y se sienta. Espera una hora, dos... Está cansado y tiene sueño. «Bolívar ya no puede tardar», piensa. ¿Y si durmiese un poco? Amestoy se echa en la ex cama de su amigo y en seguida concilia el sueño. Son las once de la noche. Reina el silencio y la calma en la vivienda. De repente, penetra un negro en la estancia oscura. Lleva en la mano un afilado cuchillo. Sin vacilar, se arroja a la hamaca, levanta el cuchillo y se lo clava violentamente en el pecho...

—¡Muere, Bolívar! ¡Asesino!

En el frenesí del odio lo clava un sin fin de veces en aquel cuerpo ya indefenso y sin vida. En el suelo se ha formado un charco inmenso. De pronto el negro se queda quieto. El pánico se apodera de su ser y comienza a temblar. Arroja el cuchillo homicida y sale corriendo a la calle. Varias personas le ven correr y aullar como un loco.

Al día siguiente es detenido y lo confiesa todo:

—Yo no quería... Bolívar era mi dueño y me libertó. Pero un judío polaco que odiaba a mi amo me sobornó. Pero yo no quería... ¡Lo juro!

Los amigos del caraqueño le confían sus dudas: ¿y si en vez de ser un judío polaco fuera Morillo el inspirador del asesinato? Bolívar no respon-

de. Su pensamiento vuela hacia el inocente muerto. «¡Pobre Amestoy!», piensa dolorido. ¿Tanto odio ha podido despertar en el mundo, él, cuya vida está por entero sacrificada al bien ajeno, consagrada a conseguir la libertad de su patria y la del Continente entero?

No puede soportar el ambiente de la isla. Todo le recuerda la muerte de Amestoy, y decide marcharse. Así, en diciembre de 1815 embarca para Haití. ¿Quién sabe? Acaso allí se le ofrezca una perspectiva más risueña. Y acierta en su presentimiento: el gobernador de Haití, un negro, Alexandre Pétion, le promete ayuda. Lo mismo manifiesta un rico armador holandés de Curaçao llamado Luis Brion.

En la isla abundan los refugiados políticos procedentes de Venezuela. Cada cual tiene su propia solución para el problema nacional. Forman círculos y discuten infatigables. Todos quieren erigirse en cabecillas. Bolívar se da cuenta que ha empezado una noche larga para la patria, y viendo el cuadro que ofrecen sus compatriotas se apena. «¿Por qué —se preguntará más de una vez —somos tan dados a discutir y a fragmentarnos en miles de diferentes opiniones? ¿Por qué este individualismo tan feroz y suicida?»

Los haitianos, sumergidos en la modorra tropical, venden sin alborotos en sus mercados los productos de la

tierra: azúcar, arroz, café, algodón y frutas tropicales. Los venezolanos refugiados se distinguen de ellos por su malestar palpable, sus crisis nerviosas, sus exaltaciones republicanas, y también por su falta de medios económicos.

Bolívar se entrevista con frecuencia con Alexandre Pétion. Charlan, discuten y planean. Pétion comprueba en seguida la categoría excepcional del refugiado. Cuando Bolívar se deja ver por sus compatriotas procura infundirles esperanza y paciencia.

—Vivimos una etapa muy negra. El enemigo se ha apoderado de nuestro país, efectivamente —les dice con serena mirada.

—¡Nunca será libre Venezuela! ¡Bah! Un sueño imposible —dicen unos.

—El mismo pueblo no nos quiere —agregan otros.

—¡Falso! —grita Bolívar, echando chispas por los ojos—. El pueblo nos quiere; el pueblo desea la independencia, sólo que ahora está agotado por las luchas y hay que esperar un poco para que se rehaga. Pero la victoria es nuestra. En apariencia es muy fuerte el poder español en América. La realidad es muy otra: ¿creéis que quince o veinte mil soldados son suficientes para dominar toda América? ¡Imposible! Además, en la misma metrópoli, la revolución gana terreno y los des-

contentos, cada vez en mayor número, exigen la liberalización del régimen. ¡Amigos!: la aurora de la libertad de los pueblos hispanoamericanos está a la vista...

Poco a poco la fe renace en los refugiados y van reconociendo en el Libertador la jerarquía de jefe, un don nato. Éste no tarda ya en imponerse al conjunto, después de lo cual los organiza y agrupa en torno a un plan de futuro desembarque y liberación de la patria. Aquellos hombres sencillos creen en él. Una noche les dice:

—Conseguiré del gobernador el permiso para crear una expedición y volveremos a Venezuela. Luis Brion tiene mucho dinero y algunos barcos. También éste me ayudará. Tendremos goletas armadas para la guerra y muchas armas. Y esta vez os prometo que nuestra victoria será definitiva.

Los refugiados se enardecen ante el espectáculo de una patria redimida.

—Nuestra campaña de liberación traerá la libertad para todos los hogares venezolanos. Y al decir todos quiero decir que se incluyen los de los negros. ¡Compatriotas! Aboliremos la esclavitud de nuestro pobre hermano el negro.

Algunos de sus compañeros le miran y le oyen un tanto perplejos. ¿Es posible que este hombre piense en serio en libertar a los negros? Bolívar ad-

vierte la sorpresa y vuelve a recalcar su principio:

—¡Venezolanos! Todos los hombres seremos iguales ante la ley. Dios no distingue a negros de blancos. Y si para Él todos somos seres humanos, con un alma, sentimientos y conciencia, ¿por qué vamos nosotros a crear las cadenas para sujetar a unos en beneficio de otros? ¡No! La libertad ha de ser para todos.

Sus promesas de libertad para los negros no tardan en recorrer, como un incendio, todo el continente americano. La opinión pública en general acoge la noticia con suma extrañeza, con agrado después y con súbita entrega espiritual finalmente. Solamente los ricos, los poseedores de muchas almas, son refractarios al mensaje. En cuanto a los propios negros, huelga señalar que abrazan al precursor de Lincoln con un entusiasmo delirante y a la vez conmovedor. Por fin podrían casarse como los blancos, tener hijos que no serían vendidos, y podrían fundar familias sin peligro a ser desmembradas, ni a tener que soportar la barbarie sangrienta y cruel inherente al acto de ser esclavo y carecer del menor derecho.

Previamente organizados, a comienzos del 1816, los mandos militares y establecido un orden entre los refugiados, se inicia la expedición. Se compone de siete goletas y alrededor de trescientos

tos hombres. Salta a la vista que con semejantes tropas no era posible no ya conquistar una nación, sino ni siquiera una provincia. Pero se sabía que el territorio patrio estaba atestado de valerosos republicanos dispuestos a luchar de nuevo. En principio la expedición se dirigió a la isla de Margarita. Allí nuestro hombre fue elegido popularmente jefe de la República futura. De esta isla se trasladaron a Carúpano, puerto del Continente, en donde quedó establecido el cuartel general. Allí se congregó el pueblo para escucharle:

—Venezolanos: he aquí el tercer período de la República... —les dijo—. Vuestros hermanos y vuestros amigos extranjeros no vienen a conquistaros: su designio es combatir por la libertad. En la inmortal isla de Margarita se ha proclamado el nuevo Gobierno independiente de Venezuela.

Y seguidamente da a conocer su mensaje de libertad para los negros. La muchedumbre aplaude con tibio entusiasmo. Todo eso estaba muy bien, pero ¿se cumplirían aquellas promesas? ¿Cuántas veces no había fracasado ya este hombre cargado, por lo demás, de buenas intenciones?

El mayor defecto de la expedición era la falta de un plan bien concebido. Bolívar envió una fuerza al mando de Piar hacia Maturín, y otra a las órdenes de Mariño en dirección a la pe-

nínsula de Paria. Él se quedó en Carúpano, organizando futuras campañas y tratando de crear una asamblea eficaz.

El general Mariño fue derrotado por los españoles. Seguidamente las fuerzas españolas de Morales atacan a Bolívar, obligándole a retirarse hacia el litoral. Pero ya la desmoralización ha penetrado entre los soldados. Muchos desertan, y los que quedan se marchan cada uno por su lado tratando de formar núcleos propios de combate. El ejército de Bolívar ha sido hecho añicos: ya no queda de él nada. Otra vez la derrota.

¿Cuántos fracasos y desengaños habría de soportar antes de conseguir la libertad? ¿Tardaría aún muchos años o moriría en el empeño?

Contemplar la vida de un gran hombre en el pasado remoto resulta cómodo y uno no ve que, a pesar de los contratiempos, haya motivo suficiente para desalentarse. Pero esa impresión se tiene después, es decir, cuando se sabe que le aguarda el éxito apoteósico. Ahora bien, retrocedamos al año 1815 y metámonos en el cuerpo de Bolívar... con su carga de amargas sin fin, fracasos, amenazas, peligros, y las propias flaquezas y limitaciones que implica ser sólo un hombre, con un solo cerebro y dos brazos, y expuesto a cada momento a las enfermedades o a la muerte. Métase el lector en la persona de

ese sujeto llamado Simón Bolívar, nacido en Caracas, viudo, con treinta y dos años, muy cansado por tantas derrotas y un fardo de desengaños, y ahora díganos: «¿Cómo ve usted su porvenir? Está usted privado de toda clase de goces familiares, muchos le admiran y muchos le odian y ponen precio a su cabeza. ¿Vale la pena llevar esa vida de constante sufrimiento? ¿Para qué? ¿Qué clase de recompensa espera?»

Nuestro hombre habría respondido:

—Mi querido amigo, yo no soy un loco ni un aventurero. ¿Tengo cara de ello? No; ¿verdad que no? He tenido padre, madre y hermanos como tú, y la paz y el regocijo del hogar me encantan, porque nada hay tan dulce como hallarse cerca de los seres queridos. También me gusta reunirme con mis amigos y charlar. Me gusta leer, viajar, oír música... Y me gusta una buena y suculenta comida... ¿cómo no? De niño he sido tan afortunado que he tenido cuantas cosas puede apetecer un chiquillo para jugar. Y es que mi familia era una de las más ricas del país. Luego, ya mayor, me casé con una muchacha que llegó a inspirarme una pasión desenfrenada. Por desgracia se murió la infeliz, y yo me sentí entonces muy desdichado. El rey de España y el Papa han tenido a bien recibirme. Pero he aquí que por mi educación —Simón Rodríguez me enseñó a amar la liber-

tad y pensar que todos los hombres son iguales ante Dios y la ley— y por mis sentimientos religiosos —soy ferviente cristiano y adoro a mi pueblo—, y acaso por una noción de dignidad heredada de mis queridos padres, siento una necesidad: la de devolver la libertad a los hombres de este continente, pues yacen sometidos al dominio de una potencia extranjera. Sólo quiero eso: su libertad. Pero ese querer lo siento tan imperioso como el acto de respirar o comer. ¿Cómo quieres que yo viva tranquilo y entregado a una existencia egoísta, mientras contemplo la tiranía a que está sometido el prójimo y la esclavitud de los negros? ¡Me es imposible! Por eso en Monte Sagrado, en Roma, juré que no daría descanso a mi brazo hasta conseguir romper las cadenas que sojuzgan a mi pueblo. ¿Comprendes ahora por qué lucho y por qué tras cada derrota renazco con una nueva voluntad, más indómita que antes?

Después del fracasado desembarco en la costa sudamericana, Bolívar regresa como puede a la isla de Haití. El gobernador Alexandre Pétion le acoge con fría cortesía. Le sabe derrotado.

—De nuevo ha fracasado usted, ¿verdad? —exclama el gobernador.

—No hay más remedio que admitirlo, pero la próxima vez...

La mirada de Bolívar es tan noble y expresa tanta fe en el futuro, que uno no puede por menos que admirarse.

—¿Habrá próxima vez? —pregunta seriamente el negro haitiano.

—La habrá, querido señor; la habrá y será definitiva.

—¡Dios lo quiera!

Llegó a oídos del caraqueño que una comisión de mejicanos le buscaba. Cuando se entrevistó con ellos, el jefe de la comisión le saludó con un cálido abrazo y le expresó la admiración de su pueblo. Bolívar agradeció el cumplido con una sonrisa.

—General Bolívar —dijo el jefe de la comisión—, Nueva España lucha para lograr su independencia y los mejicanos todos estamos dispuestos a ponernos bajo su mando. Con usted al frente de nuestro ejército la victoria sería segura.

Bolívar les escucha. Imposible aceptar. Él se debe a su patria, al menos en principio. Sabe que debe denegar la oferta, pero lo hace en tono suave:

—Señores —les dice, midiendo cada palabra—, su ofrecimiento es un honor, pero mi honor está empeñado en dar la libertad a mi propia patria.

Los mejicanos no se dan por vencidos. Insisten:

—Advierta usted que en Nueva España encontrará más apoyo y más entusiasmo que en Venezuela...

—Es posible. Pero precisamente por esto debo permanecer aquí y luchar para que las cadenas que aprisionan a mi patria no se hagan inquebrantables. Deseo la libertad de Méjico y la de toda Sudamérica, pues por ella estoy dispuesto a dar mi vida, pero no sería hijo amante de mi patria si cayera lejos de ella. —Y al fin añade con firmeza—: ¡Venezuela será libre!

Los mejicanos no desean insistir más. Se dan cuenta de que tiene razón y respetan en silencio su resolución. Se despiden deseándose, recíprocamente, mucha suerte.

Cuando Bolívar se queda solo en su aposento —una habitación humildísima— la tristeza se apodera de su corazón. Está solo. Los amigos de la isla rehúsan verse con él. Han perdido la fe en el Libertador. Y entonces se pregunta a sí mismo: «¿De veras será libre Venezuela? Pero ¿cuándo? ¿Lo veré yo acaso? ¿Será gracias a mí? ¡Oh, Dios mío, ayúdame!»

Ha oscurecido. Bolívar se levanta. Enciende una luz, prepara papel y pluma y se pone a escribir una carta a un amigo suyo de Jamaica. Necesita desahogarse en alguien, contándole sus amarguras y fracasos.

«Con el más profundo dolor —le escribe— tomo la pluma en esta ocasión para anunciar a usted las desgracias de nuestra expedición a costa firme. Ya

tendrá usted diversas relaciones del resultado de nuestra empresa. Siempre le falta razón al que es desgraciado, y nada de extraño tiene que tenga yo que someterme a la ley común. Pero no crea usted, se lo suplico, todo lo que le cuenten; la fama no es siempre verídica. El portador de esta carta va encargado de enseñar a usted un manifiesto que acabo de dar sobre los acontecimientos que se relacionan con nuestra expedición. Ese manifiesto es muy sencillo: refiere los hechos tal como pasaron. Salgo garante de la verdad. No hemos perdido todo; nos quedan todavía en costa firme algunos puntos importantes y bien guarnecidos; tengo esperanza de volver pronto con recursos suficientes para conseguir la libertad de Venezuela. Esta vez daremos el último golpe.»

Esta carta llevaba fecha 26 de septiembre de 1816. Bolívar era víctima del pesimismo en ocasiones, mas pronto recobraba su coraje y su actitud animosa.

Vuelve a entrevistarse con el armador holandés Brion y solicita nuevamente su apoyo. Termina su entusiasta demanda con estas palabras:

—He recibido mensajes de todo el país venezolano, mensajes de adhesión y de ayuda en un futuro desembarco. ¡Venezuela será libre!

—Eso es indudable— le responde

Brion—. Y como creo en su genio (aunque no en su suerte) le prestaré toda la ayuda que quiera pedirme.

Conmovido, Bolívar le abraza. ¿Cómo expresar con palabras el agradecimiento infinito que le inspiraba Brion? También el gobernador Pétion decide ayudarle por segunda vez. Mas existe un problema: ¿cómo lograr que los refugiados venezolanos acepten de nuevo la jefatura de Bolívar? ¿No argumentarían que en el caraqueño andaba muy mala estrella?

—Yo les convenceré a todos para que le acepten a usted como jefe absoluto de la expedición— dice Brion.

Y en efecto, Brion cumple su palabra. Los ha convencido a todos. Nuevamente Bolívar se encuentra dueño de una fuerza. Y hasta finales de año dedicará noche y día a preparar su empresa, a la que se entrega con una actividad febril. Traza un plan y cuida, meticulosamente, todos los detalles.

—Esta vez no puede fallar nada. No debe... —afirma.

¡Y esta vez se cumplirá totalmente su deseo! ¡Por fin se cumplirá!

Es curioso consignar que mientras traza estos planes en diciembre de 1816 recibe una carta procedente de la muy lejana ciudad de Buenos Aires. La firma Juan Martín de Pueyrredón, y es el

director del nuevo Estado independiente de las Provincias Unidas del Río de la Plata. La carta empieza con estas palabras :

«Al general Simón Bolívar :

»Excelentísimo señor: Por más que el esfuerzo del despotismo y la ignorancia procure confundir la fama de los héroes, ella corre de región en región arrebatando en todas partes el respeto y la admiración de los hombres. La invicta Venezuela, sembrada de escombros y cadáveres, se presentaba como un monumento solitario para recordar a la América el precio de la libertad y la fuerza del bárbaro español, y la sangre derramada sobre aquella República parecía renovar la memoria de un pueblo magnánimo e incorruptible consumido por la fatalidad. Pero el Eterno conserva a ciertos genios para consuelo de la humanidad afligida y V. E. ha sido destinado para vengar las injurias de los inocentes, para dar nueva vida a su patria y para ofrecer a todas las naciones el inagotable poder de un alma grande consagrada al bien de sus semejantes. En vano la procacidad del europeo suspicaz y temeroso intenta disfrazar con un velo denso la grandeza de la resolución de V. E. La América y el Mundo Viejo saben ya que bajo su influjo Venezuela renace de sus propias ruinas,

siempre ilustre y gloriosa, y que sus opresores uncidos al carro del triunfo de V. E. expían los crímenes con que han manchado el suelo colombiano. Un accidente feliz me ha proporcionado el placer de instruirme del noble ardimiento con que V. E. ha emprendido la libertad de la Costa Firme, de los más notables progresos de la fuerza a su mando, y la singular satisfacción de transmitirle en los adjuntos impresos varias comunicaciones referentes a los tiranos de Cartagena, Caracas y otros pueblos de América apresados en buques españoles por los corsarios de mi dependencia. Ellos pueden ser útiles instrumentos para reglar la conducta de V. E.... Mientras tanto, no pudiendo prescindir los habitantes de esta parte del continente del tierno interés con que miran los triunfos de sus hermanos, han manifestado el profundo sentimiento de admiración a las virtudes públicas de V. E. y a las de sus compañeros de armas.» La carta venía acompañada de una proclama dirigida «a los generosos habitantes de Tierra Firme en Sudamérica», que decía: «Hasta ahora hemos carecido de ocasión en que poder testificaros la parte que hemos tomado en vuestras desgracias y en vuestras antiguas y recientes glorias; pero siendo la misma nuestra causa, no podéis dudar que hayamos mirado el éxito de vuestros nobles es-

fuerzos con el mismo interés que nos inspira nuestro propio destino... Recibid, pues, en nombre de los pueblos que tengo el honor de presidir, la expresión sincera de sus ardientes votos por la prosperidad de vuestros sucesos... Hacemos alarde de que nadie podrá disputarnos el honor de ser los más interesados en vuestra dicha, ni de admirar más la constancia que os ha hecho superar todos los obstáculos que se opusieron a vuestro heroico brío... Llegará el día en que, coronadas de laureles, vayan a unirse nuestras armas triunfantes, llevando, desde los extremos del continente austral al centro donde mora el despotismo agonizante, la paz, la fraternidad y la libertad... Buenos Aires, noviembre 19 de 1816.»

Esta carta produce en Bolívar una impresión fortísima. Se da cuenta de que, a pesar de los múltiples reveses, hay espíritus agudos y nobles que siguen creyendo en él. Pero aquel año, el de 1816, fue uno de los más negros para los independistas americanos. Tan pronto como Morillo restauró el poder tiránico en el territorio venezolano, mandó fusilar una gran cantidad de patriotas en diversas ciudades de Venezuela y Nueva Granada. No satisfecho con su labor, prometía Morillo

al monarca español dejar limpia de *rebeldes* toda la tierra del continente sudamericano.

—Pero ¿qué significan en realidad los indudables éxitos del general Morillo, cuando existen en América patriotas de la talla de Juan Martín Pueyrredón? —dice a sus más leales amigos, y añade con los ojos humedecidos aún por la lectura de aquella carta—: Lean...

La carta es leída con ardiente ilusión y esperanza.

—Nuestro deber consiste, ahora, en no defraudar las esperanzas puestas tan fervorosamente en nosotros —exclama el Libertador.

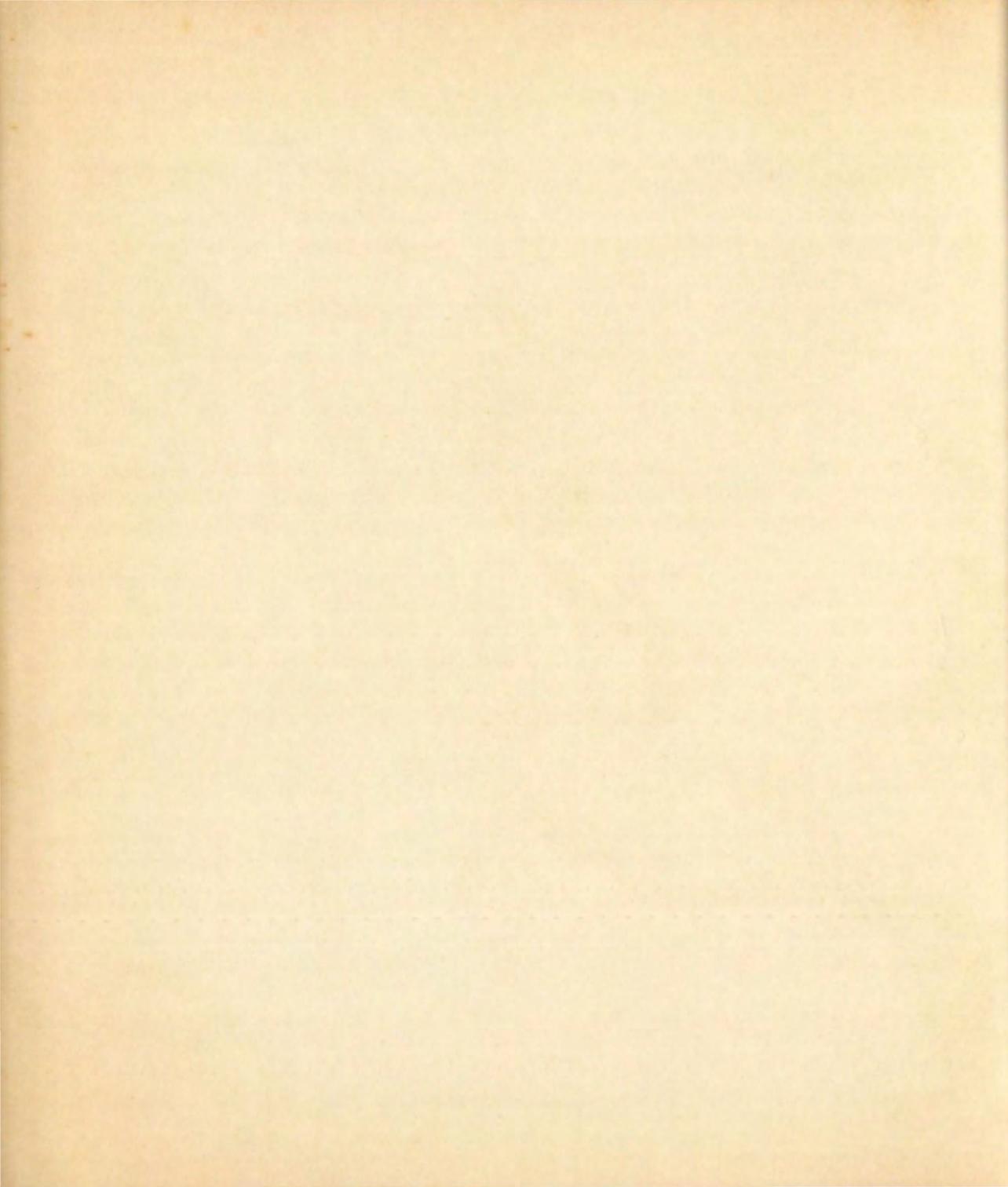
—Esta vez nuestra victoria será definitiva —le responde un oficial.

—¿Cuándo desembarcaremos en Venezuela, mi general? —pregunta otro oficial.

Bolívar extiende sobre la mesa de su habitación un mapa de Venezuela. Los compañeros de revolución se aproximan en torno a la mesa.

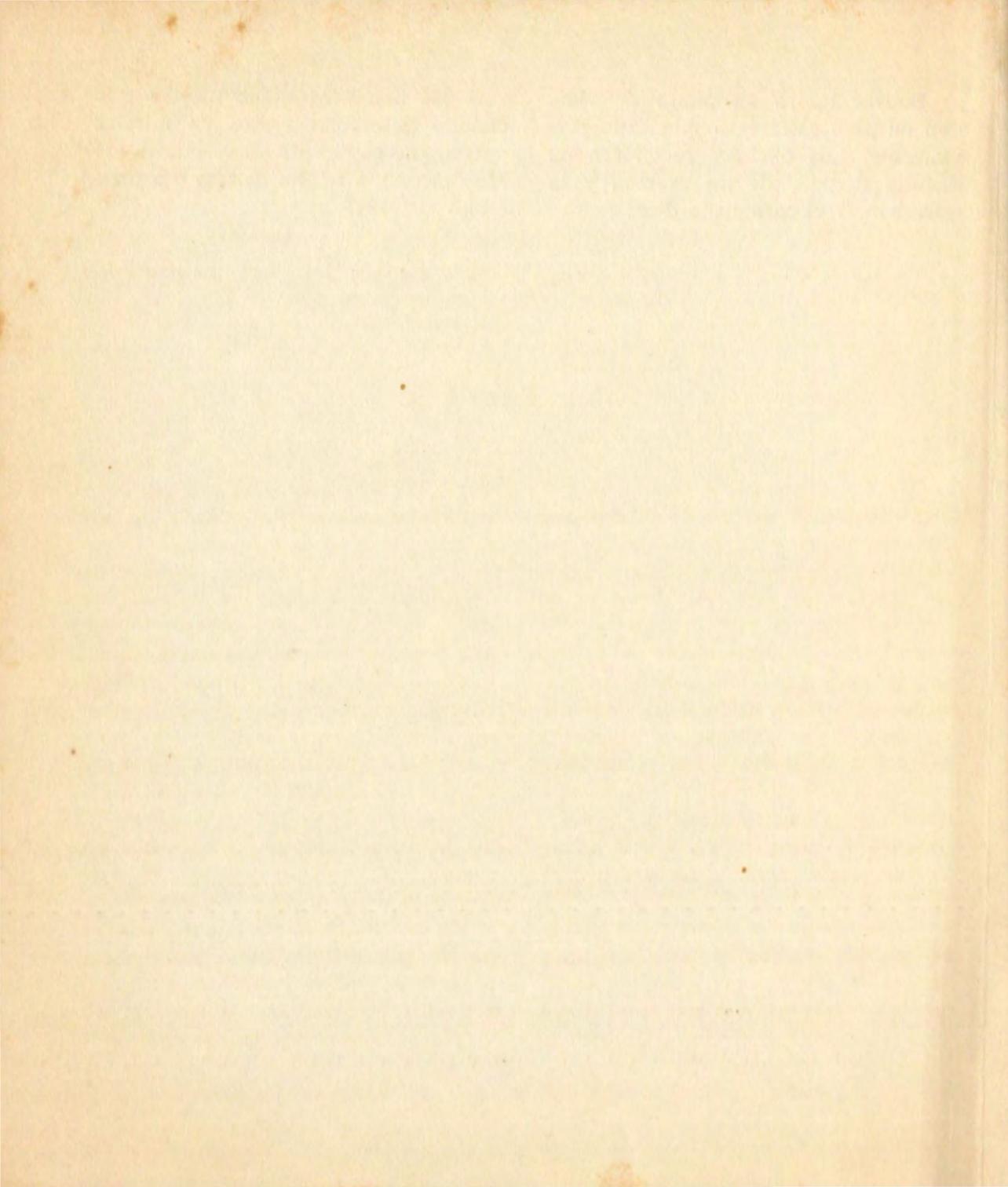
—Ahora debemos estudiar nuevamente, y a la luz de los datos obtenidos, el punto más vulnerable del enemigo. En mi opinión nuestro desembarco inicial debe producirse en la isla de Margarita, y desde allí partir seguidamente al continente, en la costa próxima a Barcelona.





Bolívar apoya su punto de vista con un plan estratégico planeado previamente. Los oficiales reconocen su eficacia después de un examen y lo aprueban. Y el caraqueño dice:

—Me han preguntado ustedes que cuándo desembarcaremos en nuestra patria, ¿no es cierto? Mi respuesta es: Muy pronto, a finales de año o a principios del 1817.



## EL ALBA DE LA LIBERTAD

¡HA LLEGADO EL DÍA DE LA LIBERACIÓN! Es exactamente el 28 de diciembre de 1816, fecha memorable. Las fuerzas de Bolívar han tomado tierra en la isla de Margarita, muy próxima al continente. En cuanto se sabe en la isla que las tropas del Libertador han desembarcado, huye Arizmendi —la autoridad española— con sus cuatrocientos hombres a la ciudad de Barcelona. Este triunfo, sin disparar ni un tiro ni producirse la menor escaramuza, es aceptado por los hombres de Bolívar como un inmejorable augurio del futuro. Y lo es realmente.

—¡Margarita es libre! —exclama Bolívar en seguida en una proclama dirigida a sus compatriotas—. ¡Abrid vuestras sesiones y organizaos según vuestra voluntad! El primer acto de

vuestras funciones será celebrado por la aceptación de mi renuncia.

¿Por qué este afán de Bolívar de abandonar el mando tan pronto se haya creado un orden político? ¿Por qué repite una y otra vez que no quiere mandar, ordenar y permanecer en la cúspide del poder, sino ayudar a liberar al país y crear instituciones, normas, leyes? Muy sencillo: porque Bolívar no tiene madera de tirano. No quiere adueñarse del poder por la fuerza, no es de esos jefes de estado que en cuanto han escalado el poder no ven nunca la hora de abandonarlo.

Al día siguiente de conquistada la isla de Margarita le envía una carta a su rival Mariño, concebida en estos términos:

«Usted a la cabeza de cuarenta ami-

gos entró por el Oriente a tiempo que yo por el Occidente hacía otro tanto. Mutuamente nos ayudamos y por nuestros propios servicios nos elevamos a una igual dignidad.» Y para acabar de destruir los celos y la rivalidad, añade: «Querido amigo, no crea usted que yo deseo mandar; por el contrario, debe usted persuadirse que yo deseo someterme a un centro de autoridad que nos dirija a todos con la más severa rectitud. Deseo cordialmente que nuestro jefe común sea de un carácter inflexible e imparcial.» Las armas son el instrumento de la liberación y del orden, mas nunca se deriva de ellas el gobierno inteligente y complejo que necesita toda nación.

Morillo no perdía de vista que el centro de toda rebeldía en Sudamérica era Venezuela, y como había presentado y temido por la seguridad de Margarita, pidió a Madrid un refuerzo de cuatro mil hombres para guarnecer mejor esta isla. «Si Bolívar —le dijo al ministro de la Guerra—, con los demás venezolanos, no hubiera pisado este país, sólo con alguna fuerza e invocando el nombre de S. M. el virreinato se habría sometido; pero la semilla de aquéllos, sus embustes y los aventureros franceses e ingleses han sido la causa de armar estos pueblos contra su legítimo Soberano, capitaneados por aquéllos.» Y el general español agregó:

«Venezuela da a todas las otras provincias en revolución jefes y oficiales, pues son más osados e instruidos que los de los demás países.»

Los temores de Morillo con respecto a Bolívar eran fundados, pero se diría que ignoraba la creciente marea americana de independencia. De otro modo no habría dicho a Fernando VII y a su Gobierno que la mayoría del pueblo anhelaba la continuación del poder hispano.

Las fuerzas del Libertador no se proponen aguardar mucho tiempo en la isla de Margarita, sino tan sólo el espacio preciso para consolidar la autoridad republicana; y así, a los tres días justos, el 31 de diciembre de 1816, desembarcan en la costa venezolana, cerca de Barcelona. Van con importantes fuerzas: ocho buques armados. De ellos, el bergantín *Bello Indio* y el *Decatur* lleva cada uno un cañón de 18 y ocho de 12, y además ciento ochenta hombres a bordo. Otros dos buques iban tripulados por ciento diez hombres y estaban armados con doce cañones de 18, ocho de 12, ocho de 9 y uno largo de cobre de 18. Venían luego otros cuatro navíos, armados con un cañón cada uno, que traían setenta hombres. En la oficialidad de Bolívar había además muchos elementos franceses e ingleses, expertos en la guerra y muy disciplinados.

Tan pronto ponen pie en tierra, Bo-

lívár dispone la marcha sobre Caracas, lo que fue sin duda un error. ¿Cómo podía aspirar, con unas fuerzas que en comparación eran tan reducidas, a romper la resistencia poderosa de los españoles? Y es que Bolívar sentía una extraña predilección por la capital caraqueña y se imaginaba que esta ciudad podría proveerle, una vez conquistada, de abundantes tropas y medios de toda clase para proseguir la liberación de todo el territorio patrio.

Alguien le manifiesta a Bolívar sus dudas acerca del éxito de la operación, pero erróneamente Bolívar las rechaza:

—Conquistar la capital poseerá, sobre todo, un valor moral. En nuestro poder Caracas, toda la nación se levantará para ponerse a nuestro lado —explica.

Bolívar avanzó con sus setecientos hombres. El capitán Jiménez, muy competente militar español, le aguardaba con novecientos indios en excelentes atrincheramientos. Jiménez derrota al ejército bolivarino, y Bolívar ha de huir al galope con algunos oficiales. Sin pérdida de tiempo llega a Barcelona y se dispone a la defensa de la ciudad. Al mismo tiempo le escribe a Mariño pidiéndole que venga en su ayuda, mas éste no puede o no quiere enviarle refuerzos... Y el tiempo apremia, pues las tropas enemigas se aproximan. Entonces Bolívar fortifica el convento

de San Francisco con seis cañones pesados de los navíos de Brion. Inesperadamente los centinelas señalan la presencia de unas columnas que vienen hacia ellos...

—¿Quiénes son? ¿Españoles? —pregunta Bolívar.

—Es difícil identificarlos, pero no son españoles.

—¡Entonces es Mariño! ¡Mariño y sus hombres vienen en nuestra ayuda! —replica Bolívar.

Pero aun con las fuerzas de Mariño, un millar de hombres, sería un sueño pensar en la defensa de la ciudad barcelonesa. Por tanto Bolívar deja allí algunas fuerzas y se va a la Guayana. Allí se encuentra con Piar, que ha sitiado a la población de Angostura. El atrevido Piar, mulato, le había reprochado a Bolívar su «cobardía», mostrando en todo momento una envidia incontenible por tenía sitiada, con Cedeño, a Angostura.

Desde el mes de enero de 1817 Piar tenía sitiada, con Cedeño, a Angostura. Entonces se lanzan al ataque, intentando apresar la ciudad por asalto, pero fracasan en la empresa. La causa de la derrota se halla más en la falta de unión y los celos de Piar y los suyos que en la potencia de Angostura, que no es en verdad una fortaleza inexpugnable. Algunos oficiales abandonan el mando de Piar y se unen a Bolívar. El resultado es que los dos generales se

separan. Piar se marcha y, favorecido por la suerte, vence en un combate a un ejército español, cometiendo la crueldad de asesinar a los prisioneros. Bolívar se entera de su éxito en la batalla de San Félix y le invita a un acto de disciplina y acatamiento con el mando central. Piar rehúsa escucharle y sigue haciendo su guerra particular, desconectado de las demás fuerzas patriotas.

Pero Mariño, aunque no llegue a tanto, se permite organizar un congreso prescindiendo del Libertador. Lo que ignora Mariño es que pronto su congreso será denominado el *congresillo de Cariaco*. Los generales venezolanos se muestran excesivamente propensos a erigirse cada uno en cabecilla y Bolívar ha de luchar, en sus propias filas, contra un enemigo solapado que se llama individualismo y celos. Para evitar que también su amigo Briceño deserte de las filas unidas le escribe:

«Vamos, mi querido Briceño, tenga más confianza en la situación, no se desespere por tan poca cosa... Aquí no habrá tiranos ni anarquía mientras yo respire con la espada en la mano.»

A pesar de los primeros tropiezos sufridos en el nuevo desembarco el pueblo adivina ya que el futuro es de los patriotas, toda vez que estos figuran en número creciente, mientras en la metrópoli española el poder se tam-

balea como consecuencia del absolutismo del rey. Así, en los contactos que Bolívar tiene con los aldeanos y personal de las ciudades comprueba su inmensa popularidad. El pueblo le adora y cree en él. Esto regocija al general y aumenta su fe y afán de lucha. A un nutrido grupo de gentío que le aclamaba, Bolívar se detiene y les dice apasionado:

—Y ahora ¿no volarán ustedes a romper los grillos de los otros hermanos que sufren la tiranía enemiga? Sí, sí; ustedes volarán conmigo hasta el rico Perú. Nuestros destinos nos llaman a las extremidades del mundo americano. Para hombres tan valerosos, fieles y constantes, nada es imposible. ¡Que el Universo nos contemple con admiración, tanto por nuestros desastres como por nuestro heroísmo! La fortuna no debe luchar vencedora contra quienes la muerte no intimida y la vida no tiene precio sino en tanto que es gloriosa. ¡Adiós, y acepten ustedes las expresiones agradecidas de quien se hace un honor de llamarse, no el jefe, sino el hermano de los «Bravos de Venezuela»!

La gente le aplaude y le vitorea.

La victoria de Piar en San Félix le había proporcionado una fama extraordinaria y además peligrosa, pues Piar era un hombre muy decidido y con más empuje y don de mando que Ma-

riño. Gracias a esas cualidades consiguió encerrar a La Torre en Angostura. El propósito de Piar era vencerles por el hambre, y esta población sufrió los horrores que anteriormente había soportado Cartagena cercada por Morillo. Bolívar sentía escasa confianza en Piar, no obstante sus éxitos, pues le consideraba un hombre despiadado y propenso a erigirse en caudillo. Y estas sospechas se confirmarían posteriormente. Pero veamos antes cómo le iban las cosas al general Morillo.

Una inmensa mayoría de las fuerzas del general español era criolla, lo que sin duda representaba para él un problema, pues la seguridad que podía tener en aquéllos era limitada. ¿Y si en medio de la lucha se despertaba en su corazón un sentimiento patriota, reacción que Bolívar fomentaba? Los soldados españoles, muy bien disciplinados y fieles, habían muerto en grandes cantidades no sólo en el campo de batalla, víctimas de las balas adversarias, sino también por las innumerables enfermedades del país. Encima, por si fuera poco, disponía de muy pocos oficiales. Hombre inteligente, sabía que aun siendo diminutas y aisladas las fuerzas de «ese demonio llamado Bolívar» su potencial tendía a crecer. Por eso al español le entraba a veces un pesimismo terrible y no podía por menos que decir en tono lastimero:

—Todos se dirigen a mí. Todos se imaginar que traigo algún poder oculto e irresistible que calme, con la sola libre voluntad, males tan graves y empeñados.

Señalaba que no era ningún Don Quijote, sino tan sólo un soldado. Bolívar y Piar habían concentrado sus respectivas y pequeñas fuerzas en Guayana. Y Morillo, en lugar de ir a su encuentro con sus fuerzas, con las que sin duda habría aplastado a los patriotas, marchó contra la isla de Margarita, en poder de los rebeldes.

Hacia mediados de mayo de 1817, Morillo unió sus fuerzas en El Chapparro con las de Aldama, a las que se agregaron las tropas llegadas de España al mando del general Canterac: 3 batallones de infantería, dos escuadrones de caballería y una compañía de artillería. En su obsesión por desalojar de rebeldes la isla de Margarita, se lo llevó todo a Margarita. El 13 de julio emprendió el viaje con sus buques y el 15 tocó tierra en Punta de Mangles. Pero la victoria no se le daría con facilidad. Los defensores patriotas están dispuestos a luchar hasta el último hombre. La palabra rendición estaba borrada de su ánimo combativo. Así Morillo encontró una resistencia tan encarnizada y tenaz que él mismo en persona hubo de ponerse al frente de un batallón. Los rebeldes gozaban de

algunas ventajas: las defensas naturales de la isla, la importante reserva de municiones y víveres y, sobre todo, el poseer una moral de lucha muy superior al ejército invasor. Morillo no ignoraba estas ventajas del adversario, aunque en número fuese inferior. A los dos días de lucha, se convence que tomar la isla dará lugar a una carnicería espantosa, y deseando evitarla envía un mensaje a los patriotas en el que dice:

«Os ofrezco el perdón completo si os sometéis renunciando a la lucha; y si a pesar de este paso, que doy en obsequio de la humanidad y como una consecuencia de los principios que siempre han dirigido mi conducta, os empeñáis en vuestra rebeldía, marcharé sobre vosotros con las fuerzas respetables que están a mis órdenes: la desolación y el terror irán delante de ellas, y si los traidores de Barcelona acabaron con su mísera existencia, en esta isla desleal no quedarán ni las cenizas, ni aun la memoria de los rebeldes que despreciaron la piedad del Soberano y se empeñaron en su exterminio.»

Los rebeldes republicanos acogen con honda impresión la proclama del general español. ¿Qué hacer? ¿Resistir y provocar así la muerte de todas las mujeres y niños de la isla, o claudicar y retardar el alba de América? Discu-

ten acaloradamente los jefes de la resistencia. Los partidarios de defenderse *hasta la última gota de sangre* son mayoría. La decisión está tomada.

—¡Resistiremos y nos defenderemos hasta la muerte! —comunican al general Morillo, quien recibe la noticia con evidente indignación.

El día 20 de julio de 1817 desembarcó en Margarita la división española de Aldama, y tomaron seguidamente la población de Pampátar. Entonces Morillo le escribe una carta a Jiménez, que a la sazón se hallaba en Güira, para que viniese con su batallón y «el mayor número posible de la gente del país». Once días después reúne todas sus fuerzas y las manda sobre la ciudad de Asunción. La lucha es dura y toma caracteres de suma crueldad. Los republicanos se defienden como fieras y es imposible reducir «a los muy condenados». Morillo desiste del empeño y al retroceder a sus núcleos de defensa abandona el campo cubierto de cadáveres.

El español contempla el panorama con tristeza y con rabia. Pero al día siguiente se lanza sobre Juan Griego, importante puerto, y logra quebrar la resistencia de los margariteños. Se apodera de Juan Griego, sí, pero ¿a costa de qué esfuerzo? Su ejército se está desangrando. Poco tiempo le queda al español para congratularse con la vic-





toria, pues le llega un mensaje procedente de Tierra Firme: Guayana está en poder de Bolívar y de Piar, y la capital venezolana está amenazada...

—¡Pronto! —dice Morillo a sus oficiales—. Hay que evacuar la isla de Margarita...

—¿Cómo?

Los subordinados de Morillo oyen la orden petrificados. ¿Evacuar la isla después de que les ha costado un verdadero río de sangre? ¿Regalar al enemigo un trozo de tierra que ha significado diezmar tan sensiblemente las filas leales? Por toda respuesta Morillo dice:

—Caracas está en peligro.

El horror se pinta en la faz de los españoles. Hoy perdían con facilidad lo que ayer habían ganado con ímprobos esfuerzos. Y así cada día. Año tras año. ¿Hasta cuándo? ¿Es que sería eterna aquella lucha? ¿Cuándo podrían volver, de una vez para siempre, a su querida España?

—¡Dense prisa! —agrega Morillo con el ceño fruncido y la mirada centelleante—. Hay que organizar con la máxima urgencia la evacuación.

En efecto, fue un error capital para Morillo atacar la isla de Margarita con todas sus fuerzas, dejando poco menos que indefensa la guarnición de Caracas y de otros puntos vitales del país. Morillo reembarca sus fuerzas con gran

pesar el 18 de agosto de 1817 y llega a Cumaná. En esta población organizó la defensa tan bien como pudo, y en septiembre llegaba de nuevo a Caracas con más de 700 heridos y enfermos. Pero al llegar a Caracas le aguardaba otra sorpresa desagradable: ¿Dónde estaba el gobierno militar?

—Se ha marchado a España, cargado de dinero mal adquirido.

—¡Odiosa corrupción! —exclama Morillo de mal humor, desalentado.

¿Qué hacía Bolívar, mientras tanto, en el Orinoco? Algo importante: se había adueñado de toda la región, con lo que sus fuerzas se habían robustecido considerablemente. Sus tropas eran ya, por fin, un verdadero ejército. Piar se entregaba a su feroz individualismo, no pareciendo sino que combatía en una guerra de carácter personal y para propio provecho. Su conducta, si bien de momento no era perniciosa en exceso, tenía el inconveniente de sembrar la confusión e incitar a la fragmentación en las propias filas republicanas. Era, en suma, un ejemplo detestable, sin contar las atrocidades que en algunos momentos cometió o dejó que se cometieran contra un núcleo de capuchinos españoles. Por todas esas razones Bolívar no le veía con buenos ojos y deseaba o someterle a una disciplina o expulsarle de la noble causa independentista. Para lograr su pro-

pósito Bolívar extendió su poder en torno a las fuerzas de Piar. Éste lo advirtió y, viendo que su estrella entraba en el ocaso, resolvió marcharse por su propio pie.

—Ruego se me facilite un pasaporte para marcharme al extranjero —le dijo a Bolívar, quien accedió al ruego encantado.

Mas he aquí que Piar no se marchó. ¿Es que la solicitud no era más que una treta para abandonarse a sus andanzas? Disgustado con el proceder equívoco del mulato, Bolívar dio instrucciones a Bermúdez —un militar que odiaba por cierto a Bolívar— para que convocase a Piar.

—Y si se niega a venir, entonces arréstele usted —concluía el general. Como era de esperar, Piar se negó a acudir de buena voluntad al llamamiento del Libertador. Entonces Cedeño, su propio lugarteniente, lo atrapó en Aragua, esquivó la escolta de caballería de Piar, y se lo trajo preso y desarmado a Angostura.

Presidido por Brion, almirante de la flota republicana, se sometió a Piar a un consejo de guerra. Piar se defiende de las atrocidades que se le imputan. El mulato es hábil y bravo en la defensa, pero ante la realidad de los hechos no puede luchar. Al fin el consejo de guerra decide su veredicto:

—General Piar, queda usted conde-

nado a sufrir la pena capital por los crímenes que ha cometido y por su pertinaz insubordinación, erigiéndose en caudillo. La ejecución tendrá lugar el día 16 de octubre de 1817. Que Dios le perdone.

Al oír la pena impuesta, Bolívar se emociona. Después de todo, Piar era un hombre tan bravo... Sólo tenía 35 años. «Si no fue un acto justo —dijo Mitre refiriéndose a esta ejecución—, fue quizás un acto necesario que sofocó la guerra civil en germen que traía aparejada la disolución del ejército.»

Deseoso Bolívar de justificar y explicar sus actos de tipo gubernamental, mandó publicar una proclama en la que hacía saber que «es imposible establecer por ahora un buen gobierno representativo y una constitución eminentemente liberal, a cuyo objeto se dirigen todos mis esfuerzos y los votos más ardientes de mi corazón».

Las fuerzas bolivarinas eran dueñas de Orinoco, ya que en la zona occidental del río estaba el general Páez, patriota que iba a ponerse a sus órdenes. Entretanto, Angostura se convierte en capital provisional de la Venezuela libre, y allí se establece también el Cuartel General. Otra disposición espectacular de Bolívar consiste en distribuir entre las fuerzas patriotas los bienes y las riquezas pertenecientes a los españoles. De esta forma pudo

otorgarse a todos los hombres que luchaban por la patria —desde el general al último soldado— una paga decente con la que poder atender sus gastos particulares.

En un momento de reposo y de calma, aguardando el momento apropiado para la nueva acometida al enemigo, Bolívar se decide a contestar aquella carta tan animosa que recibiera el año anterior de Pueyrredón.

«Vuestra Excelencia —dice Bolívar al singular político bonaerense— hace a mi patria el honor de contemplarla como un monumento solitario que recordará a la América el precio de la libertad y renovará la memoria de un pueblo magnánimo e incorruptible. Sin duda, Venezuela, consagrada toda a la santa libertad, ha considerado sus sacrificios como triunfos. Sus torrentes de sangre, el incendio de sus poblaciones, la ruina absoluta de todas las creaciones del hombre, y aun de la naturaleza, todo lo ha ofrecido en las aras de la patria. Nada es comparable a la bondad con que Vuestra Excelencia me colma de elogios inmerecidos. Yo apenas he podido seguir con trémulo paso la inmensa carrera que mi patria me guía. No he sido más que un débil instrumento puesto en acción por el gran

movimiento de mis conciudadanos. Yo tributo a V. E. las gracias más expresivas por la honra que mi patria y yo hemos recibido de V. E. y del pueblo independiente de la América del Sur, de ese pueblo que es la gloria del hemisferio de Colón, el sepulcro de los tiranos y conquistadores y el baluarte de la independencia americana... V. E. debe asegurar a sus nobles conciudadanos que no solamente serán tratados y recibidos aquí como miembros de una República amiga, sino como miembros de la sociedad venezolana. Una sola debe ser la patria de todos los americanos, ya que en todo hemos tenido una perfecta unidad. Excelentísimo señor: Cuando el temple de las armas de Venezuela complete la obra de su independencia, o que circunstancias más favorables nos permitan comunicaciones más frecuentes y relaciones más estrechas, nosotros nos apresuraremos con el más vivo interés a entablar por nuestra parte el pacto americano que, formando de todas nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo con un aspecto de majestad y de grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas. La América así unida, si el cielo nos concede este deseado voto, podrá llamarse la reina de las naciones y la madre de las repúblicas.»

La carta produjo en Pueyrredón una poderosa oleada de esperanza en el

futuro unido de toda América, y le aseguró, sobre todo, de la calidad excepcional del militar venezolano.

El sector occidental de la nación permanecía a las órdenes y el poder de las tropas españolas, mientras todo el este quedaba en manos de los patriotas. Morillo tenía salvaguardada la retaguardia por el reino de Nueva Granada, reducido a la obediencia. Por su parte Bolívar se apoyaba en la base de Guayana y en las bocas del Orinoco. Además poseía algo de valor incomparable: el dominio del mar, gracias a la flota de Brion y a la simpatía más o menos declarada de la Armada inglesa. De esta forma, cuando se acercaban buques españoles con soldados y armas para apoyar a las tropas leales se tenían que enfrentar, muy a menudo, con buques de guerra adversarios que entorpecían su desembarco. No pocos de estos barcos españoles eran hundidos por los ingleses o por Brion, con lo que sin nuevos refuerzos las fuerzas de Morillo se debilitaron. Además la travesía de la cordillera andina le había costado a Morillo las mismas pérdidas de un rudo combate: había perdido numerosísimos soldados, especialmente oficiales. Sólo en la división de Aldama tenía soldados veteranos, el resto eran reclutas criollos. En Vene-

zuela carecía Morillo de jefes: Aldama y Warleta estaban enfermos de escorbuto, La Torre gravemente enfermo, Calzada no pasaba de ser un mero guerrillero, y los dos coroneles de guerra que tenía estaban heridos. El grueso de la oficialidad era improvisada, falta de experiencia. Después, lo que es peor que nada, ¿de dónde sacar los víveres? Con tantos años de guerras y revoluciones Venezuela estaba exhausta y no se encontraba en ningún sitio nada que comer.

A Bolívar no le era desconocida la precaria situación de su contrincante, y este hecho suscitaba en su ánimo la esperanza de asestarle una derrota total. Su plan consistía en asegurar primero la vanguardia, robustecida con el ingreso en filas de los esclavos liberados, y reunir después el resto de sus fuerzas, que unidas a las de Páez —en el Valle del Apure— deberían caer en masa sobre el núcleo armado de los españoles. Mas antes tenía que conquistar a Páez. ¿Sería fácil la tarea? Tal es la pregunta que Bolívar se formulaba a sí mismo. Si Páez accedía a la unión, entonces la liberación definitiva de Venezuela era probablemente cosa hecha. El futuro estaba, pues, en manos de Páez. ¿Quién era y cómo era este valiente patriota que vestía el traje de llanero?

«Era de mediana estatura —nos

dice O'Leary—, robusto y bien formado, aunque la parte inferior de su cuerpo no guardaba proporción con el busto; pecho y hombros muy anchos, cuello corto y grueso que sostenía una cabeza abultada, cubierta de pelo castaño oscuro, corto y rizado; ojos parados que no carecían de viveza; nariz recta con anchas ventanas, labios gruesos y barba redonda. Su cutis claro indicaba salud, y habría sido muy blanco sin los efectos del sol. La cautela y la desconfianza eran los rasgos distintivos de su fisonomía. Hijo de padres de condición humilde en la sociedad, no debía nada a la educación. Enteramente iliterato, ignoraba la teoría de la profesión que tanto había practicado y desconocía hasta los más sencillos términos técnicos del arte militar; la menor contradicción o emoción le producían fuertes convulsiones que le privaban de sentido por el momento. Como jefe de guerrilla era sin igual. Arrojado, activo, valiente, fecundo en ardidés, pronto en concebir, resuelto en ejecutar y rápido en sus movimientos, era tanto más temible cuanto menor era la fuerza que mandaba. Sin método, sin conocimientos, sin valor moral, era nulo en política. Sin ser cruel, no economizaba la sangre, y se le ha visto derramarla en ocasiones en que la humanidad, el patriotismo y la política aconsejaban ahorrarla. Su

ambición era desmedida. Esta ambición y la codicia eran sus pasiones dominantes. Logró adquirir sobre los llaneros un influjo extraordinario tolerando su propensión al botín y relajando la disciplina militar.»

El acertado plan de Bolívar de unirse a Páez y atacar a los españoles no ofrecía a los ojos de Páez el menor mérito. Pretendía éste que si el Libertador consiguió alcanzar el territorio de Apure sin dificultad se debía a que él había, previamente, obligado a Morillo y a Aldama a permanecer alerta y retroceder hasta Calabozo.

De un modo o de otro los dos ejércitos —el de Bolívar y el de Páez— se aproximaron el uno al otro. Pero dejemos que nos lo cuente el mismo Páez:

«Sabiendo que Bolívar se hallaba en el hato de Cañafístola —dice—, como a cuatro leguas de Payara, me adelanté a su encuentro acompañado de los principales jefes de mi ejército. Apenas me vio a lo lejos, montó inmediatamente a caballo para salir a recibirme y al encontrarnos echamos pie a tierra con muestras del mayor alborozo. Manifestéle yo que tenía por muy felicísimo presagio de la causa de la patria el verle en los llanos, y esperaba que su privilegiada inteligencia, encontrando nuevos medios y utilizan-

do los recursos que poníamos a disposición, lanzaría rayos de destrucción contra el enemigo que estábamos tratando de vencer. Con la generosidad que le caracterizaba, me contestó con frases lisonjeras ponderando mi constancia en resistir los peligros y necesidades de todo género con que habíamos tenido que luchar en defensa de la patria y asegurando que con nuestros mutuos esfuerzos acabaríamos de destruir al enemigo que la oprimía.

»Hallábase entonces Bolívar en lo más florido de sus años y en la fuerza de la escasa robustez que suele dar la vida ciudadana. Su estatura, sin ser procerosa, era no obstante suficientemente elevada para que no la desdénara el escultor que quisiera representar a su héroe; sus dos principales distintivos consistían en la excesiva movilidad del cuerpo y en el brillo de los ojos, que eran negros con mirar de águila, circunstancias que suplían con ventaja a lo que la estatura faltaba para sobresalir sobre sus acompañantes. La tez tostada por el sol de los trópicos conservaba, no obstante, la limpidez y el lustre que no habían podido arrebatarse los rigores de la intemperie y los continuos y violentos cambios de latitudes por las que había pasado en sus marchas. Para los que creen hallar las señales de los hombres de armas en la robustez atlé-

tica, Bolívar hubiera perdido en ser conocido...

»A pesar de la agitada vida que hasta entonces había llevado, capaz de desmedrar la más robusta constitución, se mantenía sano y lleno de vigor; el humor alegre y jovial, el carácter, apacible en el trato familiar, impetuoso y dominador cuando se trataba de acometer empresa de importante resultado, hermanaba así lo afable del cortesano con lo fogoso del guerrero. Era amigo de bailar, galante y sumamente adicto a las damas, y diestro en el manejo del caballo: gustábale correr a todo galope por las llanuras del Apure persiguiendo a los venados que allí abundaban. En el campamento mantenía el buen humor con oportunos chistes, pero en las marchas se le veía siempre algo inquieto y procuraba distraer su impaciencia entonando canciones patrióticas. Amigo del combate, acaso lo prodigaba demasiado, y mientras duraba tenía la mayor serenidad. Para contener a los derrotados no escaseaba ni el ejemplo, ni la voz, ni la espada.

»Formaba contraste, repito, la apariencia exterior de Bolívar, débil de complexión y acostumbrado desde los primeros años a los regalos del hogar doméstico, con la de aquellos habitantes de los llanos, robustos atletas que no habían conocido jamás otro linaje

de vida que la lucha continua con los elementos y las fieras. Puede decirse que allí se vieron entonces reunidos los dos indispensables elementos para hacer la guerra: la fuerza intelectual que organiza y dirige los planes y la material que los lleva a cumplido efecto, elementos ambos que se ayudan mutuamente y que nada puede el uno sin el otro. Bolívar traía consigo la táctica que se aprende en los libros y que ya había puesto en práctica en los campos de batalla; nosotros por nuestra parte íbamos a prestarle la experiencia adquirida en lugares donde se hace necesario a cada paso variar los planes concebidos de antemano y obrar según las modificaciones del terreno en que se opera.

»Impaciente Bolívar por comenzar la campaña, estuvo tres o cuatro días en San Juan de Payara, meditando de qué manera pasaría el río Apure con el ejército, no teniendo embarcaciones en que hacerlo y estando las del enemigo guardando el único lugar por donde podíamos pasarlo, sin riesgo del cañón de la plaza. En gran incertidumbre se hallaba por no encontrar el medio de allanar aquel obstáculo, mientras yo le animaba a que se pusiera en marcha, asegurándole que le daría las embarcaciones necesarias. Él me preguntaba:

»—Pero hombre, ¿dónde las tiene usted?

»Yo le contesté que las había en el paso del río, para oponérsenos.

»—Y ¿de qué manera podemos apoderarnos de ellas?

»—Con caballería.

»—¿Dónde está esa caballería de agua? —me preguntó él—. Porque con la de tierra no se puede hacer tal milagro.

»Al fin resolvió marchar y acercarse al río, no con la esperanza de que la operación prometida se efectuase, sino para resolver qué partido tomaría. Una milla antes de llegar al río se le suplicó que hiciera alto con el ejército para sacar de él la gente con que íbamos a tomar las lanchas enemigas, y todavía le parecía que todo ello era un sueño o una broma. Sin embargo, accedió a mis deseos. Sólo 50 hombres se tomaron de la Guardia de Caballería y con ellos llegamos a la orilla del río con las cinchas sueltas y las gruperas quitadas para rodar las sillas al suelo sin necesidad de apearnos del caballo. Así se efectuó, cayendo todos juntos al agua, y fue tal el pasmo que causó al enemigo aquella operación inesperada, que no hizo más que algunos disparos de cañón y en seguida la mayor parte de su gente se arrojó al agua. La misma partida de caballería corrió a ponerse al frente de la plaza para

impedir que se diera parte al general Morillo, el cual se hallaba en Calabozo. Catorce embarcaciones apresamos entre armadas y desarmadas. Asombrado Bolívar, dijo que si él no hubiera presenciado aquel hecho, nadie habría podido hacérselo creer.»

Naturalmente, el señor Páez se reserva en el relato —sumamente interesante— el papel más airoso, y relega a la figura de Bolívar algo de candidez y asombro. En todo caso, merced a la valiosísima ayuda del general Páez fue un hecho la primera victoria sobre las tropas españolas y se alcanzó la otra orilla del río. Como que Morillo no estaba enterado de las avanzadas patriotas, el ejército de éstos estuvo en excelentes condiciones para operar en dirección al norte para atacar, por sorpresa, al general español.

Bolívar se detuvo, empero, algunos días en San Fernando de Apure, en poder de los realistas, mientras llegaban refuerzos de Angostura que engrosaban el poderío de Bolívar.

Hacia el mes de febrero de 1818 —un año y dos meses después de iniciada la segunda y definitiva invasión del continente— las fuerzas retrasadas de Páez se unieron a las de Bolívar, apostadas en el camino que separa el río de la ciudad de Calabozo.

La indumentaria del equipo de Bolívar era sencilla, lo que respondía a su limitación de recursos. Llevaban un casco de dragón rosa, blusa de paño azul con alamares rojos y tres filas de botones dorados, pantalón de paño tosco, del mismo color que la blusa, y... unas alpargatas. Uno de ellos empuñaba una lanza ligera con una banderola negra y unos huesos en forma de signo de multiplicar. Llevaba escritas estas palabras:

#### LIBERTAD O MUERTE

Resultaba desconcertante, incluso para los mismos soldados de Bolívar, la rapidez y precisión con que marchaban contra Morillo. El ejército de éste ofreció en principio alguna resistencia, muy poca, para terminar huyendo a la desbandada hasta la plaza de Calabozo. Las fuerzas de Morillo en Calabozo fueron evacuadas en su mayoría para tomar el camino de la capital caraqueña. Bolívar se dio cuenta de las intenciones del español, y se lanzó a su persecución.

—No se puede imaginar —escribió Morillo en plena marcha— cuánto hemos sufrido con el cansancio de la tropa, la fatiga, el polvo y no tener alimento para resistir la marcha; han muerto muchos ahogados de calor, y otros no ha sido posible salvarlos...

La sed y el calor nos han devorado; la marcha ha sido también muy rápida... No nos dejan sosegar estos diablos un momento y siempre los tenemos encima...

Con un derroche de habilidad e inesperados movimientos, Morillo consigue superar todos los obstáculos y llega hasta la villa de Cura y de allí a Valencia. Al mismo tiempo Miguel de la Torre era aclamado vencedor en Caracas. Aquí se encuentra una muestra del talento desplegado por el general hispano, pues fue capaz de convertir el panorama desastroso en una situación prometedor. Más aún: las tropas al mando de Morillo avanzan hacia La Victoria, en donde se halla Bolívar, dispuestas a atacarle de frente, lo que consiguen con éxito. El caraqueño, bastante diezmadas ya sus fuerzas, retrocede... Ahora es Morillo quien persigue al Libertador. Pero su persecución es tan inteligente que los cerca en La Puerta... Aquí estalló entre las fuerzas patriotas y las realistas una batalla que ha pasada a la historia como una de las más cruentas. La derrota del Libertador, el 16 de marzo de 1818, fue tan grande que perdió casi toda su infantería.

—El enemigo me está apurando —confesó Bolívar, cuando tan pocos días antes parecía el inmediato vencedor de Morillo.

Los ecos de la victoria morillista trascienden a España, suscitando allí una euforia excesiva. Tanto es así que Fernando VII otorga el título nobiliario de marqués de La Puerta al mariscal Morillo. Pero... ¿y Bolívar?

¿Es para el Libertador la derrota definitiva? Si no lo es, no cabe duda que ha representado su fracaso más espectacular. Su ejército había resultado tan maltrecho en la lucha que se hallaba prácticamente aniquilado: todo eran muertos, heridos, desaparecidos, prisioneros y *unos pocos* hombres sin moral. Agrupa a estos últimos y traza un plan: reunirse de inmediato con Páez. Pero tan pronto se encamina para encontrarse con el llanero es sorprendido por los españoles, quienes le asestan un nuevo golpe. Agrupa el resto cada vez más diminuto de su ejército y les anuncia la nueva decisión:

—Nos trasladaremos a Angostura... —dice con firmeza.

—¿Angostura? —exclaman los supervivientes con voz apenas perceptible, demudado el rostro por tanta sangre y calamidades.

—Angostura es una ciudad patriota. Ordenaré allí un reclutamiento y con las fuerzas de refresco podremos continuar la lucha por la libertad.

Los soldados se sentían cansados y

desperanzados, pero al influjo de la palabra inflamable de Bolívar cobran nuevos bríos y se lanzan al camino,

escondiéndose de las fuerzas realistas. Hay en todos los corazones un solo deseo: ¡llegar pronto a Angostura!

LA HEROICA GESTA  
DE LOS ANDES

SE ACERCABA, CIERTAMENTE, EL DÍA DE la libertad para América. Pero costaba verdaderos ríos de sangre. Tantas derrotas habían dejado en el ánimo de Bolívar una huella indeleble. Un militar inglés que lo conoció pocos años más tarde de tan tristes momentos dice:

«Si consideraba yo todo cuanto había oído hablar de él, se me hacía difícil identificarlo con la persona que ahora tenía delante de mis ojos. Bolívar es un hombre de mezquina apariencia a quien se le darían cincuenta años de edad y no cuenta más de treinta y ocho. Es flaco y pálido; el rostro alargado ofrece todos los síntomas de la inquietud, de la ansiedad, y hasta podría agregarse del desaliento y la desesperación. Daba la impresión de haber experimentado grandes fatigas. Sus grandes ojos oscuros, que otrora

fueron brillantes, aparecían en aquel momento apagados y abatidos. Llevaba los cabellos negros atados con una cinta en la parte posterior de la cabeza. Lucía grandes bigotes negros y ostentaba un pañuelo negro alrededor del cuello; vestía casaca militar, pantalones azules y botas con espuelas. Todo su aspecto apenas si respondía a la idea que yo me había formado del jefe de los independientes. En medio de la pieza estaba suspendida una hamaca sobre la cual Bolívar tan pronto se sentaba como se acostaba o se inclinaba, mientras yo estaba hablando, porque raramente se mantenía dos minutos en la misma posición. Después de haber conversado cerca de una hora, el general me acompañó otra vez a la puerta de entrada para despedirse de mí. El patio estaba lleno de oficiales de su comitiva y tres de sus

secretarios escribían sentados a una mesa.»

Así vio el coronel Hippiisley a nuestro héroe.

En Angostura Bolívar no pierde el tiempo en recordar con desesperación el pasado, sino que se entrega a la tarea con más obstinación que nunca. Con razón se decía de él que era más temible vencido. Convoca un Consejo de Estado, crea secretarios y ministros. Siempre fija la mirada en el futuro de la nación libre, crea una revista semanal que será el instrumento de difusión de las consignas republicanas.

—Es cierto que nuestro ejército ha sido reducido considerablemente. Pero ¿saben ustedes —dice Bolívar a sus oficiales, decidido a levantarles la moral aun cuando la suya no estuviese muy alta— cuál es la verdadera situación del enemigo? A Morillo no le quedan apenas armas, municiones y víveres. La mayor parte de sus tropas son criollas, que combaten con una fe dudosa, que nosotros trataremos de socavar. Admitamos que la campaña del presente año nos ha sido muy escasamente fructífera. Pero el poder español de tambalea...

Los patriotas sienten renacer sus fuerzas al oírle.

Bolívar confirma al general Mariño en su jefatura de Cumaná. «De esta

forma —debió de pensar el Libertador— estimularé a Mariño para que reconquiste esa región dominada por los españoles.» Y en una proclama dirigida a Nueva Granada dice:

—Llegado es el día de la América del Sur. Ningún poder humano podrá detener el curso de la naturaleza, guiada por la mano de la Providencia. Aunad vuestros esfuerzos con los de vuestros hermanos. Venezuela va conmigo a libertaros, así como vosotros libertasteis en otro tiempo a Venezuela. No acabará el sol su curso en el actual período sin ver los altares erigidos a la libertad en vuestro territorio.

Estas palabras más parecían las de un visionario que las de un hombre sensato. Y sin embargo contenían una fuerte semilla que invitaba a la rebelión y suministraba vigorosa esperanza. Aunque algunos rechazaran tales expresiones, ya que venían de un luchador mil veces derrotado y sin más fuerza que su prestigio personal, era difícil sustraerse a una cierta fascinación.

—Cuando un hombre habla con este aplomo —pensaba la gente sencilla— es signo evidente de que las cosas no están tan mal...

Y es que la fe —que mueve montañas— engendra la fe, el entusiasmo crea entusiasmo, y una conducta sana y abnegada incita a una actuación mo-

ral y generosa. A los conductores de pueblos, como Moisés, Alejandro el Magno, Mahoma, Napoleón, les cabe el honor de irradiar a las multitudes, como un incendio, la fe titánica que a ellos les mueve. Bolívar tenía también ese mágico poder.

La realidad era más bien modesta: en poder de los patriotas sólo había el poblacho de Angostura, la isla de Margarita y unas pocas aldeas del interior. En cambio el estandarte español se enseñoreaba en todas las ciudades marítimas: Cumaná, Barcelona, La Guayra, Puerto Cabello, Maracaibo, Cartagena y las ciudades del interior, Caracas, Bogotá, etc. Por el momento figuraban en el ejército de Bolívar más oficiales que soldados...

—¡Y qué soldados! —dice un testigo presencial—. Son negros miserables liberados para hacerlos matar por los españoles o para condenarlos a morir de hambre y de miseria, porque la República carecía de dinero, de depósitos de víveres, de vestuarios, al extremo de que aquellos desgraciados hubieran preferido volver a su antigua esclavitud.

—Pero ¿y de dónde sacar más soldados? La matanza dura ya muchos años y los que no mueren en el campo de batalla o fusilados por el enemigo se mueren de hambre —comentaban los oficiales.

En octubre de 1818 los patriotas crearon en Angostura un Congreso independiente. A pesar de la mezquindad de sus fuerzas aspiraban, por todos los medios, a otorgar a su acción un carácter oficial, legal y popular. El primer paso del congreso fue la determinación de liberar Nueva Granada, haciendo de ésta y Venezuela una sola nación.

Pero entretanto Mariño experimenta un nuevo fracaso en Cumaná, y simultáneamente Páez intentaba romper su ligazón con Bolívar, para lo que fomentaba en el Apure un extraño alzamiento para resultar proclamado jefe supremo. Es el eterno individualismo hispanoamericano.

Para sofocar la rebeldía de Páez, Bolívar se presentó a él sin pérdida de tiempo. Cuando el llanero ve al caraqueño y le oye hablar y planear acciones militares o políticas de cara al futuro, su fe en sí mismo se le viene abajo. Hábil y seductor, Bolívar le reduce sin recurrir a la violencia. Páez es de nuevo leal y obediente. Y Bolívar, frunciendo el ceño en secreto, regresa de nuevo a Angostura. «Menos mal —piensa éste después— que no ha sido menester recordarle el fin de Piar.»

Como que en Europa ganaba terreno la reacción monárquica, la causa liberal de los independistas de América

volvía a peligrar muy seriamente. En la ciudad alemana de Aquisgrán comenzó a funcionar un Congreso que prometía arrasar la revolución de la América latina.

—¡Abajo ese foco de liberalismo! —decía el Congreso de Aquisgrán—. Prestemos a España el auxilio necesario para aplastar a esos republicanos.

En cuanto Bolívar se enteró de tales propósitos —simples amenazas por el momento— dijo ante el pleno de diputados de Angostura:

—Declara la República de Venezuela que desde el 19 de abril de 1810 está combatiendo por sus derechos; que ha derramado la mayor parte de la sangre de sus hijos; que ha sacrificado todos sus bienes, todos sus goces y cuanto es caro y sagrado entre los hombres para recobrar sus derechos soberanos, y que por mantenerlos ileso como la Divina Providencia se los ha concedido, está resuelto el pueblo de Venezuela a sepultarse todo entero en medio de sus ruinas si la España, la Europa y el Mundo se empeñan en encorvarla bajo el yugo español.

Los aplausos estallan ensordecedores cuando Bolívar termina de hablar. Un ardiente patriotismo se apodera de sus corazones.

La inauguración del Congreso se ha anunciado para el próximo 15 de febrero del año 1819. La noticia corre

—¡vuela!— por todo el país, ocupado casi íntegramente por el poder español. Bolívar se esfuerza, ahora y siempre, por que sus actos guerreros sean la derivación legítima de un régimen representativo de la voluntad nacional.

Cuando llegó el tan esperado día, se reunieron los representantes a las doce del mediodía, en el salón destinado a cobijar al Congreso Nacional. Luego entró Bolívar acompañado de su Estado Mayor y ocupó el asiento principal, proponiendo a los veintinueve diputados su proyecto de constitución. Éste fue uno de los momentos más brillantes de su carrera. Pronunció un discurso cuya duración fue de tres horas. En él manifestaría las dotes de un pensador político de gran envergadura, a la par que una vasta cultura en historia universal. Sus palabras pasaron a la posteridad como una joya oratoria por su contenido.

Los diputados y militares presentes en el salón, presintiendo quizá la trascendencia del discurso, guardaron un silencio fervoroso cuando Bolívar se levantó para hablar.

—Yo no he podido hacer ni bien ni mal —exclamó con voz clara, sin prisas, como quien está seguro de ser escuchado y de disponer de todo el tiempo necesario para hablar. No se oía ni el zumbido de una mosca. Luego prosiguió—: Fuerzas irresistibles han

dirigido la marcha de nuestros sucesos. Atribuirmelos no sería justo, y sería darme una importancia que no merezco. ¿Queréis conocer a los autores de los acontecimientos pasados y del orden actual? Consultad los anales de España, de América, de Venezuela; examinad las leyes de Indias, el régimen de los antiguos mandatarios, la influencia de la religión y del dominio extranjero, observad los primeros años del gobierno republicano la ferocidad de nuestros enemigos y el carácter nacional. No me preguntéis sobre los efectos de estos trastornos, para siempre lamentables; apenas se me puede suponer simple instrumento de los grandes móviles que se han obrado sobre Venezuela. Sin embargo, mi vida, mi conducta, todas mis acciones públicas y privadas están sujetas a la censura del pueblo.

Bolívar se detiene unos instantes. La expectación es total.

—Sólo una necesidad forzosa —dice después pasando a otro aspecto—, aunada con la imperiosa voluntad del pueblo, podría obligarme a aceptar la terrible y aventurada posición de dictador y jefe supremo. Ahora respiro, al devolveros esta autoridad...

»La continuación de la autoridad en un solo individuo fue con frecuencia la ruina de los gobiernos democráticos. Las elecciones repetidas son cosa

esencial en los sistemas populares, porque nada hay tan peligroso como pernicioso a un ciudadano que permanecer largo tiempo en el poder. Acosúmbrase el pueblo a obedecer y él a mandarle, de donde resultan usurpación y tiranía

»La libertad es un alimento fuerte, pero de difícil digestión. Nuestros apocados ciudadanos han de fortalecerse mucho el espíritu antes de que sean capaces de digerir el pan nutritivo e integral de la libertad.

»Libertad ilimitada, democracia absoluta, son los dos escollos contra los cuales se estrellaron las esperanzas republicanas.

»Los ángeles sólo, no los hombres, podrían vivir libres, en paz y felices.

»Dos principios capitales: moderación de la voluntad popular y limitación de la autoridad pública.

»La educación popular debe ser el primer cuidado del amor paternal del Congreso.

Así continúa hablando por espacio de tres horas. La estructura política de la Constitución está creada y en marcha. Sólo un problema se plantea: ¿quién será el presidente de la República? El Congreso estudia la cuestión y, al fin, confirma a Bolívar como presidente y a Francisco Antonio Zea como vicepresidente.

Pero Bolívar no es un hombre ob-

sesionado por la pasión de mando. Y así, en cuanto es nombrado la máxima autoridad del nuevo gobierno, no se dedica, de inmediato, a deshacer lo hecho ni a escribir un millar de decretos. No. Lo único que hace, en unión de sus colaboradores, es dedicarse con tesón a la tarea de organizar, prever el futuro y sus necesidades y dificultades de todo género, crear instituciones, relacionarse con las potencias extranjeras, otorgar al movimiento patriota una dignidad universal. Éste es su quehacer.

Para reorganizar el ejército disperso se traslada a Cumaná desde Angostura. Pasa revista a la situación y conferencia con el general Urdaneta, jefe de aquel sector.

—General —le dice a éste—, usted debería operar por mar contra la ciudad de Caracas, mientras yo trato de unirle a las fuerzas de Páez, en occidente. De esta forma usted y nosotros cogeríamos a las fuerzas realistas en medio y las podríamos cercar.

—Comprendo su plan —responde Urdaneta.

—Vamos a actuar con tanta rapidez que no daremos tiempo al enemigo para reaccionar.

Urdaneta se sonríe. Es hombre de mucha experiencia y tiene fe en el presidente.

Las fuerzas del perspicaz Páez ha-

bían derrotado en un formidable combate a las tropas de Morillo en las Quezeras del Medio. Desconcertado, el español huye hacia Calabozo con los restos de su ejército. Cuando Bolívar elogia calurosamente el talento y la valentía de Páez y sus llaneros, éstos hacen un gesto como de disculpa: «Fue un golpe que no estuvo mal del todo», dicen. En realidad la lucha merece consignarse en los anales de la historia por su audacia y agudo ingenio. He aquí cómo ocurrió: El general Páez reunió frente al enemigo a unos ciento cincuenta jinetes, los más hábiles, y simuló ante ellos una huida. Entonces los realistas, imaginándose que los llaneros eran fugitivos dominados por el miedo, se lanzaron a su persecución a fin de aplastarlos. Al cabo de recorrido un buen trecho, Páez se vuelve y observa que las fuerzas adversarias se hallan en gran número dispersas en la vasta llanura. Páez y los suyos se detienen, según el plan previsto, e inician repentinamente el retroceso, todos juntos, sobre la aislada caballería que les perseguía. Al arremeter contra grupos pequeños, los vencen fácil y prontamente, y así trituran una importantísima porción del ejército de Morillo, quien hubo de emprender la retirada sin pérdida de tiempo hasta Calabozo.

—¡Les felicito a ustedes! —decía Bolívar una y otra vez—. ¡Son uste-





des unos bravos! Y usted, mi querido Páez, ha demostrado un talento insuperable.

Con esta victoria quedó consolidado el poder republicano en la zona occidental, lo que dejaba a Bolívar la vía libre para lanzarse, de acuerdo con sus deseos, a la liberación de Nueva Granada. El momento parecía oportuno, ya que Santander había obtenido diversos éxitos en Casanare.

«En este momento —escribe el general Mitre— Bolívar tuvo la gran inspiración de la campaña que debía asegurarle la inmortalidad... Jamás había concebido un plan más grandioso, más bien combinado, aun fallando en algunos de sus cálculos, ni de más trascendentales consecuencias. Aquí se revela la penetración y el alcance del genio. Los destinos de América iban a cambiar en el norte al atravesar Bolívar los Andes ecuatoriales como cuando San Martín atravesó en el sur los Andes meridionales.»

La proeza de los Andes, llevada a cabo en 1819, figura como una de las gestas más asombrosas en toda la historia guerrera de la humanidad. Arrastrados por un ideal de libertad, los hombres de Bolívar parecían realmente destinados a vencer la propia naturaleza, si ésta llegaba a entorpecer su avance. Se vieron en la necesidad de avanzar en medio de llanuras cubiertas de

agua, vadear siete ríos a nado, zonas selváticas... La empresa sólo tiene parangón con el paso de Aníbal a través de los Alpes para vencer al Imperio Romano. El ejército se componía de unos dos mil quinientos hombres, compuestos de llaneros y soldados europeos reclutados en la Legión Extranjera.

El paso de los Andes se presenta tan erizado de dificultades que un alto militar británico, que mandaba un regimiento de voluntarios extranjeros, no puede por menos que expresarle al Libertador su admiración por el plan.

—Yo y mis legionarios —le dice Rook con absoluto convencimiento— estamos dispuestos a seguirle hasta el cabo de Hornos si es preciso.

Sorprende al caraqueño una tan encendida adhesión por parte de un extranjero.

—Por ahora sólo iremos allá arriba, a las nubes —dice señalando las cumbres nevadas de los Andes—. El cabo de Hornos lo dejaremos para más tarde.

El inglés asiente con la cabeza y Bolívar le da las gracias, conmovido, por su inquebrantable fe y espíritu de sacrificio. Pero los horrores de esta proeza llegan a tal límite que un oficial inglés, miembro de la Legión Extranjera, escribe en sus Memorias:

«Es imposible dar una idea exacta de las fatigas que las tropas tuvie-

ron que sufrir durante este viaje. Hasta entonces se tuvo por artículo de fe que la misma tropa montada, la caballería, intentaría inútilmente atravesar aquellos inundados llanos en esta época del año. Diremos solamente que la infantería se veía obligada a marchar diariamente varias horas seguidas con el agua hasta la cintura y que experimentaba un verdadero transporte de alegría cuando descubría un terreno seco donde pudiese descansar por la noche de las fatigas de la jornada. Al pasar los ríos, muchos soldados fueron mordidos en las piernas y en los muslos por un pececillo llamado *caribe*. Este pez no tiene nunca más de tres o cuatro pulgadas de largo, y sus escamas tienen un brillante color de naranja. Por pequeños que sean los caribes, su prodigiosa voracidad los hace extremadamente peligrosos. Nadan muchos juntos en número incalculable. Lo cierto es que un llanero los teme tanto o más que a un caimán. La boca de estos peces es muy grande en proporción de su cuerpo. Está provista de dientes anchos y agudos, de tal manera que se diría la boca de un tiburón en miniatura. Cuando ocurre que atacan a un hombre o a un animal, arrancan la carne con sorprendente prontitud, porque el olor de la carne, al esparcirse en el agua, los reúne a miles.

»Siempre que cortaban el camino

caletas, caños, morichales, ríos o brazos del río que no tenían vado, construíanse balsas con una madera ligera que se encuentra en casi toda la extensión de los llanos; y también se hacían de piel de toro. En estas balsas, atadas juntas y escoltadas por excelentes nadadores, se transportaban los bagajes. Al acercarse a las montañas, el aspecto del paisaje cambia considerablemente; el terreno se va haciendo más desigual y a las aguas estancadas, a los ríos fangosos de las llanuras, se suceden arroyos rápidos. Las plantaciones se muestran más frecuentemente y las casas, aunque más pequeñas que las de los llanos, están mejor construidas y más cuidadas. A medida que disminuían los grandes rebaños, el número de cerdos y gallinas aumenta. El frío comienza a hacerse sentir vivamente, sobre todo de madrugada, cuando el viento sopla en las nevadas cimas de la cordillera. En las proximidades de la villa y río de Casanare, las quebradas o torrentes de las montañas empezaron a producir frecuentes y serias interrupciones en nuestra marcha.

»Pronto fue necesario que la caballería se encargase de llevar las armas y el equipo de los infantes, y éstos tuvieron que formar en dos líneas, agarrándose fuertemente de la mano cada tres soldados, porque el ímpetu de los torrentes era tan grande, que a menudo

derribaba a los hombres y a veces los arrastraba. Bolívar cruzaba estos torrentes repetidamente, llevando a la grupa soldados débiles o enfermos o mujeres que acompañaban a sus maridos.

»Los *serranos*, como se llaman los nativos de las cordilleras, son de corta estatura, delgados y de aspecto mezquino. Y aunque el ejército fuera asaltado noche y día por la lluvia, no sufrimos mucho frío porque nos abrigan los árboles del bosque. Pero cuando llegamos a los páramos, que carecen de vegetación, hallamos que el viento era tan penetrante que helaba aun a los que estaban mejor vestidos, y éstos eran pocos, desgraciadamente, para aquella época, en el ejército de Bolívar. El aspecto de los Andes, entre estas cadenas de montañas, es magníficamente salvaje. Aunque parezcan enteramente nevados, vistos desde las montañas inferiores, hay, sin embargo, poca nieve en los páramos a causa de las violentas ráfagas de viento que los barren constantemente. Hay también, en los flancos de algunos picos elevados, precipicios de rocas sólidas donde la nieve no puede permanecer; pero cuando estas montañas son vistas de cerca, se observa que el hielo está incrustado en ellas y que en varios lugares tienen hondonadas donde las cascadas brotan continuamente. A contar desde esta al-

tura no hay ya senderos en los Andes.»

Abundan en estos caminos las cruces colocadas en memoria de caminantes que encontraron allí la muerte. El silencio que domina entre los elevados picos es algo impresionante, silencio sólo roto por el grito del cóndor. Naturalmente, abunda el agua, y los soldados pueden detenerse de vez en cuando y apagar la sed de tan duras marchas o lavarse el cuerpo. Durante el día el cielo se presenta azul con un tono oscuro, muy triste. Además de habérselas con una naturaleza inhóspita, el soldado tenía que luchar contra tres enemigos despiadados que amenazaban enterrarle a cada momento: el hambre, la fatiga y el frío. A menudo, en los breves descansos, un soldado se tendía en el suelo, agotado, y sus ojos se cerraban como empujados por un dulce sopor.

—¡Eh, tú! —los compañeros le despertaban a golpes—. ¡Levántate! ¿Es que quieres morirte?

—Sólo un momento...

—¡Levántate o te pego un tiro!

Estos gritos que parecen despóticos son en realidad piadosos, pues abandonarse al sopor, sin haber comido, significaba entregarse a los brazos de la muerte.

A otros soldados se les congelan las manos y los pies. Para evitarlo se frotan los miembros, y si esta medida no

da resultado, queda otra más eficaz: el látigo. Cuando llegan al páramo de Pisba —la última etapa hacia las alturas— han desertado bastantes llaneros, y han muerto innumerables patriotas.

El resultado de esta gesta colectiva es que cuando llegan al pueblo de Sogomazo el general realista ignoraba, todavía, que hubiesen logrado atravesar las cordilleras.

El coronel Rook se presentó ante Bolívar para felicitarle por el éxito de la expedición, al menos en su primera y más difícil etapa, la de saltar los Andes. Rook es un hombre muy sufrido, y en toda la travesía fue imposible oírle un lamento o verle desfallecido un instante. Era muy serio y raramente hablaba. Pero cuando vio que dejaban atrás las cumbres encrespadas, y que los llanos les ofrecían alimentos, buena temperatura y un paso infinitamente menos fatigoso, se regocijó en extremo.

—¿Cómo está usted, coronel Rook? —preguntó Bolívar.

—Perfectamente, señor.

—¿Y sus fuerzas?

—En magnífico estado.

—¡Lo celebro! —respondió satisfecho el Libertador—. Venga usted a mi tienda y me acompañará a desayunar, si no lo ha hecho ya.

El desayuno se componía de carne asada, pan, frutas y vino. Y todo ello

en abundancia. Ambos se pusieron a comer con un apetito terrible. Y muy contentos se entregaron, mientras comían, a realizar planes para el futuro.

—¡Es el manjar más apetitoso que he probado en mi vida! —declaró el coronel inglés.

—El hambre de tanto tiempo se lo hace sentir tan exquisito... Han sido setenta y cinco días de privaciones y horrores de toda especie —repuso Bolívar al inglés.

—¡Ya han pasado! —exclama Rook con un gesto desdeñoso.

Entonces se presenta el general Anzoátegui, con el ánimo un tanto avinagrado.

—¿Qué novedad hay, Anzoátegui? —preguntó Bolívar.

—¿Cómo que si la hay...? —replicó aquél—. ¿Es que desconoce S. E. el estado en que se encuentra el cuerpo de dragones del coronel Rook?

El aludido se queda mirando muy sorprendido al general Anzoátegui.

—Sí que la tengo, pues su coronel acaba de darme los más favorables informes, diciéndome que no ha tenido pérdida ninguna en el páramo.

—¡Demonio! —exclamó Anzoátegui, y añadió poco menos que gritando—: ¡Pero si una cuarta parte de todas sus fuerzas y dos oficiales han muerto durante la marcha! ¿Le parece poco al coronel Rook?

Bolívar dirige una mirada inquisitiva al inglés.

—No lo niego —replica impasible y flemático el coronel—; pero también es cierto que merecían su suerte, pues esos hombres eran los de peor conducta de mi cuerpo y éste ha ganado con su muerte.

Bolívar se sonríe al observar el cómico contraste entre la flemma del inglés y la cólera de Anzoátegui.

He aquí en qué condiciones llegaron al llano las fuerzas del Libertador. Tenían la ropa hecha jirones, los pies llagados, y tan delgados y descompuestos que parecían más aptos para ingresar en un hospital que para iniciar la definitiva destrucción del poder realista en América. Pero en poco tiempo de descanso y abundantes alimentos —y más que ello el entusiasmo y la fe que lograba infundirles Bolívar— las tropas adquieren de nuevo aquella fuerza combativa y aquel tesón que las caracterizaban.

Lo primero que hizo Bolívar en el llano de Nueva Granada fue ganarse la voluntad de los campesinos y adherirlos a sus filas. Las fuerzas del general español José María Barreiro buscaban a Bolívar, pero éste las rehuía, en espera de un momento apropiado.

—En todos estos momentos —de-

clara Barros Arana, testigo presencial— Bolívar desplegó gran genio militar envolviendo y engañando al enemigo con mucha astucia.

Por fin se enfrenta con las fuerzas españolas. Es el 25 de julio de 1819. El enemigo se hallaba en el Pantano de Vargas. Los aguerridos patriotas atacan... En su furia se revela un ímpetu salvaje. ¿Es que temen más el retroceso a las altas cumbres que a las armas realistas? Lo cierto es que arrollan al ejército español y lo aplastan. Seguidamente Bolívar envía sus tropas a Tunja y derrota nuevamente al adversario. Los españoles se repliegan en Boyacá. Es el 7 de agosto de 1819. Ambos bandos saben que el resultado de la nueva lucha decidirá el futuro de Nueva Granada. Y los dos se preparan y aguzan el ingenio. Bolívar estudia minuciosamente el plan de batalla, y derrocha inspiración en la estrategia. Luego reúne a sus generales y jefes y les explica, ante el mapa, las sucesivas fases del plan a seguir. Concluye diciendo:

—Han comprendido ustedes, ¿verdad? Este plan debe realizarse sin el menor fallo, y el resultado del mismo será un gran ahorro de vidas humanas y una victoria fulminante.

Se inicia la batalla por Boyacá. Los patriotas muestran un valor incansable y una disciplina ejemplar, mientras

en las filas españolas se inicia la desconfianza y la zozobra. La bravura y una táctica genial permiten a los patriotas desarticular pronto la defensa hispana, y rápidamente se hunde en masa la fortaleza realista. ¡Boyacá está en poder de Bolívar! El botín de los independientes es enorme: 1.600 soldados, gran cantidad de armamento y un nutrido grupo de oficiales con el propio general Barreiro. Los ecos de tan estruendosa victoria se extienden a toda América y Europa, como un canto de guerra y una amenaza inminente...

El general Mitre dice de esta batalla victoriosa: «Boyacá es, después de Maipú en el orden cronológico, la gran batalla sudamericana.» Y el jefe supremo de las fuerzas españolas, Morillo, dictaminaba: «Bolívar en un solo día acaba con el fruto de cinco años de campaña y en una sola batalla reconquista lo que las tropas del rey ganaron en muchos combates.»

El ejército español queda aniquilado, roto, en su base. Se abre ahora para los patriotas un horizonte fabuloso: la ruta de Santa Fe de Bogotá, y luego el camino libre, por la espalda, hasta Venezuela... El entusiasmo del pueblo nuevogranadino llega al delirio. Por las calles donde cruzan los soldados de Bolívar son aclamados incansablemente, se les abraza y se les cubre

de flores, al paso que un clamor unánime se levanta hasta el cielo:

—¡¡Viva el Libertador!!

El nombre de Bolívar corre de boca en boca. Más que un hombre es ya música celestial, es un símbolo, es un imán que atrae las multitudes en una fe ciega. Su ejército engrosa y crece en proporción geométrica.

Hay un objetivo urgente: Bogotá. Es un deseo imperioso que flota en el ánimo de todos. Hay que tomar Bogotá inmediatamente.

¿Qué hace entretanto el virrey de Santa Fe de Bogotá? Se lanza a una desesperada huida por el río Magdalena. Las fuerzas de Bolívar se arrojan, como un torrente avasallador, sobre la apetecida ciudad. La toma fue a las siete de la mañana del día 9 de agosto de 1819... Pero dejemos que nos lo cuente un testigo presencial, el patriota José María Espinosa:

«Me estaba levantando de la cama cuando una formidable detonación conmovió la casa hasta sus cimientos. Era la explosión del parque que estaba en el aserrío, media legua al sur de la ciudad. El motivo de ella, como todos lo saben, fue la derrota de los españoles. Ésta era la detonación que habíamos oído. Apenas había pasado cuando se me presentó Maza en la habitación, instándome para que saliéramos. Me parece que lo veo con su capote de

bayetón de color carmelito, su cantimplora terciada y su fusil al hombro, y en compañía de un tal Temes... Como yo le tenía más miedo a Maza que a los godos, no quise replicarle, y diciéndole que aguardase un momento, fui a buscar a mi hermano Eugenio para para que saliese conmigo.

»—No necesitan armas —dijo Maza—, porque vamos a tomarlas al cuartel de caballería.

»¡Qué aspecto el que presentaba la ciudad! Las calles estaban desiertas; partidas de soldados de caballería las recorrían, sin orden ni concierto; oficiales afanosos y turbados daban órdenes aquí y allí; toques de corneta y tambores por dondequiera; el patriota don Francisco González recorría de prisa las calles principales con un muchacho que tocaba generala, cosa de que nadie hacía caso, porque los realistas huían o se ocultaban y los patriotas no se atrevían a salir por temor de las violencias y venganzas a que podían entregarse los españoles en aquellos momentos. Fuera de unas pocas personas que solían atravesarse de una parte a otra, despavoridos o conduciendo algunos objetos como de equipaje, sólo nosotros andábamos por entre los españoles, que nada se atrevían a decirnos, ni aun nos miraban; éstos eran los únicos restos de la guarnición que había quedado en la

ciudad y que se preparaban a salir también.

»En el camino se nos reunió don Nicolás Sánchez, y cuando llegamos al cuartel de caballería, que estaba en la plazuela de San Francisco, abandonada ya por la tropa y donde solamente había quedado un cuartelero y unos pocos hombres se ocupaban en trasponer a toda prisa varias armas y municiones, el español que estaba dirigiendo la operación, al vernos y al reconocer a Maza, que iba con su fusil, se tiró por el balcón para huir. Salimos de allí armados y municionados y nos dirigimos a San Diego, por donde estaban entrando los derrotados de Boyacá. Maza comenzó a hacerles tiros de fusil; pero ellos, lejos de hacerle frente, se entraban a los potreros desviándose del camino.

»Apenas habíamos andado dos leguas cuando vimos venir un militar, bajo de cuerpo, y delgado, a todo el paso de un magnífico caballo cervuno. Todo fue divisarlo Maza y exclamar:

»—Allí viene un jefe de los derrotados.

»Y diciendo esto picó espuelas a su caballo y cuando estuvo a unos treinta pasos de distancia exclamó:

»—¡Alto ahí! ¡Quién vive!...

»El desconocido no hizo caso de esta interpelación y siguió adelante. Entonces Maza enristró su lanza y

acercándose más, gritó lo mismo. Pero el jefe, pasando de largo por cerca de Maza, le dijo en un tono de tanta dignidad como desprecio:

»—No sea imbécil...

»En aquel momento reconocieron Maza y mi hermano al general Bolívar, el cual, teniendo noticias en el puente común de que Sámano había emigrado con toda su gente y que la ciudad estaba enteramente abandonada, voló a ella, dejando su escolta, sus edecanes y demás personas que le acompañaban, las cuales se quedaron muy atrás y él venía perfectamente solo.»

Así fue cómo Bolívar resultó ser el primero en penetrar en Bogotá, y seguidamente todas sus fuerzas. La noticia de la llegada del Libertador se esparció con celeridad por la población, y estalló una explosión de júbilo popular. Algunos patriotas invitaron a Bolívar para aposentarse en el palacio, mas él rechazó. Ante todo quería reorganizar el ejército que venía detrás y crear un núcleo de vanguardia para defender la población de un posible ataque. El virrey de Nueva Granada, residente en Bogotá, huyó, como hemos dicho anteriormente, y su escape fue tan precipitado que ni siquiera se llevó consigo las arcas del Estado español, que contenían la fabulosa suma de medio millón de pesos. Más tarde llegan todas las fuerzas patriotas y Bolívar

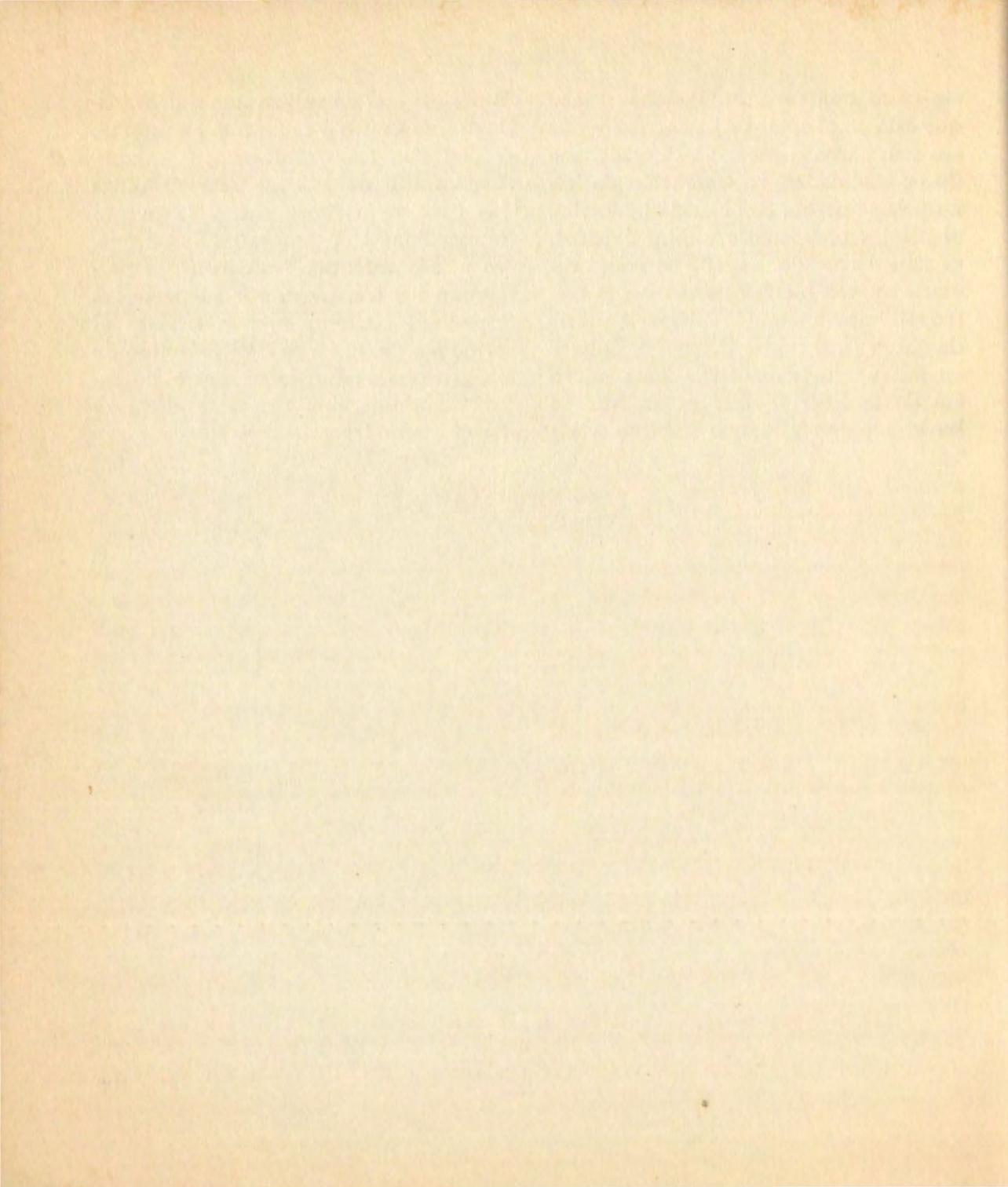
las organiza y ordena. Vuelve a imperar la paz en la ciudad, una paz sólo alterada por los súbitos tumultos ocasionados por el populacho al paso del Libertador, que le vitoreaban con fervor. El mismo día de la victoria reúne a sus soldados y oficiales y les dice con voz firme:

—¡Soldados: vosotros que erais doscientos cuando empezasteis esta asombrosa campaña! Ahora que sois muchos millares, América entera es teatro demasiado pequeño para nuestro valor. Sí, soldados, por el norte y sur de esta mitad del mundo derramaréis la libertad. Bien pronto la capital de Venezuela os recibirá por tercera vez; su tirano no se atreverá ni a esperarnos. Y el opulento Perú será cubierto a la vez por las banderas venezolanas, nuevogranadinas, argentinas y chilenas. Lima abrigará en su seno cuantos libertadores son el honor del mundo moderno.

Población y soldados aplauden incansables al Libertador. El Congreso le recibe después y confirma nuevamente el título de Libertador que le había conferido. En los días siguientes se suceden los homenajes y las fiestas. Bolívar gusta de asistir por las noches a selectos y nutridos bailes, a los que acude la flor y nata de la capital. Las damas más bellas se disputan el honor de bailar con él, quien charla, baila y sonríe

sin cesar con un gozo inmenso: sabe que está en el cénit de su carrera y que sus más caros sueños se van traduciendo en realidades. La liberación de Venezuela se perfila con claridad. Morillo, el hábil y competente militar español, se sabe derrotado. España no podrá enviarle nuevas fuerzas porque en la metrópoli impera el antagonismo. A partir de ahora ¿qué podrá detener a Bolívar en su carrera expansiva? Este nuevo sol de la libertad que es Bolívar se ha alzado tan alto que ilumina a las

Américas con un fulgor sin rival. Washington le saluda y le aclama en secreto, y con ella todo el territorio yanqui. El nombre de Bolívar recorre todas las cancillerías europeas, y la prensa le menciona con asombro. ¿Es un nuevo y más auténtico Napoleón?, se preguntan los franceses. Por su parte los españoles contemplan con tristeza el principio de un largo declive, tejido de sangrientas revoluciones entre liberales y anti-liberales. El sol *se ponía ya* en el vasto Imperio español...



“EL PRIMER DÍA DE PAZ  
SERÁ EL ÚLTIMO  
DE MI MANDO”

ES HARTO SABIDO: CUANDO UN RÉGIMEN se niega a evolucionar y se obstina en vivir de espaldas al signo de la época, cuando se aferra a unos principios viejos y anacrónicos, entonces estalla la revolución. Tal es el drama de la España del siglo XIX. Fernando VII se cierra, hermético, a las indicaciones de sus consejeros y del mismo pueblo español, los cuales pedían una Constitución y, en suma, mayor libertad. El monarca se imagina que las mismas leyes y normas que eran válidas en el siglo XVIII podrán serlo en el XIX, siglo que recoge las enseñanzas de sus maestros liberales y que quiere a toda costa llevarlas a la práctica porque las juzga más cristianas y más justas y fructíferas. ¿Por qué este rey, que entregó su corona con increíble flema a un usurpador extranjero —a José Bo-

naparte, hermano de Napoleón—, no advierte que con su cerrazón mental aboca al pueblo español, tan sufrido y tan digno, a la guerra civil? ¿Y por qué no se apercibe también que ese mismo absolutismo representa el suicidio del Imperio español? Invitamos al lector a que sea más propenso a ensayar la comprensión que la condena. La estupidéz y carencia de visión política del futuro se derivan, en Fernando VII, de un hecho simple: el rey español había sido educado en la rigidez y frío despotismo de las antiguas normas monárquicas, y si a ello añadimos un cerebro exento de imaginación y cordura tendremos un cuadro bastante aproximado de los medios en que le tocó vivir, humanamente, a este hombre de tan desgraciada trayectoria.

Pero el pueblo español tuvo tam-

bién su Bolívar... Éste se llamaba Rafael Riego, y proclamó la Constitución española de 1812, con una sola cámara, mostrándose partidario del sufragio universal. Pero Riego y los suyos fueron vistos con muy malos ojos cuando Fernando VII volvió a Madrid. Naturalmente, no prestó la menor atención a tal Constitución, y de ahí arranca el descontento y el malestar que va adueñándose pronto de toda la nación. Personajes de gran prestigio en su oposición al poder napoleónico, como Beltrán de Lis, Richard, Lacy, Porlier, perecen a manos de Fernando VII. Con todo, le resulta imposible detener la fermentación revolucionaria en España, y a más represalias contra los constitucionalistas más unánime es el clamor en demanda de tolerancia y libertad. Había en el país tres tendencias: la despótica representando al rey, la democrática y la moderada. Con su proceder miope el soberano precipitó en brazos de los extremistas la mayoría del país y entre éstos figuraban no pocos de sus más leales antaño.

En el año 1819 los abusos de Fernando VII llegaron al límite inimaginable. El campo estaba abonado para una rebelión. Así el 1 de enero de 1820, a las ocho de la mañana, proclamó Riego, nuevamente, la Constitución, y encarceló al general en jefe Calderón y a todos los generales. Este chispazo pro-

yectó al pueblo español a la revolución. En febrero se crea en Coruña una Junta gubernamental para dirigir España por medio de una Constitución, y se anulan automáticamente las autoridades de Madrid. El día 5 de marzo, la fuerza militar y civil del rey se ponen a la cabeza del pronunciamiento y juran la Constitución. El 10 de marzo, el pueblo barcelonés destituye al capitán general de Cataluña. En Cádiz el capitán general mandó que las tropas dispararan contra la multitud, dando lugar a una verdadera carnicería. Con ello el poder de Fernando VII se hace aún más impopular. O'Donnell, en lugar de ponerse al lado del monarca, proclama la Constitución de Ocaña, cerca de la capital madrileña. Por fin el 6 de marzo convoca las Cortes, y al día siguiente, comprendiendo el rey que hasta sus propios militares se ponen a defender la Constitución, firma un decreto en virtud del cual se somete a la autoridad de una Junta Consultiva.

¿Va a comenzar una verdadera era de paz bajo el signo constitucional en España? Tal es, por lo menos, la apariencia. Las consecuencias de estos hechos repercuten en Hispanoamérica de forma decisiva. Fernando VII tenía el proyecto de enviar a las colonias en revuelta nada menos que un ejército de diez mil hombres bien pertrechados

con buenas armas y poderoso municionamiento. Estos hombres habrían significado para América largos años de guerras, miseria, y un aplazamiento indefinido de la independencia. Pero la nueva orientación anula ese proyecto. Bolívar se informa de tan magna noticia y escribe regocijado en extremo:

«Las noticias de España no pueden ser mejores. Ellas han decidido nuestra suerte, porque ya está decidido que no vengán más tropas a América, con lo cual se inclina la contienda a nuestro favor. Además, debemos esperar otro buen resultado favorable. Convenida España de no poder mandar refuerzos contra nosotros, se convencerá igualmente de no poder triunfar, y entonces tratará de hacer la paz con nosotros para no sufrir inútilmente.»

Pero volvamos a Bogotá y veamos qué hizo Bolívar después de ocupar esta ciudad. Permaneció aquí algún tiempo, dedicado a la organización y estructuración del Gobierno patriota, porque de nada sirven los triunfos militares si la retaguardia, el pueblo en general, no posee una administración eficaz y justa. Las noticias que le llegaban, mientras tanto, de Angostura son turbadoras. El mezquino afán de gloria de sus cabecillas les había llevado a desentenderse del movimiento nacional y casi a renegar del Libertador. En la isla de Margarita, el jefe militar,

Arismendi, se sustrajo a la obediencia del general Urdaneta, con lo que éste le detuvo y le hizo conducir y encarcelar. Arismendi era no obstante un hombre hábil: no sólo logró salir de la cárcel sino que se hizo nombrar vicepresidente. Bolívar decide partir para poner orden, pero antes envía al Congreso un informe concebido en estos términos:

«Todas las naciones del mundo debieran afanarse por establecer una balanza entre ellas mismas y Europa, a fin de destruir la preponderancia de esta última.

»Nada podrá obtenerse si no es mediante la unión de toda Sudamérica en un cuerpo de nación, de forma que un solo gobierno pueda emplear sus grandes recursos en un solo objeto: el de resistir todas las agresiones exteriores, en tanto una creciente cooperación mutua en el interior nos asegure el apogeo del poder y la prosperidad.

»Europa busca la balanza continental del poder donde menos la puede encontrar, es decir, en la guerra y los disturbios. Otra balanza hay que nos interesa a nosotros: la balanza del universo.»

El Congreso otorga a Bolívar los poderes máximos. Entonces lo convoca y dice:

—Yo os he dado la libertad, pero esta libertad la debéis mantener vosotros. Mi espada sirve para abatir al

enemigo, pero no para escribir leyes, y sólo sobre la ley puede florecer la libertad. Las leyes no han de ser el producto de un solo hombre, sino que han de expresar la voluntad y la convivencia de todo un pueblo. Mi mando es sólo provisional, como provisional es la guerra. Cuando yo sea un simple ciudadano libre, mi misión y mi sueño se habrán cumplido.

Los hombres del Congreso se dan cuenta de la cordura y profundidad del mensaje de Bolívar, y así sus palabras son escuchadas con suma atención.

Seguidamente Bolívar se encamina hacia la ciudad de Angostura. Sabe que aun cuando el poder español no recibirá refuerzos, y ya se halla en franco declive, goza todavía de vasto poder: es dueño de casi toda Venezuela y del sur de Nueva Granada. Por lo tanto, no ha terminado la guerra. Habrá que continuarla hasta obtener la total liberación de estos pueblos; pero de momento es más urgente poner orden y disciplinar las fuerzas propias. Y con ese fin parte para Angostura.

Es curioso que en cuanto el Libertador llega en diciembre de 1819 a esta ciudad venezolana todos los que osaron erigirse en cabecillas y desobedecerle empiezan a temblar y renuncian a sus cargos. ¿Debía Bolívar vengarse des-

piadadamente de la insubordinación? Actuó con diplomacia.

Teniendo en su apoyo la opinión popular, que le aclamaba como el héroe y el genio de la libertad de Nueva Granada, su actuación gozaba de una autoridad inmensa. Cuando Bolívar cruzaba por las calles era vitoreado, abrazado y adornado con flores. Se le aclamaba sin cesar:

—¡Viva el Libertador Bolívar!

Bolívar respondía con afecto a estas demostraciones, y les prometía que pronto Venezuela entera recobraría la independencia total.

Arismendi se apresuró a abandonar el cargo de vicepresidente, que antes se hizo otorgar. Por su parte, el Congreso de Angostura mandó aprobar todos los proyectos que el Libertador les expuso.

Pero estas rectificaciones de unos y otros no contentan a Bolívar. Se da cuenta de que mientras se halla presente es respetado a su alrededor el orden y la ley. Cuando el quehacer independista le aparta, brotan los individualismos mezquinos con afán de gloria personal o beneficios materiales. ¡Siempre este egoísmo pertinaz! ¿Cuándo obtendría el país una cierta madurez que le permitiese una existencia ordenada? Es menester difundir los frutos de la cultura, suscitar un sagrado respeto por la ley y hacer que las ins-

tituciones democráticas lleguen a funcionar pacíficamente, sin caciquismos. Bolívar comprende que la tan suspirada madurez no se logra con unos pocos lustros, sino que es una labor lenta cuyo principio está en las escuelas de primera enseñanza. Así su lema será: Amor a la cultura, respeto a la ley.

Otra preocupación suya es que los países por él liberados, Venezuela, Nueva Granada y el Ecuador, no resbalen por la pendiente de falsos patriotismos y se separen unos de otros formando entre sí naciones independientes. Su ideal es la unión política de toda América, o de Sudamérica al menos; pero viendo que el continente no está aún maduro para semejante fusión, se esfuerza por conjurar el peligro separatista. Puesto que la unión hace la fuerza —y en este caso se trata de la unión de tres países con la misma lengua, raza, historia y cultura— trata de hacer comprender a los elementos de las tres partes que si se fragmentan mermarán considerablemente su poder conjunto. Unidos y fuertes no serán presa fácil de los imperialismos europeos ni de la voracidad yanqui. Separados y a merced de una lucha intestina, cualquier nación extranjera estará en condiciones de absorberlos por partes o ejercer sobre ellos una influencia nefasta. Estas verdades tan sencillas y elementales no son admitidas por los repre-

sentantes de las tres naciones: un furor ultraindependista los arroja a una loca carrera de separación. Este rasgo separatista es, por otra parte, una característica muy acusada de los pueblos hispanoamericanos, heredada de la Madre Patria y fruto del individualismo insensato de la raza íbera.

Casi enfurecido por la miopía de sus compatriotas, convoca el Congreso en Angostura y expone sus planes de unificación. Es el 14 de diciembre de 1819. El local está llenísimo, repleto de murmullos y dominado por el nerviosismo. Cuando Bolívar se levanta y contempla a los congresistas se produce un silencio absoluto. Explica su idea y termina diciendo:

—El plan en sí mismo es grande y magnífico; pero además de su utilidad deseo verlo realizado, porque nos da la oportunidad de remediar en parte la injusticia que se ha hecho a un hombre grande, a quien de este modo erigiremos un monumento que justifique nuestra gratitud. Llamando *Colombia* a nuestra República y denominando la capital *Las Casas* probaremos al mundo que no sólo tenemos derecho a ser libres, sino a ser considerados lo bastante justos para saber honrar a los amigos y a los bienhechores de la humanidad. Colón y Las Casas pertenecen a América: honrémonos perpetuando sus glorias.

La Asamblea estudió las proposiciones del Libertador y, reunida tres días después, decidió:

«Las Repúblicas de Venezuela y Nueva Granada quedan desde este día reunidas en una sola, bajo el título glorioso de *República de Colombia*. Su territorio será el que comprendían la antigua capitanía general de Venezuela y el Virreinato del Nuevo Reino de Granada, abrazando una extensión de ciento quince mil leguas cuadradas, cuyos términos precisos se fijarán en mejores circunstancias. La República de Colombia se dividirá en tres grandes departamentos: Venezuela, Quito y Cundinamarca... Las capitales de estos departamentos serán las ciudades de Caracas, Quito y Bogotá, quitada la adición de Santa Fe. Una nueva ciudad, que llevará el nombre del Libertador Bolívar, será la capital de la República de Colombia. El Congreso general de Colombia se reunirá el 1 de enero de 1821 en la villa del Rosario de Cúcuta.»

Anteriormente Bolívar había declarado a los asambleístas: «Decretad la unión política de los Estados y habréis satisfecho mi más ardiente deseo y recompensado ampliamente al Ejército por sus servicios.» Para el cargo de vicepresidente de Venezuela fue nombrado el doctor Juan Germán Roscio, para el de Cundinamarca el general Francisco de Paula Santander, y el Li-

bertador fue elegido presidente de Colombia. El Congreso creó además otro orden muy singular:

—Don Simón Bolívar queda obligado a anteponer a cualquiera de sus títulos el de *Libertador*.

Este es, en efecto, el título que más satisface en lo íntimo a Bolívar, y cuando oye esta determinación del Congreso lo agradece con una sonrisa emocionada.

Ya en su casa, toma la pluma y escribe al vicepresidente Santander unas palabras que le acreditarán como un militar que antepone el bien del pueblo y el respeto a las normas democráticas a su afán de mando. Entre otras cosas dice:

*«El primer día de paz será el último de mi mando: nada hará cambiar esta determinación.»*

Él, que ha sido elegido presidente, rehusará el cargo en cuanto el país se vea libre del poder extranjero. No quiere eternizarse en el mando. Sólo quiere servir a la patria. Es imposible hallar en toda la historia universal un caso semejante de generosidad y visión política. Porque él sabe bien que cuantos prolongan su estancia en el poder son odiados. Sabe que el poder corrompe a los hombres, aun cuando sean geniales, y por tanto no quiere caer en esa tentación que no supieron soportar Ju-

lio César ni Napoleón. Este hecho es el que ha suministrado a la figura egregia de Simón Bolívar el *Libertador* una gloria eterna y un brillo muy superior al de los más grandes políticos y militares. Y por eso también el nombre de Bolívar es y será guardado en todos los corazones como un símbolo del genio abnegado, pese a sus innegables flaquezas y limitaciones humanas.

Hacia el mes de marzo de 1820, el general Morillo tuvo noticia de los sucesos liberales acaecidos en la metrópoli. Él mismo era liberal moderado y acogió la noticia con prudencia, es cierto, mas también con una no disimulada simpatía. El Gobierno español le dio instrucciones para hacer jurar en Caracas la Constitución hispana de 1812. Poco después recibió la orden de negociar con los patriotas, para lo cual creó en la capital caraqueña una especie de *Junta de Pacificación*. A las invitaciones de Morillo el Libertador se mostró inflexible:

—No negociaremos sin previo reconocimiento de la independencia —manifestó.

Harto comprendía Morillo que las cosas habían ido demasiado lejos. El sector patriota se había desangrado en tantos años de lucha, y tal hecho en lugar de resquebrajar su propósito in-

dependista lo había estimulado en lo más íntimo. De donde se demostraba que la sangre española, derramada con tanta abundancia como inconsciencia, era no sólo estéril sino contraproducente. Ahora en el cuerpo manchado de sangre de Venezuela se levantaba un gigante que sería enemigo de España por largo tiempo, y que sin duda sobreviviría al de las hostilidades armadas. De esa lucha entre hermanos habían nacido unos mártires que tanto Venezuela como el resto de América enarbolaban como bandera emancipadora contra Europa. Muchos años atrás el conde de Aranda, anticipándose a la sabia acción británica con sus colonias, aconsejó al entonces rey Carlos IV la creación de estados americanos autónomos, sin más vínculo con la metrópoli que la entronización de príncipes españoles en las respectivas naciones. De tal forma se aseguraba, en lo futuro, una hermandad que respetando recíprocamente su soberanía favorecía el incremento de unas relaciones nobles en todos los aspectos: cultura, racial, económico, político. Pero esta medida era demasiado inteligente y hábil para ser comprendida por Carlos IV, quien la rechazó, lo mismo que Fernando VII. Resultado: la ceguera de los gobernantes se tradujo en una hemorragia abierta en la carne inocente del pueblo español. Pues éste, digámoslo muy alto,

haciendo honor a su probada hidalguía y buenos sentimientos, detestaba el envío de soldados para las guerras sudamericanas. El pueblo español deseaba la libertad de las colonias, y los únicos responsables de tal carnicería fueron los monarcas. Pero el pueblo americano en general, y en particular el venezolano, ¿ha comprendido esta realidad?

El general Morillo propuso a Bolívar un armisticio de un mes para tratar con más calma las proposiciones.

—Le proponemos —dijo el general español— el grado de general dentro del ejército español.

—Son ustedes muy amables conmigo —replica Bolívar con aparente dulzura—. Pero yo sólo tengo un deseo: la independencia de Sudamérica. Y desde ahora sólo trataremos con España de igual a igual.

Morillo lo aguanta todo. Sabe que su ejército se ha constreñido fuertemente, y como que de España no recibirá más ayuda sería fatal iniciar una nueva contienda.

Los patriotas, entretanto, consideran la situación fríamente.

—Éste es el principio de nuestra definitiva victoria. Lleguemos o no lleguemos a un acuerdo con Morillo —declara Bolívar—, las conversaciones significarán el reconocimiento público de nuestra existencia. A partir de ahora

las victorias diplomáticas importarán tanto como las que nos proporcione la fuerza de las armas.

A lo que un consejero suyo replica:

—No creo que España conceda gran cosa. Esta proposición es una simple añagaza para ganar tiempo. El motín de Riego ha dejado al ejército de Morillo en mala situación. Puesto que ahora sabemos que no puede recibir ayuda, ¿no sería mejor atacar?

—La situación de nuestro ejército tampoco nos permite lanzarnos a una nueva campaña. Es preciso reorganizarse. El tiempo favorecerá más a nosotros que a Morillo. Es una magnífica ocasión para parlamentar. No se trata de paz ni de capitulación, sino de un armisticio, algo así como una fiesta para anunciar al mundo entero nuestro nacimiento como nación.

En consecuencia, la carta que Bolívar envía al general español está concebida en estos términos:

«El armisticio solicitado por V. E. no puede ser concedido en su totalidad sino cuando se conozca la naturaleza de la negociación de que vienen encargados los señores Toro y Linares.» Pero al día siguiente le escribe a Santander que él prefería una negativa total «si no hay oferta de independencia. Para vencer a los españoles es preciso ser de acero... Deseando el enemigo el armisticio, debemos nosotros alejarlo,

porque es cierto que nuestros intereses son opuestos.» El día 23 de septiembre de 1820 le dice por carta a La Torre:

«Bendigo este momento de calma en que ya nos vemos como hombres y no nos consideramos como fieras consagradas, en esta detestable arena, a un mutuo exterminio.»

Mientras duran las parlamentaciones, Bolívar no pierde de vista una necesidad fundamental: reforzar su poderío militar, consolidando el territorio conquistado.

Para ello envía emisarios a Cartagena a fin de comprar, si es preciso, a sus defensores con grandes sumas de dinero o con distinciones dentro del ejército patriota. Morillo no advierte esas medidas tan poco leales en unos momentos en que se habla de armisticio.

«Para facilitar y abreviar nuestras recíprocas comunicaciones —escribe Bolívar a Morillo— yo estableceré mi cuartel general en San Fernando de Apure para fines del próximo mes de octubre.» La realidad es que sus intenciones eran diametralmente opuestas. O'Leary aclara que uno de los motivos del Libertador al redactar esta misiva era esconder sus movimientos de tropas. El 24 de septiembre de 1820 le escribe a Santander:

«El objetivo que he seguido es lla-

marle la atención por San Fernando, mientras obran las tropas por occidente. Dígale usted a Valdés que esté pronto a marchar a la primera orden que se le dé, porque mi intención es mandarlo ir a Quito, en el acto que conciba la idea de un armisticio o de paz efectiva, a fin de ganar terreno mientras que llega la orden de suspensión de las hostilidades, debiendo llevar esta orden un oficial español que irá muy lentamente, a efecto de las medidas que para el caso tomaremos. Si vamos triunfando, se le retardará la marcha; si somos batidos lo haremos volar.»

Pero Morillo estuvo poco tiempo ignorante de las maquinaciones de su ilustre enemigo y tomó en seguida sus precauciones. Por fin los representantes de los dos bandos firmaron un armisticio por seis meses en Trujillo. La firma lleva la fecha 25 de noviembre de 1820. Al día siguiente firmaron otro documento por el que se comprometían en lo futuro, cuando se reanudasen las operaciones guerreras, a comportarse los dos bandos como miembros de naciones civilizadas. De esta forma se pondrían fin a los fusilamientos de prisioneros que hasta entonces llevaban a cabo, con igual crueldad, realistas y republicanos.

La firma del armisticio y la del tratado de regularización de la guerra

fue seguida de una interesantísima entrevista celebrada entre las dos más eminentes personalidades: Bolívar y Morillo. Ésta tuvo lugar en el pueblo de Santa Ana. Los dos colosos de la guerra, enemigos irreductibles, y dotados ambos de singular talento militar y político, van a medir sus fuerzas cara a cara. ¿Qué recibimiento se dispensaron mutuamente y de qué hablaron? ¿Se mostraron agresivos o conciliadores? ¿Logró el uno encerrar en sus redes diplomáticas al otro? El general O'Leary fue testigo de esa entrevista, y sintiendo él mismo viva curiosidad por el choque de los dos zorros escribió con meticulosidad todo lo concerniente a la espectacular entrevista:

«El general Morillo —dice— manifestó vivos deseos de conocer personalmente a Bolívar y solicitó una entrevista por medio de sus comisionados, a la que de buen grado se accedió. Escogióse para celebrarla la miserable aldea de Santa Ana, por hallarse a igual distancia de ambos campamentos. En la madrugada del 27 de noviembre se presentó el general Morillo en el lugar señalado, con una escolta compuesta de un escuadrón de húsares y acompañado por unos cincuenta oficiales de rango, entre los cuales se hallaba el general La Torre. A poco rato llegué yo, a anunciarle al general Morillo que el Libertador estaba en camino y no

tardaría en llegar. El general me preguntó qué escolta traía el jefe de la República; le contesté que sólo venían en su séquito diez o doce oficiales y los comisionados realistas y que no traía escolta.

»—Bien —dijo Morillo—, muy pequeña creía yo mi guardia para aventurarme hasta aquí, pero mi antiguo enemigo me ha vencido en generosidad. Voy a dar órdenes a los húsares para que se retiren.

»Así lo hizo inmediatamente. Me preguntó luego quiénes eran los oficiales españoles particularmente odiosos al presidente, y habiendo satisfecho yo la pregunta observó que ninguno de ellos estaba presente. Poco después se divisó la comitiva del Libertador en la colina que domina el pueblo de Santa Ana. Morillo, La Torre y los principales oficiales se adelantaron a encontrarle. El general español iba de riguroso uniforme, llevando las órdenes militares y demás insignias recibidas del soberano por sus servicios. Al aproximarse las dos comitivas, quiso Morillo saber cuál era Bolívar. Al señalarlo exclamó:

»—¿Cómo? ¿Aquel hombre pequeño de levita azul con gorra de campaña y montado en una mula...?

»No bien había acabado de hablar cuando el hombre pequeño estaba a su lado, y al reconocerse los dos gene-



ZUIE STAR



rales, echaron ambos en el acto pie a tierra y se dieron un estrecho y cordial abrazo. Después de este saludo se dirigieron a la mejor casa del pueblo, donde el general Morillo había hecho preparar un sencillo banquete en honor de su ilustre huésped. En el curso del día y durante la comida se habló alegremente sobre los sucesos de la guerra. Sentimientos de noble generosidad fueron el tema de las conversaciones de aquel día que vino a ser tan memorable en los anales de Colombia. Los principales personajes dieron ejemplo de mutua tolerancia; Bolívar parecía perdonar la equivocada fidelidad que había privado a la patria de tantos de sus más distinguidos hijos; y Morillo, con igual tacto, respetó la política rigurosa adoptada por su rival para asegurar la independencia de Colombia.

»Cada cual admiró la constancia de su adversario en vencer los obstáculos que se le opusieron, pues parecía que los hombres y la naturaleza se hubiesen esforzado en contrariar sus desig-nios. De ambos lados se concibieron esperanzas de que ningún incidente desgraciado les obligaría a renovar las hostilidades. Bolívar quiso que en caso de duda sobre algún punto del tratado se sometiera y decidiera por un arbitramiento de comisionados nombrado al efecto, y por su parte dijo que esco-

gía desde luego al general Correa, español de nacimiento, hombre de honor y justiciero.

»El general Morillo propuso la erección de un monumento en el sitio en que había abrazado a su rival, para recordar a las generaciones futuras la sinceridad con que los beligerantes, representados por sus jefes respectivos en el primer momento de calma, habían relegado al olvido sus rencores personales y la nacional antipatía. Esta idea generosa fue acogida por Bolívar con placer, e inmediatamente pusieron manos a la obra los oficiales patriotas y realistas allí presentes, y, uniendo sus esfuerzos, arrastraron una gran piedra cuadrada hasta el sitio indicado para que sirviera de base a la columna propuesta. Sobre esta piedra, los jefes que por tan largos años habían combatido como adversarios con tanta saña renovaron sus ardientes votos de concordia y humanidad. La noche puso fin a los regocijos del día, pero no separó a los generales rivales. Bajo un mismo techo y en un mismo cuarto durmieron profundamente Bolívar y Morillo, desquitándose tal vez de las muchas malas noches que mutuamente se habían dado.

»Al día siguiente, Morillo acompañó al Libertador hasta el sitio mismo en que se habían encontrado por primera vez como amigos. Allí se despi-

dieron y separaron para siempre. Todavía existe, en memoria de esta interesante entrevista, la tosca piedra que ellos y sus oficiales colocaron en aquel lugar.»

¿Cuál ha sido el resultado de la entrevista? Uno por lo menos para Bolívar: el reconocimiento de Colombia a la independencia, amén del hecho palpable de que se trataba con España de igual a igual. Pero la verdad es que se había logrado —en beneficio de los dos contendientes— otro beneficio: la humanización de la guerra, eliminando toda matanza inútil como el fusilamiento de prisioneros, las represalias con los civiles, las venganzas, los saqueos, las ejecuciones en masa, el terror. Todo eso habrá pasado a la historia, como la amarga pesadilla de una noche de verano, en virtud del abrazo de Santa Ana.

Tanto gozo le produjo a Bolívar la entrevista que le escribió una carta muy cordial al propio Fernando VII, a la par que enviaba una comisión a la metrópoli.

A pesar de la cordialidad y las dulces palabras intercambiadas entre Bolívar y Morillo, éste se persuade de la creciente fuerza de su adversario, y no se hace ilusiones: sabe que la idea independista ha arraigado profundamen-

te en el suelo americano. Tarde o temprano los patriotas acabarán por arrojar la presencia imperialista del extranjero. No es difícil adivinar los pensamientos del general español.

—Mi prestigio y mi fama de gran estratega y de político con fino olfato —debió de pensar— han llegado al límite. A partir de ahora será difícil sobrepasarlos. Me sería posible vencer a muchos millares de regimientos, pero es imposible derrotar a todo un pueblo en masa. La ayuda de España se ha suspendido y a buen seguro que en lo sucesivo no llegará aquí más ejército español, y si viene será en volumen muy menguado. El pueblo español está harto de enviar a sus hijos al matadero americano; los liberales, hoy triunfantes, reniegan de esa matanza. ¿Cómo, pues, podrá sostenerse el ejército realista sin el apoyo de ultramar? Por otro lado, el mundo entero reverencia con gozo el genio de Bolívar y se inclina por admitir la independencia de estos países. Los Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña le hacen ya guiños a Bolívar y están anhelantes de estrecharle la mano y contarle entre sus amigos. Ese anhelo secreto será pronto llevado a sus últimas consecuencias, es decir, será manifestado con ostentación a causa de las presiones del capitalismo: Bolívar abre las puertas de un mercado fabuloso, y este bocado es

demasiado sabroso para que unos y otros no se apresuren a reconocer todas las independencias que se quiera.

El paso de Morillo, como el de toda su carrera, es hábil. Saber retirarse a tiempo es tan meritorio como la más acertada audacia. El crepúsculo del Imperio español cogerá a Morillo en Madrid, gozando de sus laureles, y no en las selvas sudamericanas, acechado día y noche por afiladas bayonetas... El general La Torre sucedió a Morillo, quien embarcó para España el 14 de diciembre de 1820.

«Celebro mucho, querido general —le dijo Bolívar a La Torre—, verle al frente de mis enemigos. Se ha acreditado ya usted de enemigo noble; sea usted también amigo fidelísimo.»

Y al rey español le escribe:

«Es nuestra ambición ofrecer a los españoles una segunda patria, pero erguida, no abrumada de cadenas.»

Mientras tanto ocurrieron en el sur del continente algunos sucesos que conviene tener en cuenta. A partir del momento en que se produjo la declaración de independencia de las Provincias Unidas, en 1816, hasta el 1819, el general San Martín fue protegido por Pueyrredón, mas en ningún momento ejerció otro cargo que el de gobernador de Mendoza. De esta forma el general argentino preparaba las fuerzas de la cordillera andina. Pero merced al

apoyo generoso que recibió de Pueyrredón, atravesó el paso de los Andes —proeza considerable— y logró derrotar a los realistas situados en Chacabuco, lo que le permitió su siguiente victoria —no menos importante— en la ciudad de Maipú. Mas entonces Pueyrredón cometió algunos errores de tipo político, y se vio despojado de su cargo, derivándose de ello el abandono en que después se encontró San Martín. En consecuencia éste se ofreció con sus fuerzas al Gobierno chileno, fundado en 1817 y en gran parte gracias a su esfuerzo. ¿Qué hizo entonces el general San Martín? Tomó la más noble decisión: libertar la nación peruana del poder realista, lo que realizó con bandera de este país. Una vez en el Perú, San Martín, que nunca había ostentado cargos de tipo político, se vio en la necesidad de asumir él personalmente la dirección política, nombrándose Protector. La liberación del Perú, en agosto de 1820, coincidió con la etapa liberal emprendida por España.

Para reorganizarse y prepararse para el futuro, San Martín llegó a un arreglo con el virrey Pezuela en septiembre, pero al mes siguiente, ofreciéndosele favorable la coyuntura, rompió el compromiso y reanudó la guerra. Pezuela fue destituido por las autoridades liberales de España en

enero de 1821, las cuales nombraron como virrey a La Serna. San Martín concibió serias esperanzas con el nuevo virrey, y pensó que siendo liberal podría entenderse mejor. Por tanto, volvió a ofrecer un armisticio para negociar. De esta forma, cuando Bolívar firmaba un armisticio San Martín guerreaba, y viceversa. Pero ambos libertadores —los más famosos e importantes de Iberoamérica— extendían el área de su influencia y arrollaban cada día más la potencia hispana.

El proyecto inicial de Bolívar consistía en respetar el acuerdo de armisticio firmado con el general Morillo. Pero he aquí que surgió, como siempre ocurre en la vida, algo imprevisto: los patriotas de la ciudad venezolana de Maracaibo se alzaron contra las autoridades realistas. Aun cuando Bolívar no tenía responsabilidad en este acto —que se produjo, como dijimos, sin tener conocimiento del mismo—, el general La Torre, sucesor de Morillo, reprochó duramente al Libertador de haber faltado a su palabra. ¿Cómo hacerle comprender a La Torre su equivocación? Bolívar escribió a su adversario explicándole que los sucesos de Maracaibo eran ajenos y desvinculados de su movimiento patriota. Pero La Torre no aceptó las excusas.

Irritado por haber sido puesta en duda su palabra de honor, Bolívar escribió a La Torre expresándole que «sentía anunciarle que había llegado el caso del artículo doce del Tratado de Trujillo (es decir, el armisticio firmado con Morillo), y que en consecuencia se rompían las hostilidades a los cuarenta días de esta fecha.»

Es cierto que Bolívar no había provocado la situación rebelde de Maracaibo, pero puesto que existía ¿por qué desaprovecharla? Hubiera sido una locura no acudir en ayuda de los valientes patriotas sublevados, y ocupar tan estratégica plaza que facilitaría en gran manera las líneas republicanas. «¿No pretenderá V. E. que esperemos la muerte —le dijo Bolívar con cierta burla al general español— sobre nuestros fusiles, por no hacer uso de ellos?»

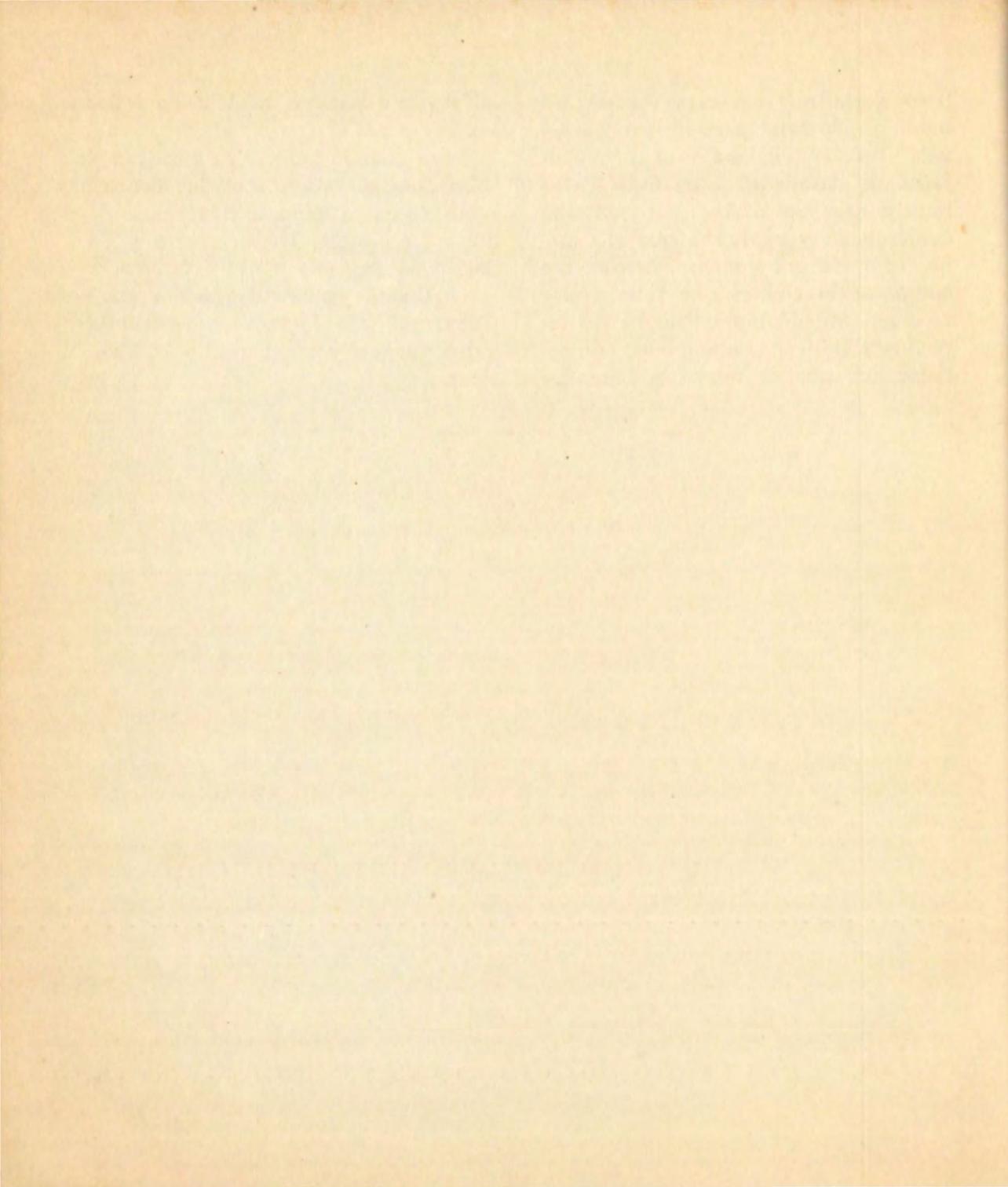
Así, mientras Bolívar se aprestaba a luchar al lado de los patriotas de Maracaibo, Páez se organizaba para ocupar Caracas. La liberación de Venezuela estaba ya cerca, muy cerca... Sólo era menester actuar con cautela y paciencia y, en definitiva, resistir *un poco* más que el enemigo. En el campo insurgente no faltaban hombres que se desalentaban, lo que es muy humano, ante una lucha tan larga y sangrienta,

pero desfallecer en estos momentos hubiera sido fatal para la historia del país. Bolívar vigilaba esos pequeños focos de desaliento y en estos casos multiplicaba la acción: pronunciaba conferencias y explicaba que el camino recorrido era inmenso, heroico, en comparación con el que faltaba por recorrer. Su palabra inflamaba los espíritus y Bolívar contemplaba, con satisfacción, que de nuevo la llama de

la fe y la esperanza brillaba en todos los corazones.

Pero cuando Bolívar se quedaba a solas consigo mismo, por las noches, tumbado en su hamaca, una mueca de dolor se pintaba en su rostro y se decía con angustia:

—¿Cuándo habrá verdadera paz? ¡Dios mío! ¿Se logrará en verdad la independencia y la libertad y el bienestar?



## MANUELITA SÁENZ



EL AÑO 1821 RESERVA GRANDES SORPRESAS para la América independista. Tras la terminación del armisticio, las fuerzas patriotas se dirigieron hacia la muy preciada capital caraqueña, dispuestas a una lucha desesperada. Pero no hubo tal lucha: la guarnición realista se dio a la fuga, refugiándose en Puerto Cabello. ¡Espléndida victoria! ¡De nuevo estaba Caracas en poder de los republicanos! Pero el general La Torre no estaba dispuesto, como es natural, a resignarse a su derrota total. Dejando en Araure 1700 soldados para controlar la acción de Bolívar, La Torre se marchó con 2800 hombres a la plaza de San Carlos, organizando a ésta para el caso de retirada forzosa. Sus ánimos estaban quebrantados; Bolívar lo sabía.

El Libertador fue informado de los

movimientos realistas, y concentró a la totalidad de sus fuerzas en San Carlos, población que tomó sin dificultad, pues los españoles se retiraron con La Torre al frente.

Bolívar deseaba enfrentarse con el grueso del ejército realista, al que iba persiguiendo, y ahora sabía que éste se hallaba no lejos de allí: en Carabobo. Pero atacarle ahora sin nuevos refuerzos habría sido un plan suicida. La Torre era todavía muy fuerte y contaba con una ingente cantidad de municiones, excelente armamento y sobre todo muchos soldados. Por tanto Bolívar se decidió a esperar nuevas fuerzas; Páez estaba en camino y debía unírsele con sus llaneros, tan eficaces en el campo de batalla. Aguardó algunos días, que aprovechó para organizar sus tropas y preparar los planes de ataque.

La fortuna parecía seguir la sombra del Libertador, pues a poco llegaron Páez y sus hombres.

—¡Mi general! —gritó Páez al ver a Bolívar—. Aquí estamos otra vez para dar el golpe definitivo a los enemigos.

Al Libertador le agradaba el optimismo combativo del llanero, aunque no siempre se fiaba de sus actos.

—¿El definitivo, dice usted? Ojalá lo sea...

—¿Cómo no va a serlo? ¡Esta vez los aplastamos!

Algunos días más tarde se les unieron nuevas y numerosas fuerzas, las del general Urdaneta, que llegaban eufóricas por sus victorias recientes.

—¡Ha caído en nuestro poder —exclamó Urdaneta ante Bolívar y Páez— nada menos que Coro y Barquisimeto!

—¡Bravo, Urdaneta! —gritó Páez riendo y haciendo grandes ademanes de satisfacción.

—Dios quiera —repuso Bolívar— que podamos decir lo mismo de Carabobo dentro de poco. Pero esta batalla será más difícil... Los españoles tienen allí concentrado un ejército enorme, que cubre toda la llanura. Tengo informes de que están situados con sabia estrategia. De todos modos, no creo que sean invencibles. He trazado meticulosamente un plan de batalla y quisiera mostrarlo a ustedes. ¿Quieren pasar a mi tienda?

Bolívar les explica ante un enjambre de mapas y dibujos el plan que tan cuidadosamente ha concebido en los días de espera anteriores a su llegada. Los dos generales le escuchan y asienten sin ocultar su admiración. Cuando Bolívar concluye la exposición, le dan su parecer.

—¡Formidable! —exclama Páez.

—Teóricamente no puede fallar —dice Urdaneta.

—La realidad lo dirá —replica el creador del plan.

He aquí en qué consistía el plan: como que entre las fuerzas realistas, atrincheradas en Carabobo, y las atacantes patriotas mediaba un gigantesco valle, no era posible atacar de frente —salvo con pérdidas fabulosas y un éxito muy remoto— a La Torre. Luego, era menester hallar un flanco vulnerable. ¿Y si hubiese un sendero que se deslizase por entre colinas, oculto a la vista? Bolívar se informó y halló el apetecido sendero, muy pequeño y de difícil acceso, siendo imprescindible avanzar de uno en uno. Por consiguiente, la caballería daría aquel rodeo, y el resto de las tropas se encargaría de penetrar por el centro. De esta forma el ejército español se vería aprisionado por dos fuegos: uno a sus espaldas, completamente imprevisto, y otro de frente. El factor sorpresa los desconcertaría e

impediría quizás que reaccionasen con éxito.

—Ahora debemos organizar nuestras fuerzas y mañana atacaremos —dijo Bolívar—. Si todo sale a pedir de boca, con esta batalla daremos fin al dominio realista en Venezuela.

La organización del ataque fue rápida y concienzuda. Cada núcleo recibió instrucciones precisas. Se estudiaron y se previeron todos los resortes: aprovisionamiento de material, víveres, agua.

Al día siguiente, muy temprano, comenzaron los preparativos. Al frente los llaneros, montados todos con excelentes caballos y provistos de abundante munición, se adentraron por el senderillo, por el que alcanzaron una cumbre situada justamente en la retaguardia de las tropas realistas, y desde allí abrieron contra éstas un fuego macizo. Tal como había previsto Bolívar, la sorpresa fue tan tremenda que La Torre apenas supo reaccionar. Precipitadamente colocaron algunas baterías frente a los patriotas y dispararon con furia. Páez quiso entonces atacar al descubierto, grave error, que habría originado importantes pérdidas a su fuerza a no ser por la intervención del coronel inglés Farrier, que mandaba la Legión Extranjera. Ésta abrió un fuego tan endemoniado contra las baterías españolas que atrajo sobre ella la

atención. Páez rectificó su plan de ataque, lo que le salvó sin duda, y se dispusieron a un avance sigiloso, por entre los árboles, cayendo casi encima del grueso del ejército español en el preciso momento en que Bolívar avanzaba con todas sus tropas por el centro. La decisión intrépida de Farrier ahorró a Páez una cifra inmensa de bajas, pero pagó la osadía con su propia vida.

Viéndose atacado por dos frentes, La Torre se encontró ante un ejército que no acertaba a obedecerle: los soldados (en gran parte venezolanos) le huían al bando patriota, los oficiales escapaban despavoridos, y él mismo se vio obligado a refugiarse corriendo en Puerto Cabello. Las fuerzas de los republicanos apretaron el cerco y al fin la victoria se consumó totalmente, con gran botín de municiones y armas, y un ejército mucho más numeroso que al principio de la batalla.

—¡Éxito! ¡Éxito! —gritaban eufóricos los soldados.

Los jefes y generales patriotas corrieron a felicitar a Bolívar por el plan y a informarle del éxito en sus sectores.

—Ha sido la operación más genial que he visto en vida —declaró Urdaneta—. ¡Le felicito!

—¡Venezuela es libre! —dijo Páez, y luego cambiando de tono añadió—: Pero si yo y gran parte de mis hombres

vivimos es gracias al coronel Farrier.

—En una hora, pues todo ese tiempo ha durado la batalla, hemos destruido el grueso del poder realista. ¡En una hora! —dijo Urdaneta.

Bolívar sonreía. Este histórico día era el 24 de junio de 1821.

—No obstante —dijo con moderación—, la lucha no ha concluido todavía. Nuestro pueblo habrá de sufrir mucho antes de conseguir la verdadera y total liberación.

La seriedad con que Bolívar pronunció estas palabras hacía presumir que se refería no sólo a la liberación del poder extranjero, sino mayormente a la liberación —la única auténtica— de las propias pasiones, de la ignorancia, del afán de mando. Es evidente que por aquel entonces la madurez política o cultural del país se hallaba muy por debajo de lo deseable. La guerra era para infinidad de individuos audaces un medio de obtener un botín, un gran renombre y sobre todo el pretexto para encumbrarse en el poder. El desinterés y amor a la patria estaban, en gran número de luchadores, en segundo término. En cierto modo a Bolívar le asustaba más la paz que la propia contienda armada. «Cualquier pueblo es apto para vivir bajo el bastón de mando de un tirano —decía Bolívar—, pero estructurar la existencia de una sociedad a las normas de-

mocráticas y la autodisciplina, eso ya es harina de otro costal.»

—Así, pues —decía a sus colaboradores militares y políticos—, la tarea más urgente, ahora que el pueblo goza de libertad, es crear instituciones, un orden serio y estable, y difundir tenazmente los frutos de la cultura. Hemos de adiestrar al pueblo para una convivencia liberal y pacífica.

Es cierto que la victoria completa no había sido realizada, al menos en el territorio venezolano, pues los españoles dominaban aún el reducto de Puerto Cabello. Pero tal posesión no representaba otra cosa que un diminuto centro de resistencia, incapaz de derivar en una fuerza agresora. El pensamiento de Bolívar corría ahora más al sur del continente: Perú. El general San Martín, argentino, luchaba hacia el norte... La gloria de ambos corría paralela. Bolívar le escribió al argentino en este sentido:

«Mi primer pensamiento en el campo de Carabobo, cuando vi a mi patria libre, fue Vuestra Excelencia, el Perú y su ejército liberador... Suplico a V. E. que se digne acoger con indulgencia los testimonios sinceros de mi admiración que mi primer edecán, el coronel Ibarra, tendrá la honra de tributar a V. E. El será, además, el órgano de comunicaciones altamente interesantes a la libertad del Nuevo Mundo.»

Sin embargo, el Libertador ignoraba que San Martín se había extraviado en cierto modo por un camino sin retorno ni solución, cual era el acuerdo de Punchauca, consistente en buscar una regencia de tres miembros en espera de traer un príncipe europeo para el Perú. San Martín cometió la ligereza de proponer para el reinado a un hijo del monarca español.

«La entrevista pactada por el armisticio de Punchauca —dice Mitre— es el paso político más trascendental en la vida de San Martín, pues aunque no produjera ningún hecho inmediato, determinó un rumbo en su carrera de libertador que debía conducirle a un camino sin salida.» Y añade: «La América española estaba independizada de hecho y republicanizada de derecho. La independencia era cuestión de tiempo.»

Cuando Bolívar fue informado de semejantes propósitos, le hizo escribir a su edecán Ibarra, que iría en camino:

«...Ha sabido hoy el Libertador Presidente que entre S. E. el general San Martín y el general español La Serna se ha concluido un tratado de armisticio por dieciséis meses, ofreciendo proclamar y reconocer la independencia del Perú y constituir un Gobierno provisorio mientras se recibía la resolución definitiva de España, que debe, además, enviar un Infante de su casa reinante

para que ocupe el trono del Perú... Procure V. E. sondear y penetrar el ánimo de S. E. el general San Martín y aun persuadirle a que desista del proyecto de erigir un trono en el Perú...»

Afortunadamente el proyecto de Punchauca no podía prosperar, y al fin cayó en la nada. Cuando tal ocurrió Bolívar le escribió a Gual: «Se asegura —dijo— que Iturbide ha entrado en junio en México; San Martín debe de haber ocupado al mismo tiempo Lima; por consiguiente, a mí es al que me falta redondear Colombia antes de que se haga la paz para completar la emancipación del Nuevo Continente.»

A fin de ayudar a San Martín en su tarea libertadora, Bolívar envió al fiel Sucre con algunas fuerzas. La tarea había de comenzar con la liberación del puerto de mar Guayaquil, de suma importancia, pero los habitantes de esta población habían ya pedido ayuda a San Martín. ¿Qué hacer? ¿Dejar que la liberara San Martín, lo que reforzaba entretanto el poder español, o expulsar a los realistas y exponerse a la enemistad de los guayaquileños? «Guayaquil —dijo Bolívar— puede envolvernos en una de estas dos luchas: con el Perú si la forzamos a reconocer a Colombia, o con el sur de Colombia si la dejamos independiente.»

Si se seguían las líneas trazadas por la administración española, Guayaquil

caía dentro de la influencia colombiana, pero San Martín podría esgrimir una interpretación distinta, de la que se derivara un conflicto entre ellos. Para atajar en su raíz semejantes peligros, Bolívar no se cansaba de decir muy alto y de escribir a sus hermanos de los diversos Estados hispanoamericanos que su lema era la unión de todos los países de habla española en una sola nación. Mas esta idea, que hoy juzgamos tan grande como justa, no cabía en las mentes estrechas de aquellos tiempos. «Es menester que nuestra sociedad —decía Bolívar en cartas y periódicos— sea una sociedad de naciones hermanas.»

—Que el objetivo de nuestras luchas —manifestaba a sus lugartenientes— sea la *Unidad*.

Pero la más mezquina desconfianza crecía abundantemente a su alrededor, y no pocas veces le ganaba el desaliento. ¿Qué podía hacerse con un pueblo tan individualista y propenso a las suspicacias?

—Mi querido Simón —le decía a Bolívar una voz interior—, ¿no sería mejor que lo abandonarás todo a su suerte y que te largaras a vivir tu propia vida, en un rincón tranquilo y apacible de América, o quizá de Europa?

—No —respondía Bolívar, firmemente, a esa voz que muy a menudo adquiriría la seducción de las sirenas de

Ulises—. Debo cumplir con mi deber.

La campaña del sur se imponía como una necesidad imperiosa. Era menester liberar a Sudamérica del poder español, pues de otro modo podría éste renacer y con ello constituirse en seria amenaza de los países recién liberados. Por tanto se dedicó a organizar una poderosa expedición hacia el Perú, y mientras se hallaba entregado a tales tareas recibió dos noticias sensacionales: Washington había reconocido la República de Colombia, y los panameños, tras alzarse contra el poder hispano, habían declarado su independencia.

Alentado por estas noticias parte para Quito a principios del 1822. La lucha en esta zona resultaba harto difícil. Sucre había ya ocupado la ciudad de Guayaquil, antes que llegara San Martín, colocándola bajo la soberanía de Colombia. Las condiciones del terreno, selvático y erizado de plagas enfermizas, diezaban considerablemente el ejército de Bolívar y el de Sucre. En el mes de abril Bolívar sostuvo en el volcán de Pasto (Bomboná) una encarnizada lucha, y logró la victoria contra los españoles a costa de elevadas pérdidas. El día 22 del mismo mes de abril de 1822, Sucre alcanzaba una señalada victoria en Río Bamba y el 24 de mayo se apoderaba de Pinchincha. Pero los españoles, excelentes sol-

dados, oponían una resistencia terrible y sólo cedían, en heroicos combates, cuando la matanza inutilizaba por completo sus filas. Entretanto en España, que seguía con el alma en un hilo estas luchas, los liberales se horrorizaban ante la gigantesca matanza de sus hijos.

—Los pueblos americanos tienen pleno derecho a la independencia —clamaban las voces liberales de España—. Abandonemos América para los americanos y retiremos nuestras fuerzas de allí. ¡No más muertes! ¡Abajo el imperialismo!

—No —replicaban, testarudos, los absolutistas—: los derechos de España en América deben conservarse aun cuando sea a costa de los mayores sacrificios.

El pueblo español protestaba con indignación, es cierto, pero quien mandaba era Fernando VII, y éste buscaba el medio de ahogar en sangre a los rebeldes patriotas. Y no tardaría mucho tiempo en encontrar ese medio...

El jefe español de Quito —después capital del Ecuador—, el catalán Aymerich, se vio asediado por un alud de fuerzas al mando de Sucre, y al fin firmó una capitulación. Cuando después entró Bolívar en esta capital la multitud le acogió con un entusiasmo vibrante.

Aunque contento por las demostraciones de júbilo popular, Bolívar avanzaba por la ciudad con gesto cansado. De vez en cuando los quiteños hacíanle traspasar el umbral de arcos de triunfo improvisados, y en uno de ellos aconteció un lance que dejaría huellas en el Libertador. Entre el griterío y las aclamaciones del gentío sobresalía la fresca silueta de una muchacha, asomada a un balcón. Tenía ésta los ojos negros, brillantes de admiración por Bolívar, y un rostro hermoso como no lo viera Bolívar en mucho tiempo. Ambos se miraron unos instantes en silencio. De repente la criolla desliza una corona de laurel que se posa justamente sobre la cabeza del militar. Éste agradece el gesto con una inclinación galante y prosigue la marcha. Pero su corazón palpitaba frenético y apenas podía contener el deseo de volver el rostro hacia el balcón.

La criolla se llamaba Manuelita Sáenz y estaba casada, a pesar de contar sólo veinte años, con un médico inglés. Por intereses de familia, fue casada contra su voluntad a los dieciocho años y por tanto no había en su existencia conyugal la menor sombra de verdadero amor. Defraudada por el matrimonio buscaba una compensación o un deleite moral en la lectura. Le encantaban los clásicos griegos y romanos. De muy joven idolatraba a

Bolívar, en quien veía una fiel reproducción de aquellos grandes hombres —todo genio y altruismo— de la antigüedad clásica.

A Bolívar le resulta difícil resistir a la tentación del amor. El recuerdo de su pasión matrimonial es hartamente lejano y se centra en la época de adolescente. Tiene ya treinta y ocho años, no es ningún jovencito, pero tampoco un hombre viejo. «En todo caso —piensa—, el deber me reclama hacia otras actividades. Todo esto no puede ser más que un pasatiempo...» Pero el corazón no sabe atender las razones del cerebro, y así la imagen de la muchacha vuelve una y otra vez al recuerdo.

Aquella misma tarde en el palacio del gobernador se organiza, en homenaje a los libertadores patriotas, un baile al que acude la flor y nata de la sociedad quiteña. Bolívar y Sucre son aclamados como sus héroes. El salón era lujoso y repleto de flores. Las damas de la ciudad envolvían a Bolívar. Entre los rostros que sonreían destaca el de una bellísima joven. Bolívar la mira a los ojos...

—Usted es la muchacha de la corona —le dice fascinado.

—Me llamo Manuelita Sáenz.

—Señora, espero que no se con-

viertan en espinas los laureles que esta mañana habéis colocado sobre mi cabeza.

Ambos se miran fijamente, como hipnotizados. Las demás mujeres comprenden y se apartan. Se inicia el baile y las parejas se deslizan al compás de la música. Bolívar y Manuelita quedan solos en un rincón, frente a frente.

Manuelita simula no comprender el cumplido del Libertador.

—Se trocarían en espinas —aclara él— si no significasen el comienzo de una sincera amistad.

—No me hubiera atrevido a suponer —replica ella sonrojándose— que mis deseos encontrasen eco en su corazón.

—Mi corazón mendiga amistad: ofrézcale usted la suya y le quedará eternamente agradecido.

Pero ella le ofrece no sólo su amistad sino un amor rendido, fogoso e inmarcesible.

—¿Quiere usted bailar?

—Será un honor y un placer —replica ella, y al instante quedan dulcemente enlazados. Al principio bailan en silencio, como si saborearan las ondas misteriosas de un deleite ultraterreno. Pronto nace un diálogo sazonado de sorpresas.

—¿Cómo? ¿También a usted le gustan los mismos libros que a mí?

—¿Es posible? —dice ella.

—Lo que más nos identifica —observó él— es que, por lo que veo, ambos sentimos el mismo ardiente amor por la libertad.

—¡Sí —responde Manuelita con pasión—; y Sudamérica será libre, libre por completo, Dios mío, gracias a vos!

—Por favor... Somos muchos los que luchamos.

—Pero vuestro nombre es la llama, el símbolo, la inteligencia...

—Vos... usted... ¿qué es esto? Manuelita ¿nos tuteamos?

Ella guarda silencio. ¿Debe decirle que está casada?

—¿No me contesta?

Entonces la criolla se lo explica todo absolutamente, y en sus ojos llenos de lágrimas brilla una súplica. Si la abandona ella se morirá de desesperación porque le quiere con locura, le ha querido siempre, y ahora más que nunca. Él se enternece a la par que ve en la quiteña el fuego de una inteligencia y un carácter superiores.

—Manuelita, quiero que estés conmigo toda la vida. Te necesito. Te amo.

Ella le abraza conmovida, feliz, y siente que en el pecho no le cabe un gozo tan desmesurado. La cabeza le da vueltas. ¿Es posible aquel sueño?

—Consagraré a ti toda mi vida. Te

defenderé y te ayudaré a realizar tus altos ideales. Seré para ti lo que tú quieras que sea. Una amiga, una esposa y un luchador, ¡todo!

Manuelita presionó al médico inglés para que le concediera el divorcio, mas éste se negó, y la criolla se unió a Bolívar para el resto de sus días. Trajo toda su vida en un modelo de abnegación y fidelidad, a la vez que se mostraba una colaboradora sin igual. Acompañaba a Bolívar en todas sus luchas, y su presencia mantenía en constante tensión no sólo al hombre objeto de su amor, sino a todo el ejército patriota. Manuelita no vacilaba en exponer su vida por la causa y se mostraba tan valiente que suscitaba la admiración de los más intrépidos y aguerridos soldados.

Sin embargo —¿por qué no decirlo?— en el corazón del Libertador había una espina clavada: aquella mujer que tanto le amaba no podía ser su esposa. En consecuencia, sus relaciones no legalizadas, y que tomaban el carácter de algo pecaminoso, creaban en torno a los dos un clima extraño y a menudo funesto. Si hasta entonces la conducta del Libertador había seguido una línea sin desviaciones inconfesables, ahora ya tenían sus enemigos políticos, y los amigos repletos de venenosa envidia, una razón para destruirle en el cariño popular y ocupar su

puesto. Y a fe que unos y otros no desaprovecharon la oportunidad que tan en bandeja se les presentaba.

Bolívar emprende la marcha hacia Guayaquil, liberada hace algún tiempo por Sucre. Los guayaquileños envían al Libertador un mensajero para averiguar las intenciones del venezolano.

—Es un honor —dice Bolívar al mensajero— que la Junta de Guayaquil envíe a tan alto personaje. Los colombianos de Guayaquil serán por ello los hijos predilectos del Libertador.

—Señor, la ciudad de Guayaquil está un tanto preocupada por si las intenciones de usted chocan con las del general San Martín.

—No hay razón para preocuparse —replica Bolívar, que esperaba sin duda esas palabras—. ¿Acaso duda que dos hombres que han luchado por la misma causa no han de entenderse? Lo que con San Martín acordemos será lo mejor para Guayaquil, puesto que sólo el bien de los ciudadanos guía nuestras intenciones.

El 11 de julio de 1822 entró Bolívar en Guayaquil con poderosas fuerzas, siendo aclamado con fervor por el pueblo. En algunos arcos triunfales había-se escrito: «Al rayo de la guerra», y «Al iris de la paz». Sin embargo, Bolívar se

percató pronto de que el ambiente de la ciudad se hallaba muy dividido, pues mientras algunos exhibían la bandera del Perú, otros enarbolaron la del blanco y azul de la independencia de Guayaquil, y algunos núcleos no disimulaban su simpatía por Colombia. Pero los partidarios de Colombia fueron más rápidos y, haciendo que la Junta de Guayaquil aceptase la hegemonía colombiana, se sometieron sin más a la autoridad de Bolívar. No es posible reprochar a éste que añadiese Guayaquil a Colombia, pues otro tanto apetecía, para sí, el general argentino San Martín.

Este general, que no había sido afortunado en Lima, preparaba su viaje para entrevistarse con Bolívar en Guayaquil. Pero ¿dónde se celebraría la entrevista: en el buque del visitante o en el suelo de Guayaquil? San Martín indicó sutilmente que sería mejor verse a bordo de su nave a fin de no excitar los ánimos de los guayaquileños, pero Bolívar le respondió con no menos sutileza «que no dejará burlada el ansia» de estrechar la mano de su primer amigo en la *tierra de Colombia*.

Se le preparó al argentino un recibimiento apoteósico. Cuando el buque llegó al puerto de Guayaquil, Bolívar subió a bordo para invitarle a descender a tierra, lo que hizo San Martín, cruzando por entre dos hileras de sol-

dados armados que le tributaban los honores. Al penetrar en la población fue acogido con aclamaciones estruendosas y verdaderas montañas de flores. San Martín se sonreía y comprobaba, al mismo tiempo, la suprema personalidad de Bolívar, tan gran político como genial militar. San Martín, diez años mayor que el venezolano, se sentía viejo y cansado. La tarde de aquel día transcurrió entre recepciones, brindis y fiestas, todo ello en honor de San Martín, quien agradecía las demostraciones de afecto con gesto triste y taciturno. Luego se encerró con Bolívar y estuvo con él por espacio de cuatro horas. Bolívar rehusó aceptar las tendencias monárquicas del argentino con vistas al Perú. El resultado de la conversación fue el acuerdo más absoluto. San Martín abandonaba el terreno y lo dejaba todo en manos de Bolívar, renunciando no sólo a Guayaquil sino mismamente a sus derechos sobre el Perú. Bolívar se sintió un tanto sorprendido por la reacción de San Martín, pero sobre todo le extrañaba su tristeza y parquedad en el diálogo. Los dos eran grandes amigos, era evidente, pero ¿a qué obedecía el ceño melancólico del argentino? ¿Había sido sincero en sus expresiones de renuncia?

Existe, por fortuna, una breve página que aclara tan grave incógnita. He aquí lo que escribió San Martín en sus

Memorias, refiriéndose a tan trascendental entrevista:

«No he visto al general Bolívar sino durante tres días, cuando estuve con él en Guayaquil; por lo tanto, y en un tiempo tan corto, si no me fue imposible, por lo menos me resultó difícil apreciar con exactitud a un hombre que, a primera vista, no predisponía a su favor. Sea como fuere, he aquí la idea que me formé según mis propias observaciones y las de algunas personas imparciales que vivieron con él en la intimidad.

»El general Bolívar demostraba tener orgullo, lo que parecía en contradicción con su costumbre de no mirar nunca de frente a la persona que le hablaba, a menos que fuese muy inferior a él. Pude convencerme de su falta de franqueza en las conferencias que tuve con él en Guayaquil, porque nunca respondió de modo positivo a mis proposiciones sino siempre en términos evasivos. El tono que usaba con sus generales era en extremo altanero y poco apropiado para conciliar su afecto.

»Advertí también, y él mismo me lo dijo, que los oficiales ingleses que servían en su ejército eran quienes le merecían más confianza. Por lo demás sus maneras eran distinguidas y revelaban la buena educación que había recibido.

»Su lenguaje era en ocasiones un poco trivial, pero me pareció que este defecto no era natural en él y quería, de esa manera, darse un aire más militar. La opinión pública le acusaba de una desmedida ambición y de una sed ardiente de mando y él se ha encargado de justificar plenamente ese reproche. Se le atribuía también un gran desinterés, y esto con justicia, porque ha muerto en la indigencia.

»Bolívar era muy familiar con el soldado y le permitía licencias no autorizadas por las leyes militares, pero lo era muy poco con sus oficiales, a los que a menudo trataba de manera humillante.

»En cuanto a los hechos militares de este general, puede decirse que le han merecido y con razón, ser considerado como el hombre más asombroso que haya producido la América del Sur. Lo que le caracteriza, por sobre todo, y forma, por así decirlo, su sello especial, es una constancia a toda prueba que se endurecía contra las dificultades, sin dejarse jamás abatir por ellas, por grandes que fueran los peligros a que se hubiera arrojado su espíritu ardiente.»

¿De dónde nacía el aspecto despectivo de estas palabras? ¿De la rivalidad

entre dos grandes hombres? En lugar de extendernos en un juicioso comentario crítico, dejemos que los hechos hablen por sí mismos y sitúen a cada hombre en el justo lugar que le corresponde. Los reproches que San Martín le dirige en cuanto a ambición son insostenibles por dos razones demostradas: Bolívar derrochó toda su fortuna personal en la contienda liberadora y cuando le sorprendió la última hora no tenía, en verdad, ni un céntimo; pero si la ambición se refiere al afán de mando, entonces hay que hacer constar que el rival de San Martín siempre rechazó las repetidas ofertas —del pueblo o del Congreso— para erigirse en dictador. ¿Dónde está, pues, la ambición y la sed de mando?

Tan pronto como San Martín se ausentó del Perú estalló en este país un grave malestar derivado de la falta de autoridad y fuerzas. Los realistas aprovecharon la oportunidad para incrementar su propaganda en favor de un monarca español, pero las simpatías se inclinaban por un príncipe inglés o ruso. A tal fin se delegó una comisión en Europa en busca de un príncipe. Entretanto los españoles se adueñaron del Perú fácil y prontamente, ante el asombro y la indignación de toda la

América latina. San Martín fue presionado para conquistar nuevamente este país, pero rehusó la oferta: presentía que la campaña no se le habría dado con facilidad y temía, por otro lado, que las innumerables dificultades mermaran su prestigio. Encogiéndose de hombros, dijo:

—¡Solamente Bolívar con su fuerte ejército puede conquistarlo!

En vista de la negativa de San Martín el Congreso peruano acudió a Bolívar en demanda de auxilio, pues tanto el pueblo como el Congreso del Perú deseaban con ahínco un régimen democrático y les horrorizaba la idea de volver a caer en las redes del absolutismo monárquico. Cuando Bolívar recibió la solicitud de ayuda, le dijo a su fiel amigo Sucre:

—Los peruanos se forjan excesivas ilusiones sobre la democracia. Tendrán que aprender en su propia carne lo difícil que resulta gobernar democráticamente cuando la democracia no está enraizada en el pueblo. Piden ayuda para restablecer el orden. Vaya usted allí y haga lo que pueda en mi nombre.

Obedeciendo al Libertador, Sucre se trasladó al Perú y trató de poner orden, y lo consiguió en no pocas ocasiones, aunque con un esfuerzo sobrehumano. Los realistas y un cierto ambiente anárquico obstaculizaban su provechosa labor. Entonces el Congreso

rogó a Bolívar que viniese él mismo para acabar cuanto antes con aquella situación. Esta repetida oferta peruana sumió a Bolívar en un dilema: ¿no tendría prioridad Venezuela, o Colombia, antes que Perú? La situación en su propia patria resultaba peligrosa y un tanto inestable, mientras en Colombia era menester hacerlo todo: pacificar el país y dotarlo de instituciones.

Después de pesar cuidadosamente la inminencia de peligro en los tres países, decide emprender la marcha hacia Perú. Cuando llega aquí le sorprenden las múltiples luchas intestinas y el panorama subdividido. El Congreso le cede plenos poderes. Bolívar, que los acepta con repugnancia, hace constar que los devolverá tan pronto reine la paz en torno al Gobierno republicano del Perú. Intenta crear un ejército, pero las dificultades son poco menos que insalvables... En un lugar donde el oro abunda, cada habitante se afana más de lo usual en pos de su propia riqueza, olvidando el interés general. Bolívar se trae fuerzas de Colombia y las organiza, trabajando día y noche. El Congreso le vota un salario de cincuenta mil pesos, pero Bolívar lo rechaza. Entonces el presidente del Congreso, abrumado por la generosidad del venezolano, le ruega que acepte al menos una recepción en su honor. Bolívar accede y acude a ella una verdadera mu-

chedumbre. Al momento del brindis el doctor Figuerola recitó ante todos una poesía famosa que recogía el sentir del pueblo de América por aquel héroe... He aquí la poesía:

Como en el Oriente  
al rayar la aurora  
el orbe se dora  
en su rosicler:  
y los montes, prados,  
aves, plantas, flores,  
sienten los ardores  
del sol por nacer,  
así cuando brilla  
¡oh, Simón! tu espada  
¡qué regocijada  
brilla la ciudad!  
El goce más puro  
rebosa toda alma;  
tu espada es el arma  
de la libertad.  
¡Oh tú! que en Colombia  
el yugo rompiste,  
del pueblo que triste  
tres siglos llevó;  
y que en Carabobo,  
en Quito y en Pastos,  
la patria en sus fastos  
con gloria nombró:  
El cetro de España  
rompe en esta esfera  
y ante tu bandera  
caiga su pendón;  
y rompiendo Lima

todas sus cadenas  
cuente como Atenas  
un otro Simón.

El presidente de la República, tomando la copa, exclamó con entusiasmo:

—Al pisar el héroe de Colombia la tierra de los Incas, «He aquí nuestro Libertador», exclamaron enajenados de admiración y de gozo los hijos del sol. Sí, general: la fortuna va a guiar tus pasos. La victoria te espera en las heladas cumbres de los Andes para ceñirte con sus laureles, y las ninfas de Rimac entonan ya los himnos para celebrar tus triunfos.

A tanto elogio y aclamaciones de la multitud, el Libertador respondió con estas palabras:

—Por el buen genio de la América que trajo el general San Martín con su ejército libertador desde las márgenes del Río de la Plata hasta las playas del Perú; por el general O'Higgins, que generosamente lo envió desde Chile; por el Congreso del Perú, que ha reasumido de nuevo los derechos soberanos del pueblo, y ha nombrado espontánea y sabiamente al general Torre Tagle de Presidente del Estado; y por que a mi vista los ejércitos aliados triunfen para siempre de los opresores del Perú.

Siguieron una serie de inflamados discursos patrióticos, en los que menu-

deaban las alabanzas y buenos augurios al Libertador. Tanto es así que éste hubo de levantarse otra vez y brindar con estas palabras:

—Por que los pueblos americanos —dijo— no consientan jamás elevar un trono en su territorio: que así como Napoleón fue sumergido en la inmensidad del océano y el nuevo emperador Iturbide derrocado del trono de Méjico, caigan los usurpadores de los derechos del pueblo americano sin que uno sólo quede triunfante en toda la dilatada extensión del Nuevo Mundo.

Pero tras esta euforia, y como consecuencia de tantos años de luchas y sufrimientos sin fin, sobrevino una larga noche en la vida del Libertador: cayó enfermo. Largos y penosos meses debería estar postrado en cama, a causa de una naciente tuberculosis que pocos años más tarde le asestaría un golpe mortal. De momento este mal se contentaría con mostrarle las garras y dejar en su corazón y en su cuerpo una huella de debilidad y abatimiento. La tristeza que le invade es tan grande que le escribe a un amigo:

«Estoy pronto a vérmelas con los españoles en una batalla para dar fin a esta guerra de Sudamérica, pero nada más. Me siento cansado, estoy viejo y no tengo nada que esperar.»

Pero estas depresiones nerviosas no se eternizaban, ya que aun cuando el

cuerpo no respondiese su espíritu era fuerte y sabía sobreponerse. Un norteamericano le visita en uno de estos días de enfermedad y abrumado por el aspecto de derrota física le pregunta sobre sus planes libertadores del futuro:

—¿Y qué piensa usted hacer ahora?

Bolívar fija en el extranjero sus ojos negros, dominados por la fiebre. Y en tono decidido replica:

—¡Triunfar!...

El asombro del yanqui fue mayúsculo. ¿Cómo podía pensar, no ya en triunfar sino ni siquiera en moverse, un hombre siu fuerzas, abatido por una enfermedad incurable?

—¿Y qué hace usted para triunfar?

Bolívar se extiende en largas explicaciones dando cuenta de sus planes para arrollar al enemigo. Y al fin, sabiendo que el extranjero ha de visitar otros países del Sur, le dice:

—Diga allá a nuestros compatriotas cómo me deja usted moribundo en esta playa inhospitalaria, teniendo que pelear a brazo partido para conquistar la independencia del Perú y la seguridad de Colombia.

Esta enfermedad tuvo a Bolívar postrado hasta los primeros meses del año siguiente, 1824, y en ellos, para mayor desdicha, estalló una rebelión en El Callao que puso esta plaza en poder de los españoles. El Callao era

en cierto modo un punto clave en la lucha peruana, y el Congreso, temiendo que la balanza guerrera se inclinase, de la noche a la mañana, en favor del bando enemigo, se decidió a tomar una medida extrema: depositar todo el poder en manos del Libertador. A Bolívar le repugnaba tal ofrecimiento; pero no tuvo más remedio, en vista del peligro inminente, que aceptar provisionalmente tal soberanía.

Hacia el verano, tras vencer innumerables dificultades, los ejércitos de Bolívar y Sucre se reunieron en las proximidades de la ciudad de Pasco. El poder realista contaba con 11.000 soldados, de los cuales dos mil eran de caballería. Por la tarde del 6 de agosto de 1824, en el llano de Junín, se enfrentaron las fuerzas de caballería de los dos sectores. Al primer choque los republicanos se lanzaron con tal arrojo que casi doblegaron la resistencia adversaria; mas entonces, entreviendo un fracaso, el general Canterac, realista, ordenó la retirada.

La resonancia de esta victoria fue extraordinaria, no sólo en razón de haberse evitado toda carnicería sino por las consecuencias de tipo material y moral entre insurgentes y realistas. Estos comprendieron que Junín significaba un paso decisivo en la lucha peruana hacia la independencia. De la lucha había surgido un entusiasmo y un fer-

vor patriótico capaces de unir a todos los peruanos en el lado independista, detalle nada baladí si se recuerda que el país se hallaba a merced de la división y el partidismo. Bolívar se apuntaba otro éxito más en su larga hilera de triunfos.

El ejército rebelde se fragmentó entonces en dos partes: a una zona, hacia el litoral peruano, marchó Bolívar con un cuerpo menor, y hacia el interior avanzó Sucre con el grueso del ejército.

A principio de diciembre las fuerzas de Sucre, siguiendo las instrucciones del Libertador, se enfrentaron en Ayacucho con un poderoso ejército realista mandado por La Serna. Cuando se desencadenó la cruenta batalla, los patriotas se encontraron ante un fuego macizo de fusilería. De nada servía la caballería... ¿Qué hacer? Mientras Sucre permanecía dubitativo, el general Córdova, a sus órdenes, saltó de su caballo y, ante el absoluto asombro de sus tropas, desenvainó la espada y la clavó hasta la empuñadura en el pecho del caballo.

—No necesito medios para escapar —gritó ante sus hombres—. Sólo me quedo con la espada para vencer. ¡Soldados, armas a discreción y paso de vencedores!

El resultado de su ejemplo fue increíble: todos a una se lanzaron con

frenesí a imitar el temerario acto de Córdova, avanzando como fieras contra las tropas realistas. Su acometida les llevó, si bien con importantes pérdidas, hasta el seno del enemigo, en donde sembraron el desconcierto y el pánico. El propio La Serna fue hecho prisionero y desarticulado y cautivo su ejército.

¿Qué quedaba de las fuerzas realistas? Quedaba un reducto importante en manos de Olañeta, mas éste le había negado obediencia a La Serna por considerarle liberal. Así es que tras la batalla favorable de Ayacucho el Perú caía sin remisión en manos de los republicanos.

A diferencia de la mayoría de los generales de Bolívar, no es Sucre un ambicioso lleno de envidia, como lo demuestra el comunicado que le envía al Libertador en pleno campo de Ayacucho:

«Está concluida la guerra —le dice con entusiasmo— y completada la libertad del Perú. Como premio para mí, pido que usted me reserve su amistad.»

Estas palabras, demostrativas de una fidelidad incomparable, conmueven a Bolívar. Éste, que se halla ya en Lima, responde con una proclama:

—El ejército libertador, a las órdenes del intrépido y experto general Sucre, ha terminado la guerra del Perú

y aun del continente sudamericano con la más gloriosa victoria de cuantas han obtenido las armas en el Nuevo Mundo.

No sólo Sucre y el valeroso Córdova, sino todos y cada uno de los que en la lucha por Ayacucho se mostraron intrépidos, fueron recompensados y cubiertos de honores por Bolívar.

A continuación el Libertador, que había atravesado una vez más los Andes —en julio de 1823—, ordenó a Sucre que redujera los últimos vestigios de ejército español que quedaban, esparcidos y sin plan, por el país. Los soldados españoles, liberales en su inmensa mayoría, no vieron nunca la lucha contra los patriotas con excesivo rigor, sino que se limitaban a cumplir decentemente el juramento prestado a su bandera. Mas en secreto deseaban ceder la independencia a los peruanos y marcharse cuanto antes a la metrópoli.

Pero entonces Bolívar ha de enfrentarse con una nube de envidiosos y mezquinos de su gloria. Le llegan anónimos, amenazas y súplicas para que deje de ser el tirano del Perú. Hastiado de tanta mezquindad declara al Congreso que desea abandonar cuanto antes el poder que le han conferido.

—Con irme respondo a todo —dijo entristecido—. No quiero más glorias; no quiero más poder; no quiero más

fortuna, y sí quiero mucho, mucho, mi reposo. Me queda un tercio de vida y quiero vivir.

Pero sus amigos adictos no le permiten abandonar el poder en el momento que más le necesitan: es preciso crear una paz sobre normas democráticas y ¿cómo hacerlo sin el apoyo de la experiencia del Libertador? En-

tonces le ofrecen un millón de pesos en recompensa a sus servicios, pero Bolívar rehúsa aceptarlos.

Con ahínco se dedica el venezolano a crear escuelas, tribunales de justicia, carreteras, crea organismos capaces de explotar las riquezas mineras, y sobre todo trata de atraer al gobierno a todos los talentos del país.

LA INDEPENDENCIA  
SE CONSOLIDA

EL AÑO 1825 TRAE PARA LA AMÉRICA LATINA un nuevo aire de grandeza: una de las mayores potencias del mundo, la Gran Bretaña, reconoce la independencia de los nuevos Estados hispano-americanos. Este acto representa, en verdad, un vigoroso espaldarazo, venido del exterior, en favor de las repúblicas que han nacido del fragor de las batallas por la libertad. El gesto de Gran Bretaña significa una invitación a los grandes Estados como Rusia, Francia, Austria, etc. ¿Qué perspectivas de éxito le quedarían ahora a las fuerzas de la Santa Alianza?

Hacia el mes de abril se produjo en Tumusla un conato de resistencia realista. Pero las fuerzas españolas eran en tan reducido número que no les quedaba ninguna esperanza de victoria. Tras una pequeña escaramuza renun-

ciaron al combate, lo que fue aceptado con satisfacción por Sucre.

Entretanto ¿qué hacía Manuelita Sáenz, a quien hemos dejado de lado en largos meses? La linda y apasionada criolla, vertida en cuerpo y alma al servicio de Bolívar, le había seguido a todas partes, lo mismo en la lucha que en la paz, en la salud o la enfermedad. Después del triunfo republicano en Tumusla, Bolívar y Manuelita se lanzaron a un viaje de placer por Cuzco, Arequipa, La Paz y el rico Potosí. La pareja era recibida en todas partes con espontáneas manifestaciones de gozo, y en su honor se organizaban recepciones y bailes. Puede afirmarse que en la vida del Libertador ha habido solamente dos mujeres: su difunta esposa, aquella dulce criatura que viniera con él desde España y que murió tan prema-

turamente, y la joven e inquieta Manuelita. Ésta, pese a sus celos, prestaba a Bolívar una ayuda valiosísima en virtud de su intuición de los hombres y las cosas, su abnegado y constante esfuerzo, su inteligencia idealista y sobre todo por el estímulo y la ilusión indescriptibles con que sabía rodear la existencia de aquel a quien tanto idolatraba. Esta activa y eficaz adhesión se prolongaría hasta treinta años después de muerto Bolívar, defendiéndole de las mezquindades humanas.

El 16 de mayo, Bolívar fundó en Arequipa la República del Alto Perú. La población, que le había recibido con vibrante entusiasmo, le regaló un caballo enjaezado de oro. Un torbellino de bailes y banquetes brotaba a su paso. El 6 de agosto la Asamblea del Alto Perú protestó «a la faz de la Tierra entera que su voluntad irrevocable es gobernarse por sí mismos y ser regidos por la constitución, ley y autoridades que ellos propios se diesen y creyesen más conducentes a su futura felicidad en clase de nación y al sostén inalterable de su santa religión católica y de los santos derechos de honor, vida, libertad, propiedad y seguridad». A continuación el nuevo Estado votó un decreto: el país sustituirá su nombre de *Alto Perú* por el de *República Bolívar*, reconociendo en el Libertador a «su buen padre y mejor apoyo contra los

peligros del desorden, anarquía y tiranía, invasiones injustas y ataques cualesquiera al carácter de nación de que se ha investido».

Bolívar, que en un arranque de generosidad quiso perpetuar el nombre de Colón en la nación colombiana, se veía reintegrado con igual gesto de desprendimiento por el nuevo Estado, el cual adoptaba su propio nombre.

—Hoy nos ha nacido una hija —le dijo irónicamente a Manuelita.

—¿Cómo? —exclama ésta palideciendo de celos, pronta a una explosión nerviosa.

—Y tú sin enterarte —aclara Bolívar—. Pues bien: mi hija se llama República de Bolívar.

El nuevo Estado concedió al Libertador poderes ejecutivos supremos mientras residiera en el territorio, decretó que el día de su nacimiento sería celebrado como fiesta cívica después de su muerte, que en todos los edificios públicos se colocaría su retrato, y en todas las capitales de provincia una estatua suya.

—Lo mismo se hará en memoria de Sucre —le dijeron a Bolívar—. La ciudad de Chuquisaca ostentará desde ahora el nombre de Sucre.

Bolívar comprende que la nueva y flamante república que lleva su nombre, lo mismo que los otros Estados recién creados, necesita urgentemente de





una eficaz constitución y unas normas democráticas. Se retira, pues, con Manuelita al Potosí para estudiar la fórmula más conveniente al país. Siendo ésta una nación que lleva su nombre se dedica a la tarea con muy particular cariño y esmero. Él, tan ardiente admirador de la organización política de Inglaterra, vierte todo su genio en la creación de unos estatutos. Cuando finaliza su obra la presenta a la Asamblea. Ésta lee, estudia y reflexiona la Constitución y al fin la aprueba. Bolívar es nombrado presidente vitalicio, con lo que emprende la estructuración del poder, distribuye una administración, emprende la construcción de centros de enseñanza y vastos sistemas de regadío. Pero todo lo hecho no basta para rehacer la vida de aquel joven país: la desproporción entre el reparto de la propiedad es tan disparatada que al lado de fortunas inmensas, insultantes, abundan los campesinos sin tierra, sin casa, sin nada... Bolívar se apresta a enderezar la injusticia social y realiza un reparto más equitativo.

—Todo campesino, incluidos los indios, tendrá su tierra —dice—. Todo hombre honrado y trabajador poseerá sus propios medios de vida.

Así la miseria es atacada en la raíz. Huelga decir que los campesinos del nuevo Estado vieron en Bolívar su máximo bienhechor y a su paso no supie-

ron hacer otra cosa que adorarle. La ciudad de Potosí, agradecida a los desvelos del Libertador, le rogó a éste les concediese autorización para cambiar el nombre de Potosí por el de *Bolívar*.

—No puedo aceptar tal ofrecimiento —replicó el Libertador.

Desde allí Bolívar se adentró hasta el Monte de Plata, en cuya cima mandó colocar las banderas de Colombia, Perú y Buenos Aires.

—Mi sueño dorado —manifestó— sería federar a todos los países de habla española de Sudamérica. ¡Una sola nación! ¡Dios mío, qué perspectivas de fuerza política y económica! No más luchas intestinas, y unidos todos en un ideal fraterno de democracia...

Manuelita Sáenz le escucha en silencio y con fervor.

—Todo el pueblo argentino —añade—, todos los buenos patriotas y hasta el Gobierno mismo no esperan nada bueno sino de mí.

Bolívar se sentía —y lo estaba realmente— en la cumbre de su gloria. El mundo entero le había reconocido como un genio de la liberación y de la visión militar y política. Los pueblos le aclamaban y le acogían. Hasta en la liberación de las islas Filipinas llegó a pensar aquel día...

Por aquel tiempo, las riquísimas minas de Potosí estaban, a causa de las guerras, completamente abandona-

das, y dio instrucciones a Santander para que también éste hiciera lo mismo en Colombia.

—De esta forma serán las minas, y no los impuestos gravando sobre el pueblo, lo que permita cancelar los numerosos gastos del Estado —explicó.

Mientras tanto las noticias que llegaban de España eran confusas, pues de un lado Fernando VII, traicionando su promesa de mantenerse fiel a la Constitución, volvía al absolutismo. Creó con Francia la Santa Alianza, es decir, un acuerdo armado que permitía aplastar todo foco de liberalismo, lo que consiguieron en España al menos temporalmente. El malestar cundía en la Península, no obstante, y si bien el pueblo tuvo que ceder ante la fuerza opresiva del monarca, se formaron células secretas y abundaban las reuniones en las que se condenaba la política interior y exterior del rey Fernando VII. Este malestar y esta eferescencia política llevarían a la nación a una lucha que se prolongaría todo el siglo, divididos los españoles en dos bandos: liberales y absolutistas. Por no haber sabido asimilar a tiempo las enseñanzas democráticas de la época, el país quedó abocado a una lucha fratricida, hasta el punto de dejar, tras interminables guerras civiles que desangran España en todo el 1800, dos

raíces opuestas para el 1900 de las que seguiría brotando la desarmonía.

De ello se deriva para Bolívar una situación de amenaza que no llega a cristalizar, sin embargo, en una agresión armada. Pero no todas las noticias procedentes de allende las fronteras tienen mal sabor: el gran Imperio del Brasil ha proclamado su independencia de la metrópoli portuguesa el 29 de agosto de 1825. La noticia es favorable en muchos sentidos, pero sobre todo en uno: el inmenso país vecino y hermano podría trocarse, si las circunstancias lo exigiesen, en una potencia aliada, difícilmente neutral, mas nunca enemiga. Porque aun cuando no hubiese en toda América un tratado de ayuda mutua, existía en los ánimos, por solidaridad continental, un recíproco anhelo de victoria y de independencia de la vieja Europa colonialista.

Desde hacía mucho tiempo se preparaba en el Nuevo Mundo un Congreso fabulosamente prometedor: el Congreso de Panamá, del que todos los americanos esperaban la conclusión de unas directrices comunes y, en fin, una serie de acuerdos que beneficiarían en alto grado la paz y la seguridad de las dos Américas. Tras largas y arduas dificultades el Congreso logró reunir a todos sus participantes en el verano de 1826.

Los emisarios que Bolívar envió en

nombre del Perú ya hacía un año que aguardaban la llegada del resto de congresistas, y cuando llegó el momento de la gran reunión se vio que sólo había presentes una parte de las naciones americanas. A los Estados Unidos tuvieron buen cuidado de no invitarles, pues la intención del Libertador era crear una *entente* solamente entre los componentes del antiguo imperio español. Sin embargo, Santander invitó a la república yanqui. El jefe del Gobierno de Buenos Aires, Rivadavia, no envió a ningún representante porque sospechaba, sin razón, que el Congreso no tenía más objeto que depositar en manos de Bolívar las riendas de toda Hispanoamérica. El suspicaz argentino no ignoraba, ciertamente, los vastos alcances de la proposición del general venezolano. Helos aquí resumidos:

Primero: Todos los Estados participantes debían mantenerse neutrales y considerar ilegal cualquier declaración de guerra entre ellos.

Segundo: América debía ser para los americanos, los cuales debían unirse entre sí para luchar contra la intromisión de la vieja y colonialista Europa

Tercero: El derecho internacional que el Congreso aprobara y ratificara debía introducirse en las legislaciones

nacionales, a fin de armonizar en un solo cuerpo todo el antiguo imperio colonial español.

Cuarto: Se debía abolir la esclavitud en todos los Estados.

Quinto: La organización de las nuevas naciones debía basarse sobre los principios proclamados por los Derechos del Hombre.

Sexto: Debía sancionarse conjuntamente a cualquier miembro que violara los acuerdos fundamentales allí adoptados.

Séptimo: Y por último se debía crear un ejército y una flota común para toda la federación.

El fracaso del Congreso fue casi completo. Los norteamericanos comenzaron por rechazar, en bloque, la proposición de abolir la esclavitud. Y es que el espíritu de este Congreso contenía unos horizontes demasiado vastos para los hombres de la época. Cuando Bolívar tuvo noticia de este fracaso le dolió tanto como una derrota descomunal ante los realistas. Porque naufragaba, ciertamente, su idea más cara, su anhelo más elevado: la Unión de Hispanoamérica. ¡Cuántos sinsabores y amarguras habría de sufrir antes de morir!

La presencia de Bolívar en el Perú, y su proximidad a Colombia, mantenía

a estos países en la paz y el orden. Los organismos estatales y administrativos trabajaban para dotar a sus naciones de instrumentos eficaces de gobierno. Se activaban las construcciones, la hacienda se rehacía, y en general se avanzaba hacia la normalización. Es cierto que en medio de esta actividad no faltaban las protestas de algunos sectores: ciertos militares o congresistas tachaban a Bolívar de detentar poderes extraordinarios y le reprochaban su extremo parecido con un dictador.

—¡Queremos más libertad! —decían.

—¡El ejército colombiano debe abandonar el Perú!

—¡Que se marche Bolívar a su país!

Tales eran los gritos que a menudo se oían por las ciudades, y era difícil eliminar un clima de desasosiego. La personalidad de Bolívar, tan fuerte y eficaz como abrumadora, anulaba, inconscientemente, las voluntades de los prohombres de estos países y suscitaba una violenta envidia entre los mediocres, que abundaban y encizañaban sin cesar, sedientos de poder.

Por otro lado las cartas que le llegaban de Venezuela eran poco alentadoras. Es cierto que no había guerra, pues desde su partida el ejército realista fue aniquilado sin esperanza de levantarse, pero ahora surgía una nueva discordia: el mando del general

Páez, el antiguo llanero y héroe de tantos combates, se tornaba caprichoso, y al Congreso se le hacía difícil, o imposible, reprimir la arbitrariedad del militar. El pueblo gemía por la falta de un orden y un poder legítimos y justos. Sin contar con que la labor de reconstrucción nacional, empezando por la agricultura y las industrias, estaban poco menos que abandonados. Era menester organizarlos, ofrecer seguridad, facilitar medios económicos y un presidente digno y eficaz. ¿Dónde estaba el hombre que reuniese todas estas facultades?

Cada vez son más numerosas las cartas que Bolívar recibe apremiándole para que regrese cuanto antes. Se lo piden diversos elementos del pueblo, los congresistas y hasta el propio Páez.

—Todo el mundo desea mi vuelta —le dice a Manuelita—; pero al día siguiente de mi regreso, los mismos que solicitaron mi entrada pedirán mi partida.

—Venezuela te necesita, Simón.

—¿Para un día solamente?

—¡Ayuda a tu pueblo, puesto que él mismo te lo pide, pero luego, al poco tiempo, aléjate del vaivén político con sus inacabables falsedades, y... vivamos nuestra vida!

—Pero Manuelita... —objeta Bolívar suplicante.

—Estás enfermo: piensa un poco

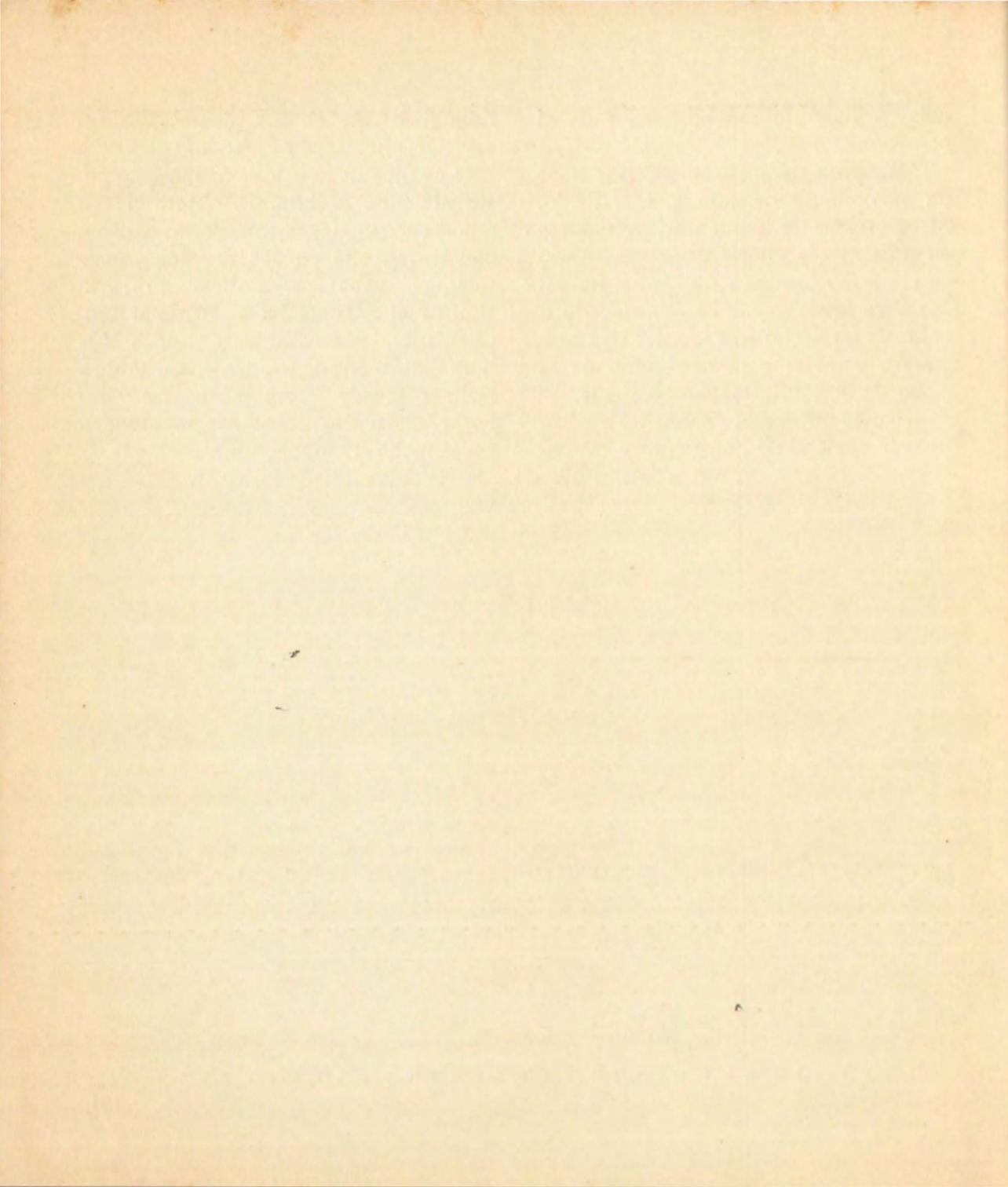
más en ti, y un mucho menos en el bien público.

Manuelita tiene razón. Bolívar hace un movimiento de cabeza, asintiendo. Sí: es menester descansar, refugiarse en el campo, y vivir en paz sumergido en el cariño inmenso de Manuelita. El deseo es firme y parece engendrado a la luz de un hecho irrefragable: una prematura vejez se está asomando de la mano de una enfermedad solapada.

—Te lo prometo, Manuelita —dice Bolívar cogiéndole una mano y mirán-

dola fijamente en los ojos—. Descansaremos. Renunciaré a todo.

Los ojos de la criolla se humedecen. Envolviendo al hombre objeto de su amor en una tierna mirada, se abisma con melancolía en sus propios pensamientos. Sabe que Bolívar no sería Bolívar si renunciaba a derramar ampliamente, generosamente, todas sus horas al bien de Sudamérica. Ahora Bolívar accede. Promete aislarse y reposar. Pero ese deseo ¿se mantendrá por mucho tiempo?



UNA CONSPIRACIÓN  
CONTRA BOLÍVAR

CUANDO BOLÍVAR REGRESA A VENEZUELA en noviembre de 1826 advierte, con satisfacción, que el pueblo le aclama de forma espontánea y con súbito entusiasmo. De todas partes le llegaban súplicas para que agarrase el mando supremo y estableciese un orden y alentase el progreso. La anarquía imperaba, y con ella, como consecuencia inmediata, la miseria y el bandolerismo. Los campos yacían abandonados y el país vivía como bajo la impresión de un reciente huracán devastador.

El Congreso venezolano perdió la paciencia y suspendió la autoridad delegada al general Páez. Éste se disgusta y alejándose a Valencia suscita un movimiento popular en su favor, logrando la adhesión del Ayuntamiento. ¿Qué pretendía el general Páez? Solamente dos objetivos: hacerse procla-

mar dictador de Venezuela y luego separar a esta nación de la vecina Colombia. Para lograr su empeño separatista recorre las poblaciones y las somete de grado o por fuerza, secundado por sus fieles llaneros. Los otros dos grandes jerarcas de la liberación, Mariño y Bermúdez, permanecen en principio a la expectativa. A Mariño le venía de perlas cualquier movimiento que se opusiese a los planes y a la autoridad del Libertador, pues nada deseaba tanto como eclipsar la gloria de éste. En cambio Bermúdez, más ecuánime y sin una ambición desmedida, se limitaba de momento a contemplar el curso de los acontecimientos sin prestar a ningún bando su ayuda.

La situación de la patria desazonó hondamente a Bolívar. ¿Es que aquel país habría de vivir siempre sumergi-

do en la confusión y a merced de caprichosos pronunciamientos militares? ¿Por qué esta situación de permanente malestar y peligro no se producía en la república yanqui? El material humano de ambas Américas era muy distinto. Los pobladores del norte eran, en su inmensa mayoría, oriundos de países anglosajones, la idiosincracia de los cuales se caracteriza por su carácter disciplinado, muchísimo menos vehementemente, con un fondo de cultura más desarrollado; y sobre todo, habían heredado de la vieja Europa anglosajona una cierta madurez política: sus antepasados se habían desenvuelto en un ambiente más evolucionado y democrático. En cambio los hispanoamericanos no contaban en su experiencia más que la de unas generaciones agobiadas por sistemas absolutistas e intolerantes. Además la raza latina, de la que eran hijos, encerraba junto a su vivacidad un germen de individualismo y una inconsciente tendencia a la protesta y, en suma, a la disolución. Sin duda llegarían los países iberoamericanos a una etapa fructífera de madurez pacífica y creadora —puesto que la raza hispana es sumamente inteligente—; pero habría que aguardar, pacientemente, el paso de algunas generaciones y entretanto sería menester divulgar a marchas forzadas los frutos de la cultura a todas las clases sociales, y proceder

a un más justo reparto de la riqueza. Porque en definitiva el malestar políticosocial, la ignorancia y el bandolerismo no tienen más que un origen: la miseria.

Bolívar pensaba en estos extremos cuando se personó a él una comisión del Congreso, rogándole que aceptara la jefatura del país.

—La guerra civil se ha desencadenado en Venezuela. El general Páez, ansioso de imponerse como dictador, ha atacado a Puerto Cabello. De nuevo la sangre venezolana se está derramando a torrentes...

El Libertador escuchaba con el corazón dolorido. ¡Pobre y desgraciada Venezuela!

—¿Aceptaré usted? —le preguntan impacientes los emisarios.

—Por primera vez la espada tiembla en mis manos —replica Bolívar.

Una cosa era vérselas con un ejército extranjero y luchar por la liberación del país, y otra muy distinta era arrojarse a una contienda entre hermanos para sofocar la ambición personal de militares carentes de patriotismo.

¿Qué podía hacer Bolívar sino aceptar el ofrecimiento del Congreso? Por fortuna, en cuanto se supo que Bolívar tomaba las riendas del país todos los hombres de buena voluntad se pusieron de inmediato a su lado, y lo que

al principio fue un ejército de pacificación sin apenas medios se convirtió con la rapidaz del relámpago en una fuerza incontenible. Los propios llaneros desertaban de las filas de su general Páez, y pronto éste se encontró en medio de la mayor soledad. Trató, no obstante, de agarrarse como a una tabla de salvación a los poderes que consiguió del Congreso valenciano. Pero el declive de su dictadura se aceleraba.

Pese a todo Bolívar rehusó mostrarse vengativo con Páez, pues no olvidaba la valentía y eficiencia del llanero en la guerra pasada. Por tanto el 1.º de enero de 1827 se implantó un armisticio a los rebeldes.

—Ya se acabaron los enemigos de casa —dijo Bolívar a la multitud—. Hoy triunfa la paz... Olvidemos el año 1826. Yo ignoro cuanto haya ocurrido. Colombianos, olvidad cuanto sepáis de los días de duelo.

Cuando Páez tuvo noticia del generoso perdón del Libertador, quiso exagerar su nobleza solicitando un juicio contra su proceder, pero Bolívar rechazó la petición. La reconciliación entre ambos brotó espontánea. Páez fue a verle y los dos se abrazaron con afecto. Luego resolvieron entrar en Caracas.

Informada la ciudad de que ve-

nían los dos héroes, preparó un recibimiento apoteósico. La alegría brillaba en todos los rostros, y los caraqueños se mostraron con sus mejores indumentarias, adornando las casas con banderas y las calles con flores. La población parecía inundada por un océano de felicidad. Al paso del Libertador y de Páez, que avanzaban instalados en una regia carroza, colocaron infinidad de arcos. Las tropas se uniformaron con sus trajes de gala. La Municipalidad y los miembros de profesiones liberales se agruparon para tributar a Bolívar su entusiasmo. La muchedumbre entonaba canciones patrióticas en las que el nombre del Libertador destacaba. Los banderas de Colombia, Perú, Bolivia y los Estados Unidos flameaban en muchos balcones. El gentío era tan compacto que apenas si cabía en las calles, obstaculizando el paso de la carroza, ensordeciéndoles a gritos y vítores. Seguida de Caracas entera, la carroza se dirigió al santuario metropolitano. Allí, después del *Te Deum*, se obsequió a Bolívar con diversidad de banderas haciendo alusión, cada una, a sus virtudes y cualidades. Bolívar se quedó para sí la que hacía mención a la *Constancia*, y regaló el resto a sus colaboradores en la contienda. Páez recibió la del *Valor*; Toro la de la *Liberalidad*; la Gran Bretaña, la *Prudencia*, etc.

Mientras Venezuela recobraba la paz y el sosiego, volvía a repetirse el problema de siempre: ahora la inquietud y la sublevación surgían en el Perú y Colombia. Las tropas colombianas de Lima se pronunciaron en contra de Bolívar y se adhirieron a la Constitución de 1821, personificados en el vicepresidente Santander. La reacción del Gobierno peruano no se hizo esperar: despachó para Colombia las fuerzas sublevadas. Acto seguido el presidente del consejo, el general Santa Cruz, convocó en la capital peruana un Congreso general, del que nació la voluntad de abolir la constitución boliviana y se restableció la de 1823. De esta forma el Perú quedaba separado de la confederación. Era el eterno afán separatista. La República de Bolívar, ahora Bolivia, siguió el mismo ejemplo.

Cuando Bolívar se enteró del cambio montó en cólera.

—En Bogotá —exclamó— se han quitado la máscara. Me atacan de frente y de espalda. En cuanto al Perú no sé qué decir; un crimen nefando ha destruido aquella república.

—Simón querido, ¿no te acuerdas ya de la promesa que me hiciste? —dice Manuelita, viendo desplomarse todos sus sueños de vivir en paz en Caracas.

—Perdóname Manuelita, perdóname... —y Bolívar la besa en la frente con infinita ternura.

—Te estás matando, Simón —observa ella con un sollozo—. ¿Te figuras que a este ritmo... vivirás... muchos años?

—Es mi último viaje, créeme: iremos a Bogotá y después...

—¿Después? —pregunta ella con una dulce sonrisa irónica.

Por entonces llegó a oídos del caraqueño una noticia fabulosamente encantadora: Simón Rodríguez, aquel profesor de su niñez a quien tanto amó, se encontraba en la capital del Perú. ¿Por qué Rodríguez no se dejaba ver? Sin duda por una cuestión de modestia y para que su antiguo alumno no creyese que la visita cobijaba una razón especulativa. Rodríguez era demasiado noble y orgulloso para pedirle nada al héroe nacional y máximo líder de América. Bolívar adivina sus sentimientos y se apresura a escribirle. «¿Se acuerda usted cuando fuimos juntos al Monte Sagrado de Roma para jurar sobre aquella tierra santa la libertad de la patria? ¡Con qué avidez habrá usted seguido mis pasos!, estos pasos dirigidos muy anticipadamente por usted mismo.»

Tras los ruegos insistentes de Bolívar, Rodríguez fue a ver a su antiguo discípulo cuando éste se trasladó a

Lima. Se abrazaron los dos largo rato y hablaron con calor durante muchas horas. Comentaron el pasado y trataron de prever el futuro. Bolívar se sentía en deuda con su profesor: todas sus enseñanzas liberales, su afán de justicia y de progreso se las debía a él. ¿Qué podía hacer para recompensar en algo su maravillosa siembra?

—No quiero nada para mí —replicó el maestro.

—Sin embargo, sé que necesita usted ayuda —objeta Bolívar con delicadeza—. Me han informado de que en Bogotá ha tropezado con algunas dificultades porque no aceptan sus enseñanzas rousseauianas...

—Esos mentecatos son ciegos, y no viven de cara al futuro, sino aferrados al pasado. No comprenden que es menester formar, culturalmente, al sudamericano para dar paso a una generación con mayores horizontes. Sólo la cultura puede salvar a Hispanoamérica, y sólo de la cultura nacerá el bienestar y la prosperidad...

—Será usted, mi querido Rodríguez, inspector general de Instrucción y Beneficencia de Bolivia. Está decidido.

Y así fue en la realidad. El nombramiento se confirmó y Simón Rodríguez aceptó con inmenso placer el honor de contribuir a formar la mentalidad del futuro hombre de Sudamérica.

Cuando en Bogotá se entera Santander de la próxima llegada del Libertador, el pánico se adueña de su ser. Ante el propio Congreso exclama tembloroso:

—Que no venga. Tal es su influencia y la fuerza secreta de su voluntad que yo mismo, en infinitas ocasiones, me acerqué a él lleno de odio, y con sólo verle y oírle me sentí desarmado y salí lleno de admiración. Ninguno puede contrariar cara a cara al general Bolívar, y ¡desgraciado del que lo intente! Un instante después habrá confesado su derrota.

Cuando Bolívar llegó a Bogotá los ánimos se pacificaron, y su entrevista con el temeroso Santander se desenvolvió en un clima de cordialidad.

Mas no le pasa inadvertido que tras las caras risueñas se oculta la hipocresía y el miedo. Sin embargo, cuando asiste a la reunión general del Congreso colombiano, éste le otorga facultades extraordinarias para decidir el futuro del país. Lo primero que hace Bolívar es sanear el ambiente de la hacienda y tratar de conciliar los diferentes partidos, separatistas los unos y unionistas los otros. En Ocaña se preparaba una Constitución que satisficiese, en términos generales, a la mayoría del país. Se esperaba poder conjurar de esta forma el peligro de guerra. Algunos amigos militares de Colombia

pidieron al Libertador que si brotaban las protestas contra los acuerdos de Ocaña disolviese el Parlamento y se erigiese en dictador. Pero Bolívar rechazó indignado.

—En ese caso, ¿para qué diablos habríamos ganado una guerra tan sangrienta? ¿Para meter al pueblo en otra tiranía? —manifestó.

Por fortuna la Constitución de Ocaña fue aceptada por los congresistas, lo que implicaba la ratificación de los poderes de Bolívar en Colombia y por tanto la posibilidad de acabar con tan múltiples pareceres, perjudiciales a la unión.

Santander y los suyos no perdonaban a Bolívar el triunfo absoluto y tramaron un atentado. ¿Qué medio más eficaz para realizarlo que una fiesta de máscaras? Pero Manuelita, celosa como siempre de la seguridad de Bolívar, se enteró y por medio de una treta muy femenina consiguió apartar al Libertador del baile, con lo que los proyectos dieron en la nada. Desde entonces Manuelita no vivía ni de día ni de noche, entregada a una vigilancia constante. Vargas Tejada era el centro de la nueva conspiración contra la vida del caraqueño, y tan seguro estaba de su éxito que lo manifestó en público.

Por fin, la noche del 28 de septiembre de 1828, estando Bolívar y Manuelita en el palacio del Gobierno penetra-

ron en la mansión una nube de asesinos. La vigilancia de Manuelita permitió al Libertador huir por una ventana y refugiarse bajo un puente de la ciudad, mientras la turba amenazaba con matar a la fiel criolla.

—No matamos mujeres —dijo Horment interponiéndose.

Durante toda la noche la multitud bogoteña atronaba los aires con los gritos de «¡Viva Bolívar!» o «¡Abajo el tirano!». La opinión estaba muy dividida y entretanto los oficiales sublevados trataron de adueñarse del poder. Pero poco a poco el núcleo adicto al Libertador fue engrosando en número y calidad. Urdaneta, fiel al caraqueño, impuso su autoridad en Bogotá y volvió a reinar la paz. Entumecido por el frío y lleno de fango hasta las rodillas, Bolívar mandó a un repostero que se había venido con él a que averiguase el resultado del ajetreo. Cuando éste volvió con la buena noticia Bolívar se presentó al pueblo con estas palabras:

—¿Queréis matarme de gozo estando próximo a morir de dolor?

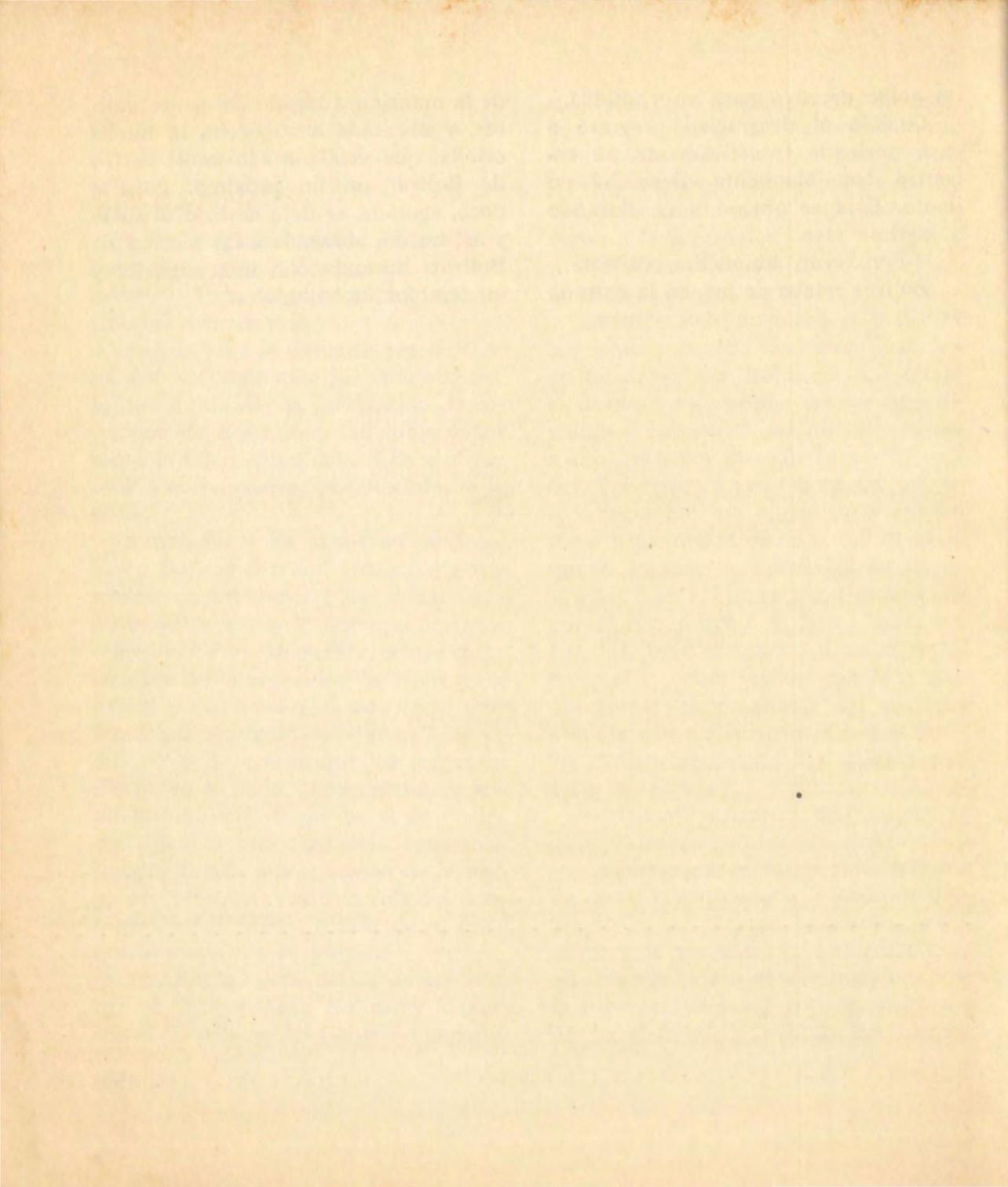
La conspiración había sido aplastada. Pero la herida que Bolívar experimentó en su corazón le abrumó para el resto de sus días. En una salud frágil como la suya —estaba marcado por la tuberculosis— las tres horas clavado en el fango y la humedad fueron

un golpe decisivo para su vitalidad...

Cuando el desgraciado regresó a casa, tosiendo frenéticamente, se encontró con Manuelita, deshecha en llanto. Ésta se abrazó a él, llorando a lágrima viva.

—Por favor, Manuelita, cálmate...  
Bolívar estaba de pie, en la entrada

de la mansión, rodeado de gentes adictas, y abrazada a su pecho la infeliz criolla, que veía pintado en el rostro de Bolívar un fin próximo. Poco a poco, agotada, se deja deslizar al suelo y así quedó, abrazada a las piernas de Bolívar, llorando con una angustia y un temblor incontenibles.



BOLÍVAR, ENFERMO

«LIBERTADORA DEL LIBERTADOR», TAL ES el título honorífico que recibió Manueleta.

—¡No quiero títulos, Simón! ¡Lo único que deseo es tu tranquilidad! Vámonos de aquí... —suplica Manueleta al Libertador.

—Nos iremos muy pronto. Estoy desengañado de este pueblo.

Bolívar se negó a que Santander fuese castigado como elemento instigador de la conspiración. Su política de perdón fue agradecida por sus adversarios, pero en general era interpretada como un síntoma de debilidad. En realidad, los ánimos de Bolívar han llegado al máximo abatimiento y no desea otra cosa que dimitir los poderes otorgados por el Congreso y marcharse.

A pesar de la magnanimidad de

Bolívar, el general Urdaneta se obstinó en castigar a los conspiradores. Así fue cómo Horment, el coronel Guerra y sus cómplices fueron juzgados y fusilados. Santander logró eludir, mediante una coartada, las múltiples acusaciones, pues de hecho él había sido la cabeza y motor esencial de la conspiración. Con todo, fue sentenciado a muerte. El Consejo de Ministros, reunido bajo la presidencia de Bolívar, estudió el caso de Santander y resolvió al fin desterrarlo del país.

Mientras tanto en el sur de Colombia dominaba el desorden y el caos. A fines de 1828 la guerra entre este país y el Perú era un hecho. La causa de la misma, Guayaquil, era anexionada a Colombia en virtud del acuerdo entre Bolívar y San Martín. Al cabo del tiempo los peruanos mostraron su incon-

formidad y no vieron mejor medio para resolver la cuestión que el empleo de las armas. ¿Y por qué no atacar ahora que el poder de Bolívar en Colombia y Venezuela se mostraba tambaleante, y él mismo seriamente enfermo?

Las tropas peruanas que habían luchado a las órdenes del Libertador se concentraron contra Colombia, y con poco esfuerzo la ciudad de Guayaquil cayó en su poder.

Bolívar contemplaba con inmensa tristeza estos hechos. ¿De qué le había servido liberar estos países y tratar de unirlos con vínculos de libertad? Ahora los mismos pueblos se entregaban a una loca guerra fratricida. Entre la enfermedad que gana terreno y amenaza arruinar su salud de un momento a otro, y los continuos desengaños de los que poco antes fueron sus amigos, su ánimo se siente presa de una amargura y un asco que aceleran el crepúsculo de su vida física. Sin embargo, algo debía hacer para sofocar la rebelión en Guayaquil.

Decide enviar al bravo general Córdova, héroe inolvidable de la batalla de Ayacucho. Por otro lado el general Sucre acudió también y tras un mes de asedio la ciudad de Guayaquil cayó en sus manos. De nuevo reina la paz en el litoral fronterizo. Bolívar impuso como condición una sola cosa: que

Guayaquil permanecería siempre bajo la bandera colombiana. Los peruanos aceptaron, pero en el interior el descontento y las rebeliones se reproducían sin cesar. Para hacer frente a tales desórdenes Sucre se adentró con sus tropas para reducirlos, pero la tarea no le resultó fácil, pues abundaban las guerrillas y el enemigo atacaba de forma esporádica y en momentos inesperados. Sucre se desesperaba, pues veía que sus tropas iban disminuyendo en número poco a poco... Informado Bolívar se trasladó pronto al Perú. Por el camino se sentía cada vez más enfermo y a veces se creía desfallecer. Se colocó al frente de las tropas y al poco tiempo las sublevaciones habíanse desvanecido.

—Y ahora ¡a la ciudad de Quito! No puedo más... —dijo.

La ciudad, con Sucre en primera fila, le tributó un recibimiento entusiástico. Flores, canciones, desfiles, todo le parecía poco a los quiteños para festejar al Libertador, que sonreía con gesto cansado, a menudo ausente. Solamente se animó cuando vio de cerca a su fiel amigo Sucre. Rompiendo con toda noción de etiqueta o seriedad, se arroja en brazos del bravo Sucre y... no pudiendo contener por más tiempo la congoja que le embarga, lloró desconsolado sobre sus hombros.

—¡Mi general —exclama Sucre emo-

cionado—, está usted muy enfermo! Ha perdido el color...

—¡Amigo... amigo! —sollozaba Bolívar—. Dondequiera que mire no veo más que traiciones, envidia, celos, mezquindad y desagrado. Este mismo pueblo que me vitorea, mañana querrá verse libre de mí. Sólo usted es un amigo fiel, un hombre íntegro...

—Debe usted descansar...

—Estoy agotado. Créame, estoy agotado...

Los días en Quito transcurren grises y envueltos en una nube de noticias poco alentadoras. Solamente las conversaciones con Sucre le devuelven la energía. La ausencia de Manuelita —a quien hubo de abandonar a causa de la precipitación del viaje— le hundía en el pesimismo. Jenaro Monteburque, que suele acompañar a Bolívar, le escribió a Manuelita:

«Puedo asegurar a usted que él va muy abatido; no quiere ver a nadie y dice que nunca más volverá a Colombia. Yo procuro tratarlo lo mejor que puedo para infundirle confianza; así es que él dice que va muy contento y agradecido.»

Precisamente por estas fechas Manuelita recibió una carta de su marido, Mr. Thorne, rogándole que volviese a su lado. Pero Manuelita le responde, entre bromas y veras, que no la espere nunca más, y que su único amor

es Bolívar. Y seguidamente le escribe con pasión al Libertador.

Llega entonces la noticia de que el general Córdova, héroe muy famoso e intrépido, se ha sublevado en Colombia. La angustia de Bolívar llega al límite. Otro militar sediento de mando y de gloria. Y ahora, ¡nadie más sino el propio Córdova!

—¿Quieren que continúe haciendo de Jesucristo sin ser Dios? Esto es muy duro, esto supera mis fuerzas —exclama Bolívar desfallecido.

Para colmo el valiente Córdova se ha casado con Fanny Anderson, hija de un cónsul inglés, lo que hace derivar la lucha hacia un terreno internacional. Bolívar envía a O'Leary para sofocar la rebelión, quien lo consigue tras una batalla encarnizada. Córdova muere a sablazos a manos de un comandante inglés. El Libertador regresa a Bogotá, dispuesto a descansar. Los cronistas de la ciudad le describen así:

«Cuando Bolívar se presentó, yo le vi derramar algunas lágrimas. Pálido, extenuado, sus ojos, tan brillantes y expresivos en sus bellos días, ya apagados, los perfiles de su rostro, en fin, todo anunciaba en él, excitando una vehemente simpatía, la próxima disolución del cuerpo.»

La proverbial gallardía de Bolívar se va diluyendo: su voz ya no tiene,

como antaño, aquel timbre imperativo, ni muestran sus ademanes aquella seguridad y aplomo; sus ojos están prontos al llanto y el acento de su voz es débil, lastimero a veces, y reviste matices de ternura.

Pocas cosas halagüeñas le reserva su estancia en Bogotá, salvo la compañía de Manuelita, quien al verle tan deshecho física y moralmente sufre horriblemente y le incita a descansar. La prensa de algunos países suele tacharle de tirano y los generales, otrora adictos, se rebelan.

De nuevo Páez se muestra partidario de la desmembración, y todos sus pasos revelan la intención de erigirse en jefe absoluto de Venezuela, disolviendo así la unión de la Gran Colombia. A la acción separatista de Páez se añade la del general Mariño. Ambos planean, de común acuerdo, una acción subversiva destinada a mermar el prestigio y la importancia de Bolívar como primer paso. La acusación de dictador brotará espontánea y acto seguido será facilísimo cortar las amarras con la Gran Colombia. Bolívar contempla su tejemaneje con odio impotente.

—Esos generales hambrientos de dominio —le dice a Manuelita— van a destruir un porvenir fabuloso que hubiera estado reservado para la Gran Colombia. Su codicia romperá esta na-

ción en varios fragmentos: ésta será su herencia para el futuro.

—¡Sí, sí, sí; es cierto! —replica ella casi enfurecida—. Pero ahora debes pensar en ti mismo...

—Mi obra de tantos años... —dice el Libertador, con la mirada perdida en la lejanía.

—La historia los juzgará muy severamente.

—¡La Historia no podrá remediar sus actos criminales!

—Simón... —exclama Manuelita suplicante.

—Volveré a Caracas, es preciso, absolutamente preciso, y los reduciré a la nada.

—Los médicos te han prohibido viajar. Marcharte a Caracas significaría tu sentencia de muerte. ¡Necesitas reposo, Simón! —y a Manuelita se le ocurre entonces el único argumento válido para Bolívar—. Cúrate y robustece tu salud y podrás, entonces, serle útil a la patria; pero enfermo y sin fuerzas ¿a quién le serás de utilidad?

—Admito que tienes razón, querida.

—¡Naturalmente!

—Habrás que celebrar aquí, en Bogotá, un Congreso para estudiar la solución de la Gran Colombia y...

Un fortísimo acceso de tos sumerge al Libertador en un temblor y una agitación terribles. Fatigado y jadeante se sienta. Manuelita le da un

vaso de agua que él toma con pulso trémulo.

—Gracias, amor mío.

—Descansa, serénate... Estás débil, pero te curarás pronto. ¡Siempre has sido fuerte como un roble! —ella intenta reír—: ¿Te acuerdas cuando cruzaste los Andes...?

Pero Bolívar está serio. Sus ojos están enrojecidos por el esfuerzo. Una voz interior le advierte que su fin está próximo.

—Me parece... —dice con la voz ronca— que lo único que podré hacer es pedir mi dimisión al Congreso.

El Libertador dio a conocer al Gobierno su propósito de celebrar un Congreso, y con tal fin se dio cita en la ciudad a todos los diputados. Un mes después, en enero de 1830, se hallaban en Bogotá gran número de representantes del pueblo. Como presintiendo la trascendencia de la reunión o adivinando el fin próximo de Bolívar, acudieron todos los más altos y destacados elementos: el general Sucre, Urdaneta, Carreño, Briceño, Méndez, Silva, Ortega, Carrillo; hallábanse, asimismo, los próceres Castillo Rada, Félix Restrepo, José María Esteves, obispo de Santa Marta, Vicente

Borrero, Agustín Gutiérrez Moreno, etc., etc.

El 20 de enero de 1830 se reunieron en palacio y pasaron, con Bolívar, a oír una misa solemne del Espíritu Santo en la bella basílica de la Arquidiócesis, equivalente al San Pedro de América. El sacrificio fue saludado por veintiún cañonazos, y otros tantos al fin del mismo.

Una selecta y nutridísima concurrencia llenaba la basílica y otorgaba a la misa la noción severa y a la vez humilde del *todo Colombia*. En todos los rostros se advierte una curiosidad indisimulada. Las miradas se dirigen al Libertador con insistencia. Cientos, miles de ojos escrutadores le examinan de pies a cabeza y se percatan de la fragilidad de su salud.

—Está demacrado, respira con dificultad... ¡Está temblando!

—Poco vivirá nuestro Libertador...

—El tirano tiene ya un pie en la sepultura.

Tales son los comentarios dispares que se oyen al salir de la misa. Pero Bolívar no oye nada. No ve nada. No tiene más que un deseo: llegar pronto a casa y reposar. Las sienas le arden y el corazón palpita frenético como si quisiera estallar.



GLORIA Y MUERTE  
DEL LIBERTADOR

EL MISMO DÍA 20 DE ENERO SE CELEBRA el Congreso de la Gran Colombia. Lo preside el general Sucre, por deseo expreso de Bolívar. La gran sala está llenísima y cunde la expectación. Los ánimos están sobreexcitados y flota en el ambiente ese característico clima de los momentos trascendentales. Todas las miradas se dirigen hacia el sillón donde está acomodado Bolívar, pendientes de cada uno de los gestos de éste.

De repente, en medio de un silencio absoluto, Bolívar se levanta. Su voz es débil y monótona. Más parece una queja, un lamento o un reproche que una alocución. Los representantes escuchan y pesan con minuciosidad cada uno de sus vocablos. Bolívar les dijo en pocas palabras la extrema gravedad de las circunstancias, refiriéndose a la

posible desintegración de la Gran Colombia. Puso de manifiesto que de la prudencia y sabiduría de los diputados esperaba la patria su salvación.

A continuación se levantó el general Sucre y, tras agradecer el nombramiento de presidente, elogió la habilidad y acierto del Libertador al conjurar el peligro que acechaba a la República.

—En el Congreso —dijo el Libertador— se levantan las mejores y más legítimas esperanzas de la nación, la cual necesita instituciones que combinen la fuerza del gobierno con la libertad del pueblo.

Se oyen murmullos de aprobación. De súbito, en un raptó de malhumor, exclama vehemente:

—Todos, todos mis conciudadanos gozan de la inestimable fortuna de pa-

recer inocentes a los ojos de la sospecha; sólo yo soy tildado de aspirar a la tiranía... Mostraos dignos de representar a un pueblo libre, alejando toda idea de que me suponga necesario para la República —y tras un breve silencio, exclamó en tono grave, resuelto, deletreando con claridad—: *Cesaron mis funciones públicas para siempre.*

Esas palabras desataron un alud de protestas, juramentos, súplicas y lamentos. El salón se asemejaba a un mar embravecido con sus gritos y ademanes. Uno tras otro se levantan y tratan de aferrar a Bolívar al mando, pero todo es inútil. Su decisión es irrevocable. Su permanencia en la capital servirá para ayudar, con el peso de su consejo y la autoridad de su criterio, a los gobernantes. Pero no quiere un cargo político. Sucre abraza a Bolívar en una espontánea efusión cordial. Cuando salen del Congreso, Bolívar, murmurando entre dientes, dice:

—No hay buena fe en América, ni entre los hombres ni entre las naciones. Los tratados son papeles, las constituciones libros, las elecciones combates, la libertad anarquía y la vida un tormento.

—Mi general: necesita reposo, alimentos... —dice Sucre.

—Sí, amigo; mucho reposo... —y con una sonrisa melancólica añade—: Pero pronto mi reposo será eterno.

—Ha luchado y ha sufrido usted tantos desengaños...

—Pero no de usted, general Sucre, que ha sido en todo momento mi amigo más fiel, más verdadero y más querido de todos.

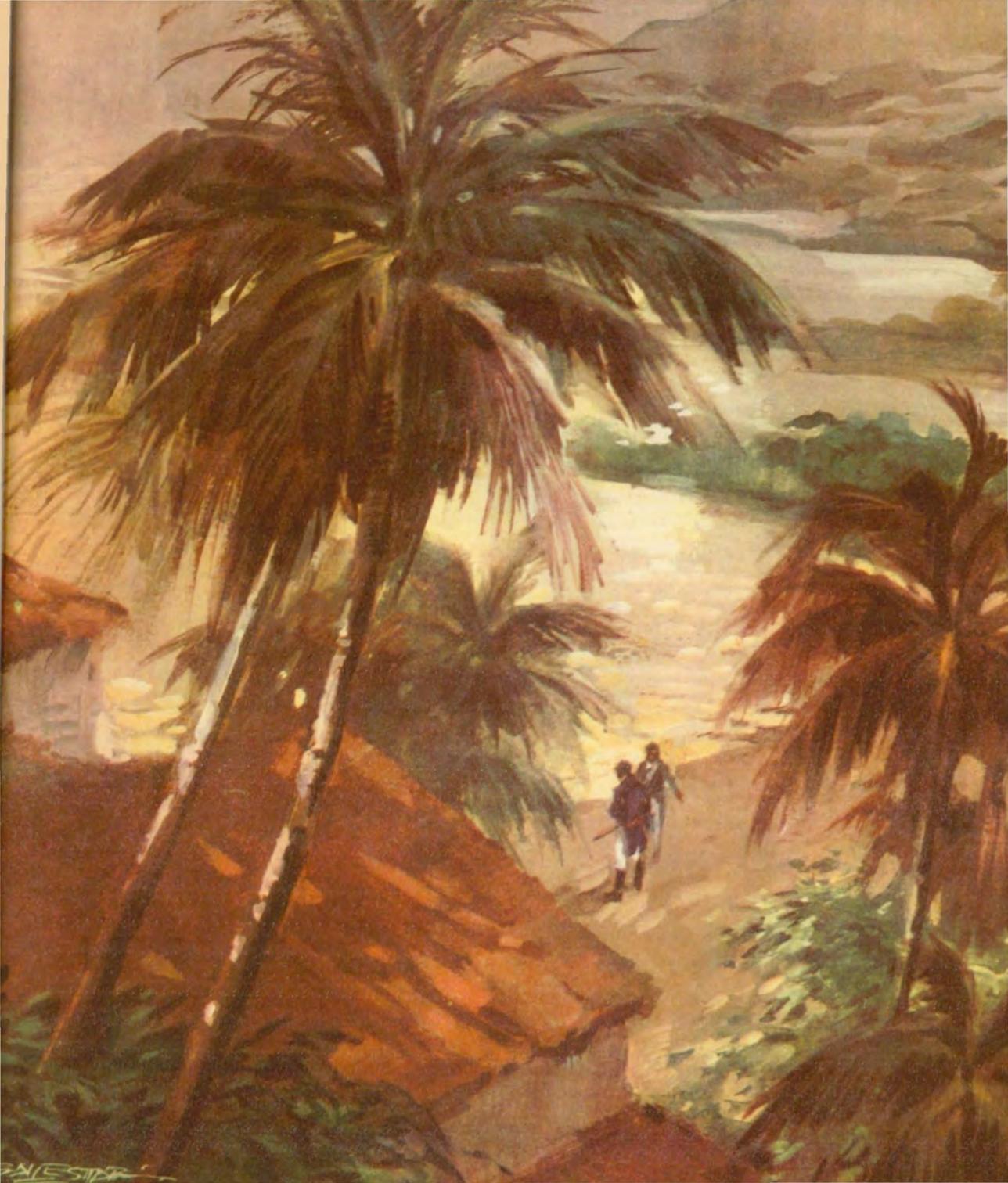
Durante el mes de enero y los dos siguientes Bolívar procuró descansar, al cuidado de la dulce Manuelita; pero las noticias funestas de Venezuela y los progresos de la tuberculosis habían minado con exceso su salud para pensar en una curación. Se encontraba a merced de la agitación durante el día y del insomnio por las noches. Viendo perdidos y hechos trizas sus ideales de unión sudamericana, la tristeza y el dolor se posesionaban con tal imperio de su corazón que agotaban su ya escasa resistencia.

—Simón, en la ciudad hay demasiada excitación —le dijo Manuelita—. ¿Y si nos trasladásemos al campo?

—Sí, el campo...

Pero marcharse con Manuelita sería dar mayores alas a la maledicencia general. «El tirano vive con toda desfachatez con su amante...», decían sus enemigos. No. Aun cuando le doliese infinitamente, él se marcharía solo. Estaba decidido. Ella calla y sufre.

Por entonces envió al Congreso un mensaje pidiéndole que le relevasen de toda responsabilidad en el gobierno. Éste desea rechazar la demanda, pero



NIESTER



ante la suprema realidad del agotamiento físico del Libertador accede. Bolívar cede su quinta a su amigo Pepe París y él se marcha a descansar a la residencia campestre de Domingo Caicedo. Entretanto Manuela alquila una casita en la ciudad.

—Adiós, Manuelita. Vigila tu conducta por tu bien y el mío.

Ella no puede contener el llanto. Se abraza desconsolada a Bolívar como presintiendo que no volverá a verle nunca más.

El populacho celebró de forma entusiástica la partida de Bolívar.

—¡Por fin se ha marchado el tirano! —decían sus enemigos.

Pero lo que no dijeron sus adversarios políticos y los muchos envidiosos militares es que Bolívar no tenía apenas dinero, y que el ejercicio del poder no le había corrompido, como a otros, enriqueciéndole.

Ya aposentado en la hacienda de su amigo Caicedo, Bolívar dejaba transcurrir los días en la tranquila paz del campo, una paz sólo alterada por los ataques de tos y una tristeza inmensa que no podía mitigar el espectáculo del campo con la lujuriosa vegetación tropical. A veces algún amigo se llegaba hasta su nueva residencia. He aquí cómo le describe Posada Gutiérrez en esos momentos:

«Una tarde de las que me hizo el

honor de invitarme a su mesa, salimos solos a pasear a pie por las bellas praderas de aquella amena posesión: su andar era lento y fatigoso, su voz casi apagada le obligaba a hacer esfuerzos para hacerse inteligible; prefería las orillas del riachuelo que serpentea silencioso por la pintoresca campiña, y, los brazos cruzados, se detenía a contemplar su corriente, imagen de la vida.

»—¿Cuánto tiempo —me dijo— tardará esta agua en confundirse con la del inmenso océano, como se confunde el hombre en la podredumbre del sepulcro con la tierra de donde salió?... Una gran parte se evapora y se utiliza, como la gloria humana, como la fama. ¿No es verdad, coronel?...

»—Sí, mi general —contesté yo sin saber lo que decía, conmovido por el anonadamiento en que veía caer a aquel hombre eminente tan mal comprendido. De repente, apretándose las sienes con las manos, exclamó con voz trémula:

»—¡Mi gloria! ¡Mi gloria! ¿Por qué me la arrebatan? ¿Por qué me calumnian?... ¡Páez! ¡Páez!... Bermúdez me ha ultrajado indignamente en una proclama; pero Bermúdez fue, como Mariño, siempre mi enemigo, y además estaba ofendido; fui injusto con él en 1826. Santander se hizo mi rival para suplantarme, quiso asesinar me

después de haberme hecho una guerra cruel de difamación calumniosa.

»—¿Y Caracas?... —le interrumpí yo para que continuara la conversación en el terreno a que la había llevado y en que la pasión podía hacerlo injusto—. ¿No es Caracas, mi general (le dije), la que más ha ofendido a V. E. y la que lo ha hecho con más injusticia? ¿No es en esa ciudad que lo vio nacer y por la que dijo V. E. en una proclama (en 1827) que lo había hecho todo, que se ha vulnerado con la afrenta y el baldón, más que en ninguna otra parte, esa gloria de V. E. que era la suya propia y que tan injustamente siente V. E. que le menosprecien y arrebatan?...

»—Veo que usted con delicadeza —me interrumpió— me enrostra esa frase que otros granadinos me han reprochado con acrimonia. Volviendo yo a Caracas después de cinco años de pasar trabajos y correr riesgos, en los que la causa de la independencia estuvo vacilante, recibido por mis paisanos con tiernas demostraciones de afecto; en un momento de efusión se me escapó esa frase que no solamente los granadinos, sino aun los venezolanos de las provincias me han echado en cara, haciéndome de ella casi un crimen. Yo siempre fui justo con los granadinos; nunca me he olvidado de que la Nueva Granada me ayudó eficazmente para la

gloriosa campaña de Venezuela de 1813 que, a pesar de las desgracias de 1814, fue la que me abrió el camino para servir últimamente a la patria después; distinguí a los granadinos que me acompañaron en ella, y honré la memoria de los que murieron, como nunca lo hiciera con los venezolanos; a mi regreso a Angostura, en 1819, después de la batalla de Boyacá, dije terminantemente al Congreso que a la cooperación política de los pueblos de Nueva Granada al transmontar la cordillera se debió el éxito glorioso de la campaña...

»En esta conversación, la respiración anhelosa de Bolívar, la languidez de su mirar, los hondos suspiros de su pecho oprimido, todo manifestaba la debilidad del cuerpo y el dolor del alma, inspirando compasión y respeto.»

Las noticias que llegan del Ecuador, Perú o Venezuela no pueden ser más funestas. En todas partes brotan cabecillas dispuestos a transformarse en dictadorzuelos y, por ende, a separarse de Colombia. Al leer estas noticias en la prensa, un suspiro amargo se escapa del pecho del Libertador:

—El que sirve una revolución ara en el mar —exclamaba.

Viendo que Venezuela se hallaba al borde de una guerra civil, Bolívar resuelve aceptar por unos días la jefatu-

ra de Colombia. Lo primero que hace entonces es enviar a Caracas, para hablar personalmente con Páez, una delegación diplomática para obtener la pacificación del país. Si Venezuela deseaba la independencia de Colombia, es decir, si ese deseo había nacido del Congreso venezolano o de una consulta popular, entonces no era menester entregarse a tantas violencias y provocaciones. Pero Páez le teme tanto a Bolívar que no quiere ni parlamentar con sus emisarios, pues se imagina que acaso en las conversaciones el genio de Bolívar brille de tal forma que le convenza. Y esto es precisamente lo que él, Páez, no quiere de ningún modo. Así, cuando la delegación llega a la frontera venezolana es rechazada. Y la delegación regresa a Bogotá con una advertencia muy seria de Páez: la nueva independencia se mantendrá aun a costa de que estalle una guerra entre Venezuela y Colombia. ¡A tanto llega su afán dictatorial!

Desmoralizado por la respuesta, Bolívar pide al Congreso que le releve de todo cargo gubernamental. Pero el Congreso vacila, estudia, y Bolívar, que se siente cada vez más agotado y sin fuerzas, resuelve regresar a la casa de campo cercana a Bogotá. Los adictos al Libertador, entre los que se contaba la propia Iglesia, no querían ni oír hablar de un alejamiento del héroe.

Sabían que sin su presencia el orden y la paz peligraban seriamente. El Congreso se reúne de nuevo y entre un largo debate resuelve aceptar la dimisión definitiva del Libertador.

—Conviene a la paz e integridad de Colombia que el Libertador no sea reelegido por el Congreso; pero si los colegios electorales que han de reunirse en octubre próximo le dan sus votos deberá aceptar.

Tal es la decisión de los congresistas reunidos.

Cuando Bolívar lee semejante decisión, se sienta a la mesa, toma la pluma y escribe en respuesta: «Irrevocablemente estoy decidido a separarme para siempre del país que me dio la vida, para que mi permanencia en Colombia no sea un impedimento a la felicidad de mis conciudadanos.»

Por supuesto, Manuelita trata de retenerle en Bogotá. Pero él estaba decidido a partir. El 4 de mayo de 1830 se eligió nuevo presidente. Joaquín Mosquera fue el agraciado, y en calidad de vicepresidente fue nombrado el general Domingo Caicedo. Inesperadamente el Congreso colombiano puso en tela de juicio la falta de medios económicos del Libertador. Un diputado propuso ofrecerle una renta vitalicia de treinta mil pesos anuales. Se pro-

cede a las votaciones y —¡oh, sorpresa— la propuesta se traduce en decreto votado por unanimidad.

—¿Cuándo has pensado marcharte?  
—le pregunta Manuelita.

—El día 8 de mayo.

—¿Adónde irás?

—Embarcaré en el puerto de Cartagena y me detendré, para reposar, lejos de la política, en alguna bella isla del Caribe.

—¿Y después?

—No habrá después...

—¡Sí lo habrá!

—Entonces, partiría para Europa. Francia es un bello país.

—Mientras viva velaré por tu nombre y te defenderé de esa canalla.

Manuelita cumplió con su palabra: vivió muchos años más que el Libertador y en múltiples ocasiones defendió, secundada por Simón Rodríguez, el buen nombre de Simón Bolívar.

Después de malvender los últimos objetos de valor personales, incluidos sus caballos, reunió los fondos necesarios para costearse la partida. Y el 8 de mayo, tal como tenía previsto, salió para Cartagena, adonde llegó a mediados de mes. El viaje había resultado tan fatigoso que la enfermedad avanzó de un modo considerable. Por si

fuera poco le llegan dos noticias que le sumen, materialmente, en la más desesperada tristeza: la primera es que Colombia, habiéndose él ausentado de Bogotá, resbalaba con celeridad hacia la anarquía —y una comisión del Gobierno le propuso sin éxito asumir el poder—, y la segunda que, a causa de Páez, Venezuela no aceptará tratos con la República de Colombia hasta que ésta se vea libre de la presencia del Libertador.

Mas estas noticias son de escasa impresión en él, si se las compara con el efecto que le produjo el conocimiento más adelante de otra mucho más funesta: el 4 de julio de 1830 el valeroso y fiel amigo Sucre había sido víctima de un atentado por parte de sus enemigos. Como consecuencia del mismo había muerto el más noble y puro de los soldados independistas de Sudamérica.

Cuando Bolívar lo supo se dio una fuerte palmada en la frente y guardó silencio largo rato, a merced de una depresión desgarradora. ¡Su mejor amigo! Luego pidió a los informadores que le diesen minuciosos detalles del crimen y luego, no pudiendo resistir el peso de la congoja, pidió que lo dejaran solo. A pesar de la extrema debilidad de su organismo se pasó casi toda la noche paseando por el patio de la casa. Luego, agotado, se acostó temblo-

roso. Pero hacia la madrugada volvió a levantarse y se puso a caminar con agitación. Esta impresión aceleró profundamente el final de Bolívar: moralmente lo desgarró, y en cuanto a lo físico el paseo excesivo durante la noche y la madrugada le hizo pillar un resfriado fortísimo.

Bolívar aguardaba una fragata inglesa para marcharse de Cartagena. Luego, fuera del país, dedicaría el resto de los días de su vida a escribir sus Memorias. Pero los innumerables amigos y enviados del Congreso le asestaban de continuo para que aceptase la jefatura del Gobierno y no los abandonase. El país se hallaba en la más completa anarquía. Nadie, sino Bolívar, podía acabar con aquel estado de rivalidades políticas y ambiciones militares que engendran interminables luchas de partidos.

Hacia el mes de octubre Bolívar parte para Barranquilla, en donde espera encontrar un clima más propicio para su enfermedad. Mas en Barranquilla las cosas iban de mal en peor. La tisis había penetrado, evidentemente, en su última fase. ¿Qué hacer? En un acto desesperado los amigos deciden llevarlo, por mar, a Santa Marta. Al llegar aquí lo alojan en la casa de don Joaquín Mier, un español. El 1.º de diciembre llegó todavía por su propio pie a la quinta llamada de San Pedro Ale-

jandrino. Cuando entra en la casa lo primero que hace es detenerse frente a la biblioteca del dueño y exclama:

—¡Hombre!... Señor Mier, usted ha tirado el dinero comprando estos libros... Apenas se puede leer éste...

Y señaló «Don Quijote de la Mancha». Don Joaquín se sonrió con melancolía.

El médico francés A. P. Reverend, quien escribiría un diario valiosísimo para los historiadores, cuidó al enfermo hasta el fin de sus días y escribió en el mencionado diario todos los pormenores de aquella existencia moribunda y a la vez inmortal. El doctor Reverend celebró una consulta con el doctor Mac Night, cirujano de la goleta norteamericana *Grampus*. «Catarro pulmonar crónico», diagnosticaron los dos médicos.

Sin embargo, a los pocos días de descanso en esta casa el propio Bolívar concibió serias esperanzas de curación, y entonces se abandonaba, juntamente con los amigos que le habían acompañado, a largos proyectos para rehacer el futuro de Sudamérica. Pero la recaída no se hizo esperar. Una noche soñando se le escaparon al enfermo estas entrecortadas palabras:

—¡Vámonos! ¡Vámonos!... Esta gente no nos quiere en esta tierra... ¡Vámonos, muchachos! Lleven mi equipaje a bordo de la fragata...

Al médico, que le cuidaba con la mayor solicitud, le dijo un día:

—Póngame usted bueno, doctor, e iremos juntos a Francia. Es un bello país que, además de la tranquilidad que tanto necesita mi espíritu, me ofrece muchas comodidades propias para que yo descance de esta vida de soldado que llevo hace tiempo.

La enfermedad hacía incesantes progresos; la fiebre crecía, complicándose con delirios fugaces.

En vista de la inminencia del peligro se mandó venir al obispo de Santa Marta para que el Libertador se preparase para dar un largo viaje: el último. El ilustre prelado se encerró con el Libertador, y cuando salió, el enfermo le preguntó al médico:

—¿Qué es esto?... ¿Estaré tan malo para que se me hable de testamento y de confesarme?

—No hay tal cosa, señor, tranquilícese... —replicó el médico.

Pero cuando concluyó la ceremonia religiosa, hizo entrar a su alcoba a su sobrino, Fernando Bolívar, y al marido de su sobrina Felicia.

—¿Es cierto que estoy tan grave que...? —no terminó la frase.

Los parientes asienten, doloridos, con un silencioso movimiento de cabeza. Por la noche Bolívar dice a éstos:

—En este caso que venga el cura de la vecina aldea de Mamatoco esta no-

che, y luego que entre en la estancia el notario Catalino Noguera: dictaré una proclama, la última, al pueblo colombiano.

Así se hizo. Acudió el párroco indio de la aldea; y después de administrarle la extremaunción, vino el notario y le mandó escribir su mensaje:

«Colombianos, habéis presenciado mis esfuerzos para plantar la libertad donde reinaba antes la tiranía. He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna y aun mi tranquilidad. Me separé del mando cuando me persuadí de que desconfiabais de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que me es más sagrado: mi reputación y mi amor a la libertad. He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo los perdono. Al desaparecer del medio de vosotros mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia. Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la unión: los pueblos obedeciendo al actual gobierno para libertarse de la anarquía; los ministros del santuario dirigiendo sus oraciones al Cielo; los militares empleando su espada en defender las garantías sociales. Colombianos, mis últimos votos son por la

felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro.»

Seguidamente, Bolívar aprovecha las pocas fuerzas que le quedan para dictar su testamento. Pero a partir de ese día hasta el 17 de diciembre los días del moribundo transcurren en frecuentes y largas horas de delirio. Suele estar solo, como siempre, sin una mano de esposa o hija que suavice el dolor del cuerpo y del alma. Ha vivido siempre en perpetua entrega y ahora no le queda nada.

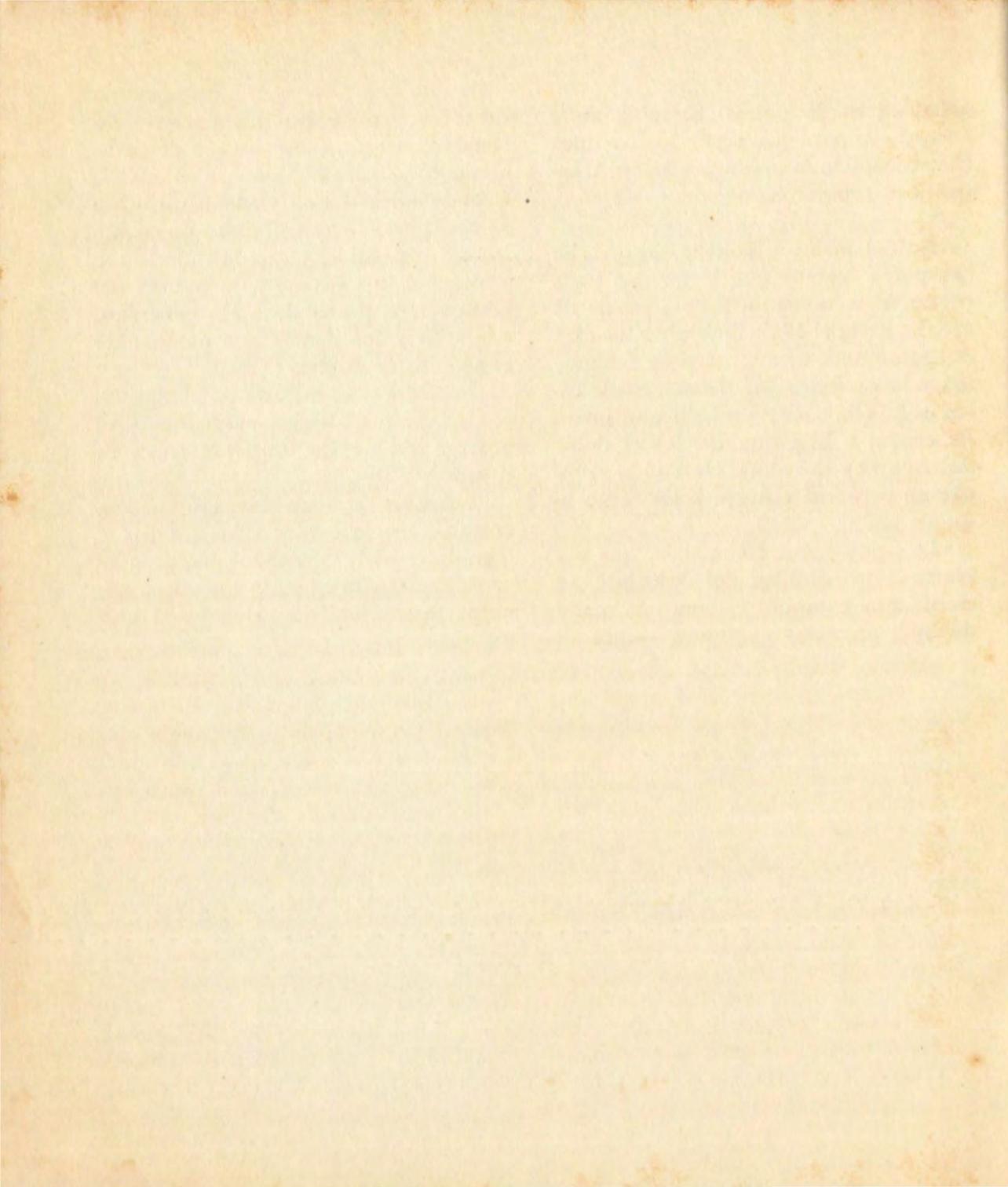
La fiebre sube. El médico, que advierte la proximidad del desenlace, se sienta a su cabecera y toma una mano de Bolívar. «Sus facciones —dice el

doctor— expresaban una perfecta serenidad; ningún dolor o seña de padecimiento se reflejaban sobre su rostro. Cuando advertí que ya la respiración se ponía estertorosa, el pulso de trémulo casi insensible, y que la muerte era inminente, me asomé a la puerta del aposento, y, llamando a los generales, edecanes y los demás que componían el séquito de Bolívar:

»—Señores —exclamé—, si queréis presenciar los últimos momentos y el postrer aliento del Libertador, ya es tiempo.»

Entonces, con un ahogado sollozo, entraron en la estancia los amigos y seguidores del Libertador, colocándose en torno a la cama. A los pocos minutos Simón Bolívar exhalaba el último suspiro.





EL HOMBRE MUERE, PERO SU OBRA QUEDA.

Como corresponde a un ser de extraordinaria dimensión, las cualidades y los defectos de Simón Bolívar se agigantan y corren parejos, de forma que —como ocurre con el bosque visto de cerca— no se calibra fácil ni prontamente cuál de ambos extremos se eleva a mayor altura. Es menester contemplar de lejos el paisaje vital de un hombre —la perspectiva histórica— para poderle juzgar con espíritu neutro.

Simón Bolívar se reconocía a sí mismo ambicioso, autoritario, arrogante a veces, y hasta cruel en ocasiones con los hijos de la Madre Patria o los indios. Su afán de gloria, de corte napoleónico, ha sido en gran parte el motor

secreto de sus gestas. Su vida entera está sembrada de apetitos, pasiones y flaquezas.

Pero las pasiones no constituyen un fuego pecaminoso y censurable, sino más bien un manantial de fuerzas creadoras, como lo es el caudal de un gran río. Mas estas aguas turbulentas pueden, es cierto, originar devastaciones: lo mismo ocurre con todos los grandes hombres, Alejandro, César, Napoleón, Bolívar, en quienes al lado de los días brillantes y fructíferos para el género humano hay sus noches envueltas en turbia y cenagosa niebla. Y es que olvidamos con excesiva facilidad que en la creación del hombre está excluido el molde perfecto. Lo que importa, a la hora de formular

un balance, es el peso y la proyección que se deriva de sus buenas y grandes obras. En el caso de Simón Bolívar, la cuestión es clara: Sudamérica le debe la libertad. «El primer día de paz será el último de mi mando», dijo —y cumplió— a los envidiosos adversarios que le tachaban de dictador. Una y otra vez manifestó a sus compatriotas que nunca resbalaría a la tentación de aceptar una corona, como Napoleón, ni de erigirse en tirano de su patria. *Yo he venido a servir a mi patria, y no a servirme de ella*, declaró. Él, demócrata hasta la médula, considera que el gobierno debe ser *por y para* el pueblo.

A la muerte del gran venezolano varias naciones quedaron a merced del caos, situación lamentable que, en buena lógica, no le es imputable. En verdad, nada hay tan triste y doloroso en la evolución de un pueblo como la fase subsiguiente a un largo período de absolutismo. La convalecencia está más expuesta a peligros —distintos y a veces peores— que la propia enfermedad.

De lo que se deduce que la evolución social y política es una sabia regla cuyo cumplimiento excluye la funesta revolución.

Resumiendo: Toda la fortuna de Simón Bolívar fue invertida en bien de su patria, para obtener la liberación y cortar las cadenas de los negros, que le han aclamado en América mucho antes que a Lincoln. No quiso el caraqueño aceptar de su país ninguna fuente inconfesable de dinero. Este hombre legó para América no sólo un amor ejemplar por la libertad, sino una idea genial: la Federación de Estados Sudamericanos. Idea fecunda, difícil hoy pero posible antaño de no haber mediado, con tanta eficacia, la caudalosa envidia y mezquindad de unos hombres y una época cuya estrechez no consintió que germinara tan sublime proyecto.

Tal ha sido la vida del hombre más sobresaliente, generoso y clarividente de América en todos los tiempos, y quien no aceptó del pueblo más que un pago: ser llamado *El Libertador*.

# ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
INTRODUCCIÓN	5
CAPÍTULO I. INFANCIA Y ADOLESCENCIA	7
CAPÍTULO II. UN AMOR ETERNO	13
CAPÍTULO III. JURAMENTO EN MONTE SAGRADO	21
CAPÍTULO IV. EL PRIMER ESTALLIDO	27
CAPÍTULO V. MANIFIESTO DE CARTAGENA	45
CAPÍTULO VI. UN RÍO DE SANGRE	51
CAPÍTULO VII. MALESTAR EN ESPAÑA E INFORTUNIO DEL LIBERTADOR	65
CAPÍTULO VIII. EL ALBA DE LA LIBERTAD	79
CAPÍTULO IX. LA HEROICA GESTA DE LOS ANDES	95
CAPÍTULO X. «EL PRIMER DÍA DE PAZ SERÁ EL ÚLTIMO DE MI MANDO»	111
CAPÍTULO XI. MANUELITA SÁENZ	127
CAPÍTULO XII. LA INDEPENDENCIA SE CONSOLIDA	153
CAPÍTULO XIII. UNA CONSPIRACIÓN CONTRA BOLÍVAR	153
CAPÍTULO XIV. BOLÍVAR ENFERMO	161
CAPÍTULO XV. GLORIA Y MUERTE DEL LIBERTADOR	167
EPÍLOGO	177





